



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

P

# "Hombre nuevo" y "Revolución"

Indagando en las continuidades y reformulaciones discursivas constitutivas de la identidad colectiva perretista.

Autor:

Greco, María Florencia

Tutor:

Raiter, Alejandro Guillermo

2009

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Análisis del Discurso.

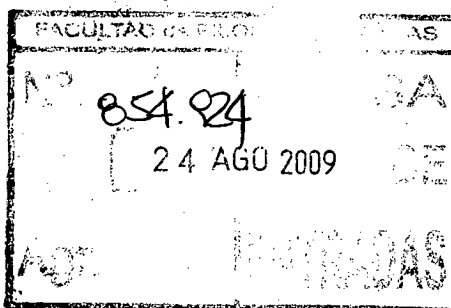
Posgrado



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis  
16.7.8



Tesis 16-7-8

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
SECRETARÍA DE POSGRADO  
MAESTRÍA EN ANÁLISIS DEL DISCURSO

***“HOMBRE NUEVO” Y “REVOLUCIÓN”.***

***INDAGANDO EN LAS CONTINUIDADES Y  
REFORMULACIONES DISCURSIVAS CONSTITUTIVAS DE  
LA IDENTIDAD COLECTIVA PERRETISTA***

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

MAESTRANDA: Lic. María Florencia Greco

DNI: 28.751.088

EXPEDIENTE N°: 817.118/05

RES. CD. ADMISIÓN MAESTRÍA: 1722

RES. CD APROBACIÓN PLAN DE TESIS Y DIRECTOR: 3411

DIRECTOR: Dr. Alejandro Raiter

FECHA: 14-08-09

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se realizó en el marco de la beca de posgrado tipo I, otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en 2007. A ellos va mi agradecimiento por haberme permitido finalizar esta investigación, en especial, al Estado Nación argentino que ha vuelto a creer y apostar en la promoción y producción de conocimiento en nuestro país.

Quiero agradecer, profundamente, a todos aquellos que me acompañaron en este largo camino. En primer lugar, a Alejandro Raiter por haber confiado en mí al aceptar ser mi Director de tesis. Sin su aliento, ayuda y contención no hubiese sido posible la culminación de esta investigación. A todos mis compañeros y compañeras de Cátedra y del proyecto UBACyT del que participo, particularmente a Julia Zullo, Paula García, Mariana Szretter y Gabriel Dvoskin. Tanto en las discusiones y debates teóricos que nos involucran, como el apoyo afectivo que siempre me otorgan, fueron un aporte fundamental para llevar adelante este proceso.

También quiero agradecer a los docentes y compañeros de la maestría, en especial, a dos amigas que conocí a lo largo de estos años: mis queridas compañeras Mariana "Susú" Lorenzatti y Guadalupe Ledesma. A ellas, les agradezco todo el amor y el compañerismo que me han brindado durante este tiempo. Su amistad fue un condimento esencial para que todos estos años de cursada hayan sido más lindos y divertidos.

A mis amigas de toda la vida, y a los conocidos en estos últimos años; a todos ellos agradezco enormemente el aliento y cariño que siempre me brindan. Sin su apoyo afectivo, todo hubiese sido más difícil.

A mi familia, hermanos y abuelos, agradezco el cariño y apoyo constantes, especialmente, a mis padres, quienes hicieron posible, gracias a su esfuerzo y sacrificio, que pueda estudiar y hacer lo que tanto amo.

Por último, agradezco a Ariel, mi compañero, quien, con su amor y dulzura, hizo de estos años los mejores.

## INDICE

### INTRODUCCIÓN

1. Presentación .....	1
2. Una aproximación a la época: “hombre nuevo”, “moral” y “revolución” en los sesentas y setentas.....	5
3. Fundamentos teóricos y metodológicos. Lenguaje, discurso dominante y creencias en la conformación discursivo-identitaria del PRT-ERP.....	12
3.1. Problematizaciones actuales acerca de la moral revolucionaria setentista.....	12
3.2. Hipótesis y supuestos teóricos.....	27
3.3. Cuestión de método.....	32
3.3.1. Las memorias discursivas. Un breve recorrido por la “Escuela francesa” de análisis del discurso.....	33
3.3.2. Análisis argumentativo y representaciones colectivas.....	36
3.3.3. Lingüística crítica.....	39

### CAPITULO I: Memorias discursivas del sacrificio revolucionario. Un análisis de dos lecturas “obligatorias” de la izquierda setentista: *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*.....

1. Las introducciones.....	43
2. Ficción y realidad.....	50
3. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios.....	55
4. La disciplina partidaria.....	61
5. El Héroe revolucionario.....	67
6. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.....	75

### CAPITULO II: Moral, revolución y socialismo en el PRT-ERP. Continuidades y reformulaciones discursivas.....

1. Los orígenes del PRT-ERP.....	88
----------------------------------	----

2. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”. Polémica y ruptura en el IV Congreso del PRT-ERP.....	91
2.1. Locutor y ethos.....	93
2.2. Interdiscurso y argumentación.....	96
3. “Moral y proletarización”. La “necesidad” de una moral revolucionaria.....	101
3.1. El GAN y el PRT-ERP.....	102
3.2. Hegemonía burguesa, moral y socialismo.....	105
3.3. La proletarización “dignifica”.....	109
3.4. La primer célula político-militar o el Anti-Amor Libre.....	114
<u>CAPÍTULO III: Revoluciones ficcionadas. Respuestas literarias frente al “clima de época”. Las apuestas político-literarias de Julio Cortazar y Francisco Urondo en <i>Libro de Manuel</i> (1973) y <i>Los pasos previos</i> (1973).....</u>	121
1. Ficción y realidad.....	124
2. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios.....	133
3. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.....	145
4. Los “hombres nuevos” literarios: arte, política y juego.....	158
<u>CONCLUSIONES</u> .....	171
<u>BIBLIOGRAFÍA</u> .....	184
<u>CORPUS</u> .....	193

## INTRODUCCIÓN

### **1. Presentación**

El objetivo general de nuestra investigación es realizar un aporte a la construcción crítica del pasado reciente<sup>1</sup> argentino. A través del análisis del discurso trataremos de reconstruir el universo simbólico-discursivo estructurante de la práctica militante de las organizaciones revolucionarias de los sesentas y setentas.

En este sentido, nuestra tesis se inscribe en la serie de trabajos que han tratado de abordar las distintas aristas y problemáticas en torno a la militancia revolucionaria de ese momento histórico. Sin embargo, reconocer esta inscripción en un mismo campo de estudio no implica que lo hagamos de una misma forma o que no pongamos en discusión muchos de los fundamentos que forman parte de estos abordajes. Creemos que la diferencia fundamental reside precisamente tanto en el tipo de corpus analizado como en la forma de acercarnos a él. Si desde diferentes miradas y prácticas disciplinarias –ya sea desde la historia, la antropología, la sociología o el periodismo-, la mayoría de los estudios realizan análisis de contenido de documentos y/o testimonios de ex militantes, nosotros, con esta investigación, nos proponemos abordar nuestro objeto -estas subjetividades revolucionarias y las creencias constitutivas de su práctica política- desde el análisis discursivo y a partir de diferentes géneros<sup>2</sup>, -como lo son la literatura<sup>3</sup> y los documentos políticos<sup>4</sup>-. A partir de este

---

<sup>1</sup> Desde la perspectiva de Franco y Levin (2007), el campo de la historia reciente se diferencia del campo de la historia más convencional en tanto no es un pasado hecho sólo de representaciones y discursos socialmente transmitidos, sino que también está alimentado de vivencias y recuerdos personales, rememorados en primera persona. Se trata de un pasado en permanente proceso de “actualización” y que, por tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades (Franco y Levin, 2007:31).

<sup>2</sup> Siguiendo a Bajtín (1982), los géneros discursivos son tipos temáticos, composicionales y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables generados por una función determinada (científica, técnica, periodística, oficial, cotidiana) y unas condiciones determinadas, específicas para cada esfera de la comunicación discursiva (Bajtín, 1982). Es decir, a pesar que cada enunciado separado es individual, las esferas del uso de la lengua elaboran sus tipos relativamente estables de enunciados (Bajtín, 1982). Por lo tanto, si bien cada acto de enunciación es un acontecimiento y, como tal, es único e irrepetible (Ducrot, 1986), está condicionado por ciertas reglas que hace que podamos clasificarlos y entenderlos como formando parte de una unidad más amplia.

enfoque, los *discursos* no serán analizados en tanto soportes documentales, índices descriptores de acontecimientos sino como instancias de materialización y producción de representaciones sociales. Es por ello, precisamente, que hemos podido analizar y comparar materiales, supuestamente, tan disímiles como la novela de Cortázar *Libro de Manuel* y el documento del PRT-ERP “Moral y proletarización”.

Como uno de nuestros objetivos es dar cuenta, a través de nuestro análisis, de las subjetividades convocadas y construidas por las organizaciones que pretendían transformar la sociedad, tomaremos como objeto de estudio a una de las organizaciones político-militares más importante de Argentina y América Latina de ese entonces, el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo). Teniendo en cuenta que el escenario simbólico y material que daba sentido a esa práctica política sufrió una grave derrota en términos nacionales e internacionales, quedando sólo los “hechos” descarnados (Carnovale, 2007:5) -muchas veces demonizados o presentados como irracionales- pretendemos, por medio de nuestra investigación, colaborar en la reconstrucción de ese imaginario que sustentaba aquellas prácticas; en fin, dar sentido a lo que se presenta como absurdo, deslegitimado por los resultados, por la historia y también

---

<sup>3</sup> Género discurso dominado por la función poética (ver Jakobson, 1984). Desde el punto de vista de Umberto Eco, lo que define al “pacto ficcional” es un acuerdo implícito entre autor y lector de un texto de ficción acerca de que aquello que narra el texto es imaginario. Sin embargo que no sea “verdadero” no significa que no sea verosímil, esto es, para ser efectivo este pacto, la construcción del mundo imaginario debe adaptarse a las convenciones del género en el que el texto se ubica (Eco, 1996). Genette (2001) denomina “contratos de ficción” a las marcas textuales que el autor dispone explícitamente para dejar asentada la ficcionalidad de un texto.

<sup>4</sup> Para Eliseo Verón (1987), la enunciación política es inseparable de la construcción de un adversario: todo acto de enunciación política es a la vez una réplica y supone o anticipa una réplica. Esta particularidad se manifiesta y cristaliza al nivel de la destinación. El discurso político está habitado por un Otro negativo pero también por uno positivo, se dirige a ambos al mismo tiempo (Verón, 1987). El destinatario positivo será denominado “prodestinatario”. Su vínculo con el enunciador se manifiesta en lo que Verón llamará colectivo de identificación que se expresa en el “nosotros inclusivo” (Verón, 1987). El destinatario negativo, el adversario, será llamado por el autor “contradestinatario”. Sin embargo su análisis no se detiene allí. Verón también va a hablar de un tercer tipo de destinatario que no va a ser ni positivo ni negativo. Es allí donde va a recaer todo el peso de la persuasión del discurso político: los “indecisos”, que serán denominados “paradestinatarios”. Por lo tanto, el discurso político es un discurso de refuerzo de la creencia respecto del prodestinatario, de polémica respecto del contradestinatario y de persuasión sólo en lo que concierne al paradestinatario (Verón, 1987).

por el presente. Indagar en las creencias de los actores históricos permite describir las representaciones imaginarias que impulsan y dan sentido a sus prácticas (Terán, 2006).

Daremos cuenta brevemente de las distintas circunstancias que facilitaron este proceso de despojo significativo. En primer lugar, la destitución, durante el proceso democrático, de un relato que permita explicar el por qué y el cómo fue posible la encrucijada de violencia y muerte. La desaparición de aquel relato sobre un pasado revolucionario, dificultó, en gran medida, la posibilidad de construir un pensamiento crítico sobre ese período de la historia argentina. En el contexto dictatorial, *cesó el relato de la revolución* (Casullo, 2006:39). Esta suspensión de la argumentativa de la historia social, política e ideológica de los setenta es lo que permitió legitimar el repudio al terrorismo de Estado y la reivindicación de la memoria en el nuevo período democrático abierto en 1983 (Casullo, 2006).

La segunda circunstancia que concurre a la encrucijada discursiva entre memoria e historia de los setenta, resultó de la intrincada sintaxis que adquirió entre 1980 y 1990 el final político y cultural del máximo exponente del socialismo a nivel planetario. La posterior caída de los regímenes stalinistas y la crisis profunda del ideario marxista, organizador conceptual del credo revolucionario, operó como deserción narrativa de las izquierdas para el estudio de sus tradicionales objetos históricos. *“En la desaparición del relato del proyecto revolucionario caído se compagina un trauma y una problemática social y cultural de la memoria con sus deserciones, silencios y olvidos, que no tiene que ver únicamente con las secuelas del terror de Estado, sino con un hecho comunitario de primer orden casi no hablado en la Argentina: el de un curso histórico popular fallido y luego descuajado para siempre”* (Casullo, 2006:41). Tanto la historia con sus pretensiones objetivantes como la memoria, caracterizada por su discontinuidad constitutiva, coincidieron en edificar un pasado donde el tiempo de las vanguardias revolucionarias en la Argentina son relatos fantasmáticos (Casullo, 2006).

Como decíamos antes, el propósito de nuestra tesis es reconstruir este imaginario revolucionario que, como vimos, se remonta mucho más allá de la gesta setentista. Es por ello que hemos decidido poner a dialogar los documentos de la organización objeto de



nuestra investigación con otros discursos que forman parte de la memoria revolucionaria y que, a su vez, tuvieron una importante recepción en la militancia de los sesenta y setentas argentinos: *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski –publicada por vez primera en la Unión Soviética en 1935 - y *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fúcik –publicada post mortem en Alemania en 1950- (Longoni, 2007:178). Tanto uno como otro producen modelos de militantes heroicos, figuras ideales de la entrega al Partido, presentadas como necesarias para poder conseguir la victoria en los distintos procesos revolucionarios. En el primer capítulo de nuestra tesis, a través del análisis de ambos textos, intentaremos dar cuenta de las memorias revolucionarias que formaban parte del interdiscurso setentista, constitutivos del discurso del PRT-ERP. Creemos que sin conocer este universo discursivo sería difícil poder comprender aquellas condiciones de producción que hicieron posible la emergencia de los discursos revolucionarios setentistas, tanto la novedad que ellos traen consigo como el pasado que se actualiza en su enunciación.

Continuando con la línea de análisis que abrimos en el capítulo anterior, en el segundo capítulo, analizaremos distintos documentos de la organización objeto de nuestra investigación. Si todo discurso es un punto en una red, para poder interpretarlo, comprender sus condiciones de posibilidad y el campo de efectos de sentido que abre su irrupción en el universo discursivo, debemos analizarlo desde esta polifonía constitutiva, desde las huellas interdiscursivas que lo constituyen y atraviesan. Es por ello que hemos analizado las novelas *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Su lectura y análisis nos permitió dar cuenta de distintos sentidos y lugares comunes constitutivos de la formación ideológica de izquierda. En este capítulo nos proponemos analizar, precisamente, como el “hombre nuevo” perretista se relaciona con las subjetividades convocadas desde aquellos discursos que contribuyeron a la conformación de la identidad revolucionaria. En los distintos documentos que hemos escogido, trabajaremos, entonces, las continuidades y reformulaciones discursivas acerca de la revolución, el socialismo y la moral militante.

En el último capítulo, analizaremos cómo en un mismo momento histórico – principios de los '70- y frente a una misma problemática –la revolución- se da otro tipo de visión a la dada en los documentos del PRT desde el campo de la literatura. Para ello analizaremos *Libro de Manuel* de Julio Cortázar y *Los pasos previos* de Francisco “Paco”

Urondo, ambas publicadas en el año 1973. El análisis de estas novelas nos va a permitir ver que en un mismo período histórico, otros discursos, otras representaciones de la revolución eran posibles como así también la reiteración de ciertos lugares comunes constitutivos del discurso revolucionario dominante del momento. A diferencia de aquella concepción ascética que analizamos en el anterior capítulo, estos “hombres nuevos” literarios proponen otra forma de pensar y hacer política, contrapuesta en muchos aspectos –aunque, como veremos, no en todos- al discurso revolucionario setentista.

## **2. Una aproximación a la época: “hombre nuevo”, “moral” y “revolución” en los sesentas y setentas.**

Para poder abordar el discurso político de los sesentas y setentas no podemos dejar de tener en cuenta las condiciones de posibilidad de dichas experiencias. Para ello, creemos conveniente tomar el concepto de “época” que pone en juego Gilman en su libro *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003). Desde esta perspectiva, una “época” es la que posibilita el surgimiento de determinado(s) objeto(s) de discurso; el campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento de la historia. En este sentido, para la autora, el bloque de los sesenta/setenta constituye una época con un espesor histórico propio y límites más o menos precisos: “*El bloque temporal sesenta/setenta constituye una época que se caracterizó por la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura, percepción bajo la que se interpretaron acontecimientos verdaderamente inaugurales, como la Revolución Cubana, no sólo para América Latina sino para el mundo entero*” (Gilman, 2003:33). La época llegará a su fin cuando ese futuro posible, el de la revolución, comience a ser llamado utopía (Gilman, 2003: 56).

A comienzos de los años sesenta atravesaba el mundo la creencia en una victoria mundial que iba a cambiar el mundo y los hombres y mujeres que lo habitan. Para Ciriza (2001), esta época estaba marcada por un conjunto de rasgos específicos que hicieron de esa coyuntura histórica un excepcional punto de condensación para canalizar la voluntad de

cambio de numerosos sectores: se trataba de la edad de oro del capitalismo, con una potente clase obrera y movimientos contestatarios de distinto signo en los países centrales, que incluían desde la demanda de derechos civiles para la población de color estadounidense hasta movilizaciones juveniles en rechazo a la guerra imperialista en Vietnam. En Latinoamérica, este proceso de radicalización política estuvo más vinculado al impacto de la revolución cubana, la resistencia vietnamita y las formas organizativas de los movimientos emancipatorios africanos -sobre todo la lucha anticolonial argelina y la guerrilla angoleña- que a las formas de resistencia propias de los países del primer mundo -cuyo ícono fundamental es el “Mayo francés” de 1968-. Mientras estas últimas han sido asociadas a *“los tumultos de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odiaba la ética del trabajo y se oponía, a veces frontalmente, a la tradición y cultura de la izquierda histórica”* (Virno, 2003), el modelo de militancia que hegemonizó los movimientos emancipatorios latinoamericanos de los setentas se encontraba atravesado por la exaltación del trabajo fabril y de una ética sacrificial, aptitudes excluyentes para ser considerado un combatiente revolucionario (Longoni, 2000). En palabras de Oberti, *“la estetización de la violencia (...) y una noción de sacrificio fuertemente instalada se conjugan para indicar modos de subjetivación donde el compromiso con la revolución excede, aparece como un exceso, en relación a cualquier idea de cuidado de sí. El borramiento de sí en el colectivo, y la supervivencia en el colectivo, en el caso de que sobrevenga la muerte, aparecen como un mandato, el único posible si quiere ser fiel al ideario revolucionario”* (Oberti, 2004/2005: 83). Como veremos en los documentos del PRT que analizaremos más tarde, muchas de las demandas y cuestionamientos propias de la llamada “revolución sexual”, así como otras reivindicaciones libertarias de fines de los sesenta de los países centrales, serán caracterizadas como una manifestación más del espíritu “pequeño burgués”.

La “voluntad” de transformación será una marca de estos años convulsionados. En los sectores militantes tomaba cada vez mayor legitimidad el topoi que prescribía que ninguna revolución sería posible sin una cuota importante de sacrificio y voluntad personales. Las representaciones de la revolución rusa, como de las otras victorias revolucionarias que le siguieron, erigían como inevitable y necesaria la entrega de miles de

militantes a la causa revolucionaria. A raíz de este escenario, la violencia comenzó a ocupar un lugar central en la vida política de la militancia y la intelectualidad de izquierda latinoamericana. La percepción de que el orden social estaba fundado en la violencia fundamentaba y legitimaba la necesidad de una contraviolencia revolucionaria. *“Para la izquierda, a medida que avanzaban los años, la noción de revolución iba a llenar toda la capacidad semántica de la palabra ‘política’; revolución iba a ser sinónimo de lucha armada y violencia revolucionaria”* (Gilman, 2003: 51).

La revolución cubana, la resistencia vietnamita y los movimientos de liberación nacional tercermundistas parecían demostrar la viabilidad de las teorías que consideraban a la lucha armada como columna vertebral del proceso revolucionario. El continente latinoamericano estalló en múltiples revueltas populares y alzamientos de grupos armados<sup>5</sup>. A estos emprendimientos armados se sumaron revueltas populares y estudiantiles que culminaron en sangrientas represiones (Tlatelolco, en México; Guayaquil, en Ecuador; Córdoba, en Argentina) (Bufano, 2007). Desde el discurso de las organizaciones revolucionarias, todo parecía indicar que en el continente, luego del éxito cubano, se producirían nuevas revoluciones socialistas<sup>6</sup>. Al mismo tiempo y como respuesta al elevado nivel de organización de los sectores populares latinoamericanos, se instauran diversas dictaduras militares en la región lo que coadyuvará a delimitar la política al campo de las armas.

---

<sup>5</sup> Haremos un breve racconto de lo sucedido durante la década del sesenta: en México, Lucio Cabañas, internado en el monte; en Guatemala lo hace Yon Sosa; en Nicaragua comienzan los primeros conflictos con grupos insurgentes; en Colombia, Fabio Vázquez Castaño, al frente del Ejército de Liberación Nacional y Manuel Marulanda Vélez, “Tirofijo”, dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia; en Ecuador, grupos armados de orientación maoísta ocupan tierras junto con campesinos; en Perú, Luis de la Puente Uceda, ex miembro de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, inicia la guerrilla rural; en Bolivia, el Ejército de Liberación Nacional creado por el “Che” Guevara; en Chile, comienza a actuar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria; en Brasil, el ex comunista Marighela crea su grupo armado y el oficial del Ejército Lamarca levanta las banderas del socialismo para iniciar su guerrilla. Paraguay tiene un largo enfrentamiento armado entre la dictadura de Stroessner y el Partido Comunista. Finalmente, en Uruguay se produce el surgimiento de un poderoso Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros, primera versión de la guerrilla urbana (Bufano, 2007).

<sup>6</sup> La ola revolucionaria (y armada) no era patrimonio exclusivo de los latinoamericanos. En Estados Unidos, surgió el Black Power, un movimiento que tomó las armas para crear su propia guerrilla urbana. Tampoco Europa quedó fuera de esta tendencia: en Alemania, el grupo Baader Meinhof con su fracción del Ejército Rojo y en Italia las Brigadas Rojas comenzaron su vida política con cruentas operaciones armadas (Bufano, 2007).

En la Argentina, el golpe cívico-militar de 1955 y la proscripción del peronismo inaugurarán una etapa caracterizada por la imposibilidad de recomponer en forma estable la hegemonía del bloque de poder, situación que se materializará en la alternancia de dictaduras militares altamente represivas y gobiernos democráticos débiles (Calveiro, 2004b). Este contexto de rebelión y de exclusión político-social, como estuvimos viendo, posibilitará la radicalización de diversos sectores (sindicales, estudiantiles, religiosos, culturales, intelectuales, entre otros) muchos de los cuales confluirán en la eclosión de insurrecciones populares y en la conformación de diversas y masivas organizaciones sociales y político-militares -tanto peronistas como marxistas- (Pozzi, 2006). El nacimiento del mito revolucionario encontrará sus condiciones en una configuración ideológica e imaginaria que reunían resistencia peronista, guevarismo y radicalización católica, bajo las banderas del antiimperialismo (Vezzetti, 2006).

Esta pluralidad de expresiones en las que se manifiesta la protesta de los sesentas y setentas forma parte de lo que se conoce como “Nueva Izquierda” (Hilb y Lutzky, 1986). La caracterización de “Nueva” se debe a que se oponían a las formas de acción de los partidos de izquierda tradicionales (Partido Comunista, Partido Socialista), impugnaban los modos representativos de la democracia y confiaban en que se podía transformar la sociedad mediante el socialismo (Weiz, 2006). En este marco, la práctica guerrillera además de concitar mayor convocatoria dio a la época un tinte particular. Las organizaciones armadas ponían en práctica lo que era una noción cada vez más extendida entre la nueva izquierda: la violencia era la única vía posible para la toma del poder y la transformación revolucionaria de la sociedad (Pittaluga, 2000).

Sin embargo, a pesar de diferenciarse de lo que consideraban la izquierda tradicional, la práctica discursiva de la izquierda revolucionaria setentista reproducía muchos de los lugares comunes y creencias constitutivas de aquellos discursos, especialmente, en lo que respecta a la noción de revolución –centrada en la toma del aparato estatal- y al tipo de militante necesario para poder llevar a cabo dicho proceso con éxito –siempre sacrificado y entregado por completo a los mandatos partidarios-. A diferencia de la bibliografía que asocia la militarización de las organizaciones revolucionarias con la creciente militarización del Estado, por medio de nuestro análisis

trataremos de ver cómo, más allá de este condicionamiento político-institucional propio de aquel momento histórico, estaba presente en esta conformación identitaria las huellas interdiscursivas propias de la formación ideológica de izquierda, más allá de diferenciarse y oponerse a la misma en muchos aspectos. En este sentido, coincidimos con Vezzetti (2009) cuando afirma que el escenario, las figuras y el imaginario guerrillero eran anteriores a la dictadura de Onganía<sup>7</sup>, presentada, desde varios discursos, como el régimen militar que marcó una bisagra en lo que refiere al proceso de “militarización” de las organizaciones armadas<sup>8</sup>. Había elementos intrínsecos a la misma identidad política de izquierda que dibujaban, con especial énfasis a partir de la revolución cubana, un camino de radicalización armada que no era sólo reacción a eventos decididos por otros, sino que se proponía construir un mundo a su medida (Vezzetti, 2009:62). Sobre esta concepción ideológica y política impactaba la dictadura de 1966. Para algunos no era más que una confirmación que “el único camino hacia el poder obrero y el socialismo” en Argentina era la lucha armada. Por tanto, más que adoptar el universo de valores y mitos de la organización militar que combatían (Calveiro, 2004b), las organizaciones político-armadas de los sesentas y setentas anclaban su práctica política en un imaginario impregnado por la idea de guerra total, propias del discurso de izquierda, y del guevarista en particular, que harán del sacrificio y entrega militante el principio estructurante de la práctica guerrillera (Vezzetti, 2009).

Como veíamos recién, la idea de una transformación social por vía de la violencia armada – que no era nueva, aunque el contexto histórico posibilitó su actualización enunciativa- era hegemónica tanto en el discurso de la izquierda peronista como marxista. Estos discursos privilegiaron un modo de acción política vinculada al “hacer” en contraposición al “pensar”, propio de los intelectuales, lo que posibilitó la emergencia del

---

<sup>7</sup> De hecho, la primera iniciativa guerrillera en la Argentina, el EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo), nació durante el gobierno de Illia, cuando las posibilidades de acción política se habían ampliado en forma importante. Frente al discurso que fundamenta la aparición de este tipo de acción política en la idea general del curso de violencia, suponiendo un pasaje natural a la acción militar, en este caso, un grupo reducido de combatientes decidía empezar una guerra, sostenido en el mito de la revolución implantado con fuerza en el imaginario de la izquierda y reforzados por la experiencia cubana y el mandato del “Che” (Vezzetti, 2009: 155).

<sup>8</sup> De esta forma fue presentado por Calveiro (2004) y otros.

llamado “anti-intelectualismo”, característico de la segunda mitad de la época, lo que se conoce como “década del setenta” (Gilman, 2003). Hasta mediados de los años sesentas, las figuras del crítico, ideólogo, buen escritor o militante podían representar al escritor-intelectual comprometido. Esta equivalencia semiológica e ideológica se agotó hacia los años 1966-1968 cuando a partir de una nueva coyuntura, la legitimidad de la figura del intelectual fue disputada ya sea a favor del intelectual como conciencia crítica de la sociedad o a favor del intelectual-revolucionario. Tanto el “anti-intelectualismo” como el “pasaje a la acción” son inseparables de la estructura de sentimientos disponibles en esas coyunturas en que los intelectuales se enfrentaban a demandas de eficacia práctica inmediata (Gilman, 2003:166). En este sentido, el “anti-intelectualismo” implicó una politización de la intelectualidad y una estetización de la práctica política: el vértigo estetizador de la lucha revolucionaria contribuyó a volver inefectivas las pretensiones de las prácticas estéticas. El fenómeno de la vía armada se tornó el hecho principal ante el cual los intelectuales debían medirse. La caída de Ernesto “Che” Guevara proporcionó el terreno fértil para la expansión del discurso anti-intelectualista. *“Quienes tenían acceso a la palabra, ya fuera como lectores o colaboradores de las publicaciones periódicas, expresaban su voluntad de caer o haber caído como Guevara, cuya tumba, decían, les inspiraba al mismo tiempo valor y miedo”* (Gilman, 2003:171). La figura del mártir permitía culpabilizar a quienes no habían emprendido este camino, obligándolos moralmente a hacerlo e imponiendo la necesidad del sacrificio revolucionario. Desde este discurso, en las condiciones “excepcionales” imperantes, los escritores debían transmitir y difundir la moral revolucionaria (resoluciones del Congreso Nacional de Educación y Cultura, 1971). En sintonía con lo que analizaremos a lo largo de nuestra investigación, debía escribirse, no lo que se quería, sino lo que “demandaba” el momento histórico; demanda que suponía y construía como naturales ciertos mandatos morales que constituyen el eje de nuestra investigación.

En términos de Terán,

Un imaginario revolucionario iluminó y simplificó el panorama privilegiando al mismo tiempo la práctica material sobre el saber libresco y al hombre de acción sobre el contemplativo. En el año 1968 existían evidencias de que esos posicionamientos tenían de

su lado el huracán de la historia. Los mismos diarios que informaban de la fundación de la CGT de los Argentinos daban cuenta de la incontenible ofensiva del Tet en Vietnam y del grito libertario que otra vez provenía del París de las barricadas. En la Argentina, otro mayo, pero esta vez de 1969 y en Córdoba, vino a cerrar el decenio, llevando al extremo las esperanzas revolucionarias de años no escasamente esperanzados (Terán, 2006:23).

Las representaciones que alimentaban el imaginario revolucionario unían nombres y doctrinas que no mucho antes se hubiese considerado insostenible: Lenin y Perón, José Hernández y Marx, Rosas y Mao; populismo, nacionalismo y revisionismo con revolución cubana y cristianismo revolucionario. Estas representaciones y muchas otras configuraron el espacio político de la época como un campo de guerra. Para Terán, todo este proceso tuvo su punto culmine en el retorno definitivo de Juan Domingo Perón y su oposición a las organizaciones armadas, quienes comenzaron a perder terreno al persistir en una vía ahora deslegitimada por el gran apoyo electoral recibido por Perón y golpeada duramente por la represión legal e ilegal montada desde ese mismo gobierno. En este contexto, el PRT-ERP, ya muerto el “líder de la burguesía”, consideraba que por fin se había abierto el camino para la autonomía de la clase obrera, en el momento en que se decidía la instalación de destacamentos armados en el monte tucumano. En febrero de 1975 el Operativo Independencia contra esta organización anticipará brutales prácticas de contrainsurgencia que no harán sino incrementarse en los años por venir<sup>9</sup>. Se comenzaba a cerrar el ciclo ascendente de las ambiciones revolucionarias (Terán, 2006:24).

---

<sup>9</sup> En realidad, la llamada “masacre de Trelew”, producida el 22 de agosto de 1972, había demostrado con bastante anterioridad de qué eran capaces los sectores dominantes para detener la avanzada política de las organizaciones político-militares. Haremos una breve crónica de los hechos. El 15 de agosto de 1972, en la postrimería del gobierno dictatorial del General Alejandro Agustín Lanusse, veinticinco presos políticos pertenecientes al PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo); las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros, se fugaron del penal de Rawson en la provincia de Chubut. Seis de ellos lograron llegar al Chile de Salvador Allende. Diecinueve no alcanzaron a subir al avión y se entregaron a las fuerzas de seguridad luego de acordar públicamente garantías para su integridad física. El 22 de agosto los diecinueve prisioneros fueron fusilados en la base naval Almirante Zar. Tres de ellos sobrevivieron, razón por la cual podemos tener el relato de esta historia (Ver Urondo, *La patria fusilada*, 1973).



### **3. Fundamentos teóricos y metodológicos. Lenguaje, discurso dominante y creencias en la conformación discursivo-identitaria del PRT-ERP.**

#### **3.1. Problematizaciones actuales acerca de la moral revolucionaria setentista**

Al observar las narraciones acerca del pasado reciente argentino puede constatar un singular contraste. Mientras durante la primera década de la transición democrática (1984-1994) es una situación caracterizada por la escasez de escrituras, desde mediados de la década del noventa, se torna en un manifiesto interés reflejado en un creciente número de intervenciones. Como si hablar de los setentas hubiera puesto en riesgo la realización de los nuevos horizontes de expectativas de la transición, la militancia de esa época fue una de las cuestiones más recurrentemente soslayadas durante el primer período y, al mismo tiempo, una de las más “recobradas” durante el período posterior (Pittaluga, 2007). En ese primer momento, narrar esos años “terribles” era una tarea para la cual no parecían estar preparados ni los intelectuales ni la mayor parte de la sociedad. Por otra parte, el contexto político y discursivo no posibilitaba tampoco la producción de un discurso que permitiera criticar aquella experiencia (Pittaluga, 2007).

Esta situación cambia a mediados de los noventa. Primero, por la desilusión que provocó en bastos sectores la experiencia democrática. Otro elemento significativo fueron las masivas conmemoraciones al cumplirse los veinte años del golpe militar. Entre los agentes de esta nueva visibilidad setentista se encuentra la agrupación H.I.J.O.S.<sup>10</sup>. Éstos ya no se limitaban a la denuncia a la represión y la demanda de justicia sino que también se preguntaban quiénes habían sido y qué habían propuesto y deseado las principales víctimas

---

<sup>10</sup> Hijos e hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. Así cuentan, ellos mismos, su propia historia: “En 1994, a partir de una serie de homenajes realizados a los estudiantes universitarios desaparecidos, los hijos empezamos a encontrarnos y a conocernos, y en 1995, conformamos la agrupación: Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. (...) Ese mismo año las declaraciones del ex marino Adolfo Scilingo, en las que reconoce los vuelos de la muerte, ratificadas por el entonces jefe del ejército Martín Balza, reinstalan en la sociedad el debate sobre el genocidio y las luchas populares en la década del '70. El más claro reflejo de este proceso político fueron las grandes movilizaciones de repudio al cumplirse 20 años del último golpe militar, en 1996. (...) A partir del vigésimo aniversario del golpe militar, en 1996, H.I.J.O.S da un salto hacia afuera” (<http://www.agrupacionhijos.tk/>)

del terrorismo de Estado (Pittaluga, 2007). Las marcas de este cambio derivarán, por un lado, en la producción y preservación de las fuentes documentales. Paralelamente, comienzan a circular memorias y testimonios de quienes fueron militantes.

Siguiendo esta línea de indagación, Casullo (2006) va a identificar tres narrativas en torno a la experiencia dictatorial argentina. La primera, como veíamos antes, centrada en la visibilización, denuncia y juzgamiento de la represión, permitió plasmar, para el autor, la interpretación más difundida que la sociedad tiene de lo vivido. La memoria se preguntó, desde complejos procedimientos discursivos, por la índole de la actuación militar (Casullo, 2006:33). El segundo tipo de narrativas, producidas aproximadamente a mediados de los años noventa, posibilitará la politización de las desapariciones a través de testimonios, textos periodísticos y documentales. En esta etapa, la memoria se interrogó por las formas políticas de un tiempo de violencia extrema (Casullo, 2006:33). Por último, en el presente, se asiste a una etapa signada por propuestas documentales y ficcionales cruzadas por distintas vivencias de relatos generacionales y de hijos de desaparecidos en disputa de versiones, a la vez que se abre una discusión ya no sólo sobre lo acontecido sino sobre lo que el autor denomina *la historia de las narraciones de la memoria de los setenta* (Casullo, 2006:33). Esta etapa expresa la tensión de la memoria por sus narrativas, narradores y sus teoréticas de las narratividades.

En este último marco narrativo tuvieron lugar la mayor parte de los textos académicos que se interrogaron, como nosotros, acerca de la moral militante y las subjetividades revolucionarias de los sesenta y setenta. Nos detendremos, brevemente, en algunos de ellos. De los textos trabajados, sólo uno de ellos (Oberti, 2004 y 2005) utiliza estrategias metodológicas provenientes del análisis del discurso, el resto hará diferentes tipos de aproximaciones desde un análisis de contenido de los enunciados. A partir del análisis de estos textos y la forma en que abordan el corpus de análisis, daremos cuenta de los aspectos que tomamos, como de los que nos distanciamos y diferenciamos, para realizar nuestra tesis.

Pablo Pozzi en el texto “‘Los perros’: La cultura guerrillera del PRT-ERP” (1996), a través de la historia oral, intenta reconstruir el imaginario y las prácticas culturales –tales

como la vestimenta, la jerga, el consumo cultural, el clasismo, el militarismo- que formaban parte del *estilo partidario* del PRT-ERP, concluyendo que eran ellas las que cohesionaban y otorgaban identidad a los miembros de la organización. En su libro *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista* (2004), en pos de reconstruir la historia de la organización objeto de nuestra investigación, va a dedicar un capítulo entero a la problemática de la moral revolucionaria. A partir del análisis de entrevistas y documentos de la organización -comparación que desconoce las diferentes condiciones de producción discursivas- va a reforzar esta idea acerca de la relación entre el estilo partidario y los lazos identitarios. En tal sentido, va a afirmar que a partir del concepto de “hombre nuevo” guevarista derivaron una serie de reglas que conformaban un modelo de militante que distinguía al PRT-ERP de otras organizaciones. Para el autor, estos diferentes criterios y mandatos conformaron una “cultura” o “estructura de sentimientos” –concepto tomado del libro de Raymond Williams, *The long revolution* (Pozzi, 2004:125)<sup>11</sup>- diferentes a las del resto. Este rasgo que distinguía al PRT-ERP proviene de dos fuentes de valores y tradiciones culturales que abrevaron en su constitución como organización: por un lado, la cultura trotskista de Palabra Obrera, que aportó una “*experiencia, una formación y una tradición izquierdista inexistentes en el FRIP<sup>12</sup> de los Santucho*” (Pozzi, 2004:125); y, por el otro, el aporte de los militantes del FRIP vinculado, según el autor, a valores propios del ideario cristiano, que el PRT-ERP reivindicaba como las “auténticas virtudes proletarias”. “*La combinación de ambos generó una actitud ética, cultural y moral a la que llamarían la entrega de cuerpo y alma a la revolución y saber escuchar a las masas*” (Pozzi, subrayado por el autor, 2004:126). El texto termina por afirmar que la cultura de la organización, si bien tuvo aspectos opresivos, fue vivida en forma liberadora para la mayoría de los entrevistados. Este “ser parte de algo más grande” daba a sus militantes la sensación de desarrollo, crecimiento personal y, sobre todo, de utilidad social.

---

<sup>11</sup> Así lo definirá el propio autor: “*Lo que aquí se argumenta es que el PRT-ERP desarrolló una serie de criterios y patrones de conducta que conformaron una ‘estructura de sentimiento’, o sea un tipo de cultura social específica*” (Pozzi, 2004: 125).

<sup>12</sup> Frente Revolucionario Indoamericanista Popular.

Ana Longoni en el artículo “La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio” (2000), trabaja, desde la historia del arte, las implicancias de una moral ascética y sacrificada a través de la historia de un artista devenido militante del PRT-ERP caído en combate. A partir del análisis de *Reportaje al pie del patíbulo* – texto que analizaremos en nuestra tesis- y de cartas y manuscritos de militantes, indaga en los cruces entre la pasión (por la política, por el arte) y la muerte en tanto mandato de sacrificio. Estos textos serán contrastados con testimonios actuales de ex militantes. En el libro *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* (2007) profundizará lo analizado en el artículo anterior a partir del análisis de literatura producida a partir de la apertura democrática y testimonios de sobrevivientes acerca de la figura del traidor. El uso de los testimonios también será contrastivo, sin embargo se tomarán en cuenta las diferentes condiciones de producción discursivas: “Si en los '80, un escollo insalvable para realizar dicha autocrítica parece haber sido la táctica discursiva entonces hegemónica, en los '90 radica en gran medida en el nuevo impulso que en ciertos círculos cobró la mitificación alrededor de ciertas figuras (el Che), procesos políticos (Cuba) y experiencias (la guerrilla). Y justamente porque operan como mito no pueden descomponerse, ni analizarse, sino que reclaman para sí una adhesión global y sin fisuras” (Longoni, 2007: 26-27). El libro se propone desentrañar la arraigada asociación entre sobreviviente y traición. Para la autora, la reproducción de esta asociación en los discursos presentes, su naturalización como tal, dificulta la producción de un balance crítico acerca de la militancia armada en los años setentas y su derrota. A partir del análisis de diferentes novelas producidas en el nuevo período democrático abierto en 1983 –*Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso; *Los compañeros* de Rolo Diez; *El fin de la historia* de Liliana Heker- va a preguntarse como estos textos reelaboran los materiales testimoniales de los que se nutre y cómo se posicionan ante la estigmatización del sobreviviente como traidor. Estas novelas –como sucede con las que analizaremos en el primer capítulo de nuestra tesis- sostienen un estatuto de lectura ambiguo, a medio camino entre la ficción y el testimonio. Su verosímil se reconstruye a partir de la revelación –nacida del testimonio- de alguna verdad hasta entonces oculta, velada, tergiversada. En el último capítulo del libro, llamado “El mandato sacrificial”, va a analizar los códigos éticos de la militancia revolucionaria que sostendrían esta descalificación como traidores a los

sobrevivientes. Para ello va a analizar tanto manuscritos, cartas, escritos personales de militantes como el texto *Reportaje al pie del patíbulo* y otros. A partir del concepto de mito –tomado de la reinterpretación que realizan Laclau y Mouffe (1987) del mito soreliano<sup>13</sup> - va a pensar la conformación ético-identitaria de las organizaciones revolucionarias de los sesentas y setentas. Esta posición sacrificial frente a la muerte no es exclusiva del discurso del ERP, también formaba parte del imaginario de Montoneros (Longoni, 2007:177). El análisis de *Reportaje al pie del patíbulo*, texto asiduamente leído por la izquierda argentina de esos años -fundamentalmente dentro del comunismo y, por extensión, por todo el espectro marxista- le va a permitir reconstruir esa moral sacrificial constitutiva de la práctica guerrillera, que permite explicar la estigmatización del “traidor”.

En “La moral según los revolucionarios” (2004 y 2005), Alejandra Oberti, a partir de las categorías analíticas desarrolladas por Verón (1987), analiza uno de los documentos que trabajaremos en nuestra investigación, “Moral y Proletarización”. A través del análisis enunciativo del documento en cuestión, concluye que la moral ascética y disciplinada que interpelaba a los militantes era no sólo anacrónica para el momento histórico -teniendo en cuenta la “revolución sexual” de los sesentas- sino que la imagen de militante neutro construida como ideal contribuyó a la desigualdad sexista. En este sentido, creemos que el texto no toma en cuenta que el movimiento y las teorías feministas, aunque ya existentes, no eran lo suficientemente influyentes en la Argentina de los sesentas y setentas como para formar parte de los contenidos del sentido común y las representaciones sociales del momento y, por tanto, juzgar en base a ese criterio cae contra su pretensión, deshistorizando, en alguna medida, los discursos que pretende historizar. En el libro escrito junto a Roberto Pittaluga *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia* (2006), van a analizar las formas en que se representan en la narrativa

---

<sup>13</sup> Desde esta perspectiva, los procesos sociales no implican tan sólo desplazamientos en las relaciones de fuerzas entre las clases sociales, ya que una posibilidad más radical amenaza siempre a la sociedad. Para Sorel, la sociedad no padece solamente a consecuencia de la dominación y explotación, está también amenazada por la decadencia, por el no ser. Si el proletariado como fuerza social le es dada una prioridad histórica, esto es porque para Sorel es el principal instrumento para impedir la decadencia. Esto se logrará mediante la confrontación abierta entre grupos; sin ella no hay identidad. El mito, conjunto de imágenes capaces de aglutinar el imaginario de las masas y lanzarlas a la acción colectiva, es el encargado de dar identidad. Sin éste sería imposible cualquier tipo de acción política (Laclau, 2002).

sobre los setenta la militancia armada. Sostienen que para recuperar el sentido del pasado también hay que reinscribirlo en su contexto epocal. El primer movimiento es, entonces, volver sobre los sentidos de la política y la violencia en los años setentas. Sin ese contexto, la violencia guerrillera es incomprensible. En el artículo “Memorias y testigos. Una discusión actual” (2008), Oberti va a plantear que los documentos y testimonios son diferentes. Los testimonios aportan, desde esta perspectiva, lo que los documentos no pueden. A través de ellos pueden comprenderse de mejor forma las dimensiones subjetivas de la militancia (lo que es diferenciado del “dato”). *“A partir de lo que dicen los testigos, años después, se puede dar cuenta de cómo la ley que codificaba las conductas y reordenaba a los sujetos para que se transformen en verdaderos militantes se constituía en aparato al servicio de la ideología revolucionaria. (...) es la memoria la que muestra que la máquina de construir ‘sujetos revolucionarios’ ha fallado, y cuánto ha fallado”* (Oberti, 2008:47). A pesar de estas aclaraciones, la autora dice no proponer una polarización binaria entre documento y testimonio, para el caso, a favor del segundo. Sin embargo, desde su perspectiva, estos documentos, -en este caso, también se trata del texto “Moral y proletarización”-, permiten una lectura limitada del tipo de subjetividad producida en estas organizaciones. En este sentido, el testimonio abre fisuras, o bien contrastando lo que dice la letra impresa o bien permitiendo que afloren culpas y deseos, permitiendo una apertura hacia el presente y el futuro.

Por su parte, en el texto “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP” (2004 y 2005), Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez analizan el mismo documento que Oberti (2004 y 2005), “Moral y proletarización”, pero desde un punto de vista que si bien no utiliza al análisis del discurso como metodología de análisis toma en cuenta las relaciones y diferencias entre el pasado y el presente al momento de llevar a cabo el análisis. El documento es examinado a la luz de las transformaciones sufridas desde esa época a esta parte, ubicando a las condiciones de excepcionalidad y guerra como razones que dan sentido al tipo de subjetividad guerrillera. *“La pregunta por la vida cotidiana y el sentido de la moral que guiara la práctica política de toda una generación, mayoritariamente nacida entre los años '40 y '50, y la decisión de ceñirnos al caso del PRT-ERP, una de las organizaciones político militares que, nacida en los años '60,*

*protagonizó muchos episodios significativos de la historia política reciente de la Argentina, tiene sentido sólo si podemos realizar una doble operación: situarnos en ese punto del pasado político e interrogar acerca de su sentido hoy”* (Ciriza y Rodríguez, 2004 y 2005).

Ana Guglielmucci, en el texto “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante” (2006), va a analizar, desde el análisis antropológico, los testimonios actuales de mujeres militantes de diversas organizaciones armadas para dar cuenta de la moralidad y las creencias que daban sustento a dicha práctica política, sin problematizar los cambios discursivos e ideológicos que operaron desde ese momento a esta parte. También en este caso, los testimonios actuales son analizados como si no hubiese pasado el tiempo, como si el lenguaje se caracterizara por su transparencia y abstracción. A través de este trabajo, llegará a la siguiente conclusión: sólo a través de la entrega incondicional a la “orga” podía efectivizarse la construcción del tan mentado “hombre nuevo”. Esto podría lograrse cuando la organización político-militar fuera percibida como el símbolo, la expresión viviente del ideario político, como su garante y defensora. Dados estos supuestos, la autora va a afirmar lo siguiente: *“La capacidad de sacrificarse por la revolución constituyó una condición subyacente al principio de autoridad. Por medio del gasto visible de tiempo, saberes, energía e, incluso, por la puesta en peligro de la propia vida, aquel que sacrificaba algo de su autosuficiencia individual obtenía el reconocimiento acordado de un valor por parte del grupo. Reconocimiento que se podía expresar de diferentes maneras, ya sea a través del derecho a mandar, el derecho a ser mantenido económicamente por la organización, etc. Reconocimiento que suponía, a su vez, una responsabilidad. De esta forma, se articuló una cadena de deudas y de derechos, una cadena de adhesiones y credibilidades, en la cual se sustentó el proyecto revolucionario”* (Guglielmucci, 2006:80). A través de esta lógica, dado que todos se encontraban en deuda con la organización, las necesidades y sentimientos colectivos tendieron a primar por sobre las necesidades y sentimientos individuales.

Pilar Calveiro en su libro *Política y/o violencia* (2004b), va a retomar y profundizar lo analizado en *Poder y concentración* (2004a). Si en este último texto la autora se había dedicado a analizar la dinámica propia de los agentes de la represión, en *Política y/o*

violencia hará lo propio con las organizaciones que se propusieron transformar la sociedad argentina de los sesentas y setentas. Desde su perspectiva, el golpe militar del General Onganía de 1966 cumplió un papel fundamental para la radicalización política de diversos sectores. En este caso, los militares no se planteaban un golpe que restituyera un poder civil afín a sus intereses sino permanecer largo tiempo en el gobierno. Se proponían, principalmente, transformar profundamente la sociedad; constituirse, como institución, en el *núcleo mismo del Estado* (Calveiro, 2004b). En este sentido, la autora va a plantear que fueron los sectores dominantes –civiles y militares- *“los primeros en decretar el agotamiento democrático, reiterando el mecanismo de desaparecer lo inmanejable. Ante la imposibilidad de desaparecer al peronismo, que reaparecía en las alianzas políticas y en la lucha sindical, se optaba por desaparecer la democracia e incluso la política”* (Calveiro, subrayado por la autora, 2004b:30). A raíz de este escenario militarizado, las organizaciones guerrilleras se entrenan y equipan militarmente, a punto de entrar en acción para disputarle al Estado –en este caso, las Fuerzas Armadas- el monopolio de la violencia (Calveiro, 2004b:38). Desde esta visión de las cosas, la militarización del Estado posibilita y refuerza la militarización de las organizaciones armadas: *“La agregación de lo político a lo militar, la concepción de lo político como extensión de lo militar –invirtiendo el postulado de Clausewitz- parece haber sido un rasgo distintivo de esa época y no se puede independizar de la militarización del Estado y el desplazamiento de sus funciones eminentemente políticas. La imposibilidad de definir la lucha entre los distintos sectores sociales y asentar relaciones estables de poder, la dificultad para alcanzar la hegemonía y delimitar el núcleo duro del poder, fijaba a los distintos sectores en una guerra de posiciones crecientemente militar. Como consecuencia inmediata, el Estado se confunde con las Fuerzas Armadas, la política aparece como guerra, los adversarios como enemigos”* (Calveiro, subrayado por la autora, 2004b:34-35). Esta militarización de las organizaciones armadas reproducía en modo especular la identidad del enemigo: *“la guerrilla había comenzado a reproducir en su seno las formas y las técnicas del poder establecido, antes que generar su cuestionamiento y desarrollar variantes alternativas de práctica y participación política”* (Calveiro, 2004b:134-135). Heroicidad, sacrificio, mesianismo eran elementos claves en la construcción identitaria no sólo de las Fuerzas Armadas sino también de la moral revolucionaria de las organizaciones armadas.



Vera Carnovale (2005, 2006, 2007 y 2008) a través de la investigación histórica, analiza en documentos y entrevistas a ex militantes del PRT-ERP la significación de conceptos centrales en la conformación de la identidad colectiva en cuestión, tales como “proletarización”, “enemigo” y “héroe”. En “El concepto de enemigo en el PRT-ERP” (2004), la autora, a través del análisis de contenido de diferentes documentos y entrevistas a militantes del PRT-ERP, indagará sobre las dos acepciones del concepto de enemigo que conviven en los discursos analizados. Una de ellas se vincula con definiciones teórico-ideológicas: este enemigo es el enemigo de clase, la “burguesía”, “la sociedad capitalista”. La otra acepción se vincula con los efectos de ciertas particularidades de la dinámica política de los setenta argentinos: “el enemigo” son los agentes represores del Estado. Siguiendo la línea de análisis de Calveiro (2004b), desde este punto de vista, si el enemigo más concreto y real son las Fuerzas Armadas, no resulta extraña la decisión de la dirección partidaria de crear otro ejército, revolucionario y popular, en oposición a ese otro identificado como “enemigo”. Esta “militarización”, como es comúnmente denominada, no sería una desviación –como sí postulan muchos otros textos sobre el tema- sino el núcleo mismo de sus formulaciones conceptuales y de las imaginaciones de la revolución como guerra. El paradigma amigo-enemigo atraviesa y constituye su identidad. El enemigo de clase es desplazado, por tanto, por el enemigo militar: *“Efectivamente, en su vida cotidiana, y a medida que la represión encrudece, el militante del PRT-ERP se enfrenta, casi cotidianamente a un enemigo que aparece cada vez más frecuentemente representable a través de un uniforme. (...) Si la dimensión colectivo-partidaria había habilitado a través de la coexistencia de las dos acepciones del término enemigo, la dimensión experiencial permite una apropiación y resignificación del concepto que empuja, desde diversos ángulos y razones a nuevos desplazamientos semánticos”* (Carnovale, 2004:9). La identidad del PRT-ERP queda definida, entonces, en contraposición a la concepción militarista del enemigo. En el texto “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” (2006) va a analizar –también, a través de la comparación de documentos, en este caso “Moral y proletarización”, y entrevistas a ex militantes- las premisas sobre las que se sustentaba la idea de proletarización en el PRT-ERP para así poder trabajar sobre la identidad de la organización. Retomando la idea leninista de una fisura entre ideología y clase revolucionarias, el planteo del PRT-ERP de la proletarización postula una escisión

definida entre ideología y moral revolucionaria. Desde la perspectiva de la organización, sólo la conjunción ideología-conciencia de clase posibilita el surgimiento y desarrollo de esta “nueva moral”. Es por eso que la conformación partidaria debe anidar en la clase obrera y no en la intelectualidad pequeño-burguesa. Son estos valores morales, proletarios, lo que los militantes de la pequeña burguesía deben adquirir en la experiencia de proletarización. Por medio del análisis de entrevistas realizadas por la autora, desmiente varias premisas del documento. De esta forma, el testimonio es utilizado como contrapeso de la fuente escrita. Se pasan por alto las distintas condiciones de producción, llevando a un análisis deshistorizado de los discursos. A partir del análisis de las entrevistas advierte que si bien la discursividad partidaria hacía del sacrificio y la renuncia de sus militantes un eje discursivo-ideológico, a través de estos testimonios –mediados no sólo por el paso del tiempo, sino también por la opacidad constitutiva del lenguaje, ambos aspectos ignorados en el análisis realizado– concluye que no fueron internalizados por sus militantes como lo deseaba la organización. De esta forma, la autora contribuye a construir una visión de las cosas que escinde discurso y práctica, desconociendo la relación dialéctica entre ambas. En el artículo “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” (2007), la autora va a partir del siguiente supuesto: *“En su imaginario, en las connotaciones y sentidos más profundos de sus formulaciones político-ideológicas quedaron anudados con lazo insoluble, violencia e historia, sacrificio y hombre nuevo, guerra y revolución. Y en ese lazo que fundía la sangre con el porvenir, morir y matar remitían al tiempo nuevo de la emancipación definitiva del hombre. Y en consecuencia, quienes se integraron a sus filas en prosecución de la consagración histórica, ofrendaron sus vidas y, también, mataron”* (Carnovale, 2007a:4-5). En cuanto al tema que nos ocupa, la moral revolucionaria, la ejecución de torturadores era entendida también como otra forma de poner en escena aquella moral para la cual era inadmisibles la tortura: *“‘Ajustar cuentas’ y ‘obligar a respetar las leyes de la guerra’: es en el espacio configurado por estos vectores donde la ejecución perretista se erige como acto moralizador y normativizador”* (Carnovale, 2007:17). Para la autora, lo anterior se correspondería con el tipo de identidad de la militancia perretista, fuertemente anclada en postulados y mandatos morales. El PRT, en tanto encarnación del “hombre nuevo” guevarista, buscaba erigirse no sólo como vanguardia política sino también como referente moral del movimiento de

masas. Esta autoridad moral no se sustentaba sólo en la auto asignada representación de aquella justicia popular. También encontraba otra fuente de legitimación en la postulación de una superioridad moral respecto de las fuerzas enemigas. Con este enemigo como referente, el PRT-ERP construyó su propia identidad. Finalmente, llega a la siguiente conclusión: *“A diferencia de un acto de venganza clásico en que el culpable de un crimen recibe de manera personal e intransferible el castigo que le corresponde, esta represalia indiscriminada –aunque sustentada también sobre una pretendida autoridad moral– asumió casi por reflejo las formas despersonalizadas de la guerra, coadyuvando al encarnecimiento general de la represión”* (Carnovale, 2007a:19). A partir de este razonamiento, la autora construye una relación causal entre los fusilamientos indiscriminados del PRT con el encarnecimiento de la represión. La “represalia indiscriminada” queda constituida como “reflejo” de las “formas despersonalizadas de la guerra”. Por último, en el texto “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” (2008), la autora va a afirmar que la oposición entre violencia y política no sirve para explicar el denominado proceso de “militarización”. En primer lugar, porque implicaría pensar que tanto uno como otro son términos excluyentes. Más que un proceso de “militarización”, el acrecentamiento del accionar militar es caracterizado como consecuencia directa de la forma en que era concebida la lucha revolucionaria. Si la revolución es guerra, sólo la construcción de un ejército que fuera de lo “pequeño a lo grande” podía garantizar el triunfo popular. Más que desviación, la “militarización” forma parte de las posibilidades abiertas por las enseñanzas de los teóricos de la guerra revolucionaria que el PRT-ERP adoptó en el IV Congreso de 1968<sup>14</sup>. En todos estos textos, como estuvimos viendo, la autora intercala su análisis entre documentos y testimonios actuales sin problematizar de hecho la distancia que separa uno de otros. En términos epistemológicos, este tipo de análisis desconoce lo que venimos considerando como fundamental para encarar no sólo análisis históricos, sino cualquier tipo de análisis social. El lenguaje no es transparente, está atravesado por formaciones ideológicas, discursivas, que lo constituyen, y por tanto, no se puede hacer un análisis lineal y deshistorizado de las prácticas discursivas y sus diferentes condiciones de producción. Como analizamos a lo

---

<sup>14</sup> Ver “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, texto que analizaremos en el capítulo II.

largo de nuestro trabajo, el discurso (ya sean entrevistas, novelas o documentos, lo mismo da) esta constituido por distintas representaciones y creencias pasadas (o futuras) que se actualizan en la enunciación repitiéndolas, refutándolas, resignificándolas.

Por último, desde el psicoanálisis y el ensayo, Hugo Vezzetti, en su trabajo *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002), se propone indagar el espacio complejo de representaciones para así poder explorar lo que él llama la *experiencia social* de la irrupción de la violencia y el terrorismo de Estado en la Argentina. Aquí, por tanto, “representaciones/significados” no se opone a “experiencia/acontecimiento” sino que se suponen mutuamente. No puede darse uno sin el otro. La relación entre ambas esferas es dialéctica, no dicotómica. Por consiguiente, representación no refiere a una realidad segunda y derivada, sino que se admite y considera su eficacia en la formación de la materia misma de esa experiencia. En el caso de la dictadura argentina, para el autor, ninguno de los fines que han sido expuestos alcanza para explicar el plan sistemático de exterminio. Hay algo que excede a cualquier explicación racional que debe ser analizado a la luz de otros componentes, imaginarios. Es por ello que su exploración no es de acontecimientos sino de *representaciones*. Para ello va a explorar imágenes, ideas y discursos, la materia misma de la memoria y la experiencia sociales (Vezzetti, 2002:14). En este sentido va a afirmar que “*las figuraciones de la guerra que exaltaban la imagen épica de los represores no eran muy distintas de las que impregnaban la acción de las organizaciones armadas del peronismo y el guevarismo que, hay que recordarlo, llegaron a tener un respaldo significativo en la sociedad*” (Vezzetti, 2002:39). En un artículo publicado posteriormente, “*Conflictos de la memoria en la Argentina*” (2004), va a trabajar sobre los diferentes tiempos históricos y la importancia del imaginario y de los mitos en el accionar revolucionario de la militancia setentista. En este sentido, va a decir que en los años previos a la dictadura, no se hablaba de memoria en el sentido presente, es decir, como memoria de derechos agraviados y de víctimas inocentes: en los setenta, tiempos de radicalización política y de la imaginación revolucionaria, la recuperación del pasado estaba dominada por las escenas de lucha y resistencia. La narrativa dominante era de combates y combatientes. El nacimiento del mito revolucionario encontraba sus condiciones en una configuración ideológica e imaginaria que reunía resistencia peronista,

guevarismo y radicalización católica, bajo las banderas del antiimperialismo. Por último, en el libro *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (2009), va a continuar con esta relación problemática entre el pasado y el presente pero haciendo mayor hincapié en la violencia revolucionaria y las figuras combatientes constitutivas de la práctica política de los sesentas y setentas. Su objetivo va a ser explorar la moral combatiente, la cultura revolucionaria de la violencia que llevó a las prácticas guerrilleras a un “límite extremo” (Vezzetti, 2009:136). Su indagación se centrará mayormente en fuentes montoneras. Desde la perspectiva del autor, Montoneros muestra, *“de un modo exagerado, rasgos básicos de una constelación de ideas, creencias y pasiones que dominó el humor revolucionario de los setenta”* (Vezzetti, 2009:137). La representación social que instituye a los combatientes revolucionarios asesinados y/o desaparecidos como los mejores, puede partir de dos supuestos bien distintos: o bien, en el interior del mito revolucionario, expresa el culto a la heroicidad y el molde de los guerreros; o bien, en la recuperación social más amplia, nace de una culpa difusa en los sobrevivientes y en la sociedad que no fue capaz de proteger tantas vidas exterminadas en una masacre rutinaria (Vezzetti, 2009:141). La muerte, de esta forma, queda constituida como consustancial a esa imaginación revolucionaria en la medida que la política quedaba reemplazada, para el autor, por el imaginario cristiano que condensaba en el martirio la ofrenda máxima y la entrada en la inmortalidad. Para Vezzetti, *“esa exaltación de la muerte en la religión revolucionaria, la exaltación de la sangre y la pasión por el combate, no encontraba sus raíces en la tradición de la izquierda marxista. Más bien, integra ingredientes morales extensamente implantados en la cultura milicianas, que han constituido un núcleo fundamental de la religión fascista...”* (Vezzetti, 2009: 141). En este sentido, el imaginario constitutivo de la práctica política guerrillera se diferenciaría en gran medida, para el autor, del universo de las izquierdas, más preocupado por la estrategia, el liderazgo y la relación con las masas que por el coraje personal<sup>15</sup>. Esta figura del combatiente guerrillero se afianza, si no nace, en la experiencia latinoamericana, con la figura del nuevo líder revolucionario, Ernesto “Che” Guevara. En ese sistema de creencias e identidades el ejemplo siempre viene dado de los mártires y caídos en combate, es por ello que los sobrevivientes, convocados a dar su testimonio, deben comenzar por disipar

---

<sup>15</sup> Veremos en nuestro análisis de las memorias discursivas del sacrificio revolucionario que esto no es tan así.

cierto estado de sospecha (Vezzetti, 2009:142-143). Para Vezzetti, el “traidor” –como estuvimos viendo, nudo central del análisis de Longoni (2007)- más que una figura de la memoria es un rótulo propio de los rituales y códigos de la guerra revolucionaria (Vezzetti, 2009: 144). Habría dos sentidos del sacrificio: por un lado, el caso del que ofrenda su vida unificado y afirmado en el mito y en la creencia en la victoria final; por otro, de quien cae prisionero cuando ya no cree. En este último caso, no se puede hablar, estrictamente, de sacrificio o, en todo caso, es de otra naturaleza. Este culto a los caídos lo relaciona a las ceremonias nacionales, propias de la modernidad, nacidas a partir de la Revolución Francesa. Así lo va a expresar: *“En el origen, la implantación de las representaciones de la guerra revolucionaria requería la presencia exaltada de los héroes muertos en combate, un rasgo calcado de los rituales patrióticos que se reforzaba con el vuelco del cristianismo revolucionario a la lucha armada”* (Vezzetti, 2009:154). De esta forma, el “mesianismo revolucionario”, si en su faz objetiva alentaba la redención por la sangre derramada, en el plano subjetivo reforzaba un tópico ampliamente invocado en el discurso revolucionario de la época: la liberación dependía de la creación del hombre nuevo. Para analizar las formas asumidas de este hombre nuevo setentista indaga en la cultura cristiana, la tradición jacobina, el humanismo marxista y la ética sacrificial ligada a las experiencias fascistas<sup>16</sup>. La otra vertiente analizada en la constelación de sentidos del hombre nuevo que impactó fuertemente en la militancia revolucionaria setentista es la consigna de “desclasarse”. Como veremos en esta tesis, el discurso setentista estaba hegemonizado por un mandato de conversión: *“Aquello viejo que debía quedar atrás en esta suerte de segundo nacimiento era una condición sobrellevada como una falla esencial, una subjetividad de clase, condensada en la figura del pequeño-burgués”* (Vezzetti, subrayado por el autor, 2009:196). Desclasarse significaba, sobre todo, una conversión moral; era, en este sentido, el enemigo más próximo. El pequeño-burgués encarnaba aquellos atributos que eran contraproducentes al voluntarismo imperante: los pequeño-burgueses eran los débiles, los pacifistas, todo aquel que no estuviera convencido de tomar las armas y entregarse al mandato revolucionario. Para el autor, las consecuencias de esta concepción llegan al

---

<sup>16</sup> Para Vezzetti, el mito del nuevo hombre reencuentra fórmulas y motivos que han tenido un fuerte arraigo en las expresiones políticas radicales del siglo XX: la exaltación de la guerra y el guerrero han sido tópicos desplegados al máximo por el fascismo (2009:185).

presente: la figura del héroe muerto, excepcional, la máxima realización de una cultura revolucionaria, perdura como un motivo en las evocaciones actuales (Vezzetti, 2009:202).

A diferencia de la mayor parte de estas investigaciones, nuestra tesis abordara esta problemática a partir del análisis discursivo. También nos diferenciaremos en cuanto al tipo de corpus trabajado. Si la mayoría de estos estudios toma como corpus de análisis documentos de las organizaciones político-militares de los setentas y entrevistas a sus ex militantes, en nuestra tesis seguiremos el camino abierto por Longoni (2007) y haremos un abordaje de distintos géneros discursivos. A diferencia de ella, sin embargo, no utilizaremos testimonios para contrastarlos con los textos. En este sentido cabe hacer una aclaración. Si desde muchas de estas posiciones, testimonios y documentos son diferenciados en cuanto al tipo de aporte que cada uno hace -los testimonios, desde esta perspectiva, aportarían “subjetividad” en contraposición al “dato” suministrado por el documento<sup>17</sup>- para nosotros cualquier tipo de discurso da cuenta de mecanismos sociales de subjetivación, esto es, de las representaciones y creencias propias de la situación de enunciación como también de otros contextos discursivos, lo que llamamos tomando a Courtine (1981) “memoria discursiva”<sup>18</sup>. Esa perspectiva con la cual polemizamos no deja ver que los documentos –tanto como los testimonios como cualquier otro tipo de texto- también nos hablan de subjetividad, de otro tipo que la testimonial porque ya no es el testigo el que habla, sino que es un documento producido y puesto en circulación por una

---

<sup>17</sup> Para Carnovale, los documentos, no sólo proporcionan dato en contraposición a la “subjetividad” de los testimonios, sino que, más bien, producen sospecha, desconfianza pues *“resulta evidente que la información allí contenida y los ‘hechos’ allí narrados, muchas veces son presentados con la evidente intención de exaltar las virtudes emuladas en la militancia (por no mencionar lo que voluntariamente callan de la vida interna de estas organizaciones)”* (Carnovale, 2007b: 160). De ahí puede comprenderse la continua comparación en sus trabajos entre documentos y entrevistas para así poder contrapesar dichas “manipulaciones” que serían, desde este punto de vista, exclusivas de este tipo de documentos. De esta forma, lo testimonial pasaría a funcionar como “variable de control” de la manipulación partidaria. Frente al discurso “hecho” de las organizaciones, le contraponemos “la verdad” de la experiencia del militante (Greco, 2008c).

<sup>18</sup> Courtine (1981) va a introducir la noción de memoria discursiva, idea retomada del trabajo de Pêcheux (1969) : toda formulación posee en su “dominio asociado” otras formulaciones, que repite, refuta, transforma, niega, es decir, respecto de las cuales producen efectos de memoria específicos; pero también toda formulación mantiene con las formulaciones con las cuales coexiste o que le suceden relaciones cuyo análisis inscribe necesariamente la cuestión de la *duración* o la de la *pluralidad de los tiempos históricos* en el corazón de los problemas que plantea la utilización del concepto de “formación discursiva”.

organización en ese mismo contexto histórico. Tal como sucede en el testimonio, en el que se cuelean las representaciones dominantes de una época, en el documento también podemos ver qué mitos, qué visiones del militante y la revolución eran dominantes en ese momento. Como partimos de la opacidad constitutiva del lenguaje (Perez, Raiter y Zullo, 1999), desde nuestra perspectiva el valor de los discursos no reside en los “hechos” o “verdades” que puede aportar sino en poder ver cómo ese discurso se relaciona con otros discursos, que tipo de sujeto e identidades constituye. Al utilizar como de metodología de trabajo al análisis discursivo, los discursos no serán analizados, por consiguiente, en tanto soportes documentales, índices descriptores de acontecimientos sino como instancias de materialización y producción de representaciones sociales, de creencias dadoras de sentido de una práctica determinada. En este caso, una práctica política. Lo anterior significa que, por tanto, no nos preocuparemos por la “veracidad” de las fuentes -como sí lo hace, como hemos visto, en muchas ocasiones la historiografía- sino más bien por las representaciones y creencias que constituyen nuestro corpus de análisis. Dada esta nueva visión de las cosas, la forma de abordar el objeto también debe transformarse: *“una vez lograda la entrevista o identificada la producción lingüística que constituirá el dato, éstas deben ser analizadas como texto: qué tipo de discurso construye cada uno, qué posiciones y lugares simbólicos ocupan los diferentes personajes, su coherencia, qué elementos están conectados con qué otros, etcétera. De lo contrario, sólo se habrá cambiado el tipo de fuente sin haber realizado ningún cambio metodológico”* (Perez, Raiter y Zullo, 1999:61). Es por esto que hemos recurrido al análisis inter e intra discursivo.

### 3.2. Hipótesis y supuestos teóricos

Como decíamos al comienzo, el objetivo principal que atraviesa nuestra tesis es tratar de dar cuenta, a partir de un análisis intra e interdiscursivo, de las creencias que formaban parte del discurso revolucionario del PRT-ERP, especialmente, en lo que respecta a su concepto de “hombre nuevo” y de “moral revolucionaria”. En este sentido, creemos, - como la mayor parte de la bibliografía anteriormente citada y analizada- que la identidad colectiva en cuestión estaba constituida por la creencia en una moral revolucionaria que



hacia del sacrificio y la disciplina las virtudes principales del militante. Como el deber de todo revolucionario era entregarse de “cuerpo y alma” a la lucha armada, nada podía ser más importante ni más sagrado: *todo tenía que subsumirse al deber revolucionario*. De alguna manera, era necesario al mismo proyecto político guerrillero la existencia de una moralidad lo suficientemente rígida y disciplinada como para soportar los sacrificios que exigía semejante situación. Pero, en contraposición a lo afirmado por Pozzi (2004), estas creencias no son exclusivas de esta organización, ni de la época en que se producen dichas prácticas discursivas. Como veremos a lo largo de nuestra tesis, muchos de estas representaciones son constitutivas de las identidades revolucionarias, más allá de ser foquistas, insurreccionales, partidarios de la guerra popular prolongada o de adoptar otras estrategias políticas. Es por ello que hemos recurrido al análisis inter e intradiscursivo. Creemos que mediante el estudio de las memorias discursivas revolucionarias como de otros discursos producidos en ese mismo momento podemos conocer mejor aquella identidad revolucionaria, tanto lo que hay en ella de novedad como de reiteración. Es decir, si el nudo problemático de nuestra investigación es el “hombre nuevo” perretista, a partir de este análisis interdiscursivo trataremos de ver cuánto de viejo y cuánto de nuevo hay en la conformación de esta subjetividad revolucionaria.

Teniendo en cuenta que partimos del supuesto que entiende a las prescripciones morales no como hechos coercitivos sino como deseables, constituyentes de identidades, nos parece interesante y pertinente la interpretación que realiza de dicho concepto el sociólogo Emile Durkheim (2000a). Para este autor, la moral es tanto condición sine qua non de lo social como resultado de la acción social misma, es decir, capaz de configurarse en un sistema de prácticas sociales. En este sentido, y retomando lo afirmado recientemente, los hechos morales no serían sólo hechos sociales en el sentido durkheimiano del término –esto es, meramente coercitivos- sino que sobre todo para ser efectivos deben presentarse a los actores sociales como deseables: *“la noción del deber no agota la noción de lo moral. Es imposible que realicemos un acto sólo porque nos es ordenado, y haciendo abstracción de su contenido. Para hacernos su agente, es preciso que interese en cierta medida a nuestra sensibilidad, que se nos presente bajo algún aspecto como deseable”* (Durkheim, 2000a). Esta trama de representaciones morales –

ideales y valores- compartidas, a su vez, crea realidad: constituye a un colectivo en algo distinto de la suma de individuos que lo componen; configura una identidad (Catoggio, 2004). La moral es intrínseca y necesaria del vivir en sociedad: al asociarse los individuos crean una realidad nueva, de naturaleza simbólica y normativa, que a la vez cohesiona y coordina los intercambios, las interacciones individuales y grupales, en virtud de una autoridad que se deriva de una “conciencia colectiva” compartida y común (Funes, 1998). Teniendo en cuenta lo expuesto anteriormente puede apreciarse la utilidad de esta perspectiva para analizar la efectividad en la interpelación ideológica de una organización. En el caso de esta investigación, la identidad colectiva del PRT-ERP no puede explicarse sólo a partir del carácter piramidal y coercitivo de la organización, más bien debe tenerse en cuenta el aspecto “deseable” en sus rígidas prescripciones morales. Es a partir de la creencia en la legitimidad y validez del mandato partidario que se efectiviza la interpelación ideológica perretista.

El concepto *representaciones sociales* también procede de la sociología de Durkheim y ha sido recuperado por Serge Moscovici (1979) y sus seguidores. La finalidad de este psicólogo social es la de reformular en términos psicosociales el concepto durkheimniano de representación colectiva. Para Durkheim (2000b) las representaciones colectivas son formas de conocimiento o ideación construidas socialmente y que no pueden explicarse como epifenómenos de la vida individual o recurriendo a una psicología individual. Según Moscovici, el concepto de representación social difiere del de representación colectiva en que el primero tiene un carácter más dinámico. Las representaciones sociales no son sólo productos mentales sino que son construcciones simbólicas que se crean y recrean en el curso de las interacciones sociales; no tienen un carácter estático ni determinan inexorablemente las representaciones individuales. También es pertinente la formulación del concepto de cultura de Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas* (1987). La misma va a ser definida como “telaraña de significados” o, más precisamente, como “estructuras de significación socialmente establecidas” (Geertz, 1987). En este sentido, lo simbólico -el mundo de las representaciones sociales materializadas en formas sensibles, también llamadas “formas simbólicas”- no es considerado una *dimensión*

más de lo social sino *constitutivo de todas las prácticas sociales*, y por consiguiente, de toda la vida social.

En el contexto de esta investigación, el término representación refiere a la imagen (mental) que tiene un individuo, es decir, un hablante de cualquier comunidad lingüística, acerca de alguna cosa, evento, acción, proceso que percibe de alguna manera (Raiter, 2001). Esta representación - en la medida en que es conservada y no reemplazada por otra - constituye una creencia (o es elemento de una creencia) y es la base del significado que adquiere cada nuevo estímulo relacionado con esa cosa, evento, acción o proceso. Estas imágenes, representaciones del mundo, constituyen las creencias del sujeto sobre el mundo y, por tanto, forman parte de su accionar (Raiter, 2001). Las representaciones sociales, como tales, son las que trabajan como marco para la formación de las individuales (Raiter, 2001). Que los seres humanos tengan representaciones es permanente; cuáles son esas representaciones formará parte - entre otras cosas - de la concepción del mundo que la comunidad tenga en un momento determinado (Raiter, 2001).

Si partimos de la base que la producción y comprensión lingüísticas no pueden realizarse más que desde los sistemas de creencias propios de una comunidad, dentro de la misma, los contenidos de estas creencias, las imágenes y representaciones construidas deben ser lo suficientemente compartidas como para permitir la comunicación entre sus miembros (Raiter, 2001). Raiter llamará "discurso dominante" a estas representaciones compartidas al interior de una comunidad. El discurso dominante -sistema de referencias social e inconscientemente aceptado- es el que regula la circulación de significados posibles, impone las condiciones de circulación de los signos ideológicos<sup>19</sup>. Como cada enunciado significa en función de una red de significados presentes, la referencia a esos otros discursos es central.

---

<sup>19</sup> Voloshinov critica al objetivismo abstracto, representado por la figura de Saussure y el estructuralismo en general. El lenguaje no es un sistema de signos porque la vida de este está en el entorno social donde circula. El objeto de estudio no es una lengua abstracta, sino el lenguaje tal y como existe en una sociedad concreta. También dará otro concepto de valor. Para Saussure, el valor de un signo es lo que los otros no son. Voloshinov entiende que esta forma de ver los signos es estática, fija y poco tiene que ver con la realidad del funcionamiento del lenguaje en una comunidad. El valor está dado por la ideología dominante en una comunidad, por eso los llamará signos ideológicos (Raiter, 1999a).

No todas las representaciones son necesariamente sociales. Las representaciones que deben ser socialmente compartidas son las que dan cohesión a la comunidad, de modo que sin ellas la comunidad como tal no existiría (Raiter, 2001). En este sentido es pertinente a los efectos de la investigación la definición que hace De Ipola respecto a la constitución de identidades colectivas. Para el autor, una identidad colectiva se constituye a través de la escansión de dos momentos: uno, exterior, prospectivo y a priori, definido por la resistencia a la negatividad encarnada por la amenaza, que anticipa una identidad de grupo elemental y precaria; y otro, interior, retrospectivo y a posteriori, asumido por la creencia como cimiento y garante del pacto social originario y, por tanto, como (re)afirmación de dicha identidad (De Ipola, 1997). La creencia en que el grupo triunfará a la amenaza, logrará sus objetivos, es lo que permite su constitución y perduración en el tiempo (De Ipola, 1997). Si la creencia está en el origen de la identidad colectiva y de la acción cohesionada del grupo, algo en ella debe modificarse para que dicha identidad y dicha acción se disuelvan. De Ipola plantea que el carácter constitutivamente perentorio y, en esa misma medida, inflexible en una creencia -en el caso de esta investigación, la creencia en la irreversibilidad del proceso revolucionario y en la victoria del partido- unido a la derrota del colectivo en la concreción de sus objetivos, concluye por corroer la creencia en cuestión y despoja así al grupo del elemento esencial de su razón de actuar y de ser (De Ipola, 1997).

Como nuestro objetivo es ver hasta que punto esta “nueva” subjetividad produce un cambio en el orden de referencias sociosemióticas, tomaremos el concepto “discurso emergente” de Raiter y Muñoz (1999) que difiere, notablemente, del discurso opositor. En contraposición a lo que sucede cuando emerge un discurso nuevo, productor de una nueva red discursiva, el discurso opositor no puede más que fortalecer al discurso dominante pues lo niega en sus mismos términos, reproduciendo la vigencia de ese valor. Esto es, precisamente, lo que sucede con la negación polémica (García Negroni, 1998b). A diferencia de esta oposición que no hace más que legitimar el orden de cosas, el discurso emergente niega el sistema de referencias que sostiene al discurso dominante e impone sus propios tópicos a discutir. Este tipo de discurso funciona como un nuevo eje de referencias, diferente de cuanto ha sido enunciado con anterioridad, que funciona constituyendo una nueva formación discursiva (Raiter, 2003). Un discurso se transforma en emergente, por

tanto, cuando el discurso dominante no puede calificarlo de ningún modo, perdiendo, de esta forma, iniciativa discursiva: ahora es él el que debe responder a ese nuevo discurso.

### 3.3. Cuestión de método

Partimos de la concepción metodológica de Irene Vasilachis de Gialdino que plantea la posibilidad de coexistencia de diferentes paradigmas epistemológicos en la práctica de investigación en las ciencias sociales (Vasilachis de Gialdino, 1992). A esta posibilidad corresponde en el plano metodológico la triangulación, esto es, la combinación de metodologías para el estudio del mismo fenómeno. Lo anterior supone la combinación en una misma investigación de variadas observaciones, perspectivas teóricas, fuentes de datos y metodologías. Estas heterogéneas fuentes y metodologías deben poder integrarse, conformar una unidad diversa pero coherente. El supuesto que subyace a esta posición es que las debilidades de cada método individual van a ser compensadas por la fortaleza contrabalanceadora del otro. La estrategia fundamental del abordaje multimétodo es atacar el problema a investigar con un arsenal de métodos que no superpongan sus debilidades y que puedan agregar sus ventajas complementarias.

En este sentido, nuestra investigación no sólo estaría realizando una triangulación teórico-metodológica, sino también de diferentes datos –temporales, espaciales y de personas- pues no sólo nos proponemos realizar un análisis del discurso dominante de ese momento histórico sino también comprender en términos políticos y sociales la identidad colectiva de la organización guerrillera PRT-ERP. La triangulación de métodos va a ser intraparadigmática pues las teorías de las que partiremos, a pesar de tener sus diferencias, pertenecen todas al mismo paradigma, nacido a partir del denominado “giro lingüístico”<sup>20</sup>,

---

<sup>20</sup> El término “giro lingüístico” tiene un sentido más bien difuso (Palti, 1998). En un sentido más estrecho, remite a las filosofías del lenguaje, las que, a su vez, se asociarían a la llamada “escuela analítica” (Palti, 1998). En un sentido más amplio, que es el que tomamos como base, el “giro lingüístico” remite a la idea de que nuestro conocimiento del mundo es lingüístico, no factual (Ayer, 1946). Según esta última definición, los estudios que tomen en cuenta esta problemática deben concentrarse en los modos de producción, apropiación y circulación social de los sentidos. A partir de 1980, momento en que comenzó a predominar esta visión de las cosas, el foco de la producción historiográfica en su conjunto se desplazó, por tanto, hacia estos modos de

que considera a las representaciones sociales y al discurso constitutivos de la práctica social y de las identidades colectivas. Para ello intentaremos recuperar las representaciones sociales cristalizadas y producidas en los distintos textos analizados, y aunque utilicemos distintos métodos para hacerlo, la búsqueda y el tipo de datos tendrán características similares. Haremos una breve descripción de cada una de las corrientes teórico-metodológicas utilizadas.

### 3.3.1. Las memorias discursivas. Un breve recorrido por la “Escuela francesa” de análisis del discurso.

En el presente apartado introduciremos algunos de los conceptos de lo que se conoce como “Escuela francesa” de análisis del discurso, pertinentes a nuestra investigación. Siguiendo a Malidier (1990), si en un primer momento el concepto “formaciones imaginarias”<sup>21</sup> va a ser central en el modelo teórico desarrollado por Michel Pêcheux, fundador de dicha corriente, a partir de 1975 va a haber una fuerte presencia de la teoría lacaniana y althusseriana. De esta forma, va a producirse una ruptura con el sujeto psicológico como fuente de la producción del sentido, alejándose tanto de la noción de sujeto trascendental como del sujeto empírico de la sociología.

---

producción, reproducción y transmisión de sentidos en los distintos períodos históricos y contextos culturales (Palti, 1998:20-21). La asunción del hecho de que la red de significados intersubjetivamente construidos no es un mero vehículo para representar realidades anteriores a ella, sino que forma parte de nuestra experiencia histórica, posibilitó el quiebre de las polaridades propias de la antigua historiografía entre el sujeto y objeto de estudio (Palti, 1998:21).

<sup>21</sup> Con este concepto va a hacer referencia a los lugares que tanto A como B se atribuyen a sí mismos y al otro en cualquier intercambio discursivo; la imagen que se hace de su propio lugar y del lugar del otro (Pêcheux, 1969). Estas formaciones resultan de procesos discursivos anteriores (que surgen de otras condiciones de producción) que han cesado de funcionar pero que han dado nacimiento a “temas de posición” implícitas que aseguran la posibilidad del proceso discursivo tenido en cuenta (Pêcheux, 1969). Por todo esto va a plantear que el discurso está siempre atravesada por lo “ya oído” y lo “ya dicho”, a través de los cuales se constituye la sustancia de las formaciones imaginarias enunciadas (Pêcheux, 1969).

Después de 1980 la teoría tiene una influencia aún mayor del psicoanálisis lacaniano. La investigación de los problemas alrededor del “triple real de la lengua, de la historia y del inconciente” va a permitir trabajar la cuestión discursiva desde la heterogeneidad. Como dentro de una misma “formación discursiva”<sup>22</sup> puede haber diferentes posiciones de sujeto, se puede trabajar el concepto de *heterogeneidad discursiva* dentro de aquella. A través de este concepto, integra trabajos lacanianos (Discurso del Otro) con el análisis del discurso (interdiscurso y memoria discursiva). En “Remontémos de Foucault a Spinoza” (Pêcheux, 1980), a partir de esta nueva visión acerca de la heterogeneidad discursiva, Pêcheux va a plantear que la burguesía y el proletariado, dominantes y dominados, no son entidades plenas y contrapuestas, sino que ambos están atravesados por la contradicciones propia del régimen burgués. Como la burguesía y el proletariado se formaron juntos en el modo de producción capitalista, bajo la dominación de la ideología burguesa, el proletariado no pertenece a otro mundo que encerraría *su propia ideología*. Esta es una falsa concepción de la ideología dominada: en realidad no se trata únicamente de una dominación externa, sino, sobre todo- de una dominación interna; es decir, una dominación que se manifiesta en la organización misma de la ideología dominada. Lo anterior significa, de manera simultánea, que el proceso histórico por el cual la ideología dominada tiende a organizarse "sobre su propia base" como ideología proletaria paradójicamente permanece en contacto con la ideología burguesa, precisamente en la medida en que realiza su destrucción. Por lo tanto, a propósito de la ideología, se trata de pensar *la contradicción de dos mundos en uno solo*.

Si se propone que todo discurso producido se ubica en un proceso discursivo que lo determina, bajo la forma de elementos preconstruidos<sup>23</sup> -es decir, producidos en otros

---

<sup>22</sup> El término “formación discursiva”, aparece en 1969 con el trabajo de Foucault, *La arqueología del saber*. A partir de la reapropiación de este concepto, la escuela francesa de análisis del discurso podrá oponer a las “definiciones empíricas” de las condiciones de producción discursivas, un conjunto de definiciones teóricas que aparecen desde 1971 en análisis del discurso bajo el término “formación discursiva”, esto es, las condiciones que determinan lo que puede y debe decirse, a partir de una posición dada en una coyuntura determinada (Fuchs y Pêcheux, 1978).

<sup>23</sup> “Preconstruido” es un término, introducido por P. Henry y retomado por M. Pêcheux, que representa una construcción anterior, exterior, independiente, en oposición a lo que se construye en la enunciación. Marca la existencia de un desfase entre el interdiscurso como lugar de construcción de lo preconstruido, y el intradiscurso, como lugar de la enunciación por un sujeto: un elemento del interdiscurso se nominaliza y se

discursos con anterioridad e independientes de él- que se reproducen por su intermedio bajo la determinación de su interdiscurso, la constitución de un corpus discursivo sincrónico, producirá, para Courtine (1981) un olvido del interdiscurso, con la modalidad de la desaparición del carácter preconstruido de ciertos elementos que todo discurso encierra. Como todo conjunto de discurso (discurso comunista, discurso socialista, etc.) debe pensarse como unidad dividida, en una heterogeneidad con relación a sí misma, sólo a partir de la conformación de un corpus discursivo que conjugue lo sincrónico con lo diacrónico, podemos detectar aquellas huellas interdiscursivas constitutivas de todo texto. El estudio de un proceso discursivo en el seno de una formación discursiva dada, no es disociable del estudio de la determinación de ese proceso discursivo mediante su interdiscurso pues lo propio de su funcionamiento es simular, en la transparencia del sentido que allí se forma, el hecho de que eso habla siempre antes, fuera, o independientemente, es decir, bajo la dependencia del interdiscurso (Courtine, 1981).

El interdiscurso funciona, así, como un discurso transversal, a partir del cual se realiza la articulación mediante la cual el sujeto enunciador da coherencia "al hilo de su discurso": el intradiscurso de una secuencia discursiva, aparece en esta perspectiva como un efecto del interdiscurso sobre sí mismo. A la existencia vertical interdiscursiva de un sistema de formación de los enunciados que aseguran al discurso la permanencia estructural de una repetición, responde la existencia horizontal intradiscursiva de la formulación, donde la enunciación puede producir una variación coyuntural. La relación entre interdiscurso e intradiscurso se juega en este efecto discursivo particular, cuando una formulación-origen regresa a la actualidad de una "coyuntura discursiva" designada como "efecto de memoria" (Courtine, 1981). Este efecto contiene tres dominios diferentes:

- *Dominio de memoria*: está construido por un conjunto de secuencias discursivas que preexisten a la red discursiva de referencia, son anteriores.

---

encadena en el intradiscurso con forma de preconstruido, es decir como si este elemento ya se encontrara allí de antemano (Courtine, 1981).



-*Dominio de actualidad*: está formado por un conjunto de secuencias discursivas que coexisten con red discursiva de referencia en una coyuntura histórica determinada; las secuencias discursivas reunidas en un dominio de actualidad se inscriben allí en la *instancia del acontecimiento*.

-*Dominio de anticipación*: si existe el *siempre-ya* del discurso, puede agregarse que existirá el *siempre-aún*.

Partiendo de estos supuestos es que hemos decidido incluir como corpus de nuestro análisis las novelas de Ostrovski y Fúcik como también las de Cortázar y Urondo. A través de este análisis que conjuga lo diacrónico con lo sincrónico trataremos de ver de qué forma atraviesan estos diferentes dominios los discursos de la organización revolucionaria objeto de nuestra investigación para así poder comprender mejor aquel universo de sentido constitutivo de su práctica política.

### 3.3.2. Análisis argumentativo y representaciones colectivas

Ruth Amossy (2000), -autora que retoma varios de los supuestos de la “Escuela francesa” de análisis del discurso como de la teoría de la argumentación de la lengua y el análisis retórico-, va a tomar como base de su propuesta analítica la distinción de O. Ducrot entre topoi intrínsecos y extrínsecos (Ducrot, 1988). La diferencia entre unos y otros es que, mientras los primeros están determinados por los constituyentes tópicos de la significación de las palabras de la oración, los segundos se sirven de una creencia presentada como compartida por una cierta comunidad lingüística (García Negroni, 1998a). Su utilización para fundamentar encadenamientos argumentativos tiene como finalidad la construcción de representaciones ideológicas (Amossy y Pierrot, 2005). De esta forma, el objetivo del análisis argumentativo es encontrar los elementos dóxicos constitutivos de la argumentación en su manifestación social e ideológica tanto como en su inscripción en la lengua (Amossy y Pierrot, 2005). También va a tomar el concepto de Pêcheux “preconstruido”, formas de encastramiento de la sintaxis -como las nominalizaciones o las

construcciones epitéticas- que presentan al elemento como si ya estuviera ahí, como el efecto de una predicación anterior, naturalizándolo. El elemento preconstruido es previo al discurso, no afirmado por el sujeto enunciador, no sometido a la discusión y cuyo origen discursivo ya hemos olvidado (Amossy y Pierrot, 2005).

Este tipo de análisis se diferencia del análisis conocido como ideológico pues mientras éste último se dedica esencialmente a denunciar una visión de mundo alienada en nombre de una clarividencia venida de afuera, el análisis argumentativo busca comprender cómo los elementos de un saber compartido autorizan una operación de persuasión (Amossy, 2000). De esta forma, el análisis de la argumentación descubre las capas dóxicas sobre las que se construye el enunciado sin por ello tomar partido sobre su valor o su grado de nocividad. Su objetivo consiste en describir un funcionamiento discursivo y estudiar las modalidades según las cuales el discurso busca construir consenso, polemizar contra un adversario, conseguir un impacto en una determinada situación de comunicación. Si el análisis argumentativo puede ser llamado crítico, es entonces en el sentido de que expone a la luz del día los elementos dóxicos que la argumentación presenta a menudo como si fueran de suyo; pero su vocación no es reenviarlos a una ideología juzgada como condenable en nombre de una determinada verdad, cualquiera sea (Amossy, 2000).

El sujeto que subyace a esta corriente teórica –enmarcada, como ya dijimos, en la “Escuela francesa” de análisis del discurso- es un sujeto de desconocimiento, un sujeto sujetado por la lengua; en términos psicoanalíticos, un sujeto atravesado y constituido por el inconsciente. El análisis de la argumentación en el discurso concibe a la argumentación como anclada en una doxa que atraviesa, a su pesar, al sujeto hablante, que lo ignora tanto más cuanto que está profundamente inmerso en ella (Amossy, 2000). Si la argumentación implica una intencionalidad y una programación, ellas se conciben tributarias de un conjunto dóxico que condiciona al locutor y del cual, la mayor parte de las veces, lejos está de tener una clara conciencia. Aquí se encuentra la mayor diferencia con la retórica pues ésta supone la existencia de un locutor racional y soberano que “utiliza” las estrategias retóricas pero no está mediado por las mismas.

El conocimiento de una doxa que toma la forma de una ideología consagrada, o de corrientes dóxicas en conflicto, es necesario para efectuar un análisis pertinente de la argumentación en el discurso. Va a utilizar junto con la noción de doxa - la opinión común, el conjunto vago de creencias y opiniones que circula en una colectividad- la de discurso social o interdiscurso (Amossy, 2000). Las nociones de elemento dóxico y de interdiscurso permiten así marcar hasta qué punto el intercambio argumentativo es tributario de un saber compartido y de un espacio discursivo, sin conferir a esos materiales preexistentes una sistematicidad demasiado grande (Amossy, 2000).

En lo que se refiere estrictamente a las particularidades que presenta un texto literario, para la autora, el análisis argumentativo se realizará a partir de la relación que narrador, autor y personajes tejen con el narratorio (Amossy, 1998). A pesar de las diferencias existentes entre textos ensayísticos y panfletarios con los literarios, al ser la argumentación un hecho del discurso (y no de la lengua) inherente a toda interacción verbal, los une la dimensión argumentativa. Desde esta perspectiva, por tanto, el relato de ficción, así como cualquier otra manifestación discursiva, comporta una dimensión argumentativa que coexiste con la narrativa o descriptiva. El texto literario puede abrir u orientar un debate, desvelar o aclarar una problemática. La argumentación en un texto literario puede poner de manifiesto una situación sin proponer una solución unilateral a diferencia de otros géneros discursivos. Como su objetivo no es la persuasión en sí misma, la obligación de univocidad desaparece. La heterogeneidad de visiones, la contradicción entre las mismas, pueden convertirse en parte interesante del tipo de argumentación que se produce en el texto literario. Desde esta perspectiva, entonces, la argumentación no se reduciría a los textos que intentan hacer aceptar una tesis, sino también a aquellos que hacen compartir un punto de vista sobre lo real, refuerzan los valores u orientan a la reflexión. El relato de ficción busca actuar sobre el lector. En este marco, el estudio argumentativo de los textos de ficción se ubican entre el análisis retórico y el análisis pragmático.

La fusión de la visión retórica con los elementos dialógicos del análisis pragmático permite también dar cuenta de la dimensión social. Esta aparece en la posición que ocupan los participantes en función de los papeles que autorizan: a) un género del discurso

instituido; b) una situación institucional particular o c) un imaginario social. El modo de intervención del escritor y su autoridad corresponde a su posición dentro del campo literario. La interacción argumentativa depende también de restricciones exteriores al discurso: el espacio institucional en el que se inscribe el discurso y la posición de los participantes; las normas de interacción que este marco autoriza o excluye. Esta autoridad del escritor también proviene del ethos construido en su discurso, y este es tributario de un imaginario social. El Yo que toma la palabra en el texto se encuentra así confrontado con imágenes previas (por ejemplo, la del intelectual de izquierda, etc) que le incumbe movilizar o corregir en su provecho. De esta forma, el estudio del dispositivo enunciativo es tributario de la interdiscursividad, de la polifonía, de los géneros discursivos, de la situación institucional y del imaginario social.

### 3.3.3. Lingüística crítica

Los máximos exponentes de esta corriente teórica y metodológica, Hodge y Kress, publicaron en 1979 -y ampliaron en 1993- *Language as ideology*. Este libro -posterior a los trabajos realizados por Trew, Fowler y otros, publicados en *Lenguaje y Control* (1979)- viene a sistematizar algunas de las ideas más importantes de esta corriente lingüística. Una de sus tesis principales es que la gramática de una lengua es su teoría sobre la realidad (Hodge y Kress, 1993). Para poder realizar este tipo de análisis van a tomar el aporte de la lingüística sistémica funcional de Halliday (1978). Como Halliday, la lingüística crítica también plantea que el lenguaje funciona dentro de la estructura social como un sistema de opciones entre las cuales los hablantes hacen elecciones de acuerdo a sus circunstancias sociales. Desde esta perspectiva, la lengua ofrece no sólo un conjunto existente de clasificaciones, sino que también permite realizar un conjunto de operaciones para facilitar al hablante una clasificación o reclasificación de la realidad. El proceso de clasificación no es, por consiguiente, ni totalmente libre ni totalmente restringido. La clasificación y, por tanto, el lenguaje es un proceso viviente (Hodge y Kress, 1993).

Tomarán al lenguaje como a un conjunto relacionado de categorías y procesos<sup>24</sup>. Lo que más nos interesa de esta perspectiva para nuestro análisis es la distribución de participantes como agentes o afectados, como activos o pasivos en los procesos de transacción causal. Allí reside la cuestión central de la problemática ideológica (Trew, 1979). También es importante el análisis de la modalidad pues este sistema refleja relaciones sociales de manera precisa y sensible, traduciendo diferentes clases de conflictos y contradicciones en forma de negación, petición, orden, etc. Por este y otros medios, las estructuras de la sociedad son internalizadas y se vuelven parte de la conciencia del individuo (Hodge y Kress, 1993).

Estos autores plantearán la necesidad de una nueva teoría del lenguaje que ponga en cuestión la estructura estática de la lengua saussureana y que tome como indiscutida la interdependencia entre lenguaje y poder, sentido y proceso social. Opondrán la noción de “convencionalidad” a la de “arbitrariedad” en la unión entre significante y significado definida por Saussure. El signo lingüístico, para estos autores, es siempre un conjunto motivado y significado (Hodge y Kress, 1993). En este contexto, la ideología aparece en un conjunto contradictorio de visiones de la realidad cuyas contradicciones son intrínsecas a su función. Llamarán a este conjunto un complejo ideológico. Son dos los componentes que contribuyen al carácter contradictorio de los complejos ideológicos. El primero es un componente que representa al mundo en un modo que desdibuja diferencias, antagonismos, conflictos de intereses. Llaman a esta función “solidaridad”. El segundo expresa el interés del grupo contra los otros, exagera la diferencia, esta es la función “poder”. Las dos formas interactúan de manera compleja en las actuaciones retóricas. El significado no existe fuera de procesos discursivos y semióticos. Los significados, por tanto, se realizan en formas lingüísticas de todas las clases. El poder es un efecto del discurso (proceso de construcción y circulación de signos). Por esta razón, las operaciones de poder sólo pueden

---

<sup>24</sup> Este tipo de análisis también continúa con el propuesto por la lingüística sistémico funcional. La primera parte de este procedimiento requiere la distribución en términos de procesos y de participantes, y después la utilización de este ordenamiento como base para abstraer la distribución de los agentes y de las interacciones entre los participantes. El término “proceso” refiere para Halliday (1978) a todos los fenómenos a los que va ligada una especificación de tiempo (Trew, 1979).

ser estudiadas vía textos (Hodge y Kress, 1993). A diferencia de la perspectiva expuesta con anterioridad, esta corriente se reconoce como crítica ideológica (Fairclough, 1998).

Fairclough va a complejizar y retomar supuestos tanto de la escuela francesa como de la lingüística crítica. Distingue tres aspectos de los efectos constitutivos del discurso: 1) contribuye a la construcción de las identidades sociales; 2) ayuda a construir las relaciones entre las personas; 3) contribuye a la construcción de los sistemas de creencia y conocimiento. Estos tres efectos corresponden respectivamente a las tres funciones del lenguaje y las dimensiones del significado que coexisten e interactúan en todo discurso, las cuales denomina, siguiendo a Halliday (1978), como funciones de identidad, relacional e ideacional (Fairclough, 1998)<sup>25</sup>.

Para este autor, la práctica discursiva contribuye tanto a la reproducción social como a su transformación. Las relaciones de poder son concebidas como contradictorias. Las determinaciones de los elementos pueden ser líneas de tensión. Los resultados de tales luchas pueden dar lugar a rearticulaciones entre el orden local del discurso en un orden social del mismo. También los límites entre los elementos pueden alterarse de modo fuerte o relativamente débil dependiendo de su articulación común. Los elementos del orden social y local del discurso son potencialmente experimentables como estructurados contradictoriamente y, de este modo, al tener una existencia política e ideológicamente marcada, convertirse en el foco de luchas para desmarcarlos o remarcarlos (Fairclough, 1998). La práctica discursiva, la producción, distribución y consumo de los textos constituye una faceta de la lucha hegemónica que contribuye en diversos grados a la reproducción o transformación de las relaciones de poder (Fairclough, 1998).

---

<sup>25</sup> Las primeras dos están agrupadas en lo que Halliday (1978) denomina función interpersonal del lenguaje: permite establecer y mantener relaciones sociales, determinar roles comunicativos, grupos sociales y consolidar la identidad de los hablantes. La función ideativa es la que posibilita organizar nuestra experiencia y conformar nuestra visión del mundo (ver Halliday, 1978).

**CAPITULO I: Memorias discursivas del sacrificio revolucionario. Un análisis de dos lecturas “obligatorias” de la izquierda setentista: *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*.**

En este capítulo, analizaremos dos textos literarios que tuvieron una importante recepción en la militancia revolucionaria de los sesentas y setentas argentinos: *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski –publicada por vez primera en la URSS en 1935 - y *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fúcik –publicada post mortem en Alemania en 1950- (Longoni, 2007:178) <sup>26</sup>. Nuestro interés en analizar ambos textos reside no sólo en el factor señalado, sino también en lo que hace al objeto de nuestra investigación. Tanto uno como otro producen modelos de militantes heroicos, figuras ideales de la entrega al Partido, presentadas como necesarias para poder conseguir la victoria en los distintos procesos revolucionarios. Como indica el título del presente capítulo, tomaremos como eje de nuestro análisis la noción de memoria discursiva trabajada por Courtine (1981). Desde esta perspectiva, los discursos se encuentran unidos verticalmente por una memoria que se actualiza en el acto enunciativo. De esta forma, más allá de los distintos momentos en que fueron producidos los discursos, haremos especial hincapié en aquellos lugares comunes que constituyen la materialidad textual, los preconstruidos interdiscursivos que forman parte de estas memorias, las memorias del sacrificio revolucionario. En aquellos elementos interdiscursivos, que atraviesan y constituyen los textos considerados, se encuentran las condiciones de producción de los discursos que analizaremos a lo largo de nuestra investigación. Como dijimos en la introducción, el objeto de nuestro análisis es la moral militante y el “hombre nuevo” que ella implica y construye. A través del análisis de estos dos textos, intentaremos dar cuenta de las memorias discursivas (Courtine, 1981) que formaban parte del interdiscurso setentista, constitutivo del discurso de la organización objeto de nuestro estudio: el PRT-ERP. Creemos que sin conocer este universo discursivo sería difícil poder comprender aquellas condiciones de producción que hicieron posible la

---

<sup>26</sup> A parte de la bibliografía citada, pudimos comprobar este alto nivel de recepción en entrevistas realizadas a Pablo Pozzi, historiador estudioso de la guerrilla y ex militante del PRT-ERP.

emergencia de los discursos revolucionarios setentistas, tanto la novedad que ellos traen consigo como el pasado que se actualiza en su enunciación.

## 1. Las introducciones

Tanto *Así se templó el acero* como *Reportaje al pie del patíbulo* tienen una característica en común: ambos relatos se encuentran en los límites entre la realidad y la ficción, fuertemente atravesados por el género autobiográfico<sup>27</sup> (Arfuch, 2002). Como podremos ver en el transcurso del análisis, ambos textos pueden leerse como testimonios de una época y, a la vez, como legados a continuar en el presente<sup>28</sup>. Tanto la muerte sacrificial de Fúcik, como la dura vida de Korchaguin/Ostrovski, entregada en todo momento a los designios y mandatos del Partido –que son los de la Revolución- marcan un camino a seguir: para triunfar en esta guerra, la guerra revolucionaria, es necesario entregarse “de cuerpo y alma” a la causa. Lo individual es desplazado por completo por lo colectivo. Quien no actúe de esta forma será descalificado de forma definitiva, condenándolo al vacío de una existencia sin sentido, servil a la dominación burguesa y a su perpetuación. En este sentido, cabe aclarar que desde la lectura retrospectiva de los setenta, ambos discursos son victoriosos y esto en un doble sentido: tanto en lo colectivo –en un caso, la consolidación de la revolución rusa; en el otro, la derrota del nazismo- como en lo individual –ambos personajes lograron entregarse al Partido hasta las últimas consecuencias-. De ahí la fuerza prescriptiva que tenían para la militancia de izquierda su lectura y emulación.

---

<sup>27</sup> Siguiendo a Arfuch (2002), lo propio del género autobiográfico es la construcción del narrador como otro. En este sentido, las diferencias entre el narrador autobiográfico y el literario comienzan a esfumarse. Este extrañamiento del autobiógrafo, independientemente de compartir el mismo contexto en el que sucedió la experiencia, no difiere del narrador ante cualquier materia artística. Es este *valor biográfico* –heroico o cotidiano- que impone un orden a la propia vida –la del narrador, la del lector-, a la vivencia fragmentaria y caótica de la identidad, lo que constituye una de las mayores apuestas del género autobiográfico. No es el contenido del relato lo que importa, sino más bien las estrategias –fccionales- de auto-representación; qué historias cuenta alguien de sí mismo o de *otro yo*. La vida como producto de la narración. Lo simbólico/narrativo como constituyente identitario.

<sup>28</sup> Si en el texto de Ostrovski, los personajes -si bien, como veremos en el prefacio de Karavaeva, comparten similitudes con los de la vida real del autor- tienen nombres ficticios y el relato está escrito en tercera persona por un narrador más bien omnisciente, en el texto de Fúcik los personajes son reales. El relato, escrito en primera persona, es sobre su propio sacrificio y muerte en la cárcel de la Gestapo.



Como ambos relatos son presentados por textos introductorios, y teniendo en cuenta el nivel condicionante que puede tener la presentación de una obra por otro enunciador, calificado y prestigioso, que da su punto de vista sobre la misma, decidimos incluir dichos textos en nuestro análisis. Creemos que, al construir una lectura “válida” o “posible” de la obra, pueden ayudarnos a desentrañar formas probables de recepción y reapropiación de los mismos en la militancia setentista.

Comenzaremos nuestro análisis con la novela soviética *Así se templó el acero*. Como dijimos anteriormente, analizaremos primero la forma en que son presentados el texto y su autor en el prefacio elaborado por Anna Karavaeva, editora responsable de la revista que publicó su primera edición en Moscú. Desde uno de sus primeros párrafos, podemos ver como se construye una relación de paralelismo entre el autor y el protagonista heroico de la novela, desafiando, de esta manera, los límites entre realidad y ficción. Teniendo en cuenta la pertenencia de dicha novela a lo que se conoce como “realismo socialista”<sup>29</sup>, el texto deviene dispositivo de adoctrinamiento para el desenvolvimiento correcto del sujeto militante en las condiciones revolucionarias:

Nikolai Ostrovski no sólo vive en sus libros: el mismo es una imagen heroica, una de las personalidades más brillantes y fuertes de nuestra época.

La naturaleza fue despiadada con él: lo privó de su salud, de los brazos, la pierna y la vista. Pero él se sobrepuso a la impotencia del cuerpo, a la enfermedad incurable, a la pena, a la debilidad y al abatimiento y, como vencedor, afirmó la vida, la creación y la lucha. La voz de este ardoroso bardo de la juventud bolchevique cantó con maravillosa fuerza lírica a todo

---

<sup>29</sup> El “realismo socialista” tiene sus raíces en el neoclasicismo y las tradiciones realistas de la literatura rusa del siglo XIX, cuyo exponente máximo es la obra de Máximo Gorki. Para esta corriente, impuesta como política oficial de Estado en 1932, el verdadero arte es el que describe y exalta la lucha del proletariado hacia el progreso socialista. Su objetivo principal será, por tanto, educar al pueblo en las miras y significado del socialismo. No podemos hablar de “realismo socialista” sin hablar, también, del “stalinismo”. En tanto conjunto de prácticas centralizadas e ideología oficial, puede decirse que el “stalinismo” comenzó en la URSS hacia 1929 y alcanzó su mayor vigor a mediados de 1930. Los estudios más sistemáticos marcan al bienio 1932-1934 como momento de su cristalización. A partir de 1934 el “gran terror” sumió a millones de ciudadanos soviéticos y se llevó a cabo el exterminio de la mayor parte de las figuras centrales de la revolución bolchevique (Beigel, 2003).

el país de los soviets y al mundo entero la combativa y luminosa canción de la lucha y la victoria del socialismo (Karavaeva, 1990: X).

Aquí podemos ver cómo se construye discursivamente la imagen del héroe. Así como hace Ostrovski con el protagonista de *Así se templó el acero*, la autora narra como se construyó el carácter duro e invencible del autor. Contrario al lugar común aquí discutido, a pesar de estar privado de salud -al igual que el personaje principal de la novela- nunca abandonó la lucha por el socialismo, sino que “se sobrepuso” y “como vencedor, afirmó la vida, la creación y la lucha”.

Como también veremos en el relato de Fúcik, se hace hincapié en la alegría, en la vida, y no en la “lo efímero de la existencia física”: “*¡Fuera los recuerdos dolorosos! Dejémoslos a un lado, rechacemos ese tributo inevitable a lo efímero de la existencia física y pongamos los ojos en el inagotable y poderoso manantial de la vida...*” (Karavaeva, 1990: X). La muerte del héroe, por tanto, no es tristeza, pues la vida es vista desde una perspectiva colectiva, no individual. En tal caso, la muerte del héroe abona este camino a la victoria final, que no es más que la Vida (con mayúscula).

Otro tema que atraviesa la representación que Karavaeva realiza del autor, es la disciplina partidaria y su lugar primordial respecto a los demás aspectos de la vida. Veamos un fragmento de la carta citada en el prefacio: “*A pesar del peligro, no pereceré tampoco esta vez, aunque sólo sea porque no he cumplido aún la tarea que me ha marcado el Partido. (...) el deber está por encima de todo. Así que me pronuncie por cinco años más, como mínimo. Dime, Anna, ¿dónde encontrarás un loco que quiera marcharse de la vida en una época tan maravillosa como la nuestra?*” (Karavaeva, 1990: XVII). Desde esta posición enunciativa, la tarea del Partido, el deber, está por encima de todo y esta es la motivación principal para continuar con vida. Desde aquí podemos entender aquella dicha que, según Karavaeva, iluminó el rostro del autor cuando el Ministerio de Defensa le hizo entrega de la cartilla militar. A pesar de las dificultades físicas que le impedían combatir militarmente -también de igual forma que en su personaje- seguía haciéndolo pero de otro modo; en estas nuevas condiciones la única arma que podía empuñar era la literatura.

Ahora analizaremos como aparece otro tópico que hace a nuestra investigación y que es sucesivamente construido como objeto de discurso: el amor y las relaciones de pareja. Como relata Karavaeva, en una conversación que tuvo con Ostrovski, hablaron acerca del concepto de amor que se ponía en juego en su obra. Como analizaremos en el capítulo siguiente, cuando trabajemos el texto del PRT, desde esta perspectiva, amor y camaradería van de la mano. De lo contrario, es sólo placer egoísta, “un juguete”: “*-Puede haber amistad sin amor, pero el amor sin amistad, sin camaradería, sin intereses comunes, es mezquino... Eso no es amor; es, simplemente, placer egoísta, un juguete...*” (Karavaeva, 1990: XXI).

Amor sin militancia, sin camaradería en la lucha era casi inconcebible desde esta perspectiva. Así podemos verlo en el siguiente fragmento: “*-Era una chica buena y cordial, pero no valía para la lucha. Eso ocurría a muchos: no sabían luchar por la causa común y no lograron encarrilar su vida*” (Karavaeva, 1990: XXI). Esta chica, la “Tonia<sup>30</sup> de la vida real”, si bien era buena y cordial, “no valía para la lucha”. El “pero” marca ese cambio en la orientación argumentativa (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): si bien es importante ser “bueno y cordial” más lo es valer para la lucha. No saber luchar por la causa común es construido como sinónimo de vida descarrilada, incorrecta. “No valer para la lucha” equivale a “no valer para casarse”.

A diferencia del prefacio a *Así se templó el acero*, el prólogo al texto de Fúcik escrito por Alfredo Varela -escritor comunista y traductor “oficial” de la obra al español- fue realizado especialmente para su reedición argentina (Longoni, 2007:180). Para dar cuenta de las causas que motivaron su reimpresión, da los siguientes argumentos: “*Se imponía esta nueva edición que ahora sale al encuentro del gran público y sobre todo de los jóvenes, de esta nueva generación nuestra tan fértilmente inquieta, tan ansiosa de ser ayudada en la búsqueda de su ruta por el ejemplo de los que -como Fúcik- pusieron generosamente en el combate por la vida lo mejor de sí mismos, la magia de sus sueños y el fecundo abono de su acción*” (Varela, 1965:5). En primer lugar, podemos ver como se

---

<sup>30</sup> Personaje de la novela que, como veremos más adelante, tiene un romance frustrado con el protagonista precisamente por no pertenecer al Partido

despersonaliza la acción de reeditar la obra mediante el borramiento del actor de la acción (Hodge y Kress, 1993). De esta forma, puede quedarnos cierta duda acerca de las causas que motivaron hacerlo ya que pareciera que “se impuso” por ella misma. Sin embargo, más abajo, podemos ver cómo aparecen distintos actores y relaciones que nos ayudan a comprender mejor quienes son los implicados en esta acción: el “gran público” pero sobre todo los “jóvenes”; “la nueva generación” que está “inquieta” y “ansiosa de ser ayudada” para poder lograr su sueño: el sueño revolucionario. Por consiguiente, si bien en un principio parecía ser algo que “se imponía” casi por su propio peso, podemos ver que no es tan así. Esta búsqueda de las “nuevas generaciones” parece explicar y dar sentido a la reedición de la obra. Estos “jóvenes” o “nuevas generaciones” con ansias revolucionarias aparecen como destinatarios primeros de la presente edición. De esta manera, el relato queda presentado de tal forma que no podemos ver en él más que un ejemplo, “el ejemplo de los que –como Fúcik- pusieron generosamente en el combate por la vida lo mejor de sí mismos, la magia de sus sueños y el fecundo abono de su acción”. Desde este punto de vista, esta vida, objeto del relato, no es la vida y el sacrificio de Fúcik, sino que es la historia (y el deber) de una generación; es la historia y testimonio de los hombres y mujeres interpelados por el llamado revolucionario, la representación de su más probable destino, que no es triste, sino todo lo contrario, pues todos los dolores sufridos van a ser redimidos en el futuro victorioso.

En el relato de Varela, la narrativa de Fúcik es un canto a la alegría y al amor, pero también es un llamado, un reclamo de confianza y coraje, pues sin ambas será imposible lograr el objetivo: “... *estas páginas redactadas de prisa, en espera del nudo corredizo, constituyen sin embargo un cálido y luminoso mensaje de amor a la vida y a los hombres, a los que hasta su última línea reclamó confianza y coraje*” (Varela, 1965:6). Aquí podemos ver cómo el enunciador desmonta un lugar común que se batallará a lo largo del relato en su conjunto: esperar el nudo corredizo, tener certeza del propio deceso, no debe implicar, como niega ese “sin embargo”<sup>31</sup>, desesperanza y desilusión, sino todo lo contrario. La

---

<sup>31</sup> Mientras “pero” presenta una excepción que es compatible con la regla, “sin embargo” cuestiona la validez de la regla a la que alude por medio del garante, y sitúa el debate por fuera de esta regla. La excepción que presenta “pero” confirma la regla (excepción ordinaria), mientras “sin embargo” pone en juego una excepción que esta vez la infirma (excepción extraordinaria) (Anscombe, 1998).

muerte individual pasa a un enésimo plano, pues sólo importa contribuir con “confianza y coraje” a la construcción de la esperanza en el aquí y ahora. A pesar de los interrogatorios, de la tortura sin fin, nunca se debe flaquear: *“Es un pingajo humano, al que deben arrastrar a una camilla para nuevos interrogatorios. Y sin embargo, su espíritu no conoce la derrota, no flaquea”* (Varela, 1965:6). Contrario al topoi<sup>32</sup> (Ducrot, 1988) discutido, ser “un pingajo humano” no implica, ni debe implicar, conocer la derrota ni flaquear pues este tipo de muerte no puede significar más que victoria. “No hablar” es la única forma, en esas circunstancias, de ser fiel al mandato revolucionario y a su victoria. Por eso, más allá de todo, esta muerte es un triunfo. Así podemos verlo en este otro fragmento: *“Fúcik nació en 1903 y lo asesinaron en 1943. Fueron cuarenta años vividos plenamente, resueltamente: una existencia fructífera que se clausuró con una victoria. Porque cuando lo ajusticiaban, cuando interrumpían su llama creadora, era él –sin paradoja alguna- quien triunfaba sobre sus enemigos, los enemigos del hombre, del futuro”* (Varela, 1965:6-7). En este breve racconto de su también breve pero “fructífera” vida, su “clausura”, que no es otra cosa que su muerte, es presentada con el término “victoria”; mediante ella, se produce el triunfo sobre sus enemigos que son, también, los enemigos de todos los hombres y del futuro.

Desde el enunciador, Fúcik, el héroe, acepta su muerte porque es la única forma de vivir según sus ideales:

Si acepta la muerte con serenidad, es porque resulta la única manera de continuar viviendo, de reafirmar los ideales, que inspiraron su existencia. El héroe se yergue sobre su catástrofe individual porque participa del destacamento combatiente, y sabe que aunque él caiga, los otros han de seguir y tienen ganada la batalla. Su optimismo tiene origen en una concepción correcta, científica, del desarrollo social; pero también en su vinculación con el ejército infinito de los obreros, de todos los hombres y mujeres que en todos los países sostienen la misma lucha por el porvenir (Varela, 1965:8).

---

<sup>32</sup> Siguiendo a Ducrot, la fuerza argumentativa de un enunciado se halla en el conjunto de lugares comunes argumentativos que se le puede aplicar para extraer conclusiones en el discurso (TOPOI) (Ducrot, 1988). Este valor argumentativo está presente desde el nivel semántico más profundo, el de la significación pues hablar no es describir o informar a propósito del mundo sino dirigir el discurso en cierta dirección, hacia ciertas conclusiones alejándolo de otras (García Negroni, 1998a). Este pasaje del enunciado-argumento al enunciado-conclusión se efectúa a través del principio general “topos”: el locutor utiliza el topos para alcanzar, por medio de un enunciado, una conclusión específica (García Negroni, 1998a).

Desde esta perspectiva, los hombres que combaten, los revolucionarios no son más que seres intercambiables: otro compañero será el encargado de tomar ese fusil dejado por el héroe caído. El optimismo no sólo es relacionado con la suscripción a la concepción “correcta” y “científica” del todo social. El “pero” marca ese cambio en el encadenamiento argumentativo. En realidad, el enunciador prefiere la vinculación del optimismo con el vínculo mantenido con el “ejército infinito de los obreros, de todos los hombres y mujeres que en todos los países sostienen la misma lucha por el porvenir”.

Otro aspecto a resaltar es la forma en que aparece la relación entre Fúcik y su esposa, también detenida en la cárcel de la Gestapo. Así lo expresa Varela en el prólogo: *“Nada más doloroso y tocante que este idilio renovado a la sombra de la muerte, nada más hermoso también. El romance de dos combatientes cuya mutua firmeza les inyecta nuevos alientos para despreciar las desgracias, para mantener incólumne su amor”* (Varela, 1965:9). Pareciera que todo el tiempo se están jugando y poniendo en cuestión las supuestas contradicciones con las que el texto polemiza. Si desde una perspectiva, aquí discutida, el “idilio renovado a la sombra de la muerte” es valorado negativamente, desde este texto, si bien no se deja de reconocer el dolor que puede implicar, termina primando lo positivo que hay en ese sacrificio. Se produce, por tanto, una estetización de la vida y la política: cuanto más sufrida y sacrificada sea, más se la valora (Gilman, 2003; Longoni, 2007). Tal como sucede en las historias románticas, el amor no puede más que engrandecerse en estas circunstancias límites, todo se hace más intenso.

Esta hibridez, entre lo alegre y lo triste, lo doloroso y lo hermoso, también se manifiesta en la forma de representar su ejecución. Veamos como es relatado este suceso por Varela: *“En la madrugada del 8 de septiembre lo condujeron al patíbulo. Fúcik entonó La Internacional. Los SS lo amordazaron. Pero los detenidos de su bloque carcelario, que lo habían oído, retomaron a su vez la canción proletaria, que acompañó a Fúcik hasta el lugar donde fue ejecutado. Así se fue, cantando. Hasta el último momento rechazó ‘al ángel de la tristeza’”* (Varela, 1965:17). Ni en ese momento el “héroe” puede distanciarse de su deber. Desde el punto de vista desplegado por el enunciador, hasta el último segundo siguió luchando y con alegría, otro mandato que se desprende de este relato, pues es una muerte que abona el triunfo futuro y, por lo tanto, es victoria, nunca derrota.

Por último, analizaremos el modo en que es presentado Fúčík en su carácter de escritor revolucionario. Como sucede con Ostrovski, desde esta perspectiva, la literatura no es más que otra arma de combate. Ser escritor implica, necesariamente, combatir por la liberación:

La condición del escritor, sobre todo en nuestro tiempo, presupone la del combatiente por la liberación y la paz. Los que esquivan este carácter indispensable de su misión podrán ahorrarse dificultades, pero a la vez renuncian a su parte en las miserias y grandezas de la vida, empobrecen su experiencia, adulteran su capacidad creadora, hasta debilitar o anular la valía de su obra. Al mutilar al hombre, hieren de rebote al escritor.

La vida de Julius Fúčík ratifica leal y ardientemente sus convicciones, hasta constituirse en un ejemplo insoslayable para los artistas de hoy (Varela, 1965:17).

Como podemos ver, quien se resista a este “carácter indispensable de su misión” terminarán anulando la valía de su obra. Desde el anti-intelectualismo imperante en el momento que escribió Varela este prólogo, la práctica militante debe dirigir la práctica literaria. Es así cómo termina de anudarse, discursivamente, el ideal a seguir en Julius Fúčík. No sólo es ejemplo para las jóvenes generaciones combatientes, también lo es para todos los intelectuales que se pretendan revolucionarios y quieran negar esta relación entre literatura y política, donde la segunda termina suprimiendo o desplazando a la primera.

## **2. Ficción y realidad**

Ahora veremos cómo aparece la relación entre literatura y política, tantas veces problematizada a lo largo de los textos analizados. Comenzaremos por *Así se templó el acero*. Desde un comienzo, las aventuras del personaje principal de la novela, del “héroe bolchevique” –como comúnmente ocurre en las novelas rusas, llamado de diferentes formas a lo largo de la misma: Pávka, Pável, Pavlushka y Korchaguin-, se encuentran ensimismadas con las aventuras que el propio personaje leyera en sus libros de cabecera. En un intento de emulación de otras prácticas militantes, calificadas como heroicas, se reiteran a lo largo del relato distintos diálogos y situaciones donde la literatura ocupa un

lugar central en el ejemplo heroico a seguir. Así podemos verlo en el siguiente dialogo entre el personaje en cuestión y su amiga Tonia:

-¿Qué libro de todos los que ha leído le gusta más?

-Giuseppe Garibaldi –corrigió Tonia-. ¿Le gusta mucho ese libro?

-Sí, me he leído ya sesenta y ocho entregas. Cada vez que cobro me compro cinco de ellas. ¡Qué hombre ese Garibaldi! –exclamó con admiración Pável-. ¡Ese sí que era un héroe! ¡Así me gusta a mí! Mucho tuvo que luchar contra sus enemigos, pero siempre consiguió la victoria. ¡Recorrió todos los países! Si viviera ahora, yo me uniría a él. Reclutaba su gente entre los obreros y luchaba siempre por los pobres (Ostrovski, 1990: 37).

En este fragmento podemos ver como el personaje relaciona y une los siguientes sintagmas: héroe – luchar mucho contra los enemigos- conseguir la victoria – recorrer todos los países- reclutar gente entre los obreros- luchar siempre por los pobres. Desde esta perspectiva, ser héroe, ser un “Hombre”, digno de admirar y de imitar, es ser un luchador perseverante que no se rinde ante las dificultades. Por otra parte, ese héroe no lucha para cualquier ni por cualquier motivo: lo hace con los obreros y para los pobres.

En otro de los diálogos -que involucra a una trabajadora del sanatorio donde se encuentra internado el protagonista- podemos ver cómo se sigue manifestando esta reflexión acerca de la relación entre el discurso literario y la prácticas sociales y políticas: “*Ya sé por qué no gemía y por qué no acostumbra a quejarse. A mi pregunta, respondió: -Lea la novela El Tábano; entonces lo sabrá*” (Ostrovski, 1990:115). No gemir ni quejarse por los dolores sufridos es consecuencia directa de leer la novela *El Tábano*. ¿Será que el propio Ostrovski busca provocar el mismo efecto con su novela? O mejor aún, ¿será que el Partido, que favorece y alienta la lectura de Ostrovski, busca provocar ese efecto? En última instancia, es un libro encargado y avalado por el Partido.

Los héroes admirados por Korchaguin tienen una característica predominante: son seres sacrificados que dan todo por conseguir la victoria de la causa revolucionaria. Ningún asunto individual podrá interponerse en su camino. Como veremos más adelante en el documento “Moral y Proletarización” del PRT, la moral revolucionaria atañe a todos los aspectos de la vida, incluso a los más íntimos. En un dialogo que mantiene con Rita -una



compañera del Partido que amaba, pero en lugar de declarar su amor, sólo pudo alejarse de ella- vemos cuáles son los presupuestos que explican aquella decisión pasada:

-Quiero que me contestes una pregunta –dijo Rita-. Aunque es cosa del pasado, creo que me lo dirás: ¿por qué rompiste entonces nuestros estudios y nuestra amistad?

(...)

-Pienso que lo sabes todo, Rita. Ocurrió hace tres años, y ahora yo únicamente puedo condenar a Pávka por ello... En general, Korchaguin ha cometido en su vida errores pequeños y grandes, y uno de ellos fue ese sobre el que preguntas. (...) De ello, no toda la culpa es mía, parte es de *El Támano*, de su romanticismo revolucionario. Los libros, en los que se describía brillantemente a los revolucionarios valientes y fuertes de espíritu y de voluntad, temerarios e infinitamente abnegados por nuestra causa, dejaban en mí, a la par que una impresión indeleble, el deseo de ser como ellos. Y mi cariño por ti lo abordé a lo *Támano*. Ahora me da risa, pero aún más, pena.

-¿Quiere esto decir que hoy has cambiado de opinión acerca de *El Támano*?

-¡No, Rita, en lo fundamental no! Ha sido descartada únicamente la tragedia innecesaria de la operación torturante, para poner a prueba la voluntad. Pero, me quedo con lo principal en *El Támano*, con su valentía, con su resistencia ilimitada, con ese tipo de hombre que sabe soportar los sufrimientos sin mostrárselos a todos y a cada uno. Estoy por ese tipo de revolucionario para el que lo personal no es nada en comparación con lo común (Ostrovski, 1990:225).

A la pregunta realizada por Rita, el protagonista sólo puede responder en tercera persona, produciendo, de esta forma, un efecto de distanciamiento a lo realizado en otro tiempo. Como en los anteriores fragmentos, la responsabilidad de aquellas decisiones tomadas –de las cuales, en el presente, el personaje toma distancia- es de *El Támano*, de aquella novela y, principalmente, de aquél personaje idealizado en el pasado. En este enunciado, el “romanticismo revolucionario” que en otro tiempo obnubilaba a Pávka, tiene un valor negativo. Si bien el sacrificio, la valentía y la temeridad siguen siendo propiedades heroicas dignas de ser admiradas e imitadas en el presente, no así “la tragedia innecesaria de la operación torturante, para poner a prueba la voluntad”. En el momento en que se produce este diálogo, el objeto del relato -este sacrificio “innecesario”- es presentado como digno de risa, aunque como se encarga de aclarar el personaje, más aún de pena, de ahí el

distanciamiento, el desconocimiento que provoca lo relatado. Sin embargo, más allá de esta transformación al interior del pensamiento de nuestro personaje, hay algo que se mantiene y que parece que el tiempo no podrá transformar: para el revolucionario ideal de Korchaguin “lo personal” sigue siendo “nada en comparación con lo común”.

Tanto es así que nunca dejara de luchar, ni cuando su cuerpo parezca dejar de responder a su voluntad revolucionaria. Gracias a las imborrables secuelas de la guerra, marcadas en su cuerpo de héroe, y a pesar de los innumerables intentos por volver a las filas, la única forma que encontró Korchaguin para seguir siendo fiel al llamado partidario fue escribiendo una literatura tan revolucionaria como la que había marcado su ingreso a la lucha bolchevique. Su novela -tal como hizo *El Tábano* con él, tal cómo hizo Ostrovski con *Así se templó el acero*- será su forma de intervenir en la profundización del proceso revolucionario. Como decíamos al comienzo, la historia del protagonista y del autor se encuentran ensimismadas. La novela y la historia de Korchaguin finalizan con la aprobación del texto por el Partido: “*Novela calurosamente aprobada. Se pasó a publicación. Le felicitamos por la victoria. Su corazón latía presuroso. He aquí que el sueño dorado habíase convertido en realidad. Había sido roto el anillo de hierro y otra vez, con un arma nueva, volvía a las filas y a la vida*” (Ostrovski, 1990:261). En este último párrafo podemos ver la moraleja principal de la historia. A pesar de todas las dificultades, de tener su cuerpo prácticamente paralizado e inutilizado, mediante la voluntad inquebrantable del héroe se puede (y debe) seguir luchando. A través de la literatura volvía a las filas y a la vida. Desde esta perspectiva, la literatura es un arma más para servir a la revolución, al Partido, pero *sólo cuando no queda otra posibilidad*. El Partido se presenta como el único significante que da sentido al resto de las cosas. De allí que aparezca legitimada la censura.

Ahora analizaremos esta suerte de espiral autorreferencial sobre la propia práctica literaria en *Reportaje al pie del patíbulo*, texto “escrito en la prisión de la Gestapo, en Pankrác, durante la primavera de 1943”. Veamos como aparece esta temática en una de sus primeras frases: “*He visto cien veces mi propio film, mil veces sus detalles. Ahora trataré de contarlo. Si el nudo corredizo aprieta mi cuello antes de llegar al final, aún quedarán millones para terminar este film con un happy end*” (Fúcik, 1965:22). Su propia

vivencia, su propio “film”, por el visto y vivido, será objeto del relato que está apunto de comenzar. Ni la muerte, “su” muerte, podrá evitar el final feliz, la victoria. Otros continuarán su legado.

Haciendo una suerte de balance sobre su vida, representa su relato mediante el significativo “testimonio”. En este sentido, podemos ver lo que decíamos en un comienzo, este relato, su film, es un testimonio de lo ocurrido y también, sobre todo, un legado a seguir.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Y pese a todo, yo había esperado poder vivir aún la vida de un hombre libre, poder trabajar mucho, y amar mucho y cantar y recorrer el mundo. (...) Amaba la vida por su belleza, y fui al campo de batalla. Os he querido, hombres, y era feliz cuando sentíais mi amor, y sufría cuando no me comprendíais. Aquel a quien hice daño que me perdone, y al que consolé que me olvide. Este es mi testimonio para ustedes, camaradas, para todos aquellos que he querido. Si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, lloren un momento. Pero no se lamenten. He vivido por la alegría, y por la alegría muero, y sería un agravio poner sobre mi tumba el ángel de la tristeza. (...)

También hoy a la misma hora millones de hombres combaten en la última batalla de la libertad humana, y miles y miles caen en ese combate. Soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, uno de los combatientes de la última batalla, es hermoso (Fúčík, 1965:33-34).

Como podemos ver, el narrador construye una relación de causalidad entre “amar la vida por su belleza” e “ir al campo de batalla”. Desde esta perspectiva, entonces, la alegría es motivo tanto de su vida como de su muerte. A pesar de los deseos personales frustrados, con su sangre abona el terreno de “la última batalla de la libertad humana”, lo que en una suerte de estetización de la política, es calificado como algo “hermoso”.

Por otra parte, más adelante, en un dialogo mantenido con “el padre”, uno de sus compañeros de celda, podemos ver los argumentos que darían sentido al relato en sí, y a las “pinturas de caracteres” que lo atraviesan:

-Construyes pequeños monumentos –repetía el padre al oír algunas de mis pinturas de caracteres.

Es que yo quisiera que no fueran olvidados los camaradas que con tanto valor y fidelidad han luchado, aquí y fuera de aquí, y que cayeron. Pero también querría que tampoco se

olvide a quienes viven y nos han ayudado no menos fiel y valientemente en las condiciones más difíciles. Para que de los sombríos corredores de las prisiones salgan a plena luz personalidades como la de Kolinsky y de ese policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a otros. Porque el deber humano no termina con esta lucha, y ser hombre continuará exigiendo de cada uno un corazón valeroso en tanto los hombres no sean realmente hombres (Fúčík, 1965:97).

Por lo tanto, su relato está atravesado por un fuerte deseo: el recuerdo de todos aquellos que “fiel y valientemente” han luchado y ayudado en las condiciones más difíciles. Esto incluiría tanto a los caídos como a los que continúan con vida. Lo que une a ambos es su entrega, más allá de las terribles circunstancias. Y esto, como dice claramente, debe servir de ejemplo a otros. La humanidad exige valentía: para ser hombres, verdaderos hombres, hay que entregarse y luchar hasta el último momento para conseguir la victoria, que no es otra sino la victoria del hombre sobre su negación.

### **3. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios**

En este apartado analizaremos la relación conflictiva y antagónica de la pequeña-burguesía con los revolucionarios socialistas y el lugar que ocupa su problematización en el desarrollo de estos discursos. ¿Qué hace que este conflicto tome tal relevancia en los discursos revolucionarios?

Tal como veremos en los textos que analizaremos en los siguientes capítulos, el preconstruido “pequeña-burguesía”, sintagma ideológico que se repite sucesivamente en nuestro corpus, toma una importancia capital en la definición de la identidad revolucionaria a construir por oposición. Una de las respuestas a este enigma podríamos encontrarla en el lugar que adquiere tal actor en el discurso marxista, más aún, en su manifestación leninista. Desde la teoría del partido revolucionario esbozada por Lenin, la conciencia revolucionaria no es algo que deriva espontáneamente de la clase obrera, sino que debe ser reorientada por otro actor, el Partido, portador de su conciencia de clase, en el que los intelectuales -cuyo origen “objetivo”, non santo, es la pequeño-burguesía con

conciencia revolucionaria<sup>33</sup> - cobran especial relevancia. En este sentido creemos que esta remisión constante al actor en cuestión se relaciona más bien con un intento de exorcizar rasgos internos de la propia subjetividad que con enemigos externos que amenazan, desde fuera, una identidad plena, la revolucionaria. De ahí su problematización continua, pues lo abyecto es más cercano de lo querido; de ahí también su mayor peligrosidad, pues el enemigo puede estar entre nosotros. La teoría revolucionaria nació de los intelectuales pequeño-burgueses, no de los obreros. Este es el “pecado original” contra el cual se estaría reaccionando y que permitiría explicar tanto ensañamiento.

Comencemos por el texto de Ostrovski. Una de las cosas que más llamó nuestra atención es la constante ridiculización la pequeño burguesía mediante diminutivos y calificaciones negativas ligados a su cobardía y debilidad. Veamos qué sucede en el siguiente fragmento: *“La lucha de clases, aguda y despiadada, ardía en toda Ucrania. Cada vez era mayor el número de los que empuñaban las armas, y cada contienda engendraba nuevos combatientes. Los días tranquilos para los pequeños burgueses pertenecían ya a un pasado lejano”* (Ostrovski, 1990:40). En primer lugar, podemos ver como se construyen las siguientes oposiciones: lucha de clases – empuñar las armas- engendrar nuevos combatientes Vs. días tranquilos para los pequeños burgueses. Desde esta perspectiva, ser pequeño burgués significa no ser combatiente ni empuñar las armas; estar en contra de la lucha de clases y del proceso revolucionario pues el pequeño burgués sólo quiere tranquilidad, paz.

---

<sup>33</sup> La escisión entre la teoría revolucionaria y el sujeto históricamente determinado destinado a realizar la revolución, representó un problema tanto teórico como político para los pensadores y las organizaciones de la tradición marxista. En 1895, Lenin en el texto “Proyecto y explicación del Partido Socialdemócrata” sostiene que la ideología revolucionaria nace en la fábrica, de la materialidad de la relación patrón-obrero. Dos años más tarde, en un folleto titulado “Las tareas de los socialdemócratas rusos”, anticiparía algunas de las ideas desarrolladas en *Qué hacer*. Sin embargo, los intelectuales debían ser hegemonizados por el proletariado para poder ser revolucionarios. Hacia 1902, en *Qué hacer*, la postura cambia. La conciencia política revolucionaria solo podía producirse desde fuera. La clase obrera, cerrada en sí misma no puede llegar a la conciencia revolucionaria sino, a lo sumo, al sindicalismo. Estos límites corporativos no podrán ser superados sin el aporte de algunos de los elementos de la intelectualidad pequeño burguesa que elaboran la ciencia revolucionaria donándola al proletariado y organizando su lucha (Carnovale, 2006:31).

Esto se refuerza, aún más, en el siguiente enunciado: *“Media hora más tarde, se desarrollaba en la ciudad un verdadero combate. (...) Los pequeños burgueses, completamente atontados, saltaban de las camas tibias y pegaban sus narices a las ventanas”* (Ostrovski, 1990:44). Mientras fuera de sus casas pasaba la historia, el “verdadero combate”, los pequeños burgueses, “atontados” y dormidos, saltaban de sus “camas tibias” y “pegaban sus narices a las ventanas”. Desde el punto de vista aquí desplegado, el pequeño burgués no se involucra, sino que mira asustado desde fuera. Así lo expresan en este otro fragmento: *“El pequeño burgués sabe que en tiempos tales hay que permanecer quietecito en casa y no encender la luz en vano. La luz puede atraer a algún importuno. En la oscuridad se está mejor, más tranquilo. Hay personas que nunca se están quietas. Bien, que vayan de un lado para otro, él no tiene nada que ver con ello. Él no irá. Pueden estar ustedes seguros, no irá”* (Ostrovski, 1990:51). Aquí se refuerza el lugar común que veníamos trabajando anteriormente: el pequeño burgués es presentado como alguien que “en tiempos tales” le gusta “permanecer quietecito en casa”, mientras que los combatientes, que en discurso indirecto libre (Reyes, 1993) son las “personas que nunca se están quietas”, son los que van de un lado hacia otro. El pequeño burgués, “él”, es el que no se entromete, el que se mantiene al margen. Este “él” se construye en contraposición a un yo/nosotros, las “personas que nunca se están quietas”, en el que el narrador se incluye; el ustedes, el enunciatario, es el sujeto objeto de persuasión (Verón, 1987). La escritura intenta manipular acerca de la veracidad de lo enunciado.

Otra escena interesante para ser analizada es la que sucede cuando miembros de la Juventud Comunista van a una escuela secundaria con el fin de reclutar militantes. Allí se desarrolla todo un debate en el que interviene un estudiante que se opone al discurso del resto de sus compañeros. Desde la estructura argumentativa que atraviesa la narración, la causa de esta diferencia se relaciona con su distinto origen de clase. Este estudiante, a diferencia del resto, no pertenece a la pequeña burguesía:

Vosotros relincháis como potros y no sabéis que cerca de la ciudad cayeron doscientos camaradas, perecieron para siempre... -La voz de Zharki vibró como una cuerda tensa-. Sin vacilar entregaron la vida por nuestra felicidad, por nuestra causa... Así están pereciendo en todo el país, en todos los frentes; y vosotros, mientras tanto, pasáis el tiempo en devaneos. –

Volviéndose de pronto hacia la mesa presidencial, añadió:- Vosotros, camaradas, os dirigís a éstos –señaló a los oyentes con el dedo-. ¿Acaso pueden comprenderos? ¡No! El harto no es compañero del hambriento. Sólo uno ha respondido a vuestra llamada, porque es pobre y huérfano. Nos arreglaremos sin vosotros –dijo agresivo a los reunidos-, no vamos a rogaros. ¿Para qué diablos nos podéis servir? ¡A gente como vosotros lo que se debe hacer es coserla con la ametralladora! –terminó jadeante y, retirándose del escenario corriendo, sin mirar a nadie, se dirigió a la salida (Ostrovski, 1990:88-89).

Dadas estas premisas, por lo tanto, no es casual que el único que haya respondido al llamado del Partido sea “pobre y huérfano”, pues “el harto no es compañero del hambriento”. El conflicto, así representado, es un conflicto de intereses, de clase. El enunciador se termina identificando con el colectivo Partido y, por consiguiente, diferenciando de sus anteriores compañeros. El destino de éstos, sus ahora enemigos, no puede ser otro que la muerte, no sirven para nada sino para pensar en ellos mismos.

Así también lo expresa una de las dirigentes de la Juventud al hacer un balance sobre esta misma experiencia: ~~“-No hay por qué asombrarse (...)- Aquí casi no hay juventud proletaria. La mayoría son pequeños burgueses, hijos de intelectuales, gente comodona. Hay que trabajar entre los obreros. Apóyate en la serrería y en la fábrica de azúcar. Pero, a pesar de todo, el mitin no ha sido inútil. Entre los estudiantes hay buenos camaradas”~~ (Ostrovski, 1990: 89). Frente a la posición que se “asombra” ante tal situación, el enunciador argumenta en su contra, negándola. No hay por qué asombrarse, porque ahí, en ese lugar, no hay juventud proletaria, son “pequeños burgueses, hijos de intelectuales, gente comodona”, transformando en sinónimo cada uno de esos calificativos. Lo imperativo es “trabajar con los obreros”. Sin embargo, ese “pero” niega, en cierta forma, las consecuencias negativas de lo relatado. A pesar de todo, para el enunciador, valió la pena. Entre los estudiantes hay también “buenos camaradas”. Parecería, entonces, que este actor no está del todo condenado, también pueden ser buenos compañeros, al menos, algunos de ellos. Sin embargo, no queda claro si este comentario positivo se refiere a lo sucedido con el estudiante obrero citado en el ejemplo, o si esta definición puede extenderse también a aquellos otros de extracción pequeño burguesa.

Como estuvimos viendo en el análisis, la debilidad es construida como atributo privativo del intelectual, del pequeño burgués. Para el enunciador “ser de mantequilla” equivale a “blandura de intelectual”: *“No podemos ser de mantequilla. (...) La camarada Ignátieva advierte que no tiremos demasiado de la cuerda. Tengo que decirle que sus palabras obedecen a una blandura de intelectual”* (Ostrovski, 1990:90). Contrario a la posición discutida que plantea “no tirar demasiado de la cuerda”, el punto de vista que se construye apunta a hacer todo lo contrario. Frente a la “blandura de intelectual” –que, como estuvimos viendo, podría ser también “blandura pequeño burguesa”- podemos contraponer “la dureza del combatiente”.

En *Reportaje al pie del patíbulo*, la contraposición también se manifiesta a nivel debilidad-dureza pero esta vez no se relaciona tanto con una pertenencia de clase, sino con un tipo de comportamiento. Dada la particular situación de enunciación, Fúcik no se ensaña con los “pequeño burgueses” sino con un enemigo más cercano, los que no pueden soportar la tortura y delatan, los “traidores” que pueden ser tanto de extracción obrera como no. Estos “flojos miserables”, que pagan su vida con la de un camarada, es calificado como el golpe más duro, el espectáculo más terrible que tuvo que sufrir: *“El espectáculo de la gente cuya conciencia está turbia es más terrible que el espectáculo de los torturados físicamente. (...) ¡Oh! ¡Flojos miserables! ¡Como si fuera vida la que se paga con la de un camarada!”* (Fúcik, 1965:47). Desde la perspectiva que constituye este discurso, se espera la muerte, pero nunca la traición. Contrario al punto de vista con el que se polemiza, nada puede excusarla: *“... éste fue el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte, pero no la traición. (...) No ha sido el aflojamiento de un minuto, ni una debilidad, ni la caída de un hombre torturado hasta la muerte que busca un respiro en medio de la fiebre, nada hay que pueda excusarlo”* (Fúcik, 1965:51). En contraposición al discurso dominante del momento, el verdadero sacrificio no es el de la muerte sino el de la traición. En ese momento es cuando se lo pierde todo: *“Lo ha perdido todo porque ha comenzado a pensar en sí mismo. Para salvar su piel ha sacrificado todo, ha traicionado”* (Fúcik, 1965:51).

En este acto es donde reside la verdadera derrota del combatiente y también, por tanto, del “ejército glorioso”, pues si se propagan este tipo de prácticas es imposible pensar en ganar la batalla final: *“Un cobarde pierde mucho más que su vida. Él ha perdido. Es un*



desertor del ejército glorioso, y merece hasta el desprecio del más ruin de sus enemigos. Y aun vivo ya no vivía; porque se había excluido de la colectividad. Más tarde trató de reparar más o menos algo de lo que hiciera, pero sin poder ganar nunca la confianza de los camaradas. Lo que es más terrible en la prisión que en ninguna otra parte” (Fúčík, 1965:52). Esta sobrevida no es vida, pues excluirse de la colectividad es construida como su contrario, su negación. Desde esta perspectiva, el traidor es aún más despreciado que el enemigo, pues se merece hasta su desprecio. Para el traidor no hay salida. Aunque quiera reparar la confianza de sus camaradas, no lo logrará. En fin, por más que haya podido saltar su muerte biológica, no podrá así hacerlo con la inevitable muerte simbólica y social que le depara el destino comunista al “flojo miserable” que traiciona.

Como sucede en *Así se templó el acero*, Fúčík, al caracterizar esta figura discursiva, -lo que el enunciador llama “figurines”-, lo hace de una forma despectiva, ridiculizante: “...cada uno de los que con el polvo del pasado quisieron construir una barrera contra la inundación de la revolución no es más que un figurín de madera podrida, aunque tenga los brazos cargados de galones dorados. Pero también es necesario observar a los figurines vivientes, en su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez, porque es material que nos alecciona para el futuro” (Fúčík, 1965:57). La revolución es representada mediante una nominalización que la naturaliza como tal; es una “inundación” y todo aquel que quiera impedir este desarrollo “natural” no es más que un “figurín”, por más condecoraciones que tengan. Aprender acerca de “su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez” es presentado como necesario para el futuro.

Uno de los recursos más utilizados para representar estos personajes es la ironía. Por ejemplo, uno de los “figurines” es llamado “un samaritano”-entre comillas para producir el distanciamiento con ese enunciador que está siendo descalificado-, y cuando tiene que describirlo utiliza el calificativo “gordo grandote, con vocecita de tenor”. Otro de los figurines, “el molinero”, es caracterizado como “Un hombrecillo, cochero charlatán de la cervecería Fabián, de Budejovice” (Fúčík, 1965:83). Nuevamente, mediante diminutivos y calificativos con valoración negativa refuerza el efecto descalificatorio. Las tareas desempeñadas por cada personaje, tanto antes como dentro de la prisión de Pankrác, ocupan un lugar central en cada una de las caracterizaciones. En el caso del director de la

prisión, podemos ver como continua esta estrategia: "... *brutal, grosero, sin cultura, un típico advenedizo nazi, dispuesto a sacrificar a todo el mundo para conservar su posición. Se llama Soppa, si para algo interesa su nombre. Originario de Polonia, hizo su aprendizaje de herrero, pero este honroso oficio no dejó rastros en él.*" (Fúcik, 1965:89). Contrario de lo que se desprendería de "hizo su aprendizaje de herrero", el "pero" niega la probable consecuencia de esa premisa, aunque no la deslegitima como tal, pues, desde esta posición discursiva, estos casos serían sólo excepciones a la misma. Por último, "el enfermero de la prisión" es presentado de esta forma: "*Es el tipo del pobre diablo. Está solo entre el miedo al régimen que lo gobierna y a lo que vendrá después. Busca cómo y por dónde escapar. No lo encuentra. No es una rata. Es solamente una lauchita caída en la trampa*" (Fúcik, 1965:90). Todos los calificativos y acciones adjudicados tienen, desde la perspectiva del enunciador y del interdiscurso que lo atraviesa, una significación negativa: "pobre diablo", "(tener) miedo", "buscar escapar", "lauchita caída en la trampa". En todos los casos podemos ver, en última instancia, como se termina poniendo en cuestión la humanidad de cada uno de estos personajes, construyéndose en contraposición un concepto de hombre que los excluye. De ahí podemos entender mejor la continua representación de los mismos a través de metáforas provenientes del mundo animal.

#### **4. La disciplina partidaria**

Ahora nos adentraremos en las representaciones del "Partido", uno de los tópicos fundamentales que atraviesa ambos textos. Continuamente, por medio de diferentes recursos discursivos, construyen una imagen asimétrica, cercana a una representación divina e indiscutible, de la relación entre el militante y el Partido. Desde este lugar puede comprenderse la importancia que cobra el signo "disciplina" como el modo imperativo de interpelación. El "Partido" -en este caso representado en la palabra de Zhujrái, viejo militante bolchevique- es representado como depositario del saber y verdad. Veamos la siguiente descripción del narrador acerca del personaje en cuestión:

Zhujrái hablaba de un modo claro, preciso, comprensible y sencillo. Para él no había nada que no tuviese solución. El marino conocía firmemente su senda, y Pável comenzó a comprender que toda aquella madeja de diferentes partidos con bellos nombres – socialrevolucionarios, socialdemócratas, partido socialista polaco- eran feroces enemigos de los obreros, y que sólo un partido revolucionario e incommovible luchaba contra todos los ricos: el Partido de los bolcheviques (Ostrovski, 1990:52).

En primer lugar, observemos la forma en que es representado el acto enunciativo de Zhujrái: él habla de un “modo claro, preciso, comprensible y sencillo”. Por otra parte, “él” tiene soluciones; conoce “firmemente su senda”. Gracias a esta transmisión de conocimiento, el protagonista, Pável, pudo comprender quién era el verdadero partido revolucionario. El resto, aunque tengan bellos nombres, no son más que enemigos de los obreros. El único que realmente los representa, en fin, el único realmente proletario es el Partido de los bolcheviques. Ahora veremos cómo se dirige Zhujrái al personaje principal:

Yo, hermanito, también era en mi infancia, sobre poco más o menos, como tú-decía-. No sabía que hacer de mis fuerzas; mi naturaleza rebelde pugnaba por salir de mi interior. (...) Luchando aisladamente es imposible cambiar la vida (52). Tú, Pavlusha, reúnes todas las condiciones para ser un buen luchador de la causa obrera, pero eres muy joven y tienes una idea muy vaga de la lucha de clases. Yo, hermanito, te hablaré del verdadero camino, pues sé que tienes madera y de ti saldrá algo de provecho. A los mansos y a los currutacos no los puedo tragar. Ahora ha comenzado el incendio en toda la tierra. Se han rebelado los esclavos y hay que hundir la vida vieja. Pero para ello, hace falta gente temeraria, no niños mimados, sino gente fuerte, de la que cuando llega el momento de la pelea no se esconde en los agujeros, como las cucarachas de la luz, y pega implacablemente (Ostrovski, 1990:52-53).

Para lograr el efecto interpelatorio, presenta su “yo” pasado similar al “yo” presente de Korchaguin. Él, como Pávka, era un rebelde pero no sabía que hacer con toda esa energía... claro está que todo esto cambió – como parece también va a pasar con el protagonista- y en forma radical, con su ingreso al Partido. Allí reside el llamado interpelatorio, el eje de persuasión discursivo. Para llevar a cabo la transformación, para “hundir la vida vieja”, se necesita de la temeridad, de “gente fuerte”, no de “niños mimados”. Pávka es ubicado por el enunciador entre la gente fuerte, es por ello que se toma el trabajo de intentar persuadirlo. Este desprecio a los “niños mimados”, a los asustadizos

que se esconden “como las cucarachas de la luz” nos hace recordar a lo trabajado en el apartado anterior. Teniendo en cuenta las distintas argumentaciones analizadas en el texto, no sería nada raro relacionar a los “niños mimados” con el sintagma “pequeña burguesía”. Otra vez, la fortaleza y temeridad son construidas, no sólo como valores positivos, sino más bien como los más importantes a detentar, en contraposición a la cobardía y mansedumbre, digna, como vimos en el apartado anterior, de los pequeños burgueses o de los aún no-hombres de Fúcik.

Veamos como aparece la disciplina en este dialogo entre un dirigente del Partido y Pável:

-¿Y qué piensas tú de la disciplina? Tienes muy buenas condiciones, Pável, pero eres anárquico. En cuanto se te antoja algo, lo haces. Pero el Partido y el Komsomol están organizados sobre la base de una disciplina férrea. El Partido ante todo. Y uno no debe estar allí donde él quiere, sino donde es más necesario. (...)

---

Cuando Krámer se hubo calmado, Pável dijo quedo, pero firmemente:

-Todo eso es justo, pero yo me iré con los de Budionny. Es cosa decidida (Ostrovski, 1990:102).

Para el personaje enunciador, Pável no tiene muy claro en qué consiste la disciplina, ese va a ser el objeto de la discusión. Si bien reconoce “muy buenas condiciones” para la militancia en el protagonista, desde este punto de vista, no es suficiente sin una “disciplina férrea”. Mediante el “pero” niega argumentativamente las consecuencias positivas que podría implicar tener aquellas buenas condiciones señaladas (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Estar en el Partido, formar parte de los Komsomoles implica una disciplina de fierro, es por ello que se construye como antagónicos “hacer lo que se te antoja” y hacer lo que en definitiva manda el Partido. Entre el nosotros Partido y el yo individuo, queda desdibujado este último, o más bien, desplazado por el anterior.

Esto lo podemos ver también en este otro diálogo:

Akim preguntó a Tókariev:

-¿Os alcanzarán las fuerzas para construir el ramal en el plazo fijado?

Tókariev, después de una breve pausa, respondió:

-Sabes, hijito, hablando en general, no se puede construir, pero tampoco se puede no construirlo. Y ése es el problema (Ostrovski, 1990:146).

El enunciador sabe el sacrificio que va a implicar llevar a cabo el mandato, sin embargo, así y todo, lo harán. Por este motivo, los militantes del Partido son los mejores, los que demostraron toda su vida merecerlo. Desde este punto de vista, por lo tanto, militante no es cualquiera, debe ser dignos de serlo: *“Se admitía en el Partido sólo a los mejores, a quienes conocían bien, a quienes toda su vida habían demostrado ser dignos de ello”* (Ostrovski, 1990:222). En este enunciado podemos ver cómo se despersonaliza la acción de “admitir a los mejores” (Hodge y Kress, 1993). El Partido aparece, de esta forma, como un colectivo imaginario en el que se admiten personas, se hacen cosas, pero en definitiva, no es responsable discursivo de aquella decisión. El actor aparece borrado, aunque no así la institución en el que se realiza la acción.

---

En el siguiente diálogo, producido en torno a la construcción del ramal del ferrocarril en condiciones muy difíciles para los trabajadores, podemos ver cómo se continúa reforzando esta idea de la disciplina:

-¡Al diablo! ¡No me quedo aquí un día más! ¡A la gente se la envía a los trabajos forzados por algún crimen! ¿Y a nosotros, por qué? Nos han tenido aquí dos semanas, y basta. Ya está bien de hacer el tonto. El que ha dado la disposición, que venga y que construya el mismo. El que quiera, que se revuelva en este fangal, pero yo no tengo más que una vida. Mañana me marchó.

(...)

¿Quién es ese que ladra? ¿Para quién la tarea del Partido es igual que los trabajos forzados —pronunció sordamente recorriendo con mirada grave los rostros de los que se encontraban cerca—. Hermanos, no podemos marchar a la ciudad de ninguna manera, nuestro puesto está aquí. Si nosotros nos largamos, la gente se morirá de frío. Camaradas, cuanto más pronto terminemos, antes volveremos a casa; y huir, como quiere aquí un llorón, no nos lo permiten ni nuestra idea ni la disciplina.

(...)

-¿Los sin partido se marchan?

-Sí –dijo Pankrátov con voz tajante como un hachazo.

Hacia la mesa abrióse paso un muchacho con abrigo corto de ciudad. (...)

-Ahí tenéis el carnet, tomadlo, por favor, por ese pedacito de cartón no estoy dispuesto a sacrificar mi salud.

El final de la frase fue ahogado por las indignadas voces que se alzaron en toda la barraca:

-¿Qué es lo que tiras?

-¡Ah, traidor!

-¡Te infiltraste en la Juventud Comunista para hacer carrera!

-¡Echadle de aquí!

-¡Ya te daremos la carrera, piojo apestoso!

El que había tirado el carnet se dirigió hacia la puerta, con la cabeza gacha. Le abrían paso, apartándose de él como si tuviera la peste. Chirrió la puerta al cerrarse tras el desertor.

Pankrátoc cogió con las puntas de los dedos el carnet que estaba sobre la mesa y lo acercó al fuego de la lamparilla (Ostrovski, 1990:142-143).

Desde el personaje que comienza la discusión, la tarea a desempeñar se presenta como “trabajo forzado”, como “castigo”, lo que explica su decisión de abandonarlo. Frente a esta postura reacciona el representante del Partido que se encontraba allí. A aquella argumentación contraponen la siguiente: “Si nosotros nos largamos, la gente se morirá de frío” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Como abandonar implica, necesariamente, que la gente se muera de frío, se insta a los camaradas a permanecer. Quien está en contra de esta postura no es más ni menos que un “llorón”, lo que está prohibido desde la idea pero también desde la disciplina partidaria. Quien no acate esta decisión y abandone, no es más que un “traidor”, un “infiltrado” que no quiere hacer otra cosa que ascender, “hacer carrera”, en provecho propio. En fin, es un individualista, un pequeño-burgués. La forma en la que es despedido uno de los “desertores” da cuenta de lo que puede implicar no atenerse

al mandato partidario: como los “temerosos” del PRT-ERP<sup>34</sup>, es como si tuviera la peste, todos se alejan de él para no “contagiarse”, para no tener su mismo destino. El Partido, tal como aparece en el texto, es el único representante válido de los intereses de la clase obrera, todos los “oposicionistas”, en contraposición, son representantes de la clase burguesa a su interior: “*¡En lucha irreconciliable contra las tendencias pequeñoburguesas, bajo la bandera de Lenin, obtendremos la victoria!*” (Ostrovski, 1990:215). Como veremos en el capítulo siguiente, de igual forma serán traducidos los conflictos políticos en el PRT-ERP.

En Fúcik, la figura del Partido y la disciplina también aparecen ligadas a la idea del deber y entrega hasta las últimas consecuencias. Así podemos verlo en el siguiente enunciado: “*A los camaradas que sobrevivirán a esta última batalla les estrecho fuertemente la mano. Por Gusta y por mi. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber*” (Fúcik, 1965:61). Ese “cumplir con nuestro deber” no es más ni menos que ser fiel a su mandato hasta el final, que no es otro que haber resistido a la tortura y entregarse a la muerte segura que esto provocará. Los “camaradas” son los destinatarios primeros, es a ellos a quien va dirigido el ejemplo de Fúcik y de todos los otros camaradas/personajes que pertenecen a la categoría “figura” creada por el narrador. Ellas son el modelo de militante construido a lo largo del relato.

En el caso que analizaremos ahora, el enunciador resalta como rasgo positivo a emular el sentido de pertenencia y entrega hacia el Partido de esta combatiente revolucionaria:

En febrero de 1942 su adhesión al Partido era aceptada. (...)

-Sé que este día es el más importante de mi vida. Desde ahora ya no me pertenezco a mi misma. Prometo no faltar a mi deber. Pase lo que pase.

Han pasado muchas cosas. Ella no ha fallado (Fúcik, 1965:68).

La aceptación del Partido –como veíamos antes, pertenecer a él no es algo para cualquiera, sólo los “mejores” podrán hacerlo- es “el día más importante” de su vida, como

---

<sup>34</sup> Ver capítulo II, apartado sobre “Moral y proletarización”.

relata Fúcik. Desde ese momento su persona es propiedad del Partido, no de ella misma, “pase lo que pase”. Este “pase lo que pase” refuerza el sentido construido por Fúcik: frente a la tortura, frente a las situaciones más extremas, debe seguirse cumpliendo el deber que aquella pertenencia demanda. Y como ella “no ha fallado”, a pesar que “han pasado muchas cosas”, es digna de ser incluida bajo la categoría ejemplar a ser imitada por todos los camaradas.

Este sentido de pertenencia también refuerza otro topoi (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): los camaradas, los militantes revolucionarios son intercambiables, reemplazables. El fusil dejado por el compañero, será empuñado por otros brazos: *“Previniendo que yo cayera, estaba preparando mi sucesor. Él retomó el trabajo cuando fui arrestado y continúa haciéndolo”* (Fúcik, 1965:107). Por lo tanto, otro deber del militante que se desprende de este enunciado es ser debidamente consciente de esta situación y prepararse para ello. De ahí que la caída individual no implique, desde este punto de vista, la caída del conjunto: *“Después de cada prueba, sin embargo, se pudo apreciar nuevamente hasta qué punto el Partido es indestructible. Un militante caía; si uno no bastaba para reemplazarlo, dos o tres aparecían en su lugar”* (Fúcik, 1965:106). Contrario al lugar común con el que se discute, el encarcelamiento y ejecución de militantes del Partido no implica su destrucción pues “dos o tres aparecían en su lugar”. De este modo, se continúa reforzando la entidad abstracta y todopoderosa de la organización. El sacrificio individual, en este contexto discursivo, nunca es derrota, sólo puede ser victoria aunque el final sea la misma muerte: el Partido es indestructible, y su triunfo se lo representa como un destino inexorable.

## **5. El Héroe revolucionario**

En este apartado profundizaremos en uno de los aspectos trabajados en el anterior. Particularmente, analizaremos las acciones y atributos de este “héroe” -o “figura”, como lo llama Fúcik-; qué características tiene, qué prerrogativas debe cumplir para constituirse como tal.



En *Así se templó el acero*, tal y como ocurre en *Reportaje al pie del patíbulo*, uno de las acciones caracterizadas como positivas y necesarias para ser un fiel servidor a la causa revolucionaria, es la resistencia a la tortura, el silencio ante todo, aún si no se sabe qué se está callando: “*En los interrogatorios no dijo nada, lo negaba todo. Él mismo no sabía que callaba. Quería ser audaz, quería ser fuerte como aquellos a quienes había conocido en los libros*” (Ostrovski, 1990:67). El deseo del protagonista, del héroe ficcional-real, es “ser audaz”, “ser fuerte” al igual que los personajes de los libros que leía. Ser un verdadero combatiente es mantenerse firme hasta el final: “*Valia Bruszhak se mantuvo firme hasta el último minuto. Murieron como verdaderos combatientes*” (Ostrovski, 1990:105).

Otro deber que se desprende de la estructura narrativa de la novela soviética es el de “no llorar”, no demostrar ningún sentimiento que de cuenta de debilidad. El militante ideal, tal como lo indica el título de la novela, debe ser de acero. Más aún, debe serlo, pero sobre todo, parecerlo ante la mirada de sus camaradas: “*Seriozha sintió el frescor de una lágrima que le rodaba por la mejilla. Apresúrose a borrar su huella y miró hacia sus camaradas. No, nadie le había visto*” (Ostrovski, 1990:96). El acto de llorar es representado como un acto digno de vergüenza, de ahí la tranquilidad que le provocó constatar que “nadie lo había visto”. En este otro fragmento podemos ver cómo se refuerza este mandato:

Las comunistas del pueblecillo –dos hermanas- se abrazaron y, sin poder contenerse, rompieron a llorar. Stepánov, un joven de la cabeza del distrito, fuerte como un luchador que, resistiéndose al ser detenido, había herido a dos gendarmes, exigía insistentemente de las hermanas: ‘¡Sin lágrimas, camaradas! ¡Llorad aquí, para no hacerlo allá! No hay por qué alegrar a esos perros sanguinarios. De todas maneras no habrá piedad para con nosotros; y ya que tenemos que morir, vamos, pues, a morir como es debido. Que ninguno de nosotros se arrastre de rodillas. ¡Camaradas, recordadlo, hay que saber morir!’ (Ostrovski, 1990:106).

El militante comunista, por tanto, no sólo debe aceptar la muerte como destino probable de su militancia, sino que sobre todo, para ser digno de serlo, debe hacerlo “como es debido”, esto es, sin arrastrarse de rodillas, sin demostrar debilidad, “sin lágrimas”. En la forma de morir también hay un saber, una verdad que debe ser puesta en práctica por todo aquel que integre las filas revolucionarias.

Si bien el militante ideal es de acero, eso no implica no tener esos sentimientos tiernos. Ser “tierno”, un sujeto capaz de amar y ser fiel a la amistad, no se contradice con “saber matar”. De alguna manera, frente a lo sostenido en los fragmentos analizados con anterioridad, el narrador polemiza con el lugar común que construye al militante revolucionario que debe matar -pues la revolución es también un acto de violencia- como alguien sin sentimientos. Al tiempo que se puede (y se debe) matar, también se puede (y se debe) amar:

A Serguéi no le tembló la mano. Estaba seguro de que él, Serguéi, que con tanta ternura sabía amar y ser tan fiel a la amistad, mataría a más. No era un muchacho malo ni cruel, pero tenía conciencia de aquellos enviados de los parásitos mundiales, aquellos soldados a quienes azuzaban el engaño y la maldad, arremetían contra la querida República con un odio bestial.

Y él, Serguéi, mataba para que llegara antes el día en que el hombre dejase de matar al hombre en la Tierra (Ostrovski, 1990:97-98).

Matar por la revolución, entonces, no tiene por qué significar -como sí parece ser para el imaginario con el que discute- “ser un muchacho malo ni cruel”. Mediante esta negación y el “pero” que sigue a ésta, el enunciador plantea un punto de vista que contrapone al topoi negado (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): se mata porque se tiene conciencia de lo que aquellos soldados, enviados por los parásitos mundiales, hacen “con odio bestial” a la “querida República”. La clausula final legitima esta acción presentada como negativa pero a la vez como necesaria: “Y él, Serguéi, mataba para que llegara antes el día en que el hombre dejase de matar al hombre en la Tierra”. Hay que matar para dejar de matar. Esta supuesta contradicción es la que el narrador intenta desanudar y legitimar: si bien sabemos que no está bien, es necesario para triunfar. Y triunfar significa, entre otras cosas, que el hombre deje de matar al hombre en la Tierra. Por otra parte, el enemigo aparece deshumanizado, con “odio bestial”, mero representante de los intereses imperialistas, lo que facilita su eliminación física.

Otro tópico que atraviesa la construcción de este militante ideal es la fusión del individuo con la masa, la “pérdida de la sensación de individualidad”, quedando sólo el “nosotros” para representar la propia posición de enunciación: “Pável perdió la sensación

*de individualidad. Todos aquellos días estaban saturados de cruentos combates. Korchaguin se fundió en la masa y, como cada uno de los combatientes, pareció haber olvidado la palabra 'yo', quedando únicamente 'nosotros'...*" (Ostrovski, 1990:109). La posición enunciativa del sujeto revolucionario no puede ser más que colectiva. No hay individuos sino encarnaciones de ese espíritu universal que puede ser tanto la Revolución o el Partido, pues ambos son, desde este discurso, sinónimos. Tanto es así, que el personaje principal, al enterarse sobre la pérdida de vista del ojo derecho, no puede más que expresar lo siguiente:

-Mejor hubiera sido perder la vista del ojo izquierdo. ¿Cómo voy a tirar ahora?

Aún continúa pensando en el frente (Ostrovski, 1990:115).

Frente a la tragedia individual del protagonista, la preocupación no se remite a su propia carencia y sufrimiento, sino sobre los efectos que tal situación puede provocar "en el frente". El "aún" es el que marca aquel cambio en la orientación argumentativa. El nuevo topoi construido prescribe esta entrega al partido, pese a todo. Este lugar común se manifiesta en forma similar en varias oportunidades. Una de ellas, la que ahora veremos, se produce en la carta que le envía este personaje a Artiom, su hermano:

... Estoy dispuesto a soportarlo todo, con tal de volver a filas.

Para mí no existe en la vida nada más terrible que quedar fuera de combate. No puedo ni pensar en ello. He aquí por qué estoy dispuesto a todo, pero no existe mejoría, y las nubes se hacen cada vez más densas.

Cuida tu salud, y no te cargues de golpe diez puds. Luego, al Partido le cuesta cara la reparación. Los años nos dan experiencia; el estudio, conocimientos; y todo ello no es para que holguemos en los hospitales... (Ostrovski, 1990:237).

Lo que se construye como "más terrible" no es su padecimiento individual sino quedar fuera de combate. En "*... estoy dispuesto a todo pero no existe mejoría...*" pareciera que hay cosas que la voluntad, por más revolucionaria que sea, no puede modificar. El "pero" es el conector que niega las consecuencias de ese "estar dispuesto a todo" (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). El límite material del héroe se encuentra en su propio cuerpo. Es por ello que su descuido excesivo –por más nobles razones que lo

justifiquen- es condenado: no cuidar la salud no es una cuestión individual sino colectiva, pues “al Partido le cuesta cara la reparación”. Estar en el hospital, enfermo, es construido como sinónimo de “holgazanear”, “vaguear” en contraposición a “estar en el frente” y combatir.

Esta imposibilidad de “vaguear”, sinónimo de “no hacer nada útil para el Partido”, también lo podemos ver en este otro enunciado. Mientras sus compañeros se iban de vacaciones, Korchaguin, el “héroe” de la novela, es el único que continuaba con el trabajo: *“Durante el verano, los amigos se marchaban de vacaciones, uno tras otro. (...) Los muchachos partían pálidos y agotados, pero alegres. Su trabajo recaía sobre las espaldas de Pável, y éste lo arrastraba, como un buen caballo arrastra el carro cuesta arriba. (...) era inconcebible un día de ausencia de Korchaguin en el despacho”* (Ostrovski, 1990:228). Esta acción, la de no permitirse vacacionar, es representada, no como una elección de Korchaguin, sino como algo inevitable e “inconcebible” de no hacer. De allí que hayan utilizado una metáfora proveniente del mundo animal para representar esta situación. Tal como un buen caballo, no elije hacer lo que hace sino que cumple, hasta las últimas circunstancias, con el deber ser de lo que para el personaje significa ser un buen revolucionario. Aunque tenga permitido tomarse unos días para descansar y reponer fuerzas, él mismo no se lo permite. El héroe construido es un héroe “full time” que no admite descanso ni vacilaciones.

En lo que se refiere al eje de este apartado, otro momento interesante para analizar es la forma en que el narrador relata, en estilo indirecto libre, el balance de vida que realiza Korchaguin ante su grave estado de salud y las dificultades que esto conlleva para volver a las filas: *“... Ante sus ojos discurrió toda su vida, desde la infancia hasta los últimos días. ¿Cómo había vivido sus veinticuatro años, bien o mal? (...) Lo fundamental era que no se había dormido en los días de mayor tensión, que había sabido encontrar su puesto en los encarnizados combates por el Poder, y que en la purpúrea bandera de la revolución había también algunas gotas de su sangre”* (Ostrovski, 1990:248). Como podemos ver, las acciones nombradas y valoradas en forma positiva, como “no dormirse en los días de mayor tensión”; “haber sabido encontrar su puesto en los encarnizados combates por el Poder”; “haber gotas de su sangre en la purpúrea bandera de la revolución”, están todas

relacionadas a su desempeño y entrega a la lucha revolucionaria. Parece que los momentos de su vida que no cuadran en esta tónica no son dignos de siquiera ser comentados. Por ejemplo, en el siguiente fragmento, cuando piensa en la posibilidad del suicidio, se pone en juego también esta valoración: ‘... Siempre y en todo tiempo, cualquier idiota puede pegarse un tiro. Es la salida más cobarde y fácil de la situación. ¡Si te es difícil vivir, pégate un tiro! (...) Guarda la pistola y no se lo cuentes nunca a nadie. Aprende también a vivir cuando la vida se hace insoportable. Hazla útil’ (Ostrovski, 1990:248). Frente a esta salida, calificada como “cobarde” y “fácil”, el personaje reacciona en modo imperativo obligándose, no sólo a seguir con vida, sino sobre todo a hacerla útil.

Como estuvimos viendo a lo largo de nuestro trabajo, la idea de utilidad está íntimamente relacionada al Partido: ser útil es ser útil para el Partido. A partir de este razonamiento es como Korchaguin se convierte en escritor. Como dijimos en otra parte, en sus condiciones, la actividad literaria es la única que le permite volver a las filas, y, por tanto, que su vida vuelva a tener sentido. “Korchaguin reempuñó el timón con ambas manos, y la vida, después de hacer varios zigzags, viró hacia un nuevo objetivo. Era éste el sueño de reincorporarse a filas por medio del estudio y de la literatura” (Ostrovski, 1990:251). Desde esta perspectiva, pareciera que sin ese sentido colectivo, superior, la vida no tiene valor.

En el texto de Fúcik, dado que es un relato “al pie del patíbulo”, la entrega al Partido se manifiesta en el silencio frente a la tortura y el sufrimiento de aquellas condiciones extremas. Quien no pase esa prueba no puede ser más que una cosa: traidor.

-¡Ya ves que lo sabemos todo! ¡Habla! Sé inteligente.

¡Qué razonamiento! Ser inteligente: traicionar.

No soy inteligente (Fúcik, 1965:25).

Aunque el fin no sea otro que la muerte, desde esta perspectiva, el héroe, para ser digno de llamarse de esa forma, debe mantenerse firme hasta el último momento. Como en la novela soviética, el que supere esta “prueba de fuego”, no será “ceniza” sino “acero”: “... Aquí no puedes ver ni millones, ni centenares. Aquí sólo se ven algunos camaradas,

*hombres y mujeres, y a pesar de ello sabes que esto no es menos importante, porque es la revista de una fuerza sometida en este momento a una prueba de fuego, y que no se transforma en ceniza, sino en acero*" (Fúcik, 1965:44). Si tenemos en cuenta los distintos aspectos explorados en nuestro análisis, podremos ver que la recurrencia a este metal todo poderoso para representar al militante ideal no es casual. El hombre revolucionario debe ser de acero, debe soportar todo, pues sólo con estos combatientes se logrará la victoria.

Ahora analizaremos las distintas descripciones de las llamadas "figuras", "*cada uno de los que ha servido fielmente al futuro y cayó para que este fuera hermoso...*" (Fúcik, 1965:57), que no traicionaron y fueron de "acero" hasta el final. Comenzaremos por "Los Jelinek": "*-Patrón, diga a los de afuera que no me lloren y que no se dejen aterrorizar por esto. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y también de acuerdo con eso voy a morir*" (Fúcik, 1965:64-65). El narrador no elige cualquier discurso referido para representar y fundamentar la inclusión de "Los Jelinek" en esa categoría. Siguiendo el enunciado en cuestión, lo que los hace merecedores de recuerdo, pero sobre todo de ejemplo, no sólo es su entrega sino la forma en que lo hicieron. Este mandato, que se reitera en el relato acerca de "no llorar", acompañado por la idea de un deber de clase, construye una representación de la muerte del militante que no permite lamentarse sino todo lo contrario. Morir de acuerdo a ese deber implica hacerlo de forma honrosa, sin traicionar y aceptando como inevitable el destino que dicha pertenencia parece implicar y suponer. De esta forma, también podemos leer este enunciado -tal como sucede con el texto de Fúcik como totalidad- como testimonio y como mandato para "los de afuera": no deben aterrorizarse ni llorar, sino cumplir con su deber "obrero" de no traicionar hasta la misma muerte.

Ahora veamos cómo describe el narrador la llegada a prisión de "Los Vysusilovi": "*Él fue arrestado poco tiempo después que yo, y me causó terror verlo aquí la primera vez. ¡Todo corría peligro si él hablaba! Pero no habló*" (Fúcik, 1965:65). Como nos deja ver el enunciador, "él", a pesar de todo, no habló, no traicionó. Gracias a su silencio, por tanto, nada corre peligro, los camaradas y el Partido están a salvo. Veamos como representa en discurso referido a la Sra. Vysusilovi: "*Han matado a mi hermana, están por matar a mi marido, y quedaré completamente sola, si a mi edad... Sola, abandonada, hasta muerte...* Y

*yo podría salvarlo, ellos me lo devolverían... sí, pero ¿a qué precio? Ya no sería yo, ni él mi papacito... Y no dijo una palabra*" (Fúcik, 1965:66). A pesar del dolor extremo que significa la pérdida de todos sus seres queridos, "no dijo una palabra". Desde este punto de vista, nada legitima la delación. La traición, representada de esta forma, sólo trae pérdida, y no de cualquier tipo, sino la de la identidad misma, la peor de las pérdidas.

Sigamos viendo como son caracterizadas otras "figuras". En el caso que veremos a continuación, el narrador relata la transformación de un "sencillo hijo del pueblo" en "hombre":

... No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo, pero tiene el ejemplo de su padre. Cuenta, pues, con un núcleo firme, alrededor del cual se acumulan sus decisiones. Ya ha tomado la suya. De la crisálida rugosa sale un hombre.

Y un hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril. Se arriesga todo cuanto aquí es preciso. (...) Trabaja sin agitarse, despacio, prudentemente, pero sin miedo (Fúcik, 1965:98).

Esa negación: "no es un político profesional", pone en escena una afirmación con la cual el narrador no acuerda, pero sin embargo, no descalifica como tal, pues se trata de una negación polémica<sup>35</sup>, no metalingüística (García Negroni, 1998b). Es por eso que después aparece el "pero", pues, si bien "no es un político profesional", sino un "sencillo hijo del pueblo", el "pero" viene a negar la consecuencia descalificatoria de ese lugar común que valora negativamente no ser un militante encuadrado. Sin embargo, no logra desmontar aquel topoi pues aunque él no lo sea, su padre sí lo es, y eso es lo que permite a fin de cuentas que "de la crisálida rugosa" salga "un hombre". Desde la perspectiva construida por el enunciador, a pesar de las negaciones y contra argumentaciones, el calificativo "político profesional" sigue siendo positivo, como también permanece el valor negativo de "sencillo hijo del pueblo". Por otro lado, en la segunda parte del enunciado, podemos ver cómo se pone en juego otro lugar común constitutivo del discurso de izquierda. Este

---

<sup>35</sup> En la negación polémica, el locutor no se opone a otro locutor sino a un enunciador E1, al que pone en escena en su mismo discurso y que puede no ser homologado con el autor de ningún discurso efectivo. La actitud positiva a la que se opone el locutor es interna al discurso en el cual se la discute. Esta negación "polémica" mantiene los presupuestos (Ducrot, 1986).

hombre que nace, es un “hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril”, ese “sin embargo” vendría a negar la consecuencia de lo anterior. “Ser tímido”, “sensible” implicaría, desde ese topoi que se está discutiendo, debilidad, que es lo que estaría negando el calificativo “viril”. Como podemos ver, este topoi tampoco es desmontado en forma completa pues la virilidad, en cuanto tal, sigue siendo construido como un valor necesario para ser un verdadero combatiente, un hombre. Desde un discurso ligado a un imaginario masculino, patriarcal, que hace honra de la dureza, del “acero”, estas cualidades pueden indicar femeneidad y debilidad, y, por tanto, no son signo del “hombre puro” que necesita la revolución. Sin embargo, el enunciador, a partir de los conectores “pero” y “sin embargo”, niega las consecuencias negativas que implicaría poseer dichos atributos. Como dice al final del segundo párrafo, se puede “ser prudente” sin ser miedoso. Sin embargo, como vimos antes, no deja de legitimar el disvalor del miedo y el valor de la virilidad como cualidades propia de este militante ideal.

Estos lugares comunes también podemos apreciarlos en la caracterización que realiza de “Papá Skorepa”: *“Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no hay lugar en que pueda dejar de serlo...”* (Fúčík, 1965:100). Desde el punto de vista aquí construido, ser comunista implica, necesariamente, serlo en todo lugar y momento. Ese es su deber. Y “papá Skorepa” lo es porque cumple con ese mandato. Es por ello que es un “hombre puro”: *“Es un combatiente fuerte y valiente. Es un hombre puro. Es papá Skorepa”* (Fúčík, 1965:101). Para el enunciador, entonces, ser un “hombre puro” -como para el PRT es el “hombre nuevo”- implica ser un “combatiente fuerte y valiente” en todas las circunstancias, por más duras que éstas sean. Se vuelve a reforzar el sentido construido en los anteriores enunciados. El valor principal sigue siendo la virilidad, la dureza.

## **6. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.**

En este apartado analizaremos como aparecen aquellos aspectos ligados a lo más “privado” de la experiencia personal. Creemos que el análisis de esta problemática es fundamental para poder interpretar las formas que asume esta subjetividad militante en la materialidad textual. A partir de este trabajo, podremos ver de mejor forma las identidades



discursivas de estos hombres y mujeres revolucionarios, y las relaciones que se prescriben entre los mismos. Como veremos en el capítulo dedicado al análisis de documentos del PRT-ERP, no es casual que el discurso revolucionario le dedique tanta atención a estas cuestiones. Desde esta perspectiva, la moral revolucionaria debe abarcar todos los aspectos de la vida militante, pues sólo así podrá lograrse la victoria. El que no cumpla estos mandatos estará faltando nada más ni nada menos que a la revolución, pues desde esta trama argumentativa, sin esta moral no podrá construirse el nuevo orden social tan ansiado. En el transcurso del análisis, trabajaremos, entonces, los mandatos y prescripciones que se materializan y construyen en el texto en torno a este tópico.

Comenzaremos por el texto de Ostrovski. En variadas ocasiones la sexualidad es representada de un modo negativo. En una de las escenas, cuando Korchaguin, el protagonista de la novela, se encuentra en prisión, se presenta esta situación:

-Escucha, querido –susurraron los labios ardientes-, de todas maneras estoy perdida; si no es el oficial, me tormentarán los otros. Tómame, muchachín, querido, que no sea ese perro el que goce de mi virginidad.

(...)

-No puedo, Jristina. Tú eres buena... -y añadió otras palabras que él mismo no comprendía (Ostrovski, 1990:68).

Frente a la posibilidad segura de ser abusada sexualmente por el oficial o cualquier otro de los policías a cargo de la prisión, Jristina le propone a Pávka que sea él quien “goce” de su virginidad y no ese “perro”. Aquí podemos ver como la virginidad aparece en tanto bienpreciado, no apto para ser entregado a cualquiera. Como “de todas maneras está perdida”, pues su virginidad va a ser “arrebataada” de todas formas, a la muchacha se le presenta como opción preferible “ser tomada” -la mujer, de esta forma, aparece como objeto y no como sujeto del acto sexual- por este “muchachín”. El problema principal parece ser perder la virginidad en manos de alguien despreciable y no querido, lo que permite comprender el pedido a Pávka. Sin embargo, Korchaguin no va a aceptar tal propuesta. Es interesante ver cómo lo manifiesta, que topoi constituye y da sentido a esa respuesta. En “No puedo, Jristina. Tú eres buena...”, podemos notar como el enunciador

construye una relación de causalidad entre “ser buena” y no poder hacer lo que se le está pidiendo. Si nos dejamos llevar por esta argumentación, pareciera que sólo podría hacerlo si ese alguien no fuera tan bueno, que se mereciera lo que parece ser un ultraje.

Veamos como se siguen manifestando en el texto las relaciones de género. El siguiente fragmento pertenece al discurso de un habitante del pueblo que no es miembro del Partido:

Antes, en los momentos de cólera, le dabas a la parienta en los hocicos, cosa imprescindible, y ella se enjuagaba la cara y callaba, pero hoy, en cuanto las tocas, arman un griterío de mil diablos. A las primeras de cambio te mencionan al tribunal popular, y las más jóvenes hasta te hablan del divorcio y te largan una letanía con todas las leyes. Y mi Ganka, que era callada de nacimiento, se ha metido ahora a delegada. Esto es así como jefe de las mujeres, o cosa por el estilo. Y vienen a verla todas las de la aldea. En un principio quise acariciarla con las riendas, pero después envié al cuerno esta idea. ¡Al diablo con ellas! Que cotorreen. Es buena mujer, tanto en lo referente a la hacienda como en lo demás (Ostrovski, 1990:197).

El enunciador construye una representación del pasado que se contrapone al presente bolchevique. Mientras antes las mujeres podían ser maltratadas sin ningún inconveniente, “cosa imprescindible” para este personaje, ahora, con la llegada del poder bolchevique, ellas mismas no lo permiten, hasta llegan a hablar de divorcio, como declara con mucho disgusto el personaje en cuestión. Frente a la elección de su esposa de ser delegada, si bien en un principio quiso “acariciarla con las riendas”, no lo hizo. A diferencia de lo que ocurría antes, ya no era tan fácil ejercer la violencia, es por eso que, como forma de consolarse a sí mismo dice “que cotorreen”, verbo que interdiscursivamente se encuentra asociado al género femenino. Desde el discurso dominante, los hombres son los que mandan y las mujeres obedecen y “cotorrean”. Ahora, ellas, en el presente bolchevique, también pueden decidir y ser sujetos de la historia. Sin embargo, a pesar de este relato, por los distintos aspectos analizados, podemos ver que, si bien la mujer aparece como sujeto político, no sucede lo mismo en lo que respecta a otros aspectos como la sexualidad, las relaciones de pareja, etc.

Esto último podemos verlo en las caracterizaciones que se realizan del “coqueteo” y el concepto de amor que se pone en juego. Como veremos, el acto de coquetear es descalificado sucesivamente. Veamos que sucede en el siguiente fragmento: “*Sentado en el borde de la rampa, movíase nervioso y miraba con odio a las emperifolladas Lisa Sujarko y Anna Admóvskaya, quienes coqueteaban descaradamente con sus galanes*” (Ostrovski, 1990:88). Mediante el adverbio “descaradamente”, el enunciador (des)califica la acción de ambas muchachas, las cuales son doblemente desautorizadas: por emperifollarse y después por coquetear. Desde esta perspectiva, el amor no va de la mano del jugueteo, sino que es algo muy serio; es compromiso, matrimonio<sup>36</sup>. Para el protagonista, amar, “querer en serio” es sinónimo de “no querer como un juguete”. Tener relaciones sexuales con Jristina habría implicado, para este personaje, usarse mutuamente como si fueran objetos, “juguetes”, lo que para Pávka esta vedado desde su visión de lo que es moralmente válido.

Veamos cómo se manifiesta esta noción del amor en el siguiente enunciado: “-*Tonia, cuando termine todo este jaleo, seré, sin falta, mecánico. Si tú no renuncias a mí, si me quieres en serio, y no como un juguete, entonces seré para ti un buen marido. Nunca te pegaré, que me muera si te ofendo en algo*” (Ostrovski, 1990:80). Aquí podemos ver lo que decíamos recién: “querer en serio” es construido como opuesto a “querer como un juguete”. También aparece ligada a esta idea la noción de matrimonio: “querer en serio” es construido como condición necesaria para casarse y ser “un buen marido”. Como decíamos antes, el amor es cosa seria, no es para andar jugando y coqueteando, es para casarse. La última parte da cuenta de otro lugar común con el que se está polemizando. Al decir “nunca te pegaré” deja entrever que es totalmente normal que así ocurra, aunque el personaje en cuestión, como se encarga de aclarar, no sólo que no lo hará, sino que prescribe su propia muerte si osa ofender a su amada en algo. De esta forma, a pesar de “nunca hacerlo”, en este acto enunciativo -pues no es una negación metalingüística sino polémica (García Negroni, 1998b)- se termina legitimando indirectamente la violencia hacia las mujeres en

---

<sup>36</sup> La relación entre el concepto de revolución y lo lúdico, fuertemente descalificado desde este discurso, es revalorizado (y resignificado) en los textos de Julio Cortázar y Francisco Urondo que analizaremos en el capítulo III de la presente investigación. Allí podremos ver como lo lúdico adquiere una valoración positiva, en contraposición a la descalificación realizada por este tipo de discurso. Pareciera que desde el discurso de la izquierda tradicional (ya sea de la “nueva” o “vieja” izquierda setentista), juego y revolución son términos contrapuestos.

lugar de descalificarla como tal. En términos de Raiter (2003), podemos comprender tal negación como una oposición dentro del mismo discurso dominante, no como un discurso emergente, nueva red de significaciones discursivas.

Aquella noción de matrimonio irá transformándose, no tanto en su valoración, porque continuará siendo positiva a lo largo del relato, sino por el lugar que va a adquirir lo político-partidario en su conformación. Si bien al principio, cuando el protagonista no era un combatiente bolchevique, pensaba casarse con Tonia, muchacha de extracción “pequeño burguesa” que no pertenecía al Partido, más tarde, ya convertido en el hombre ideal, de acero, esta posibilidad será descartada de plano. Así podemos verlo en el siguiente fragmento que relata la ruptura entre ambos: “... *El individualismo barato de Tonia se le hacía insoportable a Pável. Ambos comprendían la necesidad de la ruptura*” (Ostrovski, 1990:115-116). El narrador, en estilo indirecto libre (Reyes, 1993), al representar el comportamiento del personaje en cuestión como “individualismo barato” – que es, desde este discurso, un calificativo demoleedor- fundamenta aquella ruptura, presentada como necesaria e inevitable. La diferencia de clase, la negativa a formar parte del Partido, son barreras infranqueables para que pueda consumarse esta unión. Esto podremos verlo de mejor forma en el siguiente enunciado: “... *Tú, como es natural, sabes que te he querido, y mi amor puede renacer aún; pero, para ello, tú debes estar con nosotros. Yo no soy el Pavlusha de antes. Y seré un mal esposo si tú consideras que debo pertenecerte a ti antes que al Partido. Yo perteneceré ante todo al Partido, y después a ti, a los demás seres queridos*” (Ostrovski, 1990:116). El amor sólo podrá renacer, por tanto, si se efectiviza su ingreso al Partido; si se efectiviza aquella *conversión subjetiva*. Se construye una relación antitética entre tu, Tonia, y nosotros, Partido. La relación de pareja deja de ser entre dos para estar mediada por un cuerpo colectivo. El enunciador se encarga de dejar en claro que ya no es el de antes, que ahora lo primero, antes que cualquier otra cosa en su vida, es el Partido. A diferencia del Pavlusha de antes, para el camarada Korchaguin el deber primero es ser fiel, en todo momento, al mandato partidario. Por lo tanto, si ella no accede a comprender este primer amor, desde esta perspectiva, por más dolor que pueda provocarle, no quedará otra salida que la separación.

Tanto es así que cuando vuelva a proponer matrimonio a otra muchacha llamada Taia, que tampoco era miembro del Partido, le dirá lo que sigue: *“Ya lo he decidido: nuestra alianza se concierta hasta que tú te conviertas en una persona de verdad, de las nuestras; y yo puedo transformarte (...) Hasta entonces no debemos romper la alianza”* (Ostrovski, 1990:249-250). Él, Korchaguin, aparece como el agente de la acción; es quien ya “ha decidido”. También es el que tiene la capacidad de transformarla en alguien “de verdad”. En modo imperativo, ordena la conformación de esta alianza hasta que ella también pueda disolverse en aquel “nosotros”. Por oposición podemos deducir que quién no pertenece a este espacio colectivo no es una persona. Otra vez, el colectivo partidario vuelve a mediar y dar sentido a las relaciones interpersonales y a los sujetos que forman parte de las mismas. La unión quedará consumada cuando ambos puedan conformar aquella ansiada “fracción comunista”:

En aquellos días difíciles para él, Taia excitada y alegre, le comunicó:

-Pavlusha, soy candidato al Partido.

Y Pável, al escuchar cómo la célula había admitido en sus filas a la nueva camarada, recordó sus primeros pasos en el Partido.

-Así, pues, camarada Korcháguina, tú y yo componemos una fracción comunista –le dijo estrechándole la mano (Ostrovski, 1990:255).

Con la entrada al Partido de Korcháguina –ya no Taia, pareciera que su identidad individual quedó diluida en la de su marido/camarada- ambos forman parte de la misma identidad colectiva dadora de sentido. La unión queda, de esta forma, bendecida.

Otra cuestión interesante a analizar es la forma en que son representadas las escenas de amor entre compañeros del Partido. Esta situación provoca más de un revés narrativo a lo largo de la novela. Por ejemplo, cuando Seriozha le dice a Rita que siempre tiene deseos de verla y que cuando esta con ella “se está tan bien”, “se sienten más ánimos, y se desea trabajar sin fin” –como podemos ver, todas estas son acciones despersonalizadas, en ningún momento el locutor se hace cargo de ellas-, le responde lo siguiente: *“-Mira, camarada Bruszhak –dijo-, vamos a ponernos de acuerdo: a partir de hoy, no te dedicarás más a hacer lírica. No me gusta”* (Ostrovski, 1990:92). A diferencia de Seriozha, que la llama

“camarada Rita” (Ostrovski, 1990:92), lo hace por su apellido, produciendo de esta forma un efecto de distanciamiento entre ambos. Para Rita Ustinovich, decir esas cosas, ajenas al trabajo, al deber partidario que une a ambos camaradas, es “hacer lírica” lo cual es terminantemente prohibido. Frente a un intento de acercamiento amoroso, Rita contrapone la distancia imperativa, es por ello que *“Seriozha enrojeció como un escolar al que le han llamado la atención”* (Ostrovski, 1990:92). Ella se comporta de esa forma, ejerciendo su autoridad al retarlo como si fuera un escolar. De todas formas, Seriozha no responde en forma pasiva y le dice lo siguiente: *“¿Qué de contrarrevolucionario he dicho? ¿Como es natural, camarada Ustinovich, no volveré a hablar mas!”* (Ostrovski, 1990:92). En esa pregunta subyace un supuesto: si lo dicho es considerado “contrarrevolucionario”, el reto es válido. Por lo tanto, el personaje no pone en cuestión el disciplinamiento en cuanto tal sino este reto en particular, pues lo que ha dicho, para él, no tiene nada de “contrarrevolucionario”. La demostración de afecto, por tanto, no es para este personaje – como si parece ser para la “camarada Rita”- algo que vaya en contra del deber ser revolucionario. Desde su perspectiva, los bolcheviques no tienen ningún motivo que justifique no poder demostrar su amor. De ahí el enojo que todo esto le despierta, provocando el alejamiento entre ambos. Sin embargo, ante tal situación la camarada Ustinovich no se mantiene al margen. Al encontrarse ambos en un comité, le dice lo siguiente: *“-¿Qué, te ha entrado el amor propio pequeño burgués? ¿Dejas que influencia en el trabajo una conversación personal? Eso, camarada, no está bien”* (Ostrovski, 1990:93). Para Rita, enojarse por lo ocurrido significa tener un comportamiento “pequeño burgués”. A diferencia del discurso del PRT que analizaremos posteriormente, en el cual todo lo personal es político, en este argumento pareciera que trabajo y vida personal son ámbitos separados que no deben inmiscuirse, menos aún, lo segundo en lo primero, pues la revolución, desde este discurso, lo es todo. Desde una posición enunciativa fuertemente normativa, la “camarada Rita” decreta la incorrección de tal actitud. Seriozha vuelve a rebelarse a este nuevo reto: *“-¿Qué voy a hablar contigo? De nuevo me imputarás alguna desviación pequeñoburguesa o alguna traición a la clase obrera”* (Ostrovski, 1990:93). Para este personaje, estas imputaciones son inválidas, por eso elige directamente no hablar. Desde la ironía, pone en cuestión este lugar común argumentativo que relaciona “desviaciones pequeño burguesas” con este tipo de conflictos.

Sin embargo, todavía no llegamos al final de esta historia. El amor y el erotismo esta vez aparecen sin ser censurados:

Dejó la pistola en el suelo y se volvió a echar sobre la hierba. Bajo el paño de la guerrera se destacaban sus pechos firmes.

-Serguéi, ven aquí –dijo en voz baja.

El muchacho se acercó.

-¿Ves el cielo? Es azul. Y tú tienes los ojos del mismo color. No está bien. Tus ojos deben ser grises, de acero. El azul es un color demasiado tierno.

Y abrazando de pronto su rubia cabeza, le besó ardientemente en los labios (Ostrovski, 1990:95).

Es para destacar que el narrador se permita decir “bajo el paño de la guerrera se destacaban sus pechos firmes” sin descalificar mediante algún comentario o calificativo tal enunciación. Como podemos apreciar, ahora ella es la que lo llama (y también lo besa), apareciendo como sujeto de la acción. Otra vez aparece el tópico del acero. Para Rita, el problema con Seriozha es que es “demasiado tierno”, no es lo suficientemente fuerte y recio como se supone debe ser un combatiente revolucionario. De ahí podemos entender su anterior posición. A diferencia de la militante de metal, Seriozha no escinde ni contrapone la militancia con la experiencia amorosa. Parece que por el momento logro persuadirla...

Otra situación amorosa entre camaradas es la que se da entre Rita con el protagonista, pero a diferencia de Seriozha, éste no va a declarar su amor –por lo menos, no a tiempo- sino que lo reprimirá hasta que sea demasiado tarde: *“Para él, Rita era intangible. Era su amiga y camarada de lucha por un mismo objetivo, su comisario; pero, con todo, era también mujer. Esto lo había sentido Pável por vez primera junto al puente, y por ello le emocionaba tanto aquel abrazo. Sentía la respiración profunda y acompasada y, muy cerca, sus labios. La proximidad generó un deseo irresistible de encontrarlos. Con un esfuerzo de voluntad, estranguló el deseo”*. (Ostrovski, 1990:125). El lugar común que estructura esta argumentación une “ser amiga” y “camarada de lucha” con la “intangibilidad”. Sin embargo, para contrarrestar la consecuencia de dicho topoi aparece el

“pero” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Si bien es una camarada, también es una mujer, por lo tanto el deseo amoroso puede aparecer, es legítimo que así ocurra. De todas formas, a pesar de este titubeo, termina primando la intangibilidad. Con “esfuerzo de voluntad” -y este personaje es un especialista en ello- estrangula su deseo de amarla. La misma Rita, a pesar que en otro momento no era muy distinta a Korchaguin, le va a decir lo siguiente: *“Pável, no hay que ser tan severo consigo mismo. En nuestra vida no es todo lucha, existe también la alegría de un sentimiento grande”* (Ostrovski, 1990:226). Esta Rita, a diferencia de la anterior, no se identifica con el enunciador que plantea a la “lucha” como única experiencia y motivación de vida. También están el amor y la alegría que este puede brindar. De esta forma, aparece la alegría como un aspecto destacable y deseable, no todo tiene que ser sacrificio y sufrimiento.

La ética que termina primando es la de un “Pável censor”, que condena tanto el amor “libertino” como cualquier otra conducta que no se corresponda con el mundo ascético que desea y construye para su propia cotidianeidad como para la del resto. Esta situación se reitera en varias oportunidades. Aquí podemos ver una de ellas:

-Buen principio... -dijo Pável-. ¿A quién metes en tu casa? ¿A dónde vas a ir a parar?

Dubava, al parecer hastiado de aquella conversación, gritó:

-¿Aún vais a indicarme con quien debo dormir? ¡Basta ya de sermones! ¡Puedes largarte por donde has venido! ¡Ve y di que Dubava bebe y que duerme con una prostituta!  
(Ostrovski, 1990:227).

Pável aparece como alguien que asiduamente da indicaciones acerca de lo que esta bien o mal. Por ejemplo, en este caso, beber y dormir con una prostituta, son compartimientos descalificados por el personaje en cuestión, pues son signos de mal camino, de perdición, de ahí su pregunta y preocupación, “¿A dónde vas a ir a parar?”. Dubava -en ese momento del relato, miembro de la fracción trotskista en conflicto con la estructura partidaria- se rebela frente a ese mandato calificado como “sermón”, signo ideológico asociado al discurso propio del cristianismo<sup>37</sup>. Si en un momento este personaje

---

<sup>37</sup> Son numerosos los trabajos que indagan en torno a las vinculaciones entre los movimientos de izquierda y discurso religioso (Carnovale, 2005; Guglielmucci, 2006; Campos, 2007; Tarcus, 1998-1999). El sacrificio



aceptó este estado de cosas, ahora parece que no está dispuesto a hacerlo. Ese “aun” marca aquella distención en la relación. A partir del distanciamiento con la línea oficial del Partido, que provocó también un distanciamiento con Pável, Dubava siente que ya no debe por qué acatar, si quiera escuchar, tales “sermoneos”. Si lo dejan afuera en lo político, pareciera que también desea ser dejado de lado en lo que respecta a su vida privada.

En este otro enunciado, el protagonista de la novela vuelve a manifestar esa posición enunciativa: *“Failo es un fenómeno repugnante en nuestra vida comunista. No puedo comprender, ni aceptaré nunca, que un revolucionario, un comunista pueda ser al mismo tiempo un cerdo obsceno y miserable. Este hecho nos ha obligado a hablar de la vida privada, y esto ha sido lo único positivo del asunto”* (Ostrovski, 1990:230-231). Para el protagonista, Failo no es más que un “fenómeno repugnante”, ubicándolo por fuera del colectivo de identificación que aglutina tanto al enunciador, Pável, como a sus destinatarios, que son los otros miembros del Partido (Verón, 1987). Este personaje, por tanto, se lo presenta como algo que atenta a la armoniosa y moralista “vida comunista”. Para preservar el orden no hace falta más que su expulsión. Desde esta perspectiva, “ser comunista” es, por oposición, ser “no-cerdo obsceno” y “no-miserable”. Quien lo sea, como Faila, no es comunista y, por tanto, deberá ser expulsado. Es lo que terminará logrando Pável a través de esta argumentación. De esta forma, este personaje termina constituyéndose en una suerte de censor, encarnación y guardián de la moral comunista. Este papel lo desempeñará con tanto esmero que ni los “cuentos verdes” serán permitidos (Ostrovski, 1990:240).

En *Reportaje al pie del patíbulo*, la familia y el amor también tienen un lugar secundario respecto al deber y entrega de este buen militante a la estructura partidaria. En la siguiente descripción de una de las “figuras”, podremos verlo de mejor forma: *“Se llama Karel Malec, es un mecánico, y trabajaba en el ascensor de una mina situada cerca de Hudlic, de donde extrajo explosivos para la Resistencia. Tiene mujer y dos hijos, los*

---

personal como símbolo de una nueva era por venir, es tanto relato fundante de la cultura cristiana, como del lazo identitario de la izquierda en general como del PRT-ERP en particular.

*quiere, los quiere mucho... 'Pero era mi deber, ¿sabes? No podía hacer otra cosa'*" (Fúcik, 1965:36). Desde el punto de vista del narrador, este miembro de la Resistencia, si bien quería, y mucho, a su familia, no podía dejar de cumplir su deber. Como deja ver el "pero" del discurso referido, contrario a la consecuencia que se desprende de querer mucho a alguien, cumplir el deber -que puede significar no verlos más- se impone como necesidad. De ahí el sentido de ese "no poder hacer otra cosa". El sacrificio es construido como algo necesario, que se cae por su propio peso. No hay lugar para la elección del sujeto.

Este lugar secundario del amor en relación al deber militante es, en un momento al menos, puesto en cuestión. Veamos cómo el narrador relata el traslado de Gusta, su esposa: *"Esta noche ellos se llevan a mi Gusta a Polonia 'para trabajar'. A las galeras, para morir de tifus. (...) Este reportaje no será terminado. Trataré de continuarlo si aún tengo la oportunidad en estos días. Hoy no me es posible. Hoy tengo la cabeza y el corazón llenos de Gustina, de esta criatura humana tan noble y tan profundamente fervorosa, de esta compañera extraordinaria y abnegada de mi vida azarosa y jamás apacible"* (Fúcik, 1965:58). Su deber, que es finalizar este reportaje, dejar su testimonio a millares de militantes, no podrá realizarlo ese día, pues no puede pensar en otra cosa que en "Gustina". Aquí, por tanto, parece desplazarse aquella primacía absoluta del deber militante por sobre cualquier otro deseo.

Sin embargo, al final de este texto dedicado a su amada, el narrador vuelve a exaltar aquella vida después de la muerte que sólo puede posibilitar la entrega a la lucha por la liberación de la humanidad.

*¿Podéis imaginar, amigos míos, cómo viviríamos si nos volviéramos a encontrar después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontráramos de nuevo en la vida libre y bella, la de la libertad y la de la creación? ¿Cuándo se cumpla lo que tanto hemos deseado, lo que tantos esfuerzos nos cuesta y por lo que ahora vamos a morir?*

*Pero aún muertos viviremos en un rinconcito de vuestra dicha, porque para esa dicha hemos dado nuestra vida. Y eso nos alegra aunque sentimos tristeza al despedirnos de vosotros* (Fúcik, 1965:59-60).

Si bien aparece cierta melancolía por lo que podría haber sido y no fue, termina primando la alegría por pertenecer a esa “dicha” por la que han dado su vida. La recurrencia de contraargumentaciones mediante “pero”, “aunque”, y distintas negaciones, da cuenta de la conflictividad que todo esto provoca a nivel discursivo-subjetivo. Sin embargo, volvemos a repetirlo, termina primando la valoración positiva del sacrificio.

## **CAPITULO II: Moral, revolución y socialismo en el PRT-ERP. Continuidades y reformulaciones discursivas.**

Continuando con la línea de análisis que abrimos en el capítulo anterior, trataremos de poner en diálogo aquellos discursos que hemos considerado representativos de la constitución de la memoria discursiva de izquierda con distintos documentos de la organización objeto de nuestra investigación. Si, como dijimos en un principio, todo discurso es un punto en una red (Foucault, 2002; Courtine, 1981; Raiter, 2003), para poder interpretarlo, comprender sus condiciones de posibilidad y el campo de efectos de sentido que abre su irrupción en el universo discursivo, debemos analizarlo desde esta polifonía constitutiva, desde las huellas interdiscursivas que lo constituyen y atraviesan. Es por ello que hemos analizado las novelas *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Su lectura y análisis nos permitió dar cuenta de distintos sentidos y lugares comunes del discurso de izquierda, haciendo especial énfasis en la interpelación a ese militante ideal, sujeto necesario para el triunfo revolucionario. En este capítulo nos proponemos analizar, precisamente, como el “hombre nuevo” perretista, con obvias raíces en el discurso guevarista, se relaciona con las subjetividades convocadas desde aquellos otros discursos, anteriores que contribuyeron a la conformación de una identidad: la identidad revolucionaria. En los distintos documentos que hemos escogido, trabajaremos, entonces, las continuidades y reformulaciones discursivas acerca de la revolución, el socialismo y la moral militante.

En este sentido, cabe aclarar que, si por un lado, de los dos textos principales que analizaremos, “El único camino...” (1968) tiene como objetivo primordial diferenciarse del resto de la izquierda argentina del momento para así poder precisar y fundamentar su propuesta política: la lucha armada, “Moral y proletarización” (1972) profundiza en la definición de esa identidad, revolucionaria y guerrillera, en detrimento de la burguesa, la cual debe ser destruida para poder avanzar en el camino revolucionario. Para poder comprender mejor estas diferencias no debemos olvidar las distintas situaciones enunciativas de ambos textos: si por un lado, el primero fue producido en 1968, y por tanto,

anterior al Cordobazo y a la creación del ERP; el segundo fue posterior a ambos sucesos, cuando ya la propuesta de la lucha armada había ganado la puja interna. Para ese entonces, esta forma de acción política estaba legitimada como “único camino al socialismo” al interior de la organización –como también en la mayoría de las otras organizaciones de la “nueva izquierda” del momento-. Otro aspecto a destacar es el tipo de circulación y destinación en cada caso. Mientras “El único camino” es un documento interno, elaborado para ser discutido en el IV Congreso de la organización, “Moral y proletarización” es un artículo de una revista de los militantes del partido que se encuentran cumpliendo condena en la cárcel de Rawson, posteriormente reeditado en una publicación del partido. Por lo tanto, mientras el primero es de circulación interna, el segundo apunta a un destinatario más amplio: los revolucionarios.

Mediante el análisis del discurso intentaremos observar cuáles eran las creencias que estructuraban aquella práctica política y por qué las mismas se cristalizaron en la construcción de una “moralidad revolucionaria”.

### **1. Los orígenes del PRT-ERP**

El PRT-ERP nace el 31 de enero de 1965 como producto de la unificación de dos organizaciones del Norte Argentino: el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericanista Popular) de la provincia de Santiago del Estero, liderado por los hermanos Santucho y PO (Palabra Obrera) de Tucumán, liderado por Nahuel Moreno. Desde su constitución hasta 1970 –año en que se realiza el V Congreso que resuelve la constitución de su brazo armado, el ERP- se desata una acalorada puja política entre las distintas corrientes políticas que conviven al interior del partido en cuanto a la adopción de la lucha armada como medio para realizar la revolución socialista en la Argentina. Estas disputas se materializarán en sucesivas rupturas: en 1968 con el “morenismo”<sup>38</sup> y en 1970 con la “tendencia comunista”

---

<sup>38</sup> El documento presentado al IV Congreso de la organización, “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, tenía como finalidad interna diferenciarse con la fracción liderada por Nahuel Moreno. Con esta disputa como trasfondo, el documento va a intentar legitimar teóricamente la decisión de la tendencia liderada

y “proletaria”<sup>39</sup>. Pero los conflictos internos no terminarán allí. El GAN (Gran Acuerdo Nacional)<sup>40</sup> y la presentación del peronismo a elecciones tras casi 20 años de proscripción provocarán una nueva fuente de conflictividad que dará origen al ERP 22 de Agosto. Para poder comprender mejor los avatares de esta identidad colectiva y de las subjetividades convocadas en la constitución de la misma, analizaremos documentos pertenecientes a estas diferentes etapas.

---

por Santucho de comenzar la lucha armada en Argentina (Pozzi, 2004). Para Weiz (2006), estos conflictos entre ambas corrientes tenían larga data. Ya a los dos meses de la constitución del PRT habían surgido fuertes discusiones en torno a la situación de Tucumán, regional hegemónica por el “santuchismo”. El origen del camino hacia la ruptura son ubicados por el autor en una reunión del Comité Central realizado en marzo de 1966, en la que surgen fuertes diferencias en cuanto a la situación en esa provincia. Esa reunión, con mayoría “morenista”, se pronunció en contra de la caracterización de situación prerrevolucionaria que planteaba el sector liderado por Santucho. Esta diferencia volvió a manifestarse en el II Congreso realizado ese mismo año. Otra diferencia se producirá alrededor de la caracterización del régimen militar gobernado por Onganía. Si para el sector liderado por Moreno era un signo que había que retroceder y adoptar una posición defensiva, para el “santuchismo” había que radicalizar las formas de lucha con el resto de los sectores sociales y políticos movilizados. Estas diferencias tácticas y estratégicas terminaron determinando la ruptura con este sector en 1968, año en que se realizó el IV Congreso, pasándose a dominar PRT *La verdad* la fracción morenista y PRT *El Combatiente*, el liderado por Santucho. Como veremos en el análisis, dichas diferencias serán llevadas al extremo discursivo. Moreno y su tendencia pasaron a formar parte del enemigo, expresión intra filas de la “pequeño burguesía”.

<sup>39</sup> A partir del IV Congreso las disputas internas no cesaron de crecer. El denominado “desastre de Tucumán” (Pozzi, 2004) -operación política que provocó la caída de varios militantes del PRT y de su periferia- desató una serie de críticas por parte de las tendencias comunista y proletaria por lo que se entendía como militarismo de la tendencia Leninista, dirigida por Santucho. La dirección caracterizó a su tendencia como la única de izquierda y a las otras como derecha y centro respectivamente. La diferencia central entre las tres giró alrededor de la lucha armada. Mientras que para la tendencia santuchista ya había comenzado la guerra revolucionaria, la Tendencia Comunista quería suspender, momentáneamente, la actividad guerrillera y caracterizaba de foquista el proyecto de Santucho. La Tendencia Proletaria entendía que la violencia sólo podía ser asumida en tanto expresión de autodefensa de masas (Lucha Armada, N° 7, 2006:104).

<sup>40</sup> Pacto electoral realizado para Lanusse en un intento de aquietar el convulsionado clima político argentino a través de su canalización político-institucional por vías “democráticas”. Para Amézola (1999), el GAN, a pesar de haber sido producto del agravamiento de tensiones políticas y sociales, no se trató de una improvisación. Pueden encontrarse elementos que le van dando forma a lo largo del accionar de Lanusse como Comandante en Jefe del Ejército, en un proceso en que las situaciones políticas se combinan con la influencia de las ideas de figuras civiles y militares, hasta dar por resultado -hacia 1971- el plan completo (Amézola, 1999:108). El plan político no se limitaba a instalar una democracia restringida al estilo de las que habían sucedido a los gobiernos militares desde 1955. Por el contrario, luego de 18 años de proscripción, se permitía otra vez la participación del peronismo a elecciones. Para Tortti, “*la audacia de esa estrategia, radicó en proyectar la reinsertión del peronismo en el sistema político, como operación destinada a aislar a los elementos más radicalizados y devolver legitimidad a la acción estatal, encausar la conflictividad social y política dentro de los marcos de la democracia parlamentaria y del sistema de partidos, e intentar que la oposición a la dictadura se desgajara de las impugnaciones al ‘sistema’*” (Tortti, 1999). Desde esa perspectiva, para conjurar la amenaza era necesario frustrar la confluencia entre la izquierda social y la izquierda política. La paulatina consolidación del GAN fue la contracara de un molecular proceso de debilitamiento de los lazos que conectaban a los sectores sociales activados con las vanguardias revolucionarias (Tortti, 1999).

Una de las cuestiones que más llamó nuestra atención al comparar los textos anteriores a la unificación de 1965 con los posteriores es el cambio que se produce a nivel enunciativo y léxico. Mientras en los primeros textos del FRIP el lugar enunciativo desde el que se construye el relato es de polémica pero sólo con respecto a un “exterior”: el “imperialismo”; las “castas explotadoras”, “los partidos políticos” que participan en las elecciones, y el “comunismo”; se definían nacionalistas, latinoamericanistas y antiimperialistas, entendiendo al imperialismo como un “factor externo” de dominación y no como una “fase” del desarrollo capitalista; privilegiaban nuevos actores históricos como el campesinado y los pueblos originarios al punto no sólo de incluir “indoamericanista” en el nombre de la organización, sino también consignas en quechua en sus escritos; todo esto cambia profundamente en los documentos posteriores a la unificación con la organización tucumana de origen trotskista, Palabra Obrera.

A partir de este momento van a modificarse muchas de las concepciones políticas del FRIP, particularmente en lo que respecta al marxismo, el actor revolucionario y a la estrategia y tácticas políticas, en especial, a raíz de la presentación de “*candidatos obreros con un programa antiimperialista y anti-patronal*” a las elecciones parciales en Tucumán de 1965. Si antes para el FRIP la democracia burguesa y las elecciones eran sinónimos de farsa, a partir de la unificación de ambas organizaciones la posibilidad de ganar diputados obreros es calificada como “*un avance enorme, un gran triunfo para la clase obrera argentina*”<sup>41</sup> que permitirá “*utilizar las tribunas, los radios y la propaganda escrita, para llegar a las masas y plantear sin tapujos, a fondo, los problemas fundamentales del país y de la clase obrera*”<sup>42</sup>. Ya no se habla del “hombre americano” sino de la “clase obrera”, lo que lleva también a abandonar las inscripciones quechuas.

Si bien podemos contemplar estas diferencias, hay continuidades en los distintos periodos: el revolucionario siempre es otro con el cual es necesario identificarse y

---

<sup>41</sup> “Tucumán-Diputados obreros al parlamento capitalista”. NORTE REVOLUCIONARIO N° 19, del 3 de Marzo de 1965. Órgano quincenal del Partido Unificado (ex FRIP-PO).

<sup>42</sup> *Ibidem*.

mimetizarse. Retomando a Vezzetti (2009)<sup>43</sup>, el discurso setentista estaba hegemonizado por un mandato de conversión. Tanto con el “hombre americano” como con la “clase obrera” debe operarse una transformación subjetiva a nivel del enunciador/ destinatario, pues nunca es lo que debería. “El único camino...” para hacer la revolución *es* transformarse en ese otro, en ese *deber ser subjetivo*. Siempre se está en cierta falta. Es por esto que el adversario ya no será sólo externo, también aparece como una amenaza latente al interior de la organización. De ahí la necesidad de precisar algunas cuestiones, especialmente en lo que toca a la estrategia política y a la moral militante.

## **2. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”. Polémica y ruptura en el IV Congreso del PRT.**

Una de las cuestiones más interesantes que podremos observar al analizar la historia política y discursiva de la organización objeto de nuestro estudio –que se relaciona no sólo con la época en la que se produjeron los mismos sino también con el tipo de discurso que lo constituye: el discurso de izquierda- es la posición de verdad que ocupa el enunciador, lo que permite explicar las sucesivas rupturas al interior de la misma producto de diferentes disputas por el sentido, particularmente, en lo que concierne al significante que estructura este discurso –como todo discurso que se pretende revolucionario-: la revolución. Como pudimos también ver en el capítulo anterior, esta posición de verdad, aparte del conocido porte cientificista, tiene un fuerte componente moralista, lo que dificulta aún más la posibilidad de discutir y argumentar en su contra. Tal como vimos en *Así se templó en acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, en el discurso del PRT el “otro enemigo” es un “pequeño-burgués”, un “traidor”, un “cobarde” y, por lo tanto, la respuesta no puede ser otra que la eliminación lisa y llana. Cualquier intento de diálogo puede ser peligroso, pues puede infiltrarse el “virus morenista”. Así fueron calificadas algunas de las posteriores rupturas como las de la IV Internacional y la Fracción Roja en 1970 (Pozzi, 2004). De esta

---

<sup>43</sup> Ver introducción, apartado dedicado a la bibliografía contemporánea, pág. 25.



forma, ya sea “virus morenista” o “desviacionismo pequeño burgués”, ambas son enfermedades que deben ser combatidas y aisladas del cuerpo de la organización.<sup>44</sup>

El documento que analizaremos a continuación, la introducción al folleto “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo” fue presentado y discutido en el IV Congreso de la organización, realizado en febrero de 1968, tras el conflicto con el sector liderado por Moreno. Elegimos este texto por varios motivos. El más importante, porque se produce en el contexto de una ruptura y nos parecía interesante ver cómo se manifiestan en el mismo diferentes estrategias retóricas y argumentativas para confirmar la propia identidad destruyendo la de otros, que hasta no hace mucho eran compañeros.

Para el historiador Pablo Pozzi (2004), el texto tenía un doble objetivo: por un lado aclarar las diferencias e impugnar al morenismo; por el otro, establecer las bases de su propia visión del marxismo. El eje de discusión, como indica el comienzo de su introducción, será “el problema del poder y la lucha armada”. Según el documento, la izquierda argentina carecía hasta el momento de una estrategia de poder que se adecuara a lo que el PRT entendía como realidad nacional e internacional y a las “leyes generales del marxismo”. A esta discusión subyacía otra, también descalificada por la organización: la vía pacífica al socialismo, teorizada por la II internacional y la III a partir del final de la 2ª guerra mundial. Descartada de plano esta última, también rechazan las opciones “insurreccionales” para alinearse firmemente tras la lucha armada como método fundamental para la toma del poder. A partir de allí, el enunciador ya a intentar legitimar su propuesta a través de citas, directas e indirectas, de los clásicos del marxismo (Marx-Engels y Lenin) y las corrientes afines a Trotsky, Mao Tse Tung y a lo que denominan “castrismo o guevarismo”. A través de distintos aspectos de las teorías consideradas argumentarán a favor de su propuesta política. En este sentido, suscribimos a lo afirmado por Pozzi cuando dice que “*el tratamiento que hacen los autores del documento es autojustificador de la propia visión y de la decisión de iniciar la lucha armada*” (Pozzi, 2004: 93). Para no entrar en contradicción con el corpus canónico efectúan una selección,

---

<sup>44</sup> Recordar el folleto de Lenin que reitera el mismo tipo de metáfora: *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo* (1948).

convocan los fragmentos que van en su propio sentido y dejan en la sombra lo que va en el sentido de su Otro (Maingueneau, 1984). El documento intentará legitimar su propuesta política, esto es, la necesidad de comenzar cuanto antes la lucha armada en nuestro país, dialogando y polemizando con esas otras voces; apoyándose en la memoria discursiva de izquierda, tanto mediante las distintas citas de autoridad como con las formas enunciativas y los preconstruidos que se materializan en la estructura textual, propios de esa tradición discursiva.

En el texto que analizaremos a continuación, “socialismo” viene de la mano de “sangre y sacrificio” en contraposición a “la búsqueda de un gobierno burgués liberal que le permitiera vivir legalmente en el régimen capitalista”. La “tarea de las tareas” en plena dictadura militar<sup>45</sup> será “preparar la guerra revolucionaria”. Ya estaban las condiciones dadas para comenzar la lucha armada.

## 2.1. Locutor y ethos

En términos de Maingueneau (2002), la construcción del “ethos” no es estática sino más bien dinámica, erigida por el destinatario a través del movimiento mismo de la palabra del locutor. Su construcción está ligada a la producción de identidad<sup>46</sup>. A partir de este concepto, iremos viendo como se despliega y construye la misma a lo largo del documento.

En el texto que nos convoca, el locutor, responsable empírico de la enunciación son los miembros de la dirigencia del PRT *El Combatiente*, recientemente separados de la

---

<sup>45</sup> Como hicimos referencia en la introducción, en 1966 un nuevo golpe de Estado, liderado por el General Onganía—luego sucedido por Levingston y Lanusse, quien como vimos, dio una salida electoral a este proceso a través del GAN—, depuso al gobierno democrático de Arturo Illia. Este régimen militar tendrá características aún más represivas que las dictaduras anteriores.

<sup>46</sup> Para Maingueneau, la construcción de la identidad y del *ethos* están sumamente ligadas pues la estrategia de habla del locutor orienta el discurso para formar a través de él una cierta identidad. En la *Retórica* (1996) de Aristóteles, el *ethos* consiste en causar una buena impresión a través de la presentación que hace de sí el enunciador para de esta forma poder ganarse la confianza del auditorio y poder vencerlo. Esto también fue conceptualizado por O. Ducrot (1986) con su distinción entre “locutor-L” (=al enunciador) y “locutor-lambda” (=al locutor en tanto ser en el mundo). El *ethos* está ligado a L, el locutor en tanto tal: es en tanto fuente de la enunciación que se ve disfrazado con ciertos caracteres que, por contrapartida, vuelven esa enunciación aceptable o desagradable.

corriente liderada por Nahuel Moreno, que pasarán a formar parte del PRT *La Verdad*<sup>47</sup>. El enunciador asumirá – al menos – tres diferentes posiciones y puntos de vista en el entramado textual. En algunas ocasiones ocupa un lugar que podríamos denominar de “verdad” – como dijimos antes, posición estrechamente ligada a las características propias del discurso científico y discurso moral- esto es, se ubica en una posición asimétrica respecto de los hechos relatados, una posición temporal de anterioridad, intentando borrar en ese acto sus propias huellas enunciativas. Es el enunciador omnipresente y omnisciente. Por ejemplo, cuando comienza el texto afirma lo siguiente: “*Nada estuvo más alejado de las preocupaciones de los ‘marxistas’ argentinos hasta el presente que el problema del poder y la lucha armada*”. El hecho es presentado como una verdad evidente y conocida por todos. Esto también podremos verlo en este otro fragmento: “*Los partidos proletarios y revolucionarios no se dividen aún cuando en su seno se discutan los más importantes problemas teóricos y políticos que plantea la revolución. Ello es así porque los obreros conscientes quieren a su Partido, conocen las dificultades que entraña su construcción y defienden su unidad por sobre todas las cosas*”.

En segundo lugar aparece un enunciador que se presenta ante su destinatario de una forma paternal y consejera. Es el que más se vincula a la posición enunciativa persuasiva pues utiliza estrategias de condescendencia al tiempo que marca un rumbo determinado. : “para persuadir, para lograr un cambio en conductas, creencias o actitudes, el hablante parte de una creencia aceptada por el oyente” (Raiter, 1995: 84). Esta posición esta atravesada por una temporalidad que ubica al enunciador respecto de lo enunciado en una forma intercalada, ni anterior, ni simultáneo, ambas a la vez: “*Algunos grupos de jóvenes peronistas hacen intento de formular una estrategia revolucionaria. Estos intentos terminarán inevitablemente en el fracaso mientras se mantengan en los marcos de una política oportunista. No puede haber estrategia de poder correcta con una política oportunista que reivindicada una dirección que en los últimos trece años ha dado pruebas consecuentes de su carácter capitalista y que sólo ha sabido organizar derrotas del movimiento obrero argentino*”. También podemos verlo en esta otra cita: “*Están en la*

---

<sup>47</sup> Ambos nombres, *El Combatiente* y *La Verdad*, corresponden al nombre del periódico que publicaban cada una de las corrientes.

*etapa preparatoria de su primer congreso y si en él logran una aplicación consecuente del marxismo-leninismo a los problemas que plantea la revolución argentina, pueden dar lugar a un segundo alumbramiento: otra organización de centenares de militantes revolucionarios con una consecuente línea marxista-leninista”.*

En tercer término podríamos hablar de un sujeto enunciador “primus inter pares”, hay una simultaneidad temporal entre la enunciación del narrador y los hechos objeto de narración. En el siguiente fragmento, donde el enunciador coloca al “prodestinatario” en un lugar cómplice respecto a la crítica realizada a uno de los “contradestinatarios”<sup>48</sup>, podremos ver cómo el mismo asume una posición discursiva que lo ubica al mismo nivel que los hechos narrados, es el presente de la enunciación. *”Su estrategia de poder (de algún modo hay que llamarla) condiciona toda su política cotidiana. Así los vemos arrastrarse en el más gris sindicalismo, practicando una política oportunista con la cual se vinculan a los sectores más atrasados de la clase obrera y que, al fin de cuentas, les ha impedido poner el pie con firmeza en el seno del movimiento obrero”.* Para el enunciador de un discurso político no sólo es importante garantizarse el apoyo de sus adherentes o seguidores y obtener el de los indecisos, sino también dirigirse a sus adversarios para advertirlos o directamente descalificarlos frente o contando con la complicidad de sus Destinatarios del Mensaje (García Negroni, 1988).

Mas allá de la distinción analítica realizada, todas las posiciones enunciativas ocupadas por el locutor se refieren a un lugar de saber, quizá la diferencia entre unas y otras se refieren al grado de acercamiento/alejamiento de los destinatarios respecto al mismo. La supuesta posesión de verdad por parte de la organización (que ella misma se adjudica) es la que constituye los vínculos con los otros. En esta relación de polémica y antagonismo con los mismos construye su propia identidad. En este sentido, podemos hacer un paralelo con los discursos analizados en el primer capítulo. En un caso como en otro, la identidad del enunciador se construye como contraposición de otra, su enemiga. Retomando a Benveniste, el locutor, en este acto, se constituye como sujeto ya que la conciencia de sí no

---

<sup>48</sup> Esta noción junto a las de “paradestinatario” y “prodestinatario” las tomamos de Verón (1987). Ver nota al pie 4, pág. 2.

es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo “yo” sino dirigiéndome a alguien que será, en mi alocución, un “tú”. Es en y por el lenguaje como nos constituímos en sujetos (Benveniste, 1982).

## 2.2. Interdiscurso y argumentación

Como decíamos antes, ni bien comienza el texto, el enunciador afirma lo siguiente: *“Nada estuvo más alejado de las preocupaciones de los ‘marxistas’ argentinos hasta el presente que el problema del poder y la lucha armada”*. Podríamos decir, tomando a Perelman, que decide comenzar con un silogismo pues éste permite, dadas ciertas hipótesis, (nunca los ‘marxistas’ argentinos pensaron hasta el presente el problema del poder y la lucha armada) inferir necesariamente de ellas una conclusión (nosotros que sí somos marxistas -sin comillas- lo pensamos) (Perelman 1997: 20). Esto se corresponde con una de las características del discurso argumentativo: el orador debe elegir como punto de partida de su razonamiento tesis admitidas por aquellos a quienes se dirige (sus propios militantes) ya que el fin mismo de la argumentación es transferir a las conclusiones la adhesión concedida a las premisas (Perelman 1997: 43).

También podríamos comprender el sentido de este párrafo (y por qué no, del texto en su conjunto) a partir del concepto lugar común o topoi argumentativo. Siguiendo a Ducrot, la fuerza argumentativa de un enunciado se halla en el conjunto de lugares comunes argumentativos que se le puede aplicar para extraer conclusiones en el discurso (TOPOI) (Ducrot, 1988). En el texto que nos convoca, un posible topoi sería: los verdaderos marxistas argentinos se preocupan por el problema del poder que es el problema de la lucha armada. La escala argumentativa que se correspondería con el mismo sería: *a más marxismo, más preocupación por el poder y la lucha armada y, por lo tanto, más revolución*.

Sin embargo, si se argumenta es porque la evidencia es discutida (Perelman 1997: 25). Aquí también podemos ver como se manifiesta la heterogeneidad constitutiva del discurso. Es allí, en esta polémica, donde se va a instituir la relación con los otros, posibilitado por la pertenencia a un campo discursivo común a través de consignas y

formulaciones presentadas como lo evidente, lo ya dicho y en este acto se constituye la forma sujeto correspondiente a dicha interpelación ideológica: “*el sujeto es “atrapado” en esta red de modo que resulta ser ‘la causa de sí mismo’*” (Pêcheux, subrayado por el autor, 2003: 167). Si bien este desacuerdo supone una memoria común, cada discurso construye su propia versión de la historia. Allí va a radicar el centro de la disputa.

Tomando a García Negroni (1998b) ese “nada estuvo más alejado” podríamos entenderlo como una negación metalingüística. La negación que podría haber sido “no se preocupan por el problema del poder y la lucha armada” producirá un efecto ascendente al comenzar a describir de qué sí se estuvieron preocupando estos “‘marxistas’ argentinos”, en cuyo caso la negación declarará situarse en una escala extrema o extraordinaria, distinta por lo tanto de la escala ordinaria o banal que ha sido descalificada (García Negroni, 1998b).

Con posterioridad a esa frase el enunciador comenzará la descripción y constitución de sus “contradestinatarios”, lo que posibilitará su descalificación. En el caso del Partido Comunista, lo único reconocido como positivo (dirigir sectores masivos de la clase obrera) será temporalizado en el pasado simple, o sea, es un pasado finalizado (García Negroni, 1999). En el momento de la enunciación, sólo es un “*partidejo de la menor importancia*”, el ‘mal ‘menor’” ante la burguesía, que arrastra “*su existencia en la búsqueda de un gobierno burgués liberal que le permitiera vivir legalmente en el régimen capitalista, usufructuando el nombre y el prestigio del socialismo que otros pueblos construyen a costa de su sangre y sacrificios*”. También hay una clara delimitación geográfica: el problema es con el Partido Comunista argentino, “sus partidos hermanos de Venezuela, Bolivia, Chile y Uruguay”, a diferencia de éste, cumplen con el papel legado por la “heroica Cuba”. La escala que permite comprender el sentido de la argumentación sería a *más legalidad, menos socialismo; a más sangre y sacrificio, más socialismo*. Este topoi, como estuvimos viendo al comienzo de nuestro trabajo, no es privativo del discurso perretista, sino más bien constituye la trama profunda del discurso hegemónico de la nueva izquierda argentina y, también, latinoamericana. En cuanto al discurso de izquierda, más en general, si bien la táctica política puede variar (ser más o menos “legalista”) el componente sacrificial se mantiene invariable: sin sacrificio es imposible realizar la revolución.

El Posadismo, Política Obrera y La verdad, los “epígonos del trotkysmo”, serán depositados en el pasado pero de otra forma. Su estrategia política pertenece a la “prehistoria del marxismo”. Por otra parte, serán descalificados por la nominalización “secta intelectual”: *a mayor trotkysmo, mayor sectarismo intelectual*; de allí que ganaran “sectores minúsculos de la vanguardia obrera y estudiantil”. En este topoi podemos ver como se reproduce y refuerzan las ideas anti-intelectualistas, dominantes en el discurso revolucionario de los setenta<sup>49</sup>. Gracias al análisis que realizamos tanto en *Así se templó el acero* como en *Reportaje al pie del patíbulo*, podemos afirmar que estas ideas no son exclusivas de esa época, sino que tienen sus raíces en un tiempo más remoto. A partir del análisis realizado en el capítulo anterior pudimos ver cómo se construye desde el discurso de izquierda -del que ambas obras literarias son parte- la desvalorización de los intelectuales a través de preconstruidos como “blandura de intelectual”, o a través de la igualación semántica de los calificativos “pequeño burgués”, “intelectual” y “comodón”.

El MLN (Movimiento de Liberación Nacional) es también descalificado no sólo porque su estrategia es errada sino porque ni siquiera asume las consecuencias que implican adoptar una estrategia insurreccional como la de los epígonos del trotkysmo y sin embargo seguir identificándose con el castrismo. En este sentido, no es casual que se hable de “pequeña burguesía” y “capas medias”, hecho que se relacionaría a su medio camino entre

---

<sup>49</sup> Para Pablo Pozzi (2004) la tendencia anti-intelectualista era un rasgo central del PRT-ERP. El autor explica esta tendencia por dos motivos diferentes. El primero, por esta puja con Nahuel Moreno, intelectual marxista de gran reputación en ese momento; el segundo, como reacción a lo que para el PRT era la tradición de izquierda argentina, más preocupada por “el decir que por el hacer” (Pozzi, 2004). Desde este punto de vista, quien se preocupaba por problemas teóricos era un “intelectual”, término desde este discurso altamente despectivo, pues actuaba como sinónimo discursivo de “pequeño-burgués”. Estas tensiones podemos verlas en lo sucedido con el FATRAC (Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura), organización generada desde el PRT-ERP que nucleaba a artistas e intelectuales. Surgida en 1968, hay indicios de su persistencia hasta 1971 (Longoni, 2005). El FATRAC se proponía ocupar “el puesto vacante de la vanguardia” dentro del campo cultural, al igual que se proponía el PRT en la política nacional (Longoni, 2005:30). La autora analiza un documento del FATRAC titulado “Los trabajadores de la cultura en el proceso de guerra popular” (octubre 1971) en el que plantean la necesidad de discutir acerca del lugar que les corresponde a los intelectuales en el proceso revolucionario argentino en curso. La explícita prioridad de la militancia política por sobre la reivindicación de la conciencia crítica del intelectual como arma privilegiada en la lucha contra el sistema evidencia las tensiones en torno a esta problemática dentro de la misma organización (Longoni, 2005).

una estrategia insurreccional y una de lucha armada como la del castrismo que dice detentar. Las primeras expectativas despertadas están en pasado simple: *“El fracaso de las ilusiones “desarrollistas” que despertó el frondizismo en amplios sectores de la pequeña burguesía y las capas medias y la posterior influencia del castrismo en estos sectores, dio lugar al nacimiento de un grupo de características peculiares: el Movimiento de Liberación Nacional”*; y el presente sin futuro posible: *“está imposibilitado de ganar ningún elemento con inquietudes políticas”*. La negación metalingüística es la encargada de teñir la interpelación al “contradestinatario”. Es el discurso *otro* del enemigo.

Luego el enunciador pasará a describir a los “paradestinatarios”. Aquí también hay un componente descriptivo pero sobre todo pasaría a predominar lo prescriptivo y en algunos casos también lo programático (Verón, 1987). Esto va a determinar la aparición de una temporalidad forcluida en la descripción de los “contradestinatarios”: el futuro. Para estas organizaciones hay posibilidad de cambio. “Pero” es el conector que más da cuenta del tipo de relación que construye el enunciador con el “paradestinatario”. El “pero” es el que habilita la posibilidad y la necesidad a su vez de cambiar. Como lo llama García Negroni es una pugna polifónica autorizada: se ponen en escena dos enunciadores, de los cuales uno resultara desautorizado en su discurso por el otro enunciador identificado con el locutor (García Negroni, 1988).

Este formato no siempre es utilizado explícitamente, algunas veces se usa “Si bien x, no p”. Hablando del PC CNNR<sup>50</sup> dicen lo siguiente: *“Si bien este movimiento se orienta hacia algunas posiciones del marxismo revolucionario, su tardía asimilación del mismo le ha impedido hasta el presente formular una estrategia de poder coherente y global”*. En este texto se materializa una tensión: el locutor pone en escena dos enunciadores aunque se identifica con el último, el de la “estrategia de poder coherente y global”. Esta conclusión podemos extraerla si tenemos en cuenta la escala argumentativa que constituye dicho enunciado: *a más marxismo revolucionario, más estrategia de poder coherente*, que en el discurso que estamos analizando significa *más lucha armada*. Desde este discurso, por

---

<sup>50</sup> Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria. Este Partido –que posteriormente será conocido como PCR- se formó como producto de la ruptura con el Partido Comunista en 1968.



tanto, el marxismo revolucionario adoptado por el PRT es, sin más, la verdad; el único camino existente para poder construir una estrategia política coherente y correcta. De ahí la autoridad científica y moral del enunciador. De ahí la fuerza prescriptiva de su enunciación. Como estuvimos viendo también en el capítulo anterior, desde esta posición de enunciación es imposible polemizar sin ponerse, automáticamente, en la vereda de enfrente.

El “pero” también puede aludir a uno de dos discursos en pugna. En este caso el locutor hace suya la voz del enunciador de uno de los discursos en conflicto, de aquel que no será desautorizado (García Negroni, 1999). Esta operación podemos encontrarla cuando se refieren a Vanguardia Comunista:

Estos camaradas parecen no comprender que la única forma de ser consecuentemente ‘maoísta’, es adoptar frente a Mao la misma posición que Mao adoptó frente a Lenin: incorporar el acervo teórico del Partido las leyes generales descubiertas por él, pero adecuarlas al carácter específico de la revolución en nuestro país, enriqueciendo, e incluso – si se nos permite la “herejía”- superando la teoría revolucionaria.

No desvalorizan al maoísmo en sí mismo sino al entendido como dogma a aplicar. *Cuanto más aplique la teoría revolucionaria a la realidad propia del país, más cercana a la revolución se encontrará dicha organización.*

Al final del texto vuelve a desaparecer el sujeto y la temporalidad:

Los partidos proletarios y revolucionarios no se dividen aún cuando en su seno se discutan los más importantes problemas teóricos y políticos que plantea la revolución. Ello es así porque los obreros conscientes quieren a su Partido, conocen las dificultades que entrafía su construcción y defienden su unidad por sobre todas las cosas.

Otra vez la negación metalingüística: “no se dividen sino que se mantienen unidos”.

Narrativizan desubjetivando la reciente ruptura del partido:

Algunos elementos de la vieja dirección revelaron su carácter antiproletario, pequeño burgués, al romper con la mayoría. Estos elementos defendieron la unidad del Partido mientras tuvieron la hegemonía de su dirección. Cuando la gran mayoría de los cuadros y militantes emprendieron la tarea de formular una política auténticamente marxista-leninista y erradicar las posiciones oportunistas del pasado, los elementos pequeño

burgueses de la dirección antepusieron sus intereses de círculo a los del Partido y rompieron su disciplina.

Lo que se presenta como no subjetivo no admite discusión. El valor de verdad adjudicada a esta cuestión hace que cualquiera que se manifieste en contra de ella pase a ocupar automáticamente el lugar de adversario. No es casual que para referirse a la fracción en conflicto con la dirección partidaria se lo haga a partir de denominaciones como “carácter antiproletario, pequeño burgués”. Tomando a Verón, estas selecciones léxicas funcionan como evidencias con poder explicativo inmediato para al menos el “prodestinatario” (Verón, 1987). En términos de Pêcheux también podríamos entenderlas como preconstruidos, las materializaciones interdiscursivas que regresan y forman parte de la memoria discursiva: *“El efecto de lo preconstruido como la modalidad discursiva de la discrepancia por la cual el individuo es interpelado como sujeto (...) a pesar de ser siempre ya sujeto. Esa discrepancia opera “por contradicción conciente o no” (Pêcheux, 2003: 166). No hace falta detallar que implica la calificación a otro de “pequeño burgués”. Como vimos en variadas oportunidades en el análisis de los textos de Ostrovski y Fúcik, hacía tiempo que la pequeño burguesía no gozaba de buena fama en las filas revolucionarias. Presentado de esta forma, este otro con el que se polemiza no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el enemigo, es el “Sr.” Nahuel Moreno. Así se refieren al otrora dirigente del partido y cofundador al finalizar el documento: “(...) muchas de las críticas que formulamos a las posiciones oportunistas del Sr. Moreno tienen plena vigencia para otros ‘teóricos’ de la revolución”.*

En estas (des) calificaciones otorgadas al ex dirigente del partido termina de materializarse, en contraposición, la conformación de la propia identidad anti-intelectualista y anti-pequeño burguesa. Todo aquel que no concuerde con la lucha armada será colocado discursivamente, del lado enemigo.

### **3. “Moral y proletarización”. La “necesidad” de una moral revolucionaria**

El texto “Moral y proletarización” –firmado por Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani, en ese momento dirigente del PRT- ERP- fue publicado por primera vez en la

revista *La Gaviota Blindada*, publicación llevada adelante por los presos pertenecientes a la organización que cumplían condena en la cárcel de Rawson durante 1972. Posteriormente, en el mismo año, también será publicado por el propio partido en el cuadernillo *Sobre Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución*<sup>51</sup>. Nuestro interés en trabajar dicho documento reside principalmente en su contenido -pues intenta circunscribir y delimitar el tema que atraviesa nuestra investigación, las creencias revolucionarias- pero, al tomar como punto de partida al análisis discursivo, haremos énfasis en las formas en que son presentados los mismos.

Antes de comenzar con el análisis del documento, haremos un breve recorrido por la coyuntura política y discursiva del momento en el cual fue producido.

### 3.1. El GAN y el PRT-ERP

El texto fue producido en el contexto de apertura electoral denominado GAN (Gran Acuerdo Nacional). En marzo de 1971, como consecuencia del *Viborazo*, el proceso militar iniciado por Onganía en 1966 -luego reemplazado por Levingston- entraba en su última fase conducido por Lanusse. Consecuencia de la gran movilización popular abierta por el *Cordobazo*, se intentará encausarla por la vía electoral a través del GAN (Weiz, 2006).

En un principio, el PRT analizó al recambio gubernamental como un golpe palaciego que no produciría ningún cambio positivo. Las elecciones seguían siendo una “trampa”:

Sabemos su total falta de significación; conocemos la seguridad del continuismo dictatorial y sabemos que hay que eludir también la trampa electoral. Como en el caso

---

<sup>51</sup> En la publicación se incluirá otro texto del mismo autor titulado “Pequeña burguesía y Revolución”, junto a dos trabajos calificados como “clásicos” sobre la cuestión- esto es, “las formas de combatir las manifestaciones del individualismo en las organizaciones revolucionarias”-: uno de Mao Tse Tung, “Acerca del liberalismo”, y el otro, de Ernesto “Che” Guevara, “El socialismo y el Hombre en Cuba”. Como versa en la introducción a la publicación “*la sola mención de sus autores y de los títulos (...) nos exime de mayores comentarios*”.

anterior levantamos la justa consigna: ni golpe, ni eleccion, desarrollar la guerra revolucionaria<sup>52</sup>.

Ante la posibilidad de apertura electoral, en las “Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”, se revela la tensión que conlleva una postura que si bien califica a las elecciones como farsa, admite la posibilidad de utilizarlas tácticamente:

... Si bien es cierto que nuestra estrategia es romper las elecciones, demostrar que son una farsa, denunciar su carácter de engaño de la burguesía, cosa que lograremos desarrollando sin descanso la actividad militar y política (...) debemos también combinar esta actividad con las posibilidades legales del proceso eleccionario (...) no debemos excluir la posibilidad de un intento de participación (...) si la táctica del boicot no se puede apoyar en una verdadera movilización masiva de la clase obrera y el pueblo.

Mientras planteaba la posibilidad de crear “comités de base” con fines electorales, decía también que se debía “ofrecer con toda claridad ante la masa del pueblo la opción de la guerra revolucionaria frente a la salida electoral con que la dictadura pretende engañarnos”<sup>53</sup>. Como podemos ver, no se planteaba una sola respuesta ante esta situación ya que, si bien la estrategia era “romper con las elecciones”, esto se podía hacer mediante el boicot pero también mediante la participación. El boicot por sí mismo y a priori de un análisis es presentado de una forma negativa mediante los calificativos “anarquista, ultraizquierdista, típicamente pequeño burgués”.

Rechazar en principio la elección y adoptar el boicot, antes de que estén definidas las situaciones concretas es un punto de vista anarquista, ultraizquierdista, típicamente pequeño burgués, que nuestro Partido en este momento está expuesto a sufrir<sup>54</sup>.

Elegir entre una táctica u otra dependería del grado de movilización de masas. A mayor movilización, mas boicot y a menor movilización, más participación. La creciente y

---

<sup>52</sup> Resoluciones del Comité Central de Marzo de 1971.

<sup>53</sup> “Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972”.

<sup>54</sup> Carta de Santucho a Sayo en Seoane, 1991: 141.

continuada actividad militar contribuirá en grado importante a lograr el objetivo de hacer fracasar la farsa electoral, independientemente del método utilizado<sup>55</sup>.

En mayo de 1972, la editorial de *El Combatiente* titulada “Los revolucionarios y la democratización del país” va a plantear que el proceso electoral es más beneficioso para el proletariado que para la burguesía. Esta última postura se relaciona con la de la posterior fracción ERP-22 de agosto, el cual va a romper con el PRT-ERP precisamente por su posición frente a las elecciones de 1973, desde su perspectiva, una posición profundamente anti-popular, más funcional al boicot que a la participación<sup>56</sup>. Otra vez, la disputa por el sentido, la polémica política deriva en una ruptura. Desde el dispositivo enunciativo constitutivo del discurso dominante de izquierda, no hay lugar para la divergencia.

Esta postura irá variando hasta plantear lo siguiente en 1972, ya producida la ruptura:

Frente al GAN, frente a un posible proceso electoral nuestra línea concreta estará orientada a dos objetivos estratégicos (...) 1) Ampliar al máximo nuestra ligazón con las masas aprovechando audazmente los resquicios legales; b) [sic] ofrecer claramente la opción de guerra revolucionaria a la política nacional, frente a la opción electoral del GAN<sup>57</sup>.

Si bien propondrán combinar el accionar armado junto a una política de alianzas con las organizaciones armadas peronistas y el desarrollo de los comités de base como organismos legales seguirán postulando la opción de la guerra revolucionaria como primer alternativa frente a la apertura electoral (Pozzi, 2004). En este sentido, el documento que

---

<sup>55</sup> “Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”.

<sup>56</sup> La línea electoral del PRT fue tan poco clara que muchos para muchos de sus militantes significó directamente abstención (Weiz, 2006). La nueva organización nacida al calor de las elecciones, el ERP 22 de Agosto, al criticar duramente lo que entendía como una política a favor del voto en blanco del PRT-ERP, reivindicará “*la herramienta imperfecta pero real que el pueblo forjó para aplastar en las urnas a la dictadura. Esa herramienta ya devolvió la libertad a los combatientes, reestableció la libertad de los combatientes, reestableció las libertades democráticas, reinició las relaciones con Cuba y se apresta a hacerlo con Corea del Norte y Vietnam*” (Crónica, 4 de junio de 1973).

<sup>57</sup> “Resoluciones del CE de Enero de 1972” en Partido Revolucionario de los Trabajadores: *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo posteriores*, Ediciones El Combatiente. Agosto 1973.

analizaremos a continuación intentará allanar el camino moral e ideológico para lograr la victoria de la alternativa política elegida: la guerra revolucionaria.

### 3.2. Hegemonía burguesa, moral y socialismo

En la primer parte de “Moral y proletarización”, titulada “Importancia y límite del problema”, intentan fundamentar su tesis acerca de la importancia de la moral en la práctica revolucionaria. Para ello introducirán el concepto gramsciano de “hegemonía”:

Hoy ya es un lugar común en el campo revolucionario el aserto leninista de que la burguesía ejerce en los países capitalistas la dictadura de su clase, es decir, la dominación sobre la clase obrera y el conjunto del pueblo.

Pero es un aspecto menos conocido su concepto de la hegemonía de clase de la burguesía en la sociedad, categoría que complementa a la dominación en la práctica social (Ortolani, 1972: 93).

En primer lugar, podemos notar como aparecen claramente dos actores: por un lado, el agente de la dominación, la burguesía, y por el otro, la clase obrera y el pueblo como sus afectados. El “pero”, conector inter e intradiscursivo, introduce otra voz que es con la que efectivamente se termina identificando el locutor (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Si bien el carácter “dictatorial” de la burguesía es un hecho harto conocido para el “campo revolucionario”, no así el concepto de “hegemonía de clase de la burguesía en la sociedad”. Allí residirá el objetivo principal del texto en cuestión: introducir y convencer acerca de su utilidad para la práctica política. Acto seguido, mediante la cita-prueba (Mainguenu, 1980) de la palabra consagrada de un marxista como Antonio Gramsci, intentarán delimitar mejor el alcance de este concepto y, principalmente, legitimar su apuesta teórica y política<sup>58</sup>.

---

<sup>58</sup> Este es un rasgo común del texto en su totalidad. Al igual que en “El único camino...”, para constituirse en una palabra con autoridad, se suceden, a lo largo del mismo, citas y remisiones a Marx, Engels, Lenin y otros exponentes marxistas como Gramsci. Fundan su legitimidad en la fidelidad y atadura semántica a lo llaman y/o construyen como marxismo-leninismo.

Por lo tanto, así presentado el problema, la dominación burguesa no se sostiene sólo por la fuerza represiva, sino más bien porque su concepción del mundo y de la vida forman parte de nuestras prácticas cotidianas: “... *si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud de su aparato represivo, sino y ante todo, porque una parte considerable del pueblo continua adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continua viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido*” (Ortolani, 2004-2005: 93). Aquella negación, “no es solamente en virtud de su aparato represivo...” estaría dando cuenta, otra vez, de la polifonía constitutiva del lenguaje (García Negroni, 1998b). Debajo de la misma subyace una afirmación en virtud de la cual se hace necesaria la escritura de este “tratado de moral”. Como el orden burgués no se mantiene sólo mediante la fuerza, los revolucionarios, encargados de destruirlo y construir otro nuevo, el socialista, deberán también tener en cuenta ese factor para poder lograrlo. De ahí la importancia de la construcción de una moral revolucionaria:

... la hegemonía burguesa (...) se manifiesta en todos los aspectos de la vida humana.

Aquí es donde el problema de la hegemonía entronca con el problema de la ética, de la moral. Esta es la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo (...) Este es el problema que empiezan a plantearse corrientes revolucionarias, con su llamamiento a la proletarización de sus cuadros y militantes.

Y esta cuestión (...) no es cuestión que pueda dejarse para después de tomar el poder como creen algunos (...).

Por el contrario, es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la Guerra Revolucionaria (Ortolani, 2004-2005: 93).

En este fragmento podemos ver cómo se construye un campo semántico que une las concepciones gramscianas y guevaristas de la historia a la propuesta que si bien no es exclusiva del partido<sup>59</sup>, se dedican particularmente a fundamentar: el lugar e importancia

---

<sup>59</sup> La proletarización era una práctica habitual y extendida en varias organizaciones políticas de la izquierda argentina. Se trataba, en términos generales, de compartir la práctica social de la clase obrera para así poder adquirir su punto de vista. Para ello, los militantes partidarios de extracción “no proletaria” debían ingresar a trabajar en la industria y mudarse a barrios pobres (Carnovale, 2006).

de la proletarización en “los problemas de la Guerra Revolucionaria”. “Moral y proletarización”, desde su título en adelante, pretende unir lo que para “algunos” se presenta como separado y distinto. Tener en cuenta “el problema de la hegemonía” implica necesariamente tener en cuenta “el problema de la ética, de la moral”, que es también “la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo”, lo que finalmente es igualado a proletarizar cuadros y militantes. Nuevamente, por medio de la negación, introducen la polémica con ese otro que no reconoce la importancia de la ética y la moral para lograr la victoria revolucionaria (García Negroni, 1998b). Ese otro, muy vago como para que podamos identificar a un actor en concreto, puede ser cualquiera que no crea en lo afirmado por el enunciador. De ahí que el destinatario primero sean los militantes revolucionarios, es a ellos a quienes hay que convencer en primer lugar, lo que abre la posibilidad, o más bien, supone que el enemigo puede formar parte de las propias filas, que el destinatario puede transformarse fácilmente en contradestinatario si no se siguen estas prerrogativas (Verón, 1987).

Así también podemos verlo en este otro enunciado: *“Y si entendemos correctamente la hegemonía proletaria (...) no consiste solamente en la adhesión de la mayoría del pueblo a las ideas y programa político del proletariado, sino que plantea también el problema ‘de la nueva moral’”* (Ortolani, 2004-2005: 93). Entender “correctamente” la hegemonía proletaria es entender el problema de la nueva moral. A través de conectores como “sino que...” el locutor se termina identificando con el llamamiento a la construcción de aquella nueva moral e interpelando a sus destinatarios a sumarse a esa tarea mediante el “nosotros inclusivo” (Benveniste, 1982). Notemos que el destinatario no se limita a los militantes del PRT, sino que incluye a sus dirigentes como otros militantes revolucionarios. Es una problemática nodal para el correcto desenvolvimiento y culminación del proceso revolucionario, sin importar a qué organización se pertenezca.

La construcción de este “hombre nuevo” guevarista es presentada como condición necesaria para lograr la victoria: *“No podemos ni pensar en vencer en esa guerra, si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre*

---



*nuevo, del hombre capaz de luchar y vencer en esa guerra*” (Ortolani, 2004-2005: 93). El “hombre nuevo”, es el hombre “capaz de luchar y vencer en esa guerra”, la Guerra Revolucionaria. Sin aquel es imposible siquiera pensar en tomar el cielo por asalto. Como también vimos en los textos analizados en el primer capítulo, la cuestión moral no es menor, sino que es un elemento central de la organización revolucionaria.

La construcción de una nueva moral, se pone de relieve como una herramienta tan valiosa e imprescindible para la victoria revolucionaria como la lucha ideológica, económica y política-militar, se vincula a ellas y a la inversa esta nueva moral sólo podrá construirse en la práctica de la guerra. Pero entendiendo este término ‘práctica de la guerra’ (...) como la organización de la totalidad de nuestra vida en torno a la guerra con el pueblo, con nuestros compañeros, con nuestra pareja y nuestros hijos con la familia y la gente que nos rodea en general, con el enemigo (Ortolani, 2004-2005: 94).

Es interesante la forma en que es presentada “la construcción de una nueva moral”. En lugar de presentarla como un decisión táctica, basada en una elección política, se la presenta como algo que cae por su propio peso, que “ se pone de relieve”, ella misma, como herramienta “valiosa e imprescindible”. La “Guerra Revolucionaria” así entendida, no se reduciría a la práctica militar, sino que forma parte de la vida cotidiana del militante. El “pero” es el que marca un cambio en la orientación argumentativa (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Contrario al imaginario aquí discutido, la guerra revolucionaria sólo podrá efectuarse (y con éxito) a través de esta nueva moral. La “moral revolucionaria” -construida como sinónimo de “moral de combate”- es la única que puede allanar el camino hacia la “moral socialista de mañana”. La moral revolucionaria es, por tanto, una moral de transición<sup>60</sup>: *“Sólo así lograremos una moral revolucionaria, una moral de combate que constituye, aquí y ahora, el tránsito necesario a la moral socialista de mañana”* (Ortolani, 2004-2005: 94).

---

<sup>60</sup> Esta moral de transición hunde sus raíces en el llamado “mito de la transición” guevarista, el cual permitía pensar la posibilidad de abandonar hábitos e ideas burgueses en el proceso que llevaría a la emergencia del hombre nuevo: *“En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas (...) El premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas”* (Guevara, 1987). El mito de la transición derivó en la conciencia de una necesidad de autovigilancia permanente a sí mismos pero también a los otros (Gilman, 2003).

Únicamente de esta forma, insertando y organizando la vida cotidiana en el eje de la revolución, es que podrán hacerse “nuevos Vietnam en América Latina”: *“Esta es la clave de la epopeya vietnamita. Es imposible comprender que un pueblo sea capaz de soportar cuarenta años de guerra casi continua, si no comprendemos que ese pueblo ha removido hasta los cimientos de su vida cotidiana, insertándola y organizándola en el nuevo eje de la revolución”* (Ortolani, 2004-2005: 94). Como era propio de ese momento histórico, el sujeto político interpelado no se reduce ni a los militantes del partido, ni a los revolucionarios argentinos; es un sujeto revolucionario latinoamericano: *“Si queremos hacer nuevos Vietnam en América Latina, como quería nuestro Che, sepamos aplicar creadoramente a nuestra realidad las enseñanzas de la experiencia vietnamita no sólo en la práctica de la estrategia y la táctica militar, de la educación ideológica y de la labor política, sino también y ante todo, en el campo de la moral revolucionaria”* (Ortolani, 2004-2005: 94).

Cada vez más aumenta la escala argumentativa, en este caso, con la declarada posesión del Che por parte del enunciador. Al adoptar la moral revolucionaria podemos apropiarnos “Che”; el “Che” nos adopta a nosotros.

### 3.3. La proletarización “dignifica”

En el apartado “El individualismo, esencia de la moral burguesa” el enunciador realiza un análisis detallado de cada una de las “desviaciones” burguesas y las formas de conjurarlas. Para fundamentar tal análisis, planteará el siguiente razonamiento: si la moral socialista y su embrión, la moral revolucionaria, es la superación dialéctica de la moral burguesa, para superarla, hay que conocerla. La relación entre moral y modo de producción será presentada de una forma mecanicista: *“La moral burguesa es la expresión en el terreno de las relaciones cotidianas entre los seres humanos y de su actitud frente a ellas, de las relaciones de producción capitalistas”* (Ortolani, 2004-2005: 94). En este sentido, el discurso del PRT-ERP no se diferencia de la tradición marxista, pues esta forma mecanicista de ver el mundo -cristalizada en la metáfora del edificio social- hegemonizó

gran parte de su historia. Tanto *Así se templó el acero* como *Reportaje al pie del patíbulo*, la clase obrera es valorizada, continuamente, en forma positiva como su opuesto con la pequeño burguesía.

A partir del desarrollo de la teoría marxista del fetichismo de la mercancía, llegan a la siguiente conclusión: “... *el individualismo constituye la característica esencial de la moral burguesa, ya que emana del carácter mercantil de las relaciones de producción capitalista*” (Ortolani, 2004-2005: 94). Por lo tanto, para poder revolucionar dicho orden se hace necesario un cambio interno, subjetivo, ser *otro*. Tomando a Vezzetti (2009), allí residiría el mandato de conversión: “... *cambiar radicalmente las opiniones, los gustos, y afinidades sobre las cosas más corrientes y las actitudes más cotidianas frente a todos los que nos rodean. En una palabra, de desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios*” (Ortolani, 2004-2005:95). Como sucede con Korchaguin, el personaje principal de *Así se templó el acero*, y como también pasaba con el “hombre americano” del FRIP, el sujeto revolucionario es siempre otro, de ahí la necesidad de una transformación total. Sólo por medio de la proletarización podrá lograrse tal cambio. “... *la propia situación de explotado origina en el obrero profundo odio de clase y una tendencia al igualitarismo que se constituye en negadora y superadora del individualismo burgués y pequeño-burgués*” (Ortolani, 2004-2005: 95). Quien no se corresponda con ese modelo de militante ideal, nunca dejara de ser lo que, desde este discurso, siempre fue: un pequeño burgués y, por lo tanto, un enemigo.

Acto seguido, comenzará a detallar las “auténticas virtudes proletarias” – que sólo se encuentran en los sectores obreros politizados, en los otros prima el individualismo pequeño-burgués-: “*humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo*” (Ortolani, 2004-2005: 95). La proletarización, por lo tanto, al permitir adoptar el punto de vista del obrero, permite “liquidar” el individualismo y otras debilidades burguesas: “*Este es el meollo del planteo de la proletarización, que quiere decir pues, adquirir las características y puntos de vista del proletariado (...) que emanan objetivamente de su carácter de clase, históricamente interesado en liberar a la humanidad, liquidando todas*

*las clases*” (Ortolani, 2004-2005: 95). De esta forma, la proletarización queda constituida discursivamente como “paso previo” de cualquier intento revolucionario, pues sin ella, es imposible terminar con el germen de la sociedad capitalista: el individualismo. Sólo a partir de la proletarización podrá establecerse la hegemonía proletaria en la sociedad y la conquista del poder político. “... *proletarizarse constituye la condición básica, el paso previo imprescindible para combatir y tender a liquidar el individualismo. Y con él, a todas las manifestaciones de la hegemonía burguesa, para establecer la hegemonía proletaria en la sociedad, lo que a su vez constituye el paso previo imprescindible para la conquista del poder político*” (Ortolani, 2004-2005: 95-96). Tanto es así que la madurez política de la organización, necesaria “*para cumplir cabalmente con su misión histórica*”, dependerá de la cantidad de obreros que constituyan su base y dirección (Ortolani, 2004-2005: 96)<sup>61</sup>.

Sin embargo, proletarizarse no se reduce a trabajar en una fábrica, también implica actuar y vivir en todos los sentidos de la vida como un obrero real, tener sus “virtudes proletarias”. Hasta tal punto es así, que “*empuñar las armas resulta incluso insuficiente si nuestra vida cotidiana continúa encerrada en el marco de la práctica social burguesa o pequeño-burguesa*” (Ortolani, 2004-2005: 96). El “incluso” marca la importancia de la proletarización, ya que ni siquiera alcanza con “empuñar las armas”, para el PRT, expresión máxima de la conciencia de clase obrera. Aquí termina de enlazarse la proletarización con el tema desarrollado en el apartado anterior: la nueva moral revolucionaria: “... *es un error también creer que basta trabajar en una fábrica o vivir en un barrio obrero para proletarizarse (...). Proletarizarse, desarrollar la nueva moral, es pues un proceso más completo y profundo, que interesa a todo militante revolucionario, incluso a los obreros, pero sobre todo a los no obreros*” (Ortolani, 2004-2005: 96). Mediante el “incluso”, dan cuenta de la importancia de la nueva moral pues “interesa a todo militante revolucionario”, aunque el “pero” es el que marca quienes son los que más la necesitan: los no obreros, pues no gozan de las virtudes propias del trabajo fabril. Sin embargo, la mención de *los obreros* marca que para el enunciador la moral proletaria también pertenece a un obrero – otro. Para

---

<sup>61</sup> Aquí también podemos hacer un paralelo con la novela de Ostrovski cuando se dictamina el deber de trabajar con los obreros, y no con los pequeños burgueses e intelectuales (Ostrovski, 1990: 89).

ser ese “obrero ideal”, todos deben moralizarse. Este mandato no es privativo del PRT-ERP, también se desprende de la lectura de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Como estuvimos viendo, el comportamiento individual, moral, es central para el desenvolvimiento de los sucesos. Si en el primer caso, cada uno de los infractores será debidamente penado por el Partido y por Korchaguin -su más fiel representante y censor-, en el texto de Fúcik, las figuras del héroe y del traidor serán las estructurantes del relato. En ambos casos, para poder triunfar en esta revolución entendida como guerra, es necesario entregarse en todo el momento al Partido, nunca traicionar, ser en todo momento un hombre íntegro, en fin, en términos de Fúcik, un hombre sin más.

Ya fundamentada la importancia de la proletarización para construir aquella nueva moral, indispensable para el triunfo revolucionario, pasarán a detallar y analizar “El individualismo en las organizaciones revolucionarias”. Como hemos analizado en “El único camino...”, el valor de verdad que tiñe la enunciación de la organización hace que cualquiera que se manifieste en contra de ella pase a ocupar automáticamente el lugar de adversario o, lo que es lo mismo, “pequeño-burgués”. Este otro no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el enemigo. La línea entre amigos y enemigos se hace cada vez más delgada. Cualquier manifestación de desacuerdo con lo que se supone es la línea proletaria (que es la línea del partido) da cuenta del carácter individualista y, por lo tanto, pequeño-burgués del enunciador, descalificando, de esta forma, su enunciación, su palabra. Ser individualista significa ir en contra de la revolución, que es lo mismo que estar en contra de la clase obrera y del pueblo:

El subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo. Estas y otras manifestaciones del individualismo tienen una característica común que consiste en colocar la propia consideración y las propias precauciones por encima de los intereses de la revolución, en tomarse como punto de referencia a sí mismo y no al proceso histórico, a la clase obrera y al pueblo (Ortolani, 2004-2005: 96).

A partir de este momento, el enunciador comienza a caracterizar cada uno de las “manifestaciones del individualismo”, presentadas como íntimamente enlazadas, complementadas, pues formarían parte de un mismo “círculo vicioso”. Nos detendremos

particularmente en el llamado “temor por sí mismo”. En consonancia con los textos analizados en el primer capítulo, dentro de las seis “desviaciones pequeño-burguesas” que describe el documento, esta va a ser la más castigada. Teniendo en cuenta que la revolución del PRT-ERP –como las revoluciones de Ostrovski/Korchaguin y Fúciik- es una revolución armada, guerrera, el temor es el principal enemigo. Como cada una de las otras “desviaciones”, es una propiedad característica y privativa del individualista, que es la moral propia del régimen burgués. Desde este punto de vista, quien tiene miedo es un individualista, si es un individualista esta en contra de la revolución, y si está en contra de la revolución no puede ser otra cosa que un enemigo (aunque a primera vista parezcan compañeros excelentes):

El temor por perder la vida o de resultar gravemente amputado física y mentalmente, lo corroe consciente e inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles (...) ante la amenaza inmediata de una muerte real o simulada, el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre a los revolucionarios mejor intencionados (Ortolani, 2004-2005: 98).

El calificativo “verdadero cáncer”, “lacra” da cuenta no sólo de la gravedad de incurrir en tal error, sino de lo que le espera al que incurra en él: para no contagiarnos de la lacra, para que el cáncer no se esparza, mejor extirparlo, ya sea mediante la proletarización o la lisa y llana expulsión<sup>62</sup>.

Este régimen de sumo control sobre los cuerpos y los comportamientos, instaura un orden al interior de la organización donde la vigilancia sobre sí y sobre los otros ocupa un lugar central y definitivo. En la novela de Ostrovski, Korchaguin -el representante textual de este militante ideal- es el encargado de desempeñar este rol censor en todo momento y lugar. De ahí que no alcance con la proletarización. La “vigilancia” sobre sí y sobre los otros es fundamental para el desarrollo exitoso del proceso revolucionario:

---

<sup>62</sup> Ya hablamos de la metáfora de la enfermedad en la pág. 91.

En primer lugar, es necesario tener una clara conciencia del verdadero rol y de la verdadera dimensión del individualismo en las filas revolucionarias. No tomar el problema a la ligera y mantener una permanente y severa vigilancia mutua con todos los compañeros, sobre todo con los compañeros de dirección. En segundo lugar, esforzarse por la proletarización constante de la organización, de cada revolucionario tal como lo explicitamos anteriormente. En tercer lugar, ejercer constantemente la crítica y la autocrítica sobre todos los aspectos de la actividad teniendo siempre como un aspecto práctico y particular el individualismo y sus diversas manifestaciones (Ortolani, 2004-2005: 98).

#### 3.4. La familia, primer célula político-militar o el Anti-Amor Libre

Este apartado se subdivide, a su vez, en cuatro subpartes. La primera de ellas plantea el tipo de familia que es propia a esta moral de transición; la segunda, se dedica exclusivamente a la crianza de los hijos; la tercera, al papel de la mujer y la cuarta y última a la autocrítica.

En el primer subapartado, titulado “La familia en la perspectiva revolucionaria”, toman al Engels de *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* para así poder fundamentar su suscripción a la pareja monogámica, y su rotunda oposición a las (falsas) novedades abiertas por la llamada “revolución sexual”:

... Engels no planteó como sería o debería ser la pareja y la familia socialista. (...) No obstante, es importante señalar que Engels rescata y defiende la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a las anteriores de transición a la familia socialista. En efecto, la libertad de persona humana, su desarrollo armónico, son más viables aunque no se alcance totalmente en esta forma de familia, que en las formas que la precedieron: la poligamia, la poliandria, matrimonios por grupos y promiscuidad (Ortolani, 2004-2005: 99).

Según el documento, si bien Engels no definió en forma explícita como debería ser la pareja y familia socialista, “no obstante” “rescata” y “defiende” la pareja monogámica burguesa. Mas que defender la familia burguesa, la última parte del párrafo da cuenta de la

motivación principal que atraviesa y da sentido al texto: polemizar y desacreditar las nuevas visiones que comenzaron a circular con más fuerza en los años sesenta acerca de la familia y la sexualidad. Si bien la “revolución sexual” no tuvo el mismo impacto en nuestras tierras que en los llamados países del “primer mundo”, su sola existencia en el interdiscurso motivó la polémica y redefinición estricta de la problemática. Nada debía quedar fuera de la moral revolucionaria. En el mismo sentido construido que en *Así se templó el acero*, la única forma posible de amor socialista es la monogámica tradicional. Para el PRT, como para Korchaguin, el amor es cosa bien seria, no un juego libertino. En este otro fragmento podremos verlo de mejor manera:

La forma de la hegemonía burguesa que se pretende imponer (...) predica un supuesto ‘amor libre’ que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja, particularmente a la mujer de la sujeción tradicional. Pero lo que en realidad hace es establecer nuevas formas de esclavización de la mujer y de cosificación de las relaciones entre ambos sexos (Ortolani, 2004-2005: 99).

El borramiento del sujeto (*se* pretende imponer y en lugar de *x* pretende imponer *y*) (Hodge y Kress, 1993) no permite recuperar quiénes son los que efectivamente intentan propagar o alentar estas prácticas calificadas por el enunciador como negativas y engañosas; en términos discursivos, no permite recuperar quiénes se estarían ubicando en el lugar de contradestinatario, del adversario. Como decíamos anteriormente, esta mitigación (Lavandera, 1984) es una herramienta efectiva para la interpelación. El “pero” es el que, precisamente, viene a negar la “liberación” por la “revolución sexual” y del “amor libre” que predicaban aquellos que lo imponen (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). El locutor, de esta forma, termina identificándose con el enunciador que dictamina la nueva esclavización que dicha liberación traería aparejada. Para el enunciador, no hay que dejarse confundir por este nuevo canto de sirena; detrás de este espejismo liberador no hay más que nuevas formas de manifestación de aquella moral vieja y cancina: la burguesa. Como en el texto de Fúcik, la pareja revolucionaria tiene su basamento en la militancia política de ambos. El documento construye una valoración más bien negativa de lo sexual, reproduciendo la imagen peyorativa que se construye en *Así se templó el acero*. Esto es así porque, para este punto de vista, su valoración excesiva se origina en la moral burguesa e



individualista que se quiere destruir: *“La pareja sólo puede, pues, basarse en una relación integral entre sus miembros, que tiene como base material la actividad social de los mismos, el rol concreto que juegan en la sociedad: el de militantes revolucionarios”* (Ortolani, 2004-2005: 99). De esta forma, pareja y militancia forman una unidad indisoluble.

Pero allí no termina la cosa. No sólo la pareja debe ser una “célula básica”, no sólo debe *“integrarse a una forma de vida comunitaria constituida por el grupo de compañeros que comparten una unidad de vivienda”* sino que también deberá integrarse con el pueblo, las masas, los vecinos de los barrios proletarios:

Esté grupo constituye la célula básica, no sólo de la actividad político militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista. (...) Abriendo su unidad familiar a los vecinos, a las masas que nos rodean e integrándonos a ellas, los revolucionarios aprenderán de las masas, confrontarán con ellos el acierto o desacierto de sus prácticas y puntos de vista y podrán aportar a las masas los legítimos progresos que hagan en su vida como revolucionarios. Digamos de paso, que al mismo tiempo es la única manera de garantizar la seguridad correctamente (Ortolani, 2004-2005: 99-100).

En la parte dedicada a la crianza de los hijos, vuelven a desplegar una larga lista de prescripciones a seguir. La modalidad imperativa permea la totalidad de la enunciación. Como sucede a lo largo del texto, el fin principal pasa por ver cómo se manifiesta la moral burguesa en esta tarea y como deberíamos actuar para desempeñarla en forma revolucionaria. En primer lugar, presentan a la paternidad como una tendencia “natural e instintiva” que, al igual de las otras esferas de la vida cotidiana, debe ser tratada de una forma revolucionaria: *“... la natural e instintiva tendencia del ser humano a prolongar la existencia de la especie, puede y debe ser tratada de una manera revolucionaria. (...) el hecho de ser un buen padre o madre no se contraponen sino que se complementa con la formación de un revolucionario cabal”*.

En segundo lugar, para poder cumplir con este primer deber, no debemos tratar a los hijos como si fueran de nuestra propiedad: *“... es necesario desprenderse de la actitud individualista corriente frente a los hijos. (...) Esta actitud corriente frente a los hijos es la*

*prolongación natural del individualismo propio de la hegemonía burguesa”* (Ortolani, 2004-2005: 100). En tal caso, los hijos serán propiedad pero de la revolución. Ser padre y revolucionario significa, también, integrar ese hijo al proyecto revolucionario, ningún temor o amor debe superar al amor (o también temor) a la revolución:

... la atención de los hijos no puede contraponerse al conjunto de las actividades de un revolucionario sino integrarse en ellas. Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución (Ortolani, 2004-2005: 101).

Como también vimos en el relato de Fúcik, los militantes -en este caso, los padres militantes- son figuras intercambiables:

Lo que los niños necesitan no es tanto ‘su’ padre y ‘su’ madre, sino la imagen del padre y de la madre. (...) estas imágenes son perfectamente intercambiables, cuando el intercambio se efectúa correctamente, aún cuando el niño distinga cuáles son biológicamente sus padres. (...) Haciendo así, constituye una verdadera tarea, tan importante como cualquier otra tarea político-militar pues se trata nada menos que de la educación de las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo (Ortolani, 2004-2005: 101).

Los hijos de los revolucionarios, las “futuras generaciones revolucionarias”, serán las que “tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo”. Menuda tarea si las hay, de ahí la importancia central de la crianza. Esto se manifiesta especialmente en la crianza de los hijos de los militantes caídos o detenidos.

... esta actitud debe ser complementaria con la seria atención que deben prestar las organizaciones revolucionarias al cuidado de los hijos de los compañeros muertos o prisioneros. La organización tenderá a ocuparse no sólo de los aspectos materiales más urgentes de ese cuidado, sino también a promover la integración del niño a una nueva unidad familiar en el seno de la organización. Esto es particularmente importante en los casos de hijos de compañeros de extracción no proletaria. Generalmente estos niños quedan en manos de abuelos o tíos y de esta manera todo lo que sus padres hayan avanzado en la lucha contra el individualismo burgués y pequeño-burgués, lo perderá el niño al volver a

recibir en el hogar de sus abuelos o tíos la influencia de la hegemonía burguesa (Ortolani, 2004-2005: 101).

Delegar la crianza de estos niños, especialmente los casos de “extracción no proletaria”, puede significar volver atrás con lo conseguido hasta ese momento. Como podemos ver, la proletarización -aunque adaptado a estas circunstancias- también toca a los infantes, los “hombres nuevos” del futuro: *“Los niños deben integrarse a las masas de la manera que es posible a ellos, jugando y conviviendo con los hijos de los obreros. De esta manera los niños irán avanzando en una educación proletaria que debemos complementar con una educación política, en términos adecuados a la edad de cada niño”* (Ortolani, 2004-2005: 101).

Un análisis similar realizan acerca del papel de la mujer. Tal como hicieron en los otros casos, darán diferentes pautas de comportamiento “correctos”, el “deber ser” de una mujer verdaderamente revolucionaria. Al tiempo que hacen una crítica a la explotación de las mujeres en la sociedad capitalista, describen lo que para el enunciador son los rasgos propios y “naturales”, determinados por la propia especificidad del género femenino, a los cuales, por más revolución que se haga, las mujeres no van a poder renunciar, la revolución no se lo permitiría.

... es claro que durante el embarazo y la lactancia la maternidad plantea obligaciones especiales. Las compañeras deberán asumir esta realidad, y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera. (...) estas limitaciones se deben comprender revolucionariamente, como impuestas por la tarea superior de educar a las futuras generaciones revolucionarias y compensarlas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio. Su pareja y demás compañeros deberán comprender este problema y apoyar a las compañeras de una manera revolucionaria, ayudándoles a comprender y superar esas limitaciones prácticas. Esto se podrá lograr también en la medida que se integra nuestra vida cotidiana a la vida de las masas. Por ejemplo, aprendiendo de las mujeres proletarias la manera en que se cuidan mutuamente los hijos y de otras muchas maneras (Ortolani, 2004-2005: 101).

La modalidad imperativa es la que predomina en la interpelación a ese otro, en este caso, las militantes mujeres, sus parejas y demás camaradas. Ellas “deberán” asumir, no creer y comprender. Ellos, los compañeros, también “deberán” comprender, ayudar. El

modelo de madre construido se relaciona, otra vez, con la proletarización: las compañeras deben copiar el ejemplo de las mujeres proletarias. Es más, para que una liberación femenina sea factible, para que la organización pueda llevar adelante estas reivindicaciones, deberán ingresar a la organización las propias interesadas, que no serán otras que las mujeres obreras: *"... las organizaciones revolucionarias deben tomar entre sus reivindicaciones la liberación de la mujer, particularmente la mujer proletaria. (...) este planteo sólo podrá llevarse evidentemente a la práctica, en la medida que ingresen a las organizaciones revolucionarias las propias interesadas: las mujeres proletarias"* (Ortolani, 2004-2005: 102).

Por último, en la "autocrítica", darán cuenta de los temas y dificultades que quedaron pendientes en el planteo general del documento. Todos ellos se relacionan con la pareja revolucionaria y los errores individualistas que pueden cometerse, tales como cuidarse excesivamente el uno al otro, la proyección de los desacuerdos de la pareja a la militancia práctica, la separación de una forma irreflexiva y la posterior (o simultánea) iniciación de nuevas relaciones. Para todas estas "desviaciones" se prescribe igual solución: la proletarización. Sólo a partir de ella podrá construirse la moral revolucionaria necesaria para el triunfo de la revolución socialista, donde quiera que sea. *"Todas estas desviaciones sólo podrán corregirse con el criterio antes señalado y su corrección contribuirá a la construcción de una nueva moral y al avance de las organizaciones revolucionarias"* (Ortolani, 2004-2005: 102).

Como pudimos ver a lo largo de este texto, para ser un/a verdadero/a revolucionario/a no hace falta más que dos cosas. En primer lugar, proletarizarse pero seguido a esto, necesariamente, amoldarse a las prescripciones de la moral revolucionaria. Desde una argumentación marxista-mecanicista, la práctica es la que determina la conciencia, y si bien reconocen que hay obreros que no tienen conciencia de clase, para hacer carne la moral socialista del mañana, para ser una compañera que desempeñe su rol de una forma revolucionaria, es condición necesaria la proletarización. "El único camino hasta el poder obrero y el socialismo" no sólo es la lucha armada, sino también la proletarización y la puesta en práctica, en forma cotidiana, de la nueva moral. El "hombre nuevo" perretista no podrá nacer sin la proletarización pero tampoco sin la moral

revolucionaria. Lo que llama la atención de este planteo es que, si bien parten de una concepción mecanicista, donde la practica determina la conciencia, al plantear este problema se reconoce indirectamente que no es necesariamente así, que para producir el sujeto revolucionario –este “otro ideal”- el partido debe intervenir política e ideológicamente en su creación a partir de estos mandatos morales.

**CAPÍTULO III: Revoluciones ficcionadas. Respuestas literarias frente al “clima de época”. Las apuestas político-literarias de Julio Cortazar y Francisco Urondo en *Libro de Manuel* (1973) y *Los pasos previos* (1973).**

En este capítulo analizaremos cómo un mismo momento histórico –la época que llamamos los sesentas y setentas- posibilita la construcción de otros tipos de discursos en torno a la misma problemática: la revolución. A diferencia de los documentos analizados en el capítulo anterior, los textos que ahora abordaremos pertenecen a otro género discursivo -ambos son novelas, hechos artísticos, no documentos partidarios- y fueron escritos por dos reconocidos escritores argentinos de ese entonces como Julio Cortázar y Francisco “Paco” Urondo. Tanto el análisis de *Libro de Manuel* (1973) como de *Los pasos previos* (1973), nos va a permitir ver que en un mismo periodo histórico, otros discursos, otras representaciones de la revolución eran posibles como así también la reiteración de ciertos lugares comunes constitutivos del discurso dominante del momento. En este sentido, tomaremos ambos textos no por su valor literario sino como discursos, como expresiones creativas del uso del lenguaje dentro de un horizonte social definido, expresión de las voces presentes dentro de una sociedad particular (Voloshinov, 1992).

Si bien ambos autores forman parte de lo que podemos definir como intelectualidad izquierdista y latinoamericana de los sesentas y setentas, hay grandes diferencias en cuanto a la forma en que cada uno participó de este proceso. A diferencia de Urondo, que vivía y militaba en Argentina, Cortázar hacía varias décadas que vivía en Europa y, por tanto, la cultura y sociedad que lo rodeaba no era precisamente la misma en la que vivían los militantes de las organizaciones de izquierda de nuestro país, aunque por ello no dejaba de mantener un fuerte lazo cultural y afectivo con la sociedad argentina. Leyendo sus cuentos y novelas – escritas de modo ostensible en español de la Argentina - podemos ver como lo permean nuestras palabras, nuestras “frases hechas”, nuestras costumbres, en fin, nuestras formas –variadas, heterogéneas y muchas veces opuestas- de ver el mundo y la vida. Por otra parte, Cortázar, si bien manifestó en continuas oportunidades su compromiso con el devenir del socialismo, se mantuvo hasta último momento al margen de cualquier

estructura partidaria. En distintas conferencias y entrevistas, el autor había hecho explícita su postura política acerca del socialismo, la revolución cubana y el hombre nuevo. Sin embargo, recién en el año 1966 va a permitir el ingreso de la política, en forma más explícita, en la construcción textual de su mundo de fantasía. Hasta ese momento, su literatura, si bien proponía con su escritura subversiva y desafiante de todo lo estatuido una nueva visión de la vida, la realidad y el arte, no se había referido en forma directa a estas cuestiones. Como declaró en una serie de entrevistas, la revolución cubana y su visita a la isla en 1961 provocaron un fuerte cimbronazo en su obra y su postura política (Prego y Cortázar, 1985). A partir de esa experiencia, los temas con implicaciones políticas o ideológicas comenzaron a formar parte de manera más explícita de su literatura. "Reunión", cuento que integra *Todos los fuegos, el fuego*, publicado por primera vez en 1966, marcará esa entrada de la política a la literatura de Cortázar (Prego y Cortázar, 1985). Sin embargo, este compromiso asumido por el autor no significa una subsunción de lo artístico a lo político. Así lo explicará en una entrevista realizada en 1985: "*Entonces, en muy poco tiempo (...) se produce la aparición de lo que actualmente se llama el compromiso. Es decir, que yo empiezo a darme cuenta, a descubrir un territorio que hasta entonces apenas había entrevisto. Lo cual no quiere decir que yo vaya a ser un escritor de obediencia, un escritor que se limita únicamente a defender su causa y a atacar a la contraria, sino que voy a seguir viviendo en plena libertad, en mi terreno fantástico, en mi terreno lúdico*" (Prego y Cortázar, 1985). Esta será la apuesta de la novela que analizaremos a continuación. Como dirá en el prólogo, su escritura formó parte de una experimentación, de tratar de equilibrar lo político y lo estético, y no de anular uno por el otro, lo que ocurre en muchos casos. O bien la política anula y empobrece la parte literaria, o bien la literatura deja en una situación de inferioridad al mensaje, a la comunicación que el autor desea transmitir a su lector. *Libro de Manuel* tratará de romper con esta solución dicotómica planteando una tercera posibilidad que permita fusionar ambos fines.

A diferencia del derrotero cortaziano, Urondo se asume desde muy temprano como un escritor-militante. En un primer momento, participa políticamente en la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente), confiando en la posibilidad de cambios progresivos y dentro del sistema, hasta que en consonancia con el clima de época de los sesentas y setentas,

asume la lucha armada y se incorpora a organizaciones político-militares como las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros. A diferencia del período anterior, en esta nueva época, la creencia en un cambio pacífico y gradual deja de ser hegemónica (Gilman, 2003). A partir de este momento, la lucha armada, la toma por medios violentos del aparato estatal, aparece para nuestro autor –como para toda una generación- como el único medio efectivo para poder cambiar el estado de cosas existente. Desde este interdiscurso, como hemos visto en el capítulo dedicado al análisis del discurso perretista, la revolución es construida como el único camino para producir un verdadero cambio social (Gilman, 2003).

Para poder comprender mejor lo que significaba adoptar este punto de vista, pertenecer al colectivo de identificación “intelectual revolucionario” (Gilman, 2003) en ese momento histórico, veamos la caracterización que hace Rodolfo Walsh –otro escritor-militante, otro “intelectual revolucionario”- de Francisco “Paco” Urondo:

... tu obra literaria, tan inseparable de tu vida, nos va a ayudar a resolver esa pregunta tan trillada sobre lo que puede hacer un intelectual revolucionario. Puede hablar con su pueblo y de su pueblo poniendo en diálogo lo mejor de su inteligencia y de su arte; puede narrar sus luchas, cantar sus penas, predecir sus victorias. Ya es suficiente, ya eso justifica. Pero vos nos enseñaste que no le está prohibido dar un paso más, convertirse él mismo en un hombre del pueblo, compartir su destino, compartir el arma de la crítica con la crítica de las armas. Gracias por esa lección (Rodolfo Walsh citado en Redondo, 2005: 9).

Desde esta perspectiva constitutiva del discurso revolucionario de los setentas, ser un “intelectual revolucionario” implica dar “este paso más” que es, ni más ni menos, “compartir el arma de la crítica con la crítica de las armas”. A diferencia de la postura de Cortázar, ser un intelectual revolucionario también supone (o no prohíbe, como dice el enunciador, matizando lo afirmado) combinar ambas críticas en la militancia partidaria. Sin embargo, para Nilda Redondo (2005), a pesar de asumir este mandato de “intelectual militante”, el autor continúa concibiendo a la poesía y la literatura como prefiguradoras de realidad. Si bien en los setenta Urondo optó por la combinación guevarismo-peronismo-lucha armada nunca dejó de ser poeta por ello. La novela *Los pasos previos* presenta, precisamente, este debate de fines de los sesentas respecto de la función de los intelectuales



en el seno de la revolución. Se alternan tanto las posiciones sartreanas del compromiso genérico y sin involucramiento en organizaciones partidarias, como las que requieren del intelectual combatiente y encuadrado; las antiintelectuales que valorizan a los “hacedores”; las que califican al intelectual de pequeñoburgués y, por tanto, inferior a la clase obrera y las que atribuyen un carácter testimonial a la palabra y valorizan la construcción teórica.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, tanto *Libro de Manuel* como *Los Pasos previos* unen, discursivamente, el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor en la construcción de ese “hombre nuevo” que tanto preocupa a nuestros militantes revolucionarios. A diferencia de aquella concepción ascética que analizamos en el anterior capítulo, estos “hombres nuevos” literarios proponen otra forma de pensar y hacer política, contrapuesta en muchos aspectos al discurso revolucionario setentista.

## 1. Ficción y realidad

La novela *Libro de Manuel* fue publicada en 1973, años convulsionados en el mundo y en nuestro país. Numerosos movimientos políticos y sociales veían como posibilidad cercana la instauración del socialismo en nuestras tierras. Como dijimos en un comienzo, este libro fue una forma de intervenir en el devenir de este proceso revolucionario. Por un lado, revolucionando las formas estéticas y narrativas, lo que era ya especialidad de su autor, pero también profundizando, a partir de los debates desarrollados en la novela, la reflexión de aquello que estaba sucediendo en el mundo y, particularmente, en nuestro continente. Teniendo en cuenta este contexto político y social, *Libro de Manuel* suscitó grandes expectativas. Como dijimos, la figura de Cortázar se había politizado fuertemente a raíz de su adhesión a la Revolución cubana y su rotunda condena a las dictaduras latinoamericanas (Logie, 2004).

El eje central del libro es la tensión entre lo “viejo” y lo “nuevo”. La ubicación geográfica de sus personajes –la mayoría de ellos son intelectuales revolucionarios exiliados en París- funciona como metáfora del gran debate que se pone en escena en la novela. La novedad política ya no provenía del “viejo” mundo. En ese momento histórico,

las esperanzas estaban depositadas en América Latina, metáfora y realidad del mundo por venir. Estos personajes mantienen desde París un contacto constante con el mundo latinoamericano, militando a favor de la causa revolucionaria y la liberación de los presos políticos de nuestro continente, asediado por distintas dictaduras militares. El avance en la construcción de la novela es simultáneo al avance de los personajes en el tiempo y el espacio para lograr su objetivo: “la gran joda”, el secuestro de un diplomático, “Vip”, para pedir a cambio de su rescate la libertad de los presos políticos latinoamericanos (Ibaceta Perez, 1997).

En cuanto a la relación entre realidad y ficción, nos parece importante analizar los distintos lugares de enunciación que se ponen en juego en el texto. Si por un lado tenemos la novela, por el otro tenemos el prólogo, también escrito por el autor. Desde otro lugar de enunciación, el autor reflexiona sobre el proceso de producción textual, mezclando y diluyendo los límites entre realidad y fantasía. Así podemos verlo en el siguiente fragmento:

Por razones obvias habré sido el primero en descubrir que este libro no solamente no parece lo que quiere sino que con frecuencia parece lo que no quiere, y así los propugnadores de la realidad en la literatura lo van a encontrar más bien fantástico mientras que los encaramados en la literatura de ficción deplorarán su deliberado contubernio con la historia de nuestros días. No cabe duda de que las cosas que pasan aquí no pueden pasar de manera tan inverosímil, a la vez que los puros elementos de la imaginación se ven derogados por frecuentes remisiones a lo cotidiano y concreto. Personalmente no lamento esta heterogeneidad que por suerte ha dejado de parecerme tal después de un largo proceso de convergencia (Cortázar, 2004: 8).

Aquí el narrador pone en escena distintos enunciadores con los cuales polemiza: uno más ligado al anti-intelectualismo, adepto a un formato más relacionado con el realismo socialista, y los “encaramados en la literatura de ficción” que gustan de lo contrario. A diferencia de estas dos formas de ver las cosas, el enunciador no sólo se diferencia de ambas posturas sino que se identifica con una que pretende superarlas. Por medio de variadas negaciones metalingüísticas (García Negroni, 1998b), el autor-enunciador destruye estas supuestas divergencias irreconciliables, al construir una nueva concepción de lo real, ya no desligado de lo fantástico; donde el deseo y lo lúdico juega un

lugar fundamental. Como veremos más adelante, lo interesante en Cortázar es la unión que realiza entre arte y política mediante este concepto de lo lúdico. La novela que analizaremos pone en juego esa convergencia proponiendo un tipo de literatura que es política sin dejar de lado la apuesta artística y estética. *Libro de Manuel* fue su “ametralladora”, una tentativa para desestructurar aquellos procesos revolucionarios que se venían desarrollando y, a su vez, para denunciar la represión ejercida cada vez con mayor virulencia por las dictaduras del continente (Prego y Cortázar, 1985).

Otra estrategia narrativa que permite borrar los límites entre lo ficticio y lo real es la incorporación de recortes de prensa al entramado novelístico al mismo tiempo que se produce la noticia en el proceso de escritura. Resultado de ello es una estructura de collage, polifónica, a múltiples voces y estilos (Ibaceta Perez, 1997). Para Blanco (1996), estos recortes tienen como función servir de puente al concepto de realidad; proporcionar ritmo a la narración, haciendo avanzar el conocimiento de los personajes; mezclar lo trascendente, lo banal y divertido en el mismo texto. Su tema central es la política latinoamericana y la tortura; secundarios: la falta de libertad, el abuso de autoridad, lo trágico, lo cómico, produciendo, de esta forma, un equilibrio frente a las injusticias consignadas, e incorporando, además, la superficialidad de la propaganda comercial (Ibaceta Perez, 1997).

Páginas para el libro de Manuel: gracias a sus amistades, entre conmovidas y cachadoras, Susana va consiguiendo recortes que pega pedagógicamente, es decir alternando lo útil y lo agradable, de manera que cuando llegue el día Manuel lea el álbum con el mismo interés con que Patricio y ella leían en su tiempo *El tesoro de la juventud* o el *Billiken*, pasando de la lección al juego sin demasiado traumatismo, aparte de que vaya a saber cuál es la lección y cuál es el juego y como será el mundo de Manuel y qué carajo, dice Patricio, hacés bien, vieja, vos pegoteale nuestro propio presente y también otras cosas, así tendrá para elegir, sabrá lo que fueron nuestras catacumbas y a lo mejor el pibe alcanza a comerse estas uvas tan verdes que miramos desde tan abajo (Cortázar, 2004: 298).

Es interesante ver los topoi argumentales (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a) que aparecen en este párrafo. Por un lado, con respecto al concepto de lo “pedagógico”. En contraposición a los lugares comunes constitutivos de los textos analizados en los capítulos anteriores, la posición enunciativa ocupada por el narrador y su forma de vincularse con los otros no es desde un lugar de verdad y superioridad moral, como sí ocurría en aquellos

otros casos. Contrario al sentido común que concibe lo pedagógico como lo fácil, lo “deglutido” para que otro, siempre entendido de modo pasivo, aprenda la verdad transmitida, en esta cláusula está relacionado a lo útil y agradable pero también a la elección, a una disposición activa del sujeto pedagógico. De ahí el hecho de pegar cosas tan diversas y, a primera vista, sin ningún tipo de conexión. Si bien los conflictos políticos y la represión de los regímenes militares ocupan un lugar central en la selección, también forman parte de ésta propagandas, notas de color que habilitan esta posibilidad para que *Manuel*, el día de mañana, pueda *elegir* y dar su propia interpretación a aquellos recortes disconexos y heterogéneos. Por otra parte, la instancia de aprendizaje aparece como algo divertido, también en contra del sentido común que lo relaciona a lo aburrido y al aprender-se lo que otro/a nos insta a hacer/pensar. Otra vez, la cuestión de lo lúdico como central para pensar en ese hombre nuevo que una y otra vez problematiza Cortázar a través de los diferentes diálogos y monólogos de los personajes.

Como veíamos recién, la incorporación de estos recortes cumple un propósito informativo–educativo pero para que podamos elegir, construyendo, de esta forma, un lector activo y presentando al proceso de formación y lectura como algo divertido, donde el humor, la política y lo absurdo forman una unidad heterogénea. Allí va a residir uno de los componentes políticos de la novela.

... el que te dije alcanzó a hacer un hueco para leer por su cuenta las conclusiones del informe, la simple frase final que hubiera sido necesario repetir noche y día por todas las ondas, en todas las imprentas, desde todas las plumas (aunque ya no se usaran, maldito idioma de recidivas puras)

LA OPINIÓN PÚBLICA DE LOS PAÍSES CIVILIZADOS TIENE HOY  
UNA AUTENTICA POSIBILIDAD DE HACER CESAR, POR MEDIO  
DE DENUNCIAS REITERADAS Y PRECISAS, LAS PRÁCTICAS  
INHUMANAS DE QUE SON OBJETO TANTOS HOMBRES Y  
MUJERES EN BRASIL (Cortázar, 2004: 275).

Esta es la tarea llevada a cabo por Andrés cuando retoma lo que dejó trunco el que te dije -los papelititos que le permitirían contar la historia de la Joda, esa historia fragmentaria, divertida y trágica, tal como los recortes que forman parte de la novela- y del

mismo Cortázar, pues como dijimos en variadas oportunidades, el fin de esta novela era revolucionar las formas lingüísticas y estéticas (fines propios de la literatura) pero también proponer un debate, detener “las prácticas inhumanas de que son objetos tantos hombres y mujeres” denunciándolas explícitamente a través de los múltiples recortes incorporados en la novela.

*Los pasos previos* también va a tratar de reflejar las distintas perspectivas existentes (y en disputa) en torno a la forma de llevar adelante la lucha revolucionaria en el continente (Redondo, 2005). Como en *Libro de Manuel*, el aspecto dialógico y polifónico forma parte central del entramado discursivo. Esta referencia a esas voces en disputa será realizada, no sólo por medio de citas, discursos indirectos e indirectos libres -recursos narrativos de los que dispone el narrador para poder plasmar estos distintos puntos de vista- sino que también, en consonancia con *Libro de Manuel*, se intercalarán con el texto “ficcional” fragmentos de textos y documentos “reales” de Barraza, Walsh y Ongaro (Redondo, 2005). En este sentido, nos interesa resaltar el paralelismo entre ambas obras en lo que respecta a la puesta en cuestión de los supuestos límites entre realidad y ficción. Ambas novelas, a través de estos discursos referidos, intentan recrear el murmullo de voces de la sociedad y romper, de esta forma, con la dicotomía historia-literatura y palabra escrita-realidad (Redondo, 2005). Sin embargo, a pesar de esta coincidencia, lo “real” y lo “ficcional” no se relacionan de la misma forma en ambos textos. Tanto los géneros discursivos de los textos referidos como la forma de relacionarse con los mismos es sustancialmente diferente en ambas novelas, lo que provocará dos tipos de relato y mensajes bien distintos en cada caso.

Como estuvimos viendo, mientras en *Libro de Manuel* lo “real” se manifiesta en forma heterogénea y disímil a través de la cita de recortes de diarios “serios” –noticias políticas, de represión, etc.- como de publicidades y notas de color, en *Los pasos previos*, esta realidad se construye a través de la intercalación de documentos con clara postura política-ideológica. Frente a la realidad heterogénea de Cortázar, Redondo, aunque a lo largo del texto intente dar cuenta de las distintas visiones existentes acerca de la revolución, al escoger textos pertenecientes a un tipo de género discursivo –el discurso público-político (Raiter, 1999a)- y enunciadores con determinada visión de las cosas –

todos ellos pertenecen a lo que se conoce como “peronismo revolucionario”- construye una visión de la realidad más bien homogénea, donde lo lúdico, aunque lo retome en otras cuestiones como lo erótico, queda mucho más relegado.

Cada capítulo de *Los pasos previos* comienza con la reproducción de un documento, lo que ya marca, en cierta medida, la interpretación de cada uno de ellos, cerrando sentido. El primero, titulado *Sólo el pueblo salvará al pueblo*, es de Raimundo Ongaro y trata sobre la connivencia entre las cúpulas sindicales, los monopolios y la dictadura de Onganía. El enunciador construye como consecuencia necesaria de este proceso “la liquidación de las conquistas laborales” y el congelamiento de salarios y convenios (Urondo, 1999:63). El capítulo tercero comenzará con un texto que pertenece a la serie de ocho notas del periodista Pedro Leopoldo Barraza, aparecida la primera de ellas en la revista *18 de Marzo* y las restantes en la revista *Compañero* en el año 1963, bajo los títulos: ‘39’ días de terror’, ‘S.O.S. a Vandor’, ‘Buscado: Alberto Rearte’ y ‘Reconocen a los criminales’ (Urondo, 1999:124). Este discurso referido relata la historia de Felipe Vallese, dirigente gremial secuestrado en su hogar el 29 de agosto de 1962 y desaparecido desde ese entonces. El enunciador escogerá determinados hechos de su niñez y juventud para construir un relato causal que permita dar sentido a su militancia y sacrificio, a su entrega a la causa revolucionaria hasta las últimas consecuencias. Todo parece explicar, necesariamente, estas “condiciones naturales de un auténtico jefe”. Veamos el siguiente fragmento:

Antes de la siniestra noche del 29 de agosto de 1962, Felipe Vallese era un joven y destacado dirigente gremial de la fábrica TEA, conductor de la juventud (...) era también - ¿por qué no decirlo?- un auténtico muchacho de la barriada de Caballito (...) Por sus reacciones como purrete, por sus rebeldías juveniles, por su liderazgo nato y espontáneamente cedido en los juegos y en los deportes primero, en la barra después; por su relevancia en todos los terrenos en que actuaba, sus vecinos, sus amigos pueden decir ahora, sin temor a caer en formales homenajes circunstanciales, que Felipe llevaba intrínsecamente las condiciones naturales de un auténtico jefe (Urondo, 1999:107).

En este sentido, siguiendo lo analizado en *Reportaje al pie del patíbulo*, el relato de esta experiencia no sólo tiene pretensiones periodísticas de relatar lo acontecido, sino

también es un llamado a la acción y emulación. En contraposición a la novela de Cortázar y en consonancia con las características propias del discurso político, el texto de Urondo tiene un fuerte componente persuasivo y prescriptivo, su historia puede ser la de cualquiera de nosotros: *“Esta es la historia de FELIPE VALLESE. Pero puede ser la de cualquiera, la de cada uno de los dirigentes de los cuadros sindicales medios, puede ser la historia de todos y en cualquier momento... Es la historia del asco... la historia de la náusea..., la historia de un sistema que agoniza pero que sigue haciendo daño”* (Urondo, 1999:109). Si bien es una historia singular, “la historia de FELIPE VALLESE”, mediante este “pero” se construye un discurso que se contrapone a aquel encadenamiento argumentativo (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Desde esta perspectiva, es la historia de Vallese y, a la vez, es la historia de todos los que luchan contra ese “sistema que agoniza”. De ahí también la fuerza prescriptiva. La forma en como es relatada esta historia -y la de sus familiares y vecinos que fueron secuestrados junto a él-, resaltando, continuamente, su entrega y sacrificio hasta el final, su silencio frente a la tortura, reproduce los topoi que formaban parte de los textos de Ostrovski y Fúciik. De esta forma, tal como sucede con las historias de Korchaguin y Fúciik, estos relatos heroicos quedan contruidos como ejemplos prescriptivos para todos los que quieran seguir este camino, el camino de la revolución. Así podemos verlo en este enunciado que relata la tortura a Mercedes, una de sus vecinas secuestradas:

Como lo que le están haciendo no da resultado, aumentaron las torturas. Entonces le pasan dos picanas. Mercedes soporta todo en silencio; nadie más que ella sabe cuán pesado fue soportar esa cruz, pero sabía también que el silencio es el mejor antídoto contra esos anormales.

-Son duros ustedes... mueren por la causa, no hablan... (Urondo, 1999:122).

Como el mandato que se desprende de los textos analizados en los anteriores capítulos, el militante ideal contruido en este texto también es duro “como el acero”. Aunque sufra el peor de los martirios, la peor de las cruces, aunque implique su propia muerte, este héroe nunca habla, nunca traiciona. La incorporación en la novela de una parte de una entrevista que Walsh le realizó al dirigente de la CGT de Los Argentinos, Raimundo Ongaro, refuerza este sentido. Reproduciendo los lugares comunes constitutivos de la memoria discursiva de la izquierda revolucionaria, el sacrificio individual queda contruido

como necesario para la victoria colectiva. Es por ello que la muerte no puede ser más que una sola cosa: vida.

La liberación es una semilla de larga gestación en los siglos. Pero sus plantas, que ya comienzan a crecer, durarán muchos, muchos más centenios que los que tardaron para vencer las malezas.

-Por eso hay quienes estando muertos resplandecen en vida (Urondo, 1999:334-335).

Este cruce entre “lo real” y “lo ficcional” también podemos verlo en la problematización acerca de la forma que deberá asumir la lucha revolucionaria en este contexto histórico. Desde la perspectiva desplegada en la novela en su conjunto, y en los documentos incorporados, la violencia revolucionaria es construida como consecuencia necesaria e inevitable. Si bien se debaten distintas perspectivas, esta es la que termina predominando. Veamos el siguiente fragmento:

... la única manera de transformar todo el armazón en el cual estamos sometidos, es utilizar todas las formas de lucha, sin que ninguna sea mejor ni peor; todas son buenas, cuando son eficaces; (...) Además no hay que engañarse, hace mucho que sufrimos la violencia en forma sistemática. Los pueblos no son mansos ni pacíficos, aunque hoy no dispongan de los mismos medios contundentes que usan las minorías, pero tarde o temprano, la ira y la indignación popular, contenidas obligadamente de una u otra forma, van a estallar. De manera que el problema de la violencia o no violencia no es un problema filosófico, sino la respuesta angustiada que hoy tienen las mayorías populares (Urondo, 1999:327).

Si bien el enunciador construye como necesarias e igualmente efectivas todas las formas de lucha, dentro de las mismas, la “violencia” sale particularmente favorecida. En este ejercicio de “historización superrápida”<sup>63</sup> (Žižek, 2003), en contra de su pretensión de

---

<sup>63</sup> Tanto la visión de la ideología como “falsa conciencia” como la de la “falsa eternización” que soluciona el problema historizando todo - Žižek la llamará “historización superrápida”- no toman en cuenta el resto de lo Real que resiste a la simbolización. Toda operación ideológica es un intento imposible de dar respuesta a ese núcleo traumático real. La crítica de la ideología por lo tanto debe basarse en mostrar la contingencia radical de lo que aparece como necesario, contingencia radical de la nominación que se sostiene en la brecha irreductible entre lo real y su intento de simbolización. Por lo tanto la crítica debe tener un doble movimiento: no sólo debe criticar la pretensión de universalidad de la particularidad sino también pensar eso como algo transhistórico.



historizarla, la violencia es construida como una respuesta mecánica de las masas populares ante tal escenario (por ello tarde o temprano “van a estallar”), y no como una elección de las mismas, provocando de esta forma su naturalización como táctica política (aunque sea contextualizada). Frente a la violencia “que sufrimos en forma sistemática” se contraponen “la respuesta angustiada que hoy tienen las mayorías populares”.

Tal como sucede con el documento del PRT que analizamos en el capítulo anterior, la lucha armada es construida como la “más auténtica forma de lucha revolucionaria” disponible en esos momentos. El texto insta a la conformación de este tipo de organizaciones políticas en nuestro país, pues el sindicalismo, por sí solo, no podrá lograr la victoria: “... *Las formas superiores de organización revolucionaria nunca pasaron por el sindicato y en estos momentos la más auténtica de las formas de lucha revolucionaria no se está cumpliendo en ningún lugar de nuestro país, es decir, la existencia del brazo armado*” (Urondo, 1999:327). Sin embargo, a pesar de prescribir como superior una forma de lucha, y de legitimar un tipo de militante revolucionario, “el hacedor”, el enunciador también afirma que es una época de búsqueda:

Tenemos que tener claro, compañero, que la nuestra es una época de hacedores, sin desprestigiar a los teóricos. Es también una época de búsqueda. La revolución hay que buscarla y hacerla. En esa tarea estamos nosotros, llamando barrio por barrio, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, junto a la juventud, los sindicatos, los estudiantes, los hombres de pensamiento, los artistas, los intelectuales, preparando las condiciones para que surja entonces la forma argentina de hacer la revolución. Hay que superar para ello las parcialidades y los sectarismos, buscar el encuentro de todos en la lucha (Urondo, 1999:327-328).

Desde el punto de vista desarrollado, plagado de otras voces que se contraponen y retoman, si bien son más valorados los “hacedores”, al ser ésta una época de búsqueda, los intelectuales y teóricos también tienen un lugar en este proceso. De ahí la gran variedad de sujetos interpelados en la última parte del párrafo citado. En este proceso están invitados, y por tanto, deben involucrarse, tanto los hombres del hacer como los del pensar, todos unidos por una misma búsqueda: la forma más eficaz para hacer la revolución en la Argentina.

Como veremos en el resto de los apartados del capítulo, todos estos documentos que estuvimos analizando, dialogan o, más bien, legitiman determinadas posturas al interior de este gran debate que es *Los pasos previos*. En contraposición a lo que sucede en *Libro de Manuel*, estos fragmentos extraídos de la “realidad” dan una dirección a los distintos puntos de vista desplegados en la “ficción”. Si en la novela de Cortázar, los recortes de diarios del libro de Manuel se caracterizan por ser de lo más disímiles, conformando este libro una unidad sumamente fragmentaria y polifónica, los textos citados por Urondo construyen un sentido que se va desplegando a lo largo de la novela, que legitima (como no) determinadas posiciones y fundamentos que se desarrollan en las escenas “ficticias” construidas por el enunciadador. Como dice Redondo (2005), en ambas formas de presentación de los contenidos se plantea el tema del necesario sacrificio en pos de la revolución. El martirio y la muerte tienen sentido si a la vez hay otros que cuentan lo sucedido para producir indignación, revelación y rebelión.

## 2. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios

En este apartado vamos a analizar las representaciones que ambos textos construyen sobre la relación entre los intelectuales y la revolución. En el caso de *Libro de Manuel*, nos enfocaremos en los personajes con una posición más ligada a la idea de compromiso sartreano<sup>64</sup>, idea que los llevará a involucrarse en la “Joda” europea de una forma pretendida como “neutral” o relacionada a otras cuestiones como recuperar un amor perdido. En los discursos de estos personajes se condensan una serie de discusiones y debates en torno a los procesos revolucionarios y su devenir. En estas reflexiones se pondrán sobre la mesa los debates y cuestionamientos de la época en torno a la revolución, los intelectuales, el arte y la política. En el prólogo al *Libro de Manuel*, Cortázar deja

---

<sup>64</sup> Sartre legitimó teóricamente el papel transformador del escritor-intelectual. Así podemos verlo en el siguiente fragmento: “El escritor comprometido sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”. Jean-Paul Sartre, ‘¿Qué es escribir?’ (1990:57)”. Esta creencia, hegemónica en los sesenta, será descalificada en los setenta por el anti-intelectualismo, dominante en el discurso de la militancia revolucionaria (Gilman, 2003).

expresado el paralelismo entre uno de estos personajes y sus propios conflictos respecto a estos temas. A diferencia de la historia de Ostrovski/Korchaguin, este relato no se encuentra atravesado por certezas, está plagado de confusiones y tormentos:

...si durante años he escrito textos vinculados con problemas latinoamericanos, a la vez que novelas y relatos en que esos problemas estaban ausentes o sólo asomaban tangencialmente, hoy y aquí las aguas se han juntado, pero su conciliación no ha tenido nada de fácil, como acaso lo muestre el confuso y atormentado itinerario de algún personaje. Ese hombre sueña algo que yo soñé tal cual en los días en que empezaba a escribir y, como tantas veces en mi incomprensible oficio de escritor, sólo mucho después me di cuenta de que el sueño era también parte del libro y que contenía la clave de esa convergencia de actividades hasta entonces disímiles (Cortázar, 2004:8-9).

Aquí se pone en juego aquella convergencia de la que hablábamos al principio. *Libro de Manuel* condensara e intentará producir la unión de aquello que en un momento se le presentaba al autor como cuestiones separadas. De allí el paralelismo que realiza el enunciador entre su historia y la uno de éstos personajes. Al final de la novela, ya realizada la “gran Joda” y con las consecuencias de la derrota a cuestras, la decisión de Andrés de ordenar los papелitos heredados de “el que te dije” a modo de homenaje a su amigo, también mantiene un paralelismo entre *Libro de Manuel* novela, y libro de Manuel de tapas azules; entre autor Cortázar y autor Andrés:

...Parecería que estamos perdiendo el tiempo con tanto papелito, pero algo me dice que hay que guardárselos a Manuel. Vos te mufás viéndome hacer algo que te duele por omisión, porque no seguiste la cosa de cerca y conste que no te culpo porque estoy en el mismo caso o poco menos, y después porque tenés la jodida sensación de que algo real y vivido se te deshace entre los dedos como un buñuelo apolillado. Yo también y sin embargo voy a terminar con esto aunque más no sea para ir a buscarla a Susana y darle lo que falta para el álbum (...) Tomá, por ejemplo, mirá lo que guardaba el que te dije en un bolsillo del saco, total no tenemos ningún informe que dejarle a Manuel sobre Roland, digamos, o sobre Gómez. Al fin y al cabo ni se acordará de ellos cuando crezca, y en cambio hay todo esto que viene a ser lo mismo de otra manera y es esto lo que tenemos que poner en el libro de Manuel (Cortázar, 2004: 414-415).

Las once páginas siguientes serán ocupadas por un documento, el registro completo de una conferencia de derechos humanos con testimonios de presos políticos donde se

denuncian casos de tortura. Como hemos visto en *Reportaje al pie del patíbulo*, y como lo haremos en *Los pasos previos*, la necesidad de dar testimonio es construida como deber del intelectual comprometido. Sólo así será posible que los “manueles” del mundo puedan conocer lo sucedido. En fin, que la historia pueda construirse sobre nuevas bases, “esperando tal vez que esa información fragmentaria iluminara algún día la cocina interna de la Joda” (Cortázar, 2004: 11).

Ahora nos adentraremos en las diferentes discusiones y reflexiones que atormentan a estos personajes a lo largo de la novela. La palabra “puente” es una de las metáforas más utilizada para representar este paso y convergencia entre la innovación artística y la del compromiso político; entre el hombre viejo que no termina de morir y el hombre nuevo que no termina de nacer. La música es una de las disciplinas artísticas elegidas para representar este conflicto, este paso que no termina de suceder:

... todo pasaje donde predomina el piano como un reconocimiento que concentra la atención, me despierta más agudamente a algo que todavía sigue atado a mi por ese instrumento que hace de puente entre pasado y futuro. Confrontación nada amable del hombre viejo con el hombre nuevo: música, literatura, política, cosmovisión que las engloba. (...) una nueva manera de ser que busca abarcarlo todo, la cosecha del azúcar en Cuba, el amor de los cuerpos, la pintura y la familia y la descolonización y la vestimenta (Cortázar, 2004: 28-29).

Aquí vemos desplegarse esa concepción de la revolución y el hombre nuevo que rompe las fronteras entre lo que se suponía eran compartimentos diferentes: la música, la literatura, la política. La revolución que se pone en juego en este fragmento supone una “nueva manera de ser” que rompe todas las fronteras, que no se reduce a la toma del poder - aunque también la supone, de ahí la referencia a “la cosecha de azúcar en Cuba”-, en fin, “que busca abarcarlo todo”. A partir de allí se desencadenará una discusión acerca del papel del intelectual y del artista en este proceso. El personaje se preguntará en varias oportunidades si su papel es tender un puente, asumir el compromiso político en su práctica artística; si aquel compromiso significa la construcción de ese puente o puede asumirse sólo desde la libre creación. El dilema se debate entonces entre tender el “puente” o no hacerlo, lo que supone también una estimación distinta de ese otro que tendrá que “cruzarlo”, para continuar con la metáfora:

Una de las soluciones: poner un piano en ese puente, y entonces habrá cruce. La otra: tender de todas maneras el puente y dejarlo ahí; de esa niña que mama en brazos de su madre echará a andar algún día una mujer que cruzará sola el puente, llevando a lo mejor en brazos a una niña que mama de su pecho. Y ya no hará falta un piano, lo mismo habrá puente, habrá gente cruzándolo. Pero andá a decirle eso a tanto satisfecho ingeniero de puentes y caminos y planes quinquenales (Cortázar, 2004: 30).

En la última parte del texto, cambiando la orientación argumentativa a través del conector “pero” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a), el personaje pone en cuestión una de las representaciones más comunes del discurso revolucionario de ese momento: la vanguardia (o los “satisfechos ingenieros de puentes y caminos y planes quinquenales” como son llamados en el texto) debe tender ese puente con la masa para poder realizar la revolución, de ahí que el resto de las esferas de la vida deban subsumirse a este deber fundamental y fundacional para construir este orden nuevo. Sin tender “puentes” y “poner un piano” en el camino, la revolución, el “cruce”, no será posible. Ese otro, esa masa necesaria para realizar aquella nueva sociedad no podrá “comprender” cuál es su misión histórica. Sin embargo, a pesar de poner en cuestión este estado de cosas, a través del “pero andá a decirle eso...”, el personaje, al identificarse con el enunciador con el que esta polemizando, termina descalificando su propio enunciado.

Esta polémica atraviesa los diferentes diálogos y monólogos del personaje, que se debate entre la construcción de “puentes” y la libertad del artista para la creación. En el siguiente fragmento podemos ver como se pone en juego esta tensión entre lo viejo y lo nuevo en el campo de la música y de la escritura:

Hombre nuevo, sí: qué lejos estás, Karlheinz Stockhausen, modernísimo músico metiendo un piano nostálgico en plena irisación electrónica; no es un reproche, te lo digo desde mí mismo, desde el sillón de un compañero de ruta. También vos tenés el problema del puente, tenés que encontrar la manera de decir inteligiblemente, cuando quizás tu técnica y tu más instalada realidad te están reclamando la quema del piano y su reemplazo por algún otro filtro electrónico (...). ¿Cómo tender el puente, y en qué medida va a servir de algo tenderlo? La praxis intelectual (sic) de los socialismos estancados exige puente total: yo escribo y el lector lee, es decir que se da por supuesto que yo escribo y tiendo el puente a un nivel legible. ¿Y si no soy legible, viejo, si no hay lector y ergo no hay puente? (Cortázar, 2004: 29-30)

Es un “compañero de ruta” pues, como él, también tiene el problema del puente, de decir inteligiblemente. Este drama, este dilema con tintes trágicos, shakesperianos, es el mismo que alguna vez vivió el mismo Cortázar. ¿La revolución debe suponer necesariamente esta instancia pedagógica? ¿Se pueden fusionar ambas exigencias, tender el puente y la libertad e innovación en el terreno artístico? Este y otros interrogantes formarán parte de sus diálogos. A partir de los mismos provocará una desestructuración de los supuestos que naturalizan esta “exigencia” de los “socialismos estancados”, materializadas en las producciones textuales que analizamos en el primer capítulo. Si desde aquellos textos, la construcción de puentes era algo indiscutible, desde esta perspectiva esta necesidad es puesta en duda, aunque no se la niega por completo. En este sentido, el texto de Cortázar, más que construir nuevas certezas, o destruir certezas anteriores, es una puesta en escena de dudas, instando al pensamiento y reflexión. El tema central es cómo producir ese hombre nuevo, como enterrar lo viejo y putrefacto que nos constituye: *“El problema es que a lo mejor, y estoy pensando en mí, cuando yo elijo lo que creo una conducta liberatoria, un agrandamiento de mi circunstancia, a lo mejor estoy obedeciendo a pulsiones, a coacciones, a tabúes o a prejuicios que emanan del lado que quiero abandonar”* (Cortázar, 2004: 190-191). Por medio de una modalización, pone en escena esta duda que lo mortifica, el no saber hasta qué punto él mismo es víctima de esto viejo que se presenta, muchas veces, con rostros nuevos: *“Me pregunto si las cosas que quisiera cambiar en mí no las estoy queriendo cambiar sin que en el fondo cambie gran cosa, si cuando creo elegir algo nuevo mi elección no está regida secretamente por todo lo que quisiera dejar atrás”* (Cortázar, 2004: 192-193).

La entrada a la “Joda” de este personaje va a estar, por tanto, plagada de estas dudas. Su conflicto amoroso con Ludmilla y el deseo de recuperarla serán elementos cruciales – aunque no únicos, también esta su propio sueño, Fritz Lang- para terminar de definir su participación en aquello que tantas veces criticó y, hasta, ridiculizó a lo largo del texto.

... y no es solamente por vos, polaquita, hay Fritz Lang y el pequeñoburgués con su calambre en el estómago, hay el que se ríe de la contestación en los cines y los cafés, de los fósforos quemados, y de golpe todo es Ludmilla y mucho más, como si la mancha negra, te das

cuenta, solamente que jamás habrá nada que me arranque a esto que soy, al que escucha *free jazz* y va a acostarse con Francine en cumplimiento de ceremonias que no aprueban los jóvenes maoístas... (Cortázar, 2004: 392).

Para Andrés, entonces, participar en la “Joda” no significa amoldarse y dejarse atrapar por aquella moralidad revolucionaria tantas veces analizada a lo largo de nuestro trabajo. Sin embargo, al llamarse a sí mismo “pequeñoburgués”, reproduce ese sistema de clasificación, y, por tanto, su visión del mundo (Hodge y Kress, 1993).

Esta entrada también será representada a través de la metáfora del “puente”, un “viaje iniciático” al sacrificio. Andrés era plenamente consciente del final trágico de esta aventura, de este “sueño diurno que va a acabar a plomo limpio”:

... esto tiene algo de viaje iniciático, no te queda más remedio que optar, Sigfrido, en vos está el camino de la vida o la muerte, Ludmilla o el dragón y todo para qué, decime un poco, aunque sí, todo para Ludlud y también para Marcos aunque me duela de la cintura para abajo, todo para ese loco y esa loca perdidos en un sueño que reite de Fritz Lang, un sueño diurno que va a acabar a plomo limpio... (Cortázar, 2004: 394).

De esta forma, la “Joda” queda presentada como un destino fatídico, tanto para el que la busca, la desea, como para el “pequeñoburgués” que se resiste a la misma: “... *habrá Joda con las consecuencias previsibles pero no la felicidad de Heredia y de Ludmilla y de Monique, los que van hasta el fin mirando adelante, los hijos del Che como dijo no sé quién, habrá mierda o ramos de flores pero no felicidad para el pequeñoburgués que no quiere, que no quiere renunciar a lo que van a barrer los Mao y los Gómez*” (Cortázar, 2004: 395). Ese es el sentido trágico de la “Joda”, que sucederá igual, pero barrerá con los sujetos que se supone son su fundamento, su razón para realizarla. El sacrificio, y no la felicidad, es el concepto que más la representa. Sin embargo, como veremos, no es sólo eso.

Para “el que te dije”, a pesar de los sacrificios, de las críticas y dudas que genera este proceso, vale la pena intentarlo. En esta búsqueda, la escritura ocupa un lugar fundamental: “...*a mi no me importa la escritura salvo como espejo de otra cosa, de un plano desde el cual la verdadera revolución sería factible*” (Cortázar, 2004: 265). Los fines

supuestamente distintos y contradictorios del compromiso político y la innovación estética atormentan a este personaje y lo motivan a intentar converger ambas prácticas.

... quisiera ser cualquier otra cosa, cobrador de impuestos o ferretero, les tengo una envidia bárbara a los novelistas puros o a los teóricos marxistas o a los poetas de escogido temario, (...) me siento tan pampeano, tan peludamente criollo con mi mate a las cuatro y mi literatura llena de palabrotas y de parejas encamadas entre paréntesis, siempre por encima o por debajo de la asunción final de otra visión del hombre, sin contar lo que ya dije antes, el miedo a estar equivocado, a que en realidad puede ser que la revolución se haga sin esa idea que yo tengo del hombre (...) andá a saber lo que le pasaba por la cabeza a Marx cuando escribía, es una cuestión de responsabilidad y la comprendo, el juego es grande y yo creo que vale la pena, total ganar o perder no tiene importancia en sí, la historia es una increíble cantidad de manotazos por todos lados, algunos agarran la manija y otros se quedan con los dedos en el aire, pero cuando sumas el todo por ahí te da la revolución francesa o el Moncada (Cortázar, 2004: 263-264).

Su literatura, “llena de palabrotas y de parejas encamadas”, intenta contribuir a la construcción de ese hombre nuevo, aunque sin embargo, deja siempre planteada la duda. Quizás su visión del hombre este equivocada. La modalidad dubitativa permea la enunciación. Sin embargo, a pesar de todos estos rodeos, vale la pena jugársela, intentar esa convergencia; jugar el juego y arriesgar. La historia es eso, azar, juego. La literatura es una de las tantas formas de jugarlo. A diferencia del anti-intelectualismo imperante en ese momento -según el cual la práctica militante debía dirigir la práctica literaria<sup>65</sup>- para estos personajes, la literatura es su ametralladora. Esto es lo que intentarán producir con la escritura de la “breve pero tumultuosa historia de la Joda”. Tarea truncada por su destino fatídico –continuada posteriormente por su amigo Andrés- intentará a través de la misma dar testimonio de este proceso, interviniendo de esta forma –tal como Cortázar con el *Libro de Manuel*- en el devenir del mismo.

---

<sup>65</sup> Así lo decretaba Varela en el prólogo al libro de Fúcik. Para este autor, su sacrificio es ejemplo tanto para las jóvenes generaciones combatientes como para los intelectuales que quieran cumplir su rol en forma revolucionaria. Desde este punto de vista, propia del anti-intelectualismo, para hacer la revolución hay que empuñar las armas, no alcanza con escribir comprometidamente.



En el caso de *Los pasos previos*, a diferencia de lo analizado recién, si bien se ponen en juego distintas visiones y argumentaciones respecto a esta problemática, termina primando en el relato la consigna setentista que prescribe el paso “del arma de la crítica a la crítica de las armas”. Continuamente, a lo largo del relato –como también observamos en los fragmentos de Walsh y Ongaro que forman parte del texto–, se pone en cuestión la legitimidad de la actividad intelectual con distintos calificativos o acciones que la ridiculizan o descalifican en contraposición a la valorización de los “hacedores”, los militantes revolucionarios. Tal como vimos en los textos analizados en los capítulos anteriores, en *Los pasos previos*, también, ser “intelectual” –representado en forma irónica con el calificativo “iluminado”– es asociado discursivamente, en forma reiterada, a lo “frágil”, a lo “blando”, en contraposición, otra vez, a la dureza militante: “*Con respeto, cuidadoso de su fragilidad de iluminado, Mateo tocó levemente el brazo de Marcos; pero Marcos, desdeñando todo apremio, señalándose el pecho lentamente, dijo: ‘De aquí, de esta porquería asustada, va a salir algún día el Hombre Nuevo’*” (Urondo, 1999:14). Este “Hombre Nuevo” –contrario a la “fragilidad de iluminado”– no será una “porquería asustada” (aunque de ella surgirá, algún día). Por tanto, podemos extraer como conclusión que la dureza del “Hombre Nuevo” no es algo contrapuesto a la debilidad sino que la tiene como origen, de ahí que sea posible esta transformación. Desde esta perspectiva –como en el documento del PRT– la revolución sólo será posible cuando esta transformación subjetiva sea efectiva. Ninguna “porquería asustada” podrá tomar en forma violenta –como vimos, la táctica fundamental para poder lograrlo– el poder del Estado.

La novela de Urondo también está atravesada por la tensión entre lo “viejo” y lo “nuevo”. En el siguiente fragmento, por ejemplo, se pone en cuestión la supuesta frialdad y equilibrio de la vieja intelectualidad de izquierda: “*Al poco tiempo se encontró con El Monje, en el subterráneo que venía de Chacarita. El hombre no lo vio hasta que levantó la vista del libro; recién allí se dio cuenta de que Mateo estaba sentado delante suyo. ‘¿Cómo le va, Aguirre?’*, le dijo con esa cordialidad fría que suelen tener los intelectuales de la vieja izquierda; ese equilibrio helado y monacal” (Urondo, 1999:23). Pareciera que los nuevos tiempos reclaman al intelectual que se precie de ser revolucionario menos equilibrio y más apasionamiento. Nuevamente se reitera la dicotomía (aunque de otra forma) entre el

hacer vs. el pensar. Desde este punto de vista, la celeridad de los tiempos históricos demandan un tipo de militante que no se detenga un minuto a pensar sino que obedezca y se deje interpelar por el mandato partidario/revolucionario. La temporalidad vertiginosa de la revolución no puede exigir otro comportamiento de sus combatientes.

Mientras que en Urondo el diálogo, la puesta en escena de los distintos puntos de vista, se despliega de un modo platónico-dialéctico, con el fin de persuadir sobre la validez de una postura, Cortázar, como estuvimos viendo, no reduce la multiplicidad de puntos de vista a uno solo, sino que más bien las pone en escena para pensar, razonar. En Cortázar, por tanto, el enunciador no tiene la verdad, es por ello que no tiene un lector, y también por eso que no necesita “puentes”. Sigamos viendo como continua desplegándose esta discusión en otras partes del texto de Urondo:

-¿Te acordás cuando Simón estuvo con el Che?

Gaspar no tenía noticias de que lo hubiera conocido. Sin embargo habían estado conversando un rato largo. El Che lo escuchó atentamente y Simón siguió explicando que él escribía para favorecer, en la modesta medida de sus posibilidades, el proceso revolucionario. Cuando terminó, el Che le admitió que él también antes pensaba igual que Simón; que desarrollando una medicina social en todos los planos, favorecería el proceso. Que sólo bastaba hacer las cosas de la manera mejor posible. Pero esto era parcialmente cierto, porque luego se fue dando cuenta que, de la única manera en que se podía realmente aportar al proceso revolucionario, era haciendo la revolución (140).

Frente a la concepción de intelectual comprometido que hegemonizaba en los sesenta (Gilman, 2003), y de la que Cortázar se hace eco, la concepción que termina primando en este enunciado –y, como veremos más adelante, en *Los pasos previos* como unidad textual- es la del intelectual revolucionario que deja todo para tomar las armas y así poder hacer la revolución. No es menor que sea el Che, ícono revolucionario de ese entonces (y también de nuestros días) el enunciador del discurso referido que argumenta a favor de esa tesis. De esta forma, rebatir textualmente dicho argumento, desde una posición de enunciación de izquierda, es mucho más dificultosa que si fuera otro el responsable de aquellos dichos. El “único camino” –como lo era para el PRT- para ser un intelectual comprometido con los distintos procesos revolucionarios en ciernes es hacer la revolución.

El “declaracionismo” –en este texto, sinónimo de “intelectual comprometido” pero no “revolucionario”- es sucesivamente condenado aunque también aparezcan otras voces que se contraponen a esa visión de las cosas. Por ejemplo, en el siguiente diálogo, en plena discusión sobre la línea política de los intelectuales que participaban del Congreso de La Habana, vemos cómo se manifiestan estas distintas posiciones:

-¿La línea de los intelectuales latinoamericanos, cuál será?

-No hay una línea; hay dos. Una, encuadrarlos dentro de la lucha revolucionaria.

(...)

-¿Cuál es la otra línea?

-Declaracionista. Manifestarse revolucionarios, pero defender ideas como libertad de expresión, el sagrado derecho de la negatividad. El deber de la crítica.

-No simplifiqués.

-Dejame de joder, todos esos tipos parecen intelectuales europeos que ven el peligro del estalinismo por todos lados (Urondo, 1999: 146-147).

Si bien, en el diálogo, el narrador deja entrever otra posición que niega aquella línea argumentativa, termina primando la visión –propia del anti-intelectualismo predominante en ese entonces- que descalifica la posición del intelectual comprometido pero no encuadrado ni política ni militarmente en ninguna organización. Para reforzar esta descalificación son comparados con “los intelectuales europeos que ven el peligro del estalinismo por todos lados”, que, desde el interdiscurso del momento, es un calificativo sumamente peyorativo, deslegitimador.

Sin embargo, este punto de vista que valoriza la labor intelectual no se la descalifica del todo, siempre vuelve a aparecer. Así podemos verlo en el siguiente relato de Hadad: *“Hadad comenzó a contar historias de su país (...) La última vez que había estado dio una charla y, al terminar, un muchachito le impugnó que viviera en París: ‘Y yo le dije, usted a mí lo único que me puede exigir como escritor es que escriba bien; como hombre podrá exigirme otras cosas, pero vamos a ver lo que hace usted en ese sentido, por más que viva en Quito, aunque no salga nunca de su país’”* (Urondo, 1999:244). Tal como relata el

mismo Cortázar en “Viaje alrededor de una mesa” (Cortázar, 1970), la labor del escritor es valorizada en tanto tal, sin importar la postura política-ideológica del autor, que correspondería a su labor de hombre y no de escritor. Esta posición se contrapone fuertemente a la que hegemonizaba en la militancia setentista. Ya no estaríamos hablando de una negación polémica sino metalingüística (García Negroni, 1998b). El enunciador descalifica el fundamento anti-intelectualista, dejándolo sin efecto, sin sentido.

Como dirá uno de los personajes encuadrado en la lucha revolucionaria a uno (des)calificado como “intelectual”, lo importante es ser “un hombre de acción” en contraposición a lo que parece ser, desde el texto, una acción propia de los intelectuales: hablar mucho y hacer poco: “*-Es que nosotros somos hombres de acción, Gaspar, de pocas palabras*” (Urondo, 1999:180). El colectivo de identificación, ese “nosotros” del cual Gaspar, el “intelectual”, es excluido, es construido como un sujeto que hace, que no habla ni mucho menos escribe ni lee: “*Viven a través de las cosas leídas, escritas. Ustedes no son hombres de acción*” (Urondo, 1999:181). Para ser verdaderos revolucionarios hay que ser otros, ser obreros, ser ellos, tercero discursivo que hace su aparición en escena en este diálogo entre “intelectuales” y “revolucionarios”: “*-Me permito recordarte que quienes van a hacer la revolución son ellos, por más buena letra que nosotros hagamos. (...) Estamos en vías de caer en algo así como el puritanismo, si no me equivoco*” (Urondo, 1999:181). Sin embargo, frente a esta postura aparece otra que la contrapone. Las “taras” ya no serían sólo de clase, sino más bien de época, negando, aunque sea en parte, el paradigma determinista que reduce todo a un origen de clase: “*-(...) ¿no has pensado que nuestros límites, además de las taras de origen, de clases, son taras generales de una época, marcadas por la clase dominante si querés, pero taras de las que no se escapan los obreros, por ejemplo?*” (Urondo, 1999:182). El narrador, mediante esta argumentación, permite poner en cuestión la supuesta escisión y diferencia entre ellos “clase obrera” y nosotros “intelectuales”/“revolucionarios”. Frente a esta perspectiva, el personaje identificado con la postura anti-intelectualista, presenta su acción –la de los “intelectuales”– como un juego, en contraposición a la cosa bien seria (pues es de vida o muerte) que representaría la “Revolución” para los obreros: “*-Para un obrero la Revolución es una cosa de vida o muerte. En cambio ustedes están jugando*” (Urondo, 1999:182). Si bien,

como en los documentos del PRT, el narrador plantea la necesidad de convertirse en ese otro ideal para poder hacer la revolución, al final del diálogo -y a pesar de las distintas argumentaciones desplegadas- terminan primando ambas posturas, sin anularse una a la otra:

-Los gérmenes del estalinismo surgen donde uno menos se lo espera.

-Lo que dice Manolo no tiene nada que ver con estalinismo, Gaspar.

-¿Y con el puritanismo?

-Puede ser. Hay momentos en que el puritanismo es necesario.

-Pienso que no. Que nunca es necesario.

-Además, el planteo de Manuel no era puritano. Hablaba de la posibilidad de cambio de la gente, en este caso nosotros. Y tiene razón: yo no sé si nosotros hacemos todo lo necesario para ser otros. Manuel tiene razón.

-Sí, pero yo también (Urondo, 1999:180-182).

Al final de la novela, la labor del intelectual es otra vez valorizada. Frente al contexto de derrota y represión, Simón, uno de los intelectuales de la historia que no se involucra en forma directa en la lucha armada, y en contra del mandato que estuvimos analizando a lo largo de la tesis -el que prescribía la entrega hasta la muerte misma- decide exiliarse. Veamos como argumenta esta decisión y qué reacciones desencadena.

Simón siempre habló de compromiso y mal de los escritores que no vivían en su país. (...) que dijeran de él lo que quisieran. ¿Por qué se iba?, 'porque nos van a matar a todos'.

Sabía que no se puede detener la historia y que nosotros estamos de su lado, pero a veces tocándola, viéndola de cerca, la historia, o al menos 'ese pedacito que podemos ver de la historia, parece una cosa de locos, un imposible', ¿te das cuenta?

Sí, se daba cuenta; también se daba cuenta de que todos ellos se habían acostumbrado a verla de lejos, a ser espectadores, y ahora: 'Decime una cosa, Simón: ¿a vos te gusta la gente?' No, así como estaban, no. A él le pasaba lo mismo; a Mateo también. A Marcos, seguramente, quién sabe, al mismo Che: 'sin embargo se arriesgaron por esa gente, por esos hombres insatisfactorios; murieron por ellos'.

Y él no era muy distinto a esos 'prototipos'; proto-hombres, Simón tampoco, por eso 'no me aguanto' (Urondo, 1999:376-377).

Como podemos ver en la última parte, esos intelectuales no eran "Hombres", no eran como el Che, como todos aquellos que murieron y entregaron su vida por "esa gente insatisfactoria". Es por ello que se exilia, porque no es ese hombre nuevo que requiere la revolución para poder triunfar: "la nueva época que acaba de empezar, necesitará de guerreros profesionales" (Urondo, 1999:377), no de escritores, de pensadores. Sin embargo, no por ello son menos necesarios. El deber del intelectual, de ese intelectual comprometido que no es un "guerrero profesional", en esta nueva etapa, es contar, testimoniar.

-No tengo la menor idea de lo que voy a hacer.

-Contá: hacé lo que hacían Marcos y Juan, lo que hacen Lucas y Mateo: contá.

-¿Qué querés que cuente?

-Lo que pasa, lo que te pasa. Por qué te has ido de tu país, eso vas a saber hacerlo, y será necesario (Urondo, 1999:378).

Como dirá Redondo, el autor, avanzado en su compromiso revolucionario, no desligará ya la palabra de la creación de realidad y la poética de la acción. Pero en él, como podemos ver, la palabra también tiene la función de dar testimonio. Desatada la represión, el deber del intelectual revolucionario también es dar testimonio. Y es lo que hace Urondo en la *Patria Fusilada* (Redondo, 2005).

### **3. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor**

En este apartado analizaremos las múltiples visiones y perspectivas acerca de la familia, el amor y la sexualidad. No es casual que este tema tome tal centralidad en las novelas y textos analizados. Como vimos al analizar el documento "Moral y proletarización", estos temas eran centrales para las propuestas revolucionarias del momento; es más, uno de los fines primordiales del texto del PRT era legislar sobre el

tema, moldear un tipo de comportamiento que se corresponda al ideal de militante aspirado. En este sentido, la apuesta perretista no dejaba de reproducir el discurso dominante sobre el tema. En correspondencia con este clima de época, y en abierta polémica con estos supuestos, Cortázar también va a incluirlos como tema de debate revolucionario. Así lo explicará en una entrevista que le realizó la revista Crisis en el año 1973, recién publicada la novela:

El libro de Manuel no es solamente un brulote -para usar la palabra en el sentido exclusivamente político- sino que tiene otros elementos que, en mi opinión, son también trabajos revolucionarios. El contenido erótico del libro, por ejemplo, me parece importante. Si es desmesurado, deliberadamente desmesurado, es porque yo sigo creyendo que la revolución no solo se hace desde afuera para adentro, sino también desde adentro para afuera. Y estamos demasiado envueltos en tabúes, en prejuicios, en machismo y discriminaciones de todo orden (...)Yo creo que la revolución es una cosa muy seria, pero que el humor, el erotismo, el juego y tantos otros valores humanos, son constantes a las que no podemos renunciar en ningún trabajo revolucionario (Cortázar, 1973).

En este fragmento podemos encontrar varias cosas. En primer lugar, comienza con una negación polémica (García Negroni, 1998b) pues discute con un discurso otro, un segundo enunciador al que niega pero sin contradecir los términos mismos del habla efectiva a la cual se opone -como sí hace la negación metalingüística- (García Negroni, 1998b). En este caso, “El libro de Manuel no es solamente un brulote -para usar la palabra en el sentido exclusivamente político- sino que tiene otros elementos que, en mi opinión, son también trabajos revolucionarios”, está negando la afirmación que subyace (El *Libro de Manuel* es un brulote) pero no anula los presupuestos del positivo y subyacente. El “sino que... también” estaría más bien dando cuenta de una estrategia concesiva. Es por ello que puede leerse de esta forma: además de ser un “brulote”, el Libro de Manuel tiene otros elementos revolucionarios, como por ejemplo, el tópico que trataremos en este apartado. En la cláusula “Yo creo que la revolución es una cosa muy seria, *pero* que el humor, el erotismo, el juego y tantos otros valores humanos, son constantes a las que no podemos renunciar en ningún trabajo revolucionario”, el “pero”, conector que marca, tal como la negación, la polifonía constitutiva del lenguaje, estaría indicando un cambio en la argumentación (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Que la revolución sea seria no

significa que vaya en contra de aquellos otros valores. Aquí se está poniendo en discusión un determinado concepto de revolución -hegemónico en la historia de la izquierda-, el que escinde lo lúdico, la alegría y el placer del *deber revolucionario*. Relacionándolo con el tema más amplio de nuestra tesis -la cuestión de la moralidad revolucionaria perretista- la revolución de Cortázar y del *Libro de Manuel* hace de la liberación, en el profundo sentido del término, una moral a seguir. En este sentido, su concepto de revolución se estaría ligando más con el mayo francés y las reformulaciones surgidas al calor de este proceso que a la formación ideológica-discursiva setentista. En contraposición a este discurso que equiparaba revolución, sacrificio y represión del deseo, el “pero” de Cortázar polemiza con él, uniéndolo discursivamente a revolución, juego y deseo. En este sentido, a diferencia de la revolución perretista, el concepto de revolución que pone en juego Cortázar no se limita a la toma del poder, es también adueñarse del cuerpo.

Comencemos por el análisis del discurso de la novela. En esta parte de nuestro capítulo utilizaremos tanto el análisis argumentativo como la metodología propuesta por la lingüística crítica para ver cómo son representados los distintos participantes y procesos en la materialidad del texto. Por ejemplo, en el siguiente fragmento, los pronombres posesivos utilizados para hablar de Manuel, hijo de Susana y Patricio, ambos militantes de la célula guerrillera parisina, dan cuenta de ciertas representaciones y lugares comunes que constituyen la visión de ambos personajes acerca de la paternidad y el lugar de la mujer en el cuidado de los hijos y las tareas del hogar.

-¿Otra traducción? ¿No oís que Manuel se ha despertado y reclama mis atenciones higiénicas? (...).

-De acuerdo, ocupate de tu hijo; lo que tiene ese niño es hambre, vieja, tráelo para acá y de paso la botella de grapa que sienta el mate (Cortázar, 2004: 23).

Es Susana la que primero se hace cargo del pedido de Manuel, son “sus” atenciones higiénicas. Por otra parte, Patricio lo refuerza con el pronombre posesivo “tu” y el modo imperativo: “ocupate de tu hijo”, que lo permite deslindarse de esa y otras tareas demandadas por el lactante y el hogar. Este uso del imperativo como modalizador se reitera en varias oportunidades, como por ejemplo: “tráelo para acá y de paso la botella de



grapa". Pero también podemos ver, en este otro fragmento, la resistencia de Susana a esta situación: "*Tu hijo –agregó Susana, sacándole la lengua-, lo dice como si aquella noche hubiera estado en el cine y no en la cama*" (Cortázar, subrayado por el autor, 2004: 49).

A lo largo de la novela, los personajes femeninos son vinculados sucesivamente a la realización de tareas domésticas y al cuidado de Manuel. En el siguiente segmento, mientras los personajes varones se ocupan de las tareas políticas, preparando los pasos previos a la "Joda", Susana y Ludmilla, están "...ocupadas en la más seria tarea de hacer dormir a Manuel..." (Cortázar, 2004: 85). Si bien en los planes originarios las mujeres no estaban incluidas en el secuestro del Vip, tuvo que reconsiderarse dicha posición por varias cuestiones. Primero por el lío que armarían "las locas": "...yo voy con vos, Marcos/Está bien, no te lo puedo prohibir porque las otras locas revistarán como un solo hombre, si las conoceré" (Cortázar, 2004: 334). La respuesta de Ludmilla continúa reproduciendo los papeles socialmente establecidos. La única utilidad de las "ménades" será hacer aquellas tareas hogareñas que los varones no realizarán: "*Les haremos la comida y cuidaremos de la higiene y las buenas costumbres*" (Cortázar, 2004: 334). De ahí que su inclusión en los asuntos comunes va a sostenerse en la reproducción del papel de género socialmente establecido, no en su inclusión como iguales: "...en la Joda no había discriminación, por qué las ménades no iban a estar ahí preparando los sándwiches" (Cortázar, 2004: 335) o como dirán Roland y Patricio, "*era el momento de que las ménades se mandaran un refrigerio especial con doble porción de salame o jamón en los sándwiches...*" (Cortázar, 2004: 388).

En este otro fragmento, y en discurso indirecto libre, Patricio "pone orden en las filas", produciéndose la aparición de los participantes "hembras" y "machos":

... tenía que venir Patricio para poner orden en las filas, que carajo es este gineceo separatista y discriminatorio, los hombres reclaman hembras (...) Vengan, negras, ahí hay una de hongos emponzoñados que me empieza a venir el repeluzno que le dicen, Andrés está triste o dormido, a ver si nos ceban un matecito antes que haya que pegarles un chirlo en las nalgas.

-Es realmente un macho -le dijo Ludmilla a Susana (Cortázar, 2004: 86).

En “los hombres reclaman hembras”, en primer lugar, las “hembras” son ubicadas en un lugar de pasividad, pues son sólo objeto de reclamo. Por otra parte, al utilizar “hembra” en lugar de “mujer” (categoría que correspondería en un nivel de simetría a la de hombre) se refuerza aquella relación asimétrica. Sin embargo, en la respuesta de Susana, “es realmente un macho” se estaría respondiendo bajo los mismos criterios de Patricio: si Susana es hembra, Patricio es macho, no hombre. Esta actitud claramente sexista de Patricio se manifiesta también en cierta homofobia, como por ejemplo, “*No me gusta manejar con la luz prendida, che, va a parecer un casamiento de maricones*” (Cortázar, 2004: 173). Su forma de dirigirse a Susana está hegemonizada por los actos de habla de orden y amenazas. De todas formas, la actitud de Susana nunca es del todo pasiva. Frente al mandato de Patricio, Susana responde, en este caso, con un insulto: “...*Traducí sin comentarios, carajo, mandó Patricio./ Putaka parioka, dijo Susana que dominaba el volapuk junto con otras cinco lenguas...*” (Cortázar, 2004: 272). Sin embargo, esta respuesta se ubicaría en lo que llamamos negación polémica pues niega el discurso del otro pero sólo dentro de sus parámetros, produciendo así su legitimación.

Otra operación narrativa utilizada para representar la relación asimétrica entre los sexos, es la objetualización del personaje femenino en el acto sexual: “... *Ludmilla había cerrado los ojos y dejaba que las manos de Andrés la acariciaran lentamente, dibujándola en la oscuridad, en algún momento Andrés encendería devuelta el velador, nunca habían hecho el amor a oscuras*” (Cortázar, 2004: 102). Como podemos ver, al lado de esta operación que pasiviza a Ludmilla, hay un “nosotros” -más bien, un “ellos” desde el punto de vista del narrador- que transforma a ambos en sujetos de la acción.

En un diálogo entre Marcos y Andrés sobre el tema del entusiasmo y las relaciones de pareja, aparecen varias cuestiones. En primer lugar, cuando Marcos se refiere a sus anteriores parejas, las llama “pobrecitas” porque no podían entusiasmarse como el pretendía que lo hicieran: “...*cuando algo no les gusta o todo va mal en la política o en la cocina, entonces son capaces de unas broncas, unas indignaciones...*” (Cortázar, 2004: 130). Si bien la política es reconocida como un medio de acción también femenino, aparece claramente la cocina como otro ámbito propicio. Como dirá el mismo personaje más adelante, Ludmilla tiene “*todo el derecho de cabrearse a fondo puesto que antes se*

*subió por las paredes y fue feliz porque vos la llevabas a comer papas fritas y a vagar por las calles*" (Cortázar, 2004:131). Otra vez la pasivización, la asimetría: Ludmilla (paciente) era llevada por Andrés (que tiene reservado el lugar de agente, incluso en la cama). En este diálogo se produce una reflexión muy interesante acerca de la pareja. Para Andrés, la pareja es igual a rutina, el entusiasmo se relaciona más bien con lo fluido, con lo que no dura:

...Quizá las aventuras más irregulares, los interregnos del amor, los grandes aletazos a lo Nadja o lo Aurelia, pueden dar ese reino milenario que vos pretendés. Lo otro es dos piezas baño y cocina, lo que llaman la vida, lo que dura; alguna mujer me lo ha dicho y tenía razón, vaya si tenía. En fin, si Ludmilla y yo hemos vivido como vivimos era probablemente porque no iba a durar, y entonces uno se permite el entusiasmo para seguir con tu vocabulario tan selecto (Cortázar, 2004:132).

A lo largo de la novela se reiteran las discusiones y reflexiones acerca de la pareja, el amor libre, en fin, todos los temas relacionados con lo erótico, con la ruptura de tabúes, temas que, como estuvimos viendo al comienzo, ocupan un lugar central en la discusión acerca de la revolución y el hombre nuevo para el autor y para el discurso revolucionario del momento. Uno de los personajes más conflictuados con respecto a esta discusión es Andrés, protagonista de un triángulo amoroso con Ludmilla y Francine. Para el personaje en cuestión, esta noción de la pareja y el amor es irrenunciable, y no es suplantable ni mucho menos, por lo que el resto de los personajes, sumidos en el trajín político, suponen como primordial: la "Joda". En contra del concepto, muchas veces mojigato y conservador, de la pareja y el amor de la militancia setentista argentina, Andrés sostiene su amor libre - expresamente condenado por el PRT- y sus gustos musicales "pequeñoburgueses": "*... jamás habrá nada que me arranque a esto que soy, al que escucha free jazz y va a acostarse con Francine en cumplimiento de ceremonias que no aprueban los jóvenes maoístas*" (Cortázar, 2004: 392). Podemos ver como en este personaje se condensan distintos conflictos que superan el orden de lo sexual para trasladarse a lo político, lo artístico, el tema de la libertad en un sentido más bien amplio. Si desde el punto de vista de "Moral y proletarización", preocuparse por otra cosa que no sea el Partido y la Revolución era calificado como una actitud pequeño burguesa, postulándose la proletarización de sus militantes como la mejor de las soluciones para paliar tal desviación, en el *Libro de*

*Manuel*, se pone un juego un tipo de argumentación que insta a la liberación en todas las esferas; a cumplir con estas “ceremonias” que no aprueban los “jóvenes maoístas” –como tampoco los jóvenes perretistas-.

En tanto Ludmilla, novia de Andrés -presentada en muchas ocasiones como “víctima” de su “amor libre”, pues ella no acordaba ni lo practicaba aunque lo aceptara-comienza una relación con el jefe de la célula parisina, Marcos, conjugándose en este acto lo amoroso con lo político, prevaleciendo en ella la primer parte de esta dupla. En pleno secuestro del Vip, se produce el siguiente diálogo entre Susana y Ludmilla,

... ahora entiendo por qué estas aquí, dijo Susana que en realidad lo había entendido desde el vamos, vos sos de las que se juegan por su hombre llegado el caso, ah piba.

-Yo quiero estar donde él esté, y además hoy es día de descanso en el trabajo (Cortázar, 2004:341).

Sin embargo no es casual lo que aparece en la última parte. Si bien Ludmilla está ahí, en plena “Joda”, por Marcos, además “es día de descanso en el trabajo”. Este “además” indica que estar ahí por él es condición necesaria pero no suficiente, de lo contrario, no tendría demasiado sentido aclarar que era un día no laborable. En fin, quizás, no tenía nada mejor que hacer.

Esta relación entre la política y el amor está emparentado con lo visto en el capítulo anterior. Las divisiones burguesas comienzan a esfumarse. Ahora, el “pobrecito” es Andrés, se invierte la relación asimétrica. Ahora, el vértice del triángulo es Ludmilla:

...te en lata de té, Joda en moldes de lógica aristotélica, cada cosa en su lugar, como Andrés que estaría durmiendo con Francine o escuchando discos con el casco estereofónico que había comprado para las noches de insomnio. Pobrecito, pensó vagamente Ludmilla, de golpe Andrés se distanciaba, se empobrecía, no era parte del viernes por la noche, ni se había trompeado en la rue de Savoie (Cortázar, 2004: 224).

Para que el cambio sea un cambio verdadero hay que romper estas supuestas divisiones, la cuestión es revolucionar todo, el lenguaje, las formas, no basta con “bajarles la cresta a los Vip”. Acá vemos como se despliega un concepto de revolución más amplio, aún en boca de Marcos:

... eso del sexo y del acto de amor me hacés el favor de dejarlo para el té con las monjitas/¿Te parece una cuestión tan importante?/Sí, porque ese tipo de vocabulario nos ata al Vip (...) también hay hormigas en el idioma, polaquita, no basta con bajarles la cresta a los Vip si vamos a seguir prisioneros del sistema, por ahí en novelas uruguayas, peruanas o bonaerenses muy revolucionarias de tema para afuera leés por ejemplo que una muchacha tenía una vulva velluda, como si esa palabra pudiera pronunciarse o hasta pensarse sin aceptar al mismo tiempo al sistema por el lado de adentro (Cortázar, 2004: 318-320).

Amor y política se funden. La lógica binaria amigo-enemigo atraviesa todos los aspectos de la vida cotidiana:

... ahora él está de un lado y yo del otro. Parece broma pero estuvimos hablando de eso toda la tarde, quiero decir de separaciones, de distancias. Y ahora me toca a mí hacerme a un lado.

-Lástima –repitió Marcos-. Pero algo sé de eso yo también, mi mujer es secretaria de un ministro en Buenos Aires (Cortázar, 2004: 202-203).

El amor es objeto de transformación, forma parte de la revolución. Se plantea la necesidad de transformarlo todo, de re-comenzar: *“Todo hay que volver a intentarlo, polaquita –dijo Marcos-, el amor no tiene por qué ser una excepción, la gente cree que no hay nada nuevo bajo el neón”* (Cortázar, 2004: 293). No es menor que sea Marcos quien plantee estos problemas, pues a diferencia de Andrés o del que te dije -quienes plantean continuamente diferentes cuestionamientos al concepto de revolución hegemónico en ese momento pero sin involucrarse directamente en estos procesos- este personaje es el jefe de la célula revolucionaria que protagoniza la novela. El amor y la revolución están sujetos a la invención. El y ella son objeto de transformación: *“...yo no lo veré por desgracia pero mientras pueda inventaré por mi cuenta, te inventaré, polaquita, y querré que vos me inventes a cada momento porque si algo me gusta en vos además de esta barriguita húmeda es que siempre estás trepada en algún árbol, y que te apasionan más los barriletes que el clave bien templado”* (Cortázar, 2004: 293-294). En este fragmento llama también la atención como naturaliza y da por sentado que no va a ver el resultado de todo este proceso, dando a entender que muy probablemente muera como consecuencia de participar en el mismo, pero contrario a lo que indicaría el no poder ver ese cambio, el “pero” indica que así y todo lo intentará, seguirá inventando, inventándose e inventándola. Se construye

así una representación de la militancia y del militante que postula el sacrificio como premisa, a pesar de saber cuál será muy probablemente el final. Si bien este fragmento reproduce la noción sacrificial de la militancia, tantas veces analizadas en nuestra tesis, este sacrificio no significa dejar de apasionarse, de desear (barriletes, el amor, la revolución). Esta fusión entre pasión y política le da otra coloración al amor: *“Perdida en el placer que también otros habían sabido darle, Ludmilla sintió que no era lo mismo, que todo cambiaba ahora y que todo era igual al fin y al cabo, su sexo, la boca de Marcos, sus caderas, las manos de Marcos, por dentro se alzaba lo otro, lo que él había querido decirle, (...) alguna vez la Joda podía tener todos esos nombres, todas esas estrellas”* (Cortázar, 2004: 293-297). Vemos como este concepto de la “Joda” trasciende al Vip, al secuestro, a la simple (pero no tanto) toma del poder.

Andrés, la anterior pareja de Ludmilla, quien como vimos, mantenía un triángulo amoroso con Francine, al enterarse de esta relación con Marcos no soporta no ser el “vértice” de este nuevo triángulo y decide participar en la “Joda” para poder recuperarla y, a su vez, evitar que ella también formase parte de lo que él ya sabía que iba a tener un fin trágico. Aquí vemos también como se entremezclan ambas esferas. En este caso, como en el anterior, también prevalece lo amoroso sobre lo estrictamente político. Sin embargo, no se reduce sólo a eso. En el transcurrir de la novela, como veremos en el apartado siguiente, Andrés es protagonista de varios diálogos y reflexiones sobre el tema de la revolución, poniendo en escena las innumerables dudas y cuestionamientos a estos procesos y su devenir. Es por ello que no podríamos afirmar en forma rotunda que su entrada a la “Joda” sólo se debe a que quiere recuperar a su pareja, pero sí que este hecho termina de contrapesar la balanza. Mientras iba en camino a la casa donde tenían secuestrado al funcionario, Andrés se pregunta sobre los verdaderos motivos de su entrada a lo que tantas veces criticó y ridiculizó.

... al fin y al cabo el rabinito tenía tanta razón, solamente Ludmilla en esa nausea de Verrieres, esa necesidad de llegar, de verla, de estar ahí, la Joda, sí, claro que también la Joda porque también Fritz Lang, injusto decirme que solamente Ludmilla y sin embargo, claro, tan claro a esa hora oyendo discurrir al rabinito, cuanta razón tenías, Francine, qué distinto un triángulo de otro para usar la vieja expresión, adónde había ido a parar mi fácil barata

machita argentínísima del triángulo conmigo en un vértice y ellas dos cerrando la figura, ahora que Ludmilla y Marcos, el futuro dibujando el triángulo donde dos hombres y una mujer, la hipótesis tantas veces aceptada teóricamente y ahora, ahora. Ahora, Ludlud, ahora (Cortázar, 2004: 378).

Ese “sin embargo” marca que a pesar de todo “solamente Ludmilla”. Su “amor libre” se ligaba, más bien, a “su” amor libre, no al del resto. Ahora él también se encuentra en aquellas contradicciones tantas veces indilgadas a la “mersa de la Joda”.

*Los pasos previos*, en sintonía con *Libro de Manuel*, presenta una concepción más libre de la pareja, no ligada a lo instituido por la izquierda tradicional y la sociedad del momento. También hay una problematización del rol que se le atribuye a la mujer en el amor, poniendo en cuestión el puritanismo que forma parte de ese concepto de moral revolucionaria tantas veces analizado a lo largo de nuestro trabajo. Esta perspectiva coloca a Urondo polemizando con los que plantean al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo, como es el caso del PRT y de los otros textos analizados en el primer capítulo. La desacralización de la familia, la opción por el amor libre y la valorización del deseo y el placer son elementos dinamizadores del proceso revolucionario que se está gestando, no una manifestación “pequeño-burguesa”. En *Los pasos previos*, el placer compartido por hombres y mujeres es el que moviliza también a la revolución.

Como decíamos recién, a lo largo de la novela se ponen en cuestión, en reiteradas oportunidades, distintos lugares comunes constitutivos de esta moral revolucionaria. En lo que respecta a la relación entre hombres y mujeres, el narrador ironiza acerca de esta asimetría entre géneros y el puritanismo que la sustenta. En el siguiente fragmento, podemos ver cómo los compañeros se dirigen a las camaradas mujeres y la reacción de ellas frente a esta situación: “*Ganarles a ellos no era simplemente derrotar una lista adversaria, sino ‘romperle el culo a El Partido’, como dijo ilustrativamente Marcos, sin advertir que había damas, es decir, compañeras, por los alrededores. Sin embargo ninguna se ofendió por estas alusiones y, es más, justamente una de ellas subrayó: ‘era hora’; y santas pascuas*” (Urondo, 1999:20). En contraposición al topoi (Ducrot, 1988) que prescribe la prohibición de insultar frente a las “damas” (porque ellas, desde esta concepción, no lo hacen, no sería muy femenino de su parte, como no es de caballero

hacerlo frente a ellas), mediante el “sin embargo” se desmonta la consecuencia del mismo. No sólo que las involucradas no se ofenden sino que manifiestan que ya era hora que aquello pasara. Los nuevos tiempos exigían un cambio en la relación.

Tal como sucede en distintos momentos del relato en *Libro de Manuel*, en *Los pasos previos* también aparece la modalidad imperativa para interpelar al género femenino, aunque, a diferencia del caso anterior, esta forma aparece en boca de un dirigente de la vieja guardia sindical, no de un militante revolucionario: “*Su mujer ya se había levantado y el nene había empezado a llorar como hacía todas las mañanas; ‘empezó el plan de lucha’, dijo en voz baja, sonriendo con un poco de amargura, mientras se sentaba pacientemente en el inodoro a esperar que se organizara la casa*” (Urondo, 1999:98-99). Como podemos ver, si nos dejamos llevar por este enunciado, pareciera que la casa se organiza sola. Su mujer, sujeto de esa acción, siquiera aparece como agente de la misma. El enunciador sólo “espera”, no se construye como participante de la tarea doméstica. En otro enunciado pronunciado por el mismo personaje se refuerza este sentido: “*Calenté el café que ya salgo*” (Urondo, 1999:101); por medio del acto de habla de orden, interpela a ese sujeto-objeto encargado de llevarla adelante.

Como decíamos antes, otro tópico debatido en los distintos diálogos es el de la pareja y el amor. Desde las distintas perspectivas que se ponen en escena, el amor no es algo accesorio al proceso revolucionario en ciernes sino todo lo contrario. Como en *Libro de Manuel*, esta discusión se encuentra en el centro del debate de la misma revolución. En polémica con las creencias propias de la militancia setentista, -que, como vimos en el capítulo anterior, suscribían a la pareja monogámica y heterosexual-, y en consonancia con el texto de Cortázar, el tipo de pareja que termina primando en este relato no es la duradera, la de los “afectos estables”- lo que es representado mediante el término peyorativo “pragmatismo”- sino el enamoramiento, fluido y cambiante que es presentado como “más completo”, más verdadero.

... hay algo que existe; si querés, una forma precaria de amor, pero existe: es una realidad.

-Es lo que vengo diciendo desde el principio, Mateo. Pero si el amor es nada más que eso, yo propongo que se lo tome como lo que es, no como lo que tendría que ser. Y si lo



admitimos, habrá que empezar a llamar las cosas por su nombre; a esa larva de amor, enamoramiento, si quiere Gaspar. Y al otro, al duradero, al de los afectos estables y sin sobresaltos, pragmatismo.

(...).

-¿Y por qué vos preferís el enamoramiento al pragmatismo?

-Porque me hace sentir el gusto de lo que debe ser el amor; es como la naturaleza, el instinto de algo más completo (Urondo, 1999:179).

En el mismo sentido que en el texto de Fúcik, el amor, este “idilio renovado a la sombra de la muerte” (Varela, 1965:9), y por ello, lejos de los “afectos estables y sin sobresaltos”, es el que termina primando. En contraposición al llamado “puritanismo socialista”-representado, en esta tesis, en los puntos de vista construidos en los textos de Ostrovski y del PRT- la moral revolucionaria que se construye en el texto de Urondo no presenta al amor, a las relaciones de pareja, como mero sinónimo de “casamiento” –como si parece hacerlo el sentido común socialista-: *“Durante el viaje siguieron los papelones, porque disimulaban mal y se quedaban mirándose a los ojos, o Isolda lo besaba sin advertir que estaban con otras personas. La cosa fue tomando paulatino estado público, sin escandalizar a nadie. Sin embargo Isolda sostenía divertida que ‘nos van a casar’, burlándose un poco del puritanismo socialista”* (Urondo, 1999:200-201).

Desde ese discurso, con el cual se polemiza, mirarse a los ojos o besarse frente a otros, que “tome estado público”, es un “papelón”. Como vimos en la novela soviética y en el documento del PRT, “Moral y proletarización”, el amor es cosa seria, es para toda la vida. Desde esa visión de las cosas, el “coqueteo”, la práctica sexual amarital, son descalificadas y condenadas; son otras formas de reproducir la moral burguesa e individualista que se quiere destruir. De ahí la reacción de Sara frente a la posibilidad de un *menage a trois*: *“Sara advierte que está rodeada de hombres; los hombres la flaquean y justamente a ella le viene a pasar, ella que siempre ha sido tan esquemáticamente, como una monja saludable que arregla las camas, que maneja el arado y cubre de rocío los aires de La Huerta de Nuestro Señor”* (Urondo, 1999:295). Como podemos ver, el personaje femenino aparece como objeto y no como sujeto de la acción: ellos son los que “la

flaquean”. La vivencia erótica es algo que “le pasa”, no algo buscado o deseado. Ella, como una “monja” o como una buena socialista, parece, en un primer momento, no disfrutar de esa situación. Sin embargo, al otro día, pasado ya el fogoso encuentro de cuerpos, se siente, extrañamente, alegre, liberada. El sentimiento de culpa que la atormentaba desapareció sin más: “... no sintió ninguna culpa; ni siquiera se vio en ridículo. ‘Que lindo’, dijo en voz alta, y salió” (Urondo, 1999:297-299). El personaje no es condenado pero el discurso dominante queda legitimado.

A pesar de esta valorización positiva de “lo erótico” como elemento dinamizador del proceso revolucionario, para los distintos personajes de la novela volcados a la lucha revolucionaria, estos no eran tiempos propicios para el amor. Las energías debían ser volcadas hacia otros fines, “otros fervores”. A diferencia de *Libro de Manuel*, la unión entre amor y revolución queda suspendida: “En los próximos días se verían con Víctor. También en los próximos días Lucas viajaba a Bolivia. Miró las cenizas del sobre, miró a Albertina: estaba cansada. El tiempo del amor, o de los enamoramientos, había pasado. Otro fervor más seco volaba por el aire, dispersándose; el humo que cubre el cielo. Fue hasta el teléfono y habló con Sara” (Urondo, 1999:319). La revolución –que, en contraposición al discurso de Ongaro citado en la novela (336-337), no es cosa sólo de hombres- exige también este tipo de sacrificios, discutidos pero, en última instancia, como vimos, legitimados como tal a lo largo de la novela. Así podemos verlo en el siguiente fragmento de una carta que uno de los personajes deja a su amada antes de involucrarse, o mejor, de entregarse a la lucha revolucionaria:

‘Querida Isolda. Cuando leas estas líneas, seguramente ya no estaré vivo. A todos nos toca morir, pero una cosa es morir porque sí, y otra elegir la vida con todos sus riesgos; la vida y no la sobrevida. Una muerte decente, en suma, digna de mi, de un hombre.

Comprenderás ahora por qué nunca te pedí que vinieras conmigo. Por qué no sugerí quedarme con vos, para construir juntos una vida a lo mejor hermosa, pero deficiente: porque la vida que yo tengo no me pertenece, se la debo a muchos. Y la conciencia de esa vida es producto de sacrificios y martirios que no quiero traicionar... (Urondo, 1999:241)

La muerte aparece como destino fatídico e inexorable. Sin embargo, no así su forma. Desde la perspectiva de este personaje –que es la misma que vimos tanto en los

textos de Ostrovski y Fúciik, como del PRT- la única muerte “decente”, digna de un “hombre” es la que se produce como consecuencia de esta entrega a un objetivo superior, la revolución. Quedarse con Isolda, “construir juntos una vida a lo mejor hermosa” es igualado a “traicionar”, a defecionar, pues la vida, como veíamos antes, no es una pertenencia individual sino colectiva; es más bien una deuda a esos “sacrificios y martirios” por ello su entrega es presentada como algo casi indiscutible, necesario desde el punto de vista de esta moral setentista que también construye el texto en cuestión. Si bien en un momento este mismo personaje reconoce que “... *los actos de amor nunca son más o menos importantes, aunque sean distintos, aunque parezcan diversos y con diferentes rangos*” (Urondo, 1999:243), el acto de amor más grande termina siendo esta muerte “digna de un hombre”, del hombre nuevo, para poder construir la revolución, ese reino de amor “*así en la tierra, como en el cielo*”. Cortázar, sin embargo, no está seguro de ello, así queda reflejado en la novela.

#### **4. Los “hombres nuevos” literarios: arte, política y juego**

En este apartado trabajaremos sobre los conceptos de revolución que construyen ambos textos y su vinculación con la literatura y el arte a partir de lo lúdico. En contraposición al “texto revolucionario” y a la idea de la revolución que se vincula con él mismo, la apuesta político-estética cortaziana rompe con esta subordinación del arte respecto a la política. Es más, para este autor, política y arte formarían parte de una misma subversión –aunque con sus especificidades–: la subversión de “lo lúdico” contra lo dado e instituido. Dentro de su obra, el *Libro de Manuel* ocupa un lugar fundamental en esta apuesta. Como dirá en el prólogo,

...mas que nunca creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor de juego y de alegría. (...) Lo que cuenta, lo que yo he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada de desprecio y del espanto, y esa afirmación tiene que

ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares (Cortázar, 2004:8-9).

En el prólogo, que como dijimos anteriormente se despliega otro dispositivo de enunciación -es otro el género, son otros los enunciadores y también los destinatarios- sí hay una toma de posición más marcada, cosa que lo diferencia del desarrollo de la novela. Si en la misma habíamos dicho que no hay un enunciador que se coloque por sobre el resto -la posición enunciativa de “verdad” y el “primus inter pares” del PRT y de las otras novelas socialistas- aquí da su punto de vista, dejando a un lado las confusiones y dudas que se despliegan en la novela. En esta propuesta, la sed lúdica, la alegría y el juego cobran un lugar central. Desde este punto de vista, sólo así será posible vivir “en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares”. A diferencia de los discursos analizados en los otros capítulos, para el Cortázar del prólogo, la “única actitud que le dará la victoria” es liberarse de los tabúes, es decir, haciendo casi todo lo contrario de lo prescripto en “Moral y proletarización” y demás topoi históricos retomados por los setentistas. Sin embargo, retomando lo dicho anteriormente, si estos discursos se diferencian en los contenidos y los lugares comunes constitutivos, no sucede lo mismo con los lugares enunciativos. Tal como sucede en el discurso del PRT, en el prólogo de Cortázar también hay un “único camino...”, aunque no así en la novela.

Desde esta forma de ver las cosas, no es casual que la metáfora utilizada para representar el concepto de revolución en *Libro de Manuel* sea “Joda”, reforzando así su relación con el juego, “*un juego que a lo mejor puede servir para algo, nunca se sabe*”, como dirá Ludmilla (Cortázar, 2004: 182). A diferencia de la concepción instrumental de la política que predominaba en los setenta -cuyas raíces, como vimos en el primer capítulo, se remonta mucho más lejos, es propio del discurso dominante de izquierda- la idea de revolución que se despliega en el texto, al vincularla con lo lúdico, hace mayor hincapié en el disfrute que puede provocar el proceso, en sí mismo, más que en el resultado. Por ejemplo, Marcos y Oscar, a diferencia de los otros “orientados resueltamente hacia la Joda”, en el medio de tanta seriedad, de tanta “Joda” seria, hacen la visita al hongo de

Lonstein, dando cuenta que también estas superfluidades, estas hermosuras banales, forman parte del sueño revolucionario.

... cuando el que te dije me contó la visita al hongo yo estuve de acuerdo con él y pensé que Marcos sabía hacer las cosas desde más de un lado, que no era el caso de los otros orientados resueltamente hacia la Joda. En esa comedia idiota había acaso como una esperanza de Marcos, la de no caer en la especialización total, conservar un poco de juego, un poco de Manuel en la conducta. Vaya a saber, che. Capaz que tipos como Marcos y Oscar (del que fui sabiendo cosas por el que te dije) estaban en la Joda por Manuel, quiero decir que lo hacían por él, por tanto Manuel en tanto rincón del mundo, queriendo ayudarlo a que algún día entrara en un ciclo diferente y a la vez, salvándole algunos restos del naufragio total, el juego que impacientaba a Gómez, la superfluidad de ciertas hermosuras, de ciertos hongos en la noche, de lo que podía dar todo su sentido a cualquier proyecto de futuro (Cortázar, 2004: 207).

Es interesante contrapesar esta postura de Andrés, que valora lo sucedido, con la de Lonstein, dueño del hongo, muy ofendido porque en lugar de quedar embelesados con su belleza, no dejan de hablar de la “Joda”: *“Pero vos mirame ésos, dice Lonstein lúgubre, uno los invita para algo importante y de lo único que se les ocurre hablar es de la Joda, hace una hora y media que están discupishando sobre el kidnapín del Vip. ¿Pero vos no estabas enterado?, se asombra el que te dije. Ma sí, che, pero que ese asunto lo solventen en horas de oficina”* (Cortázar, 2004: 198). Lo importante aquí no es la “Joda”, el secuestro del Vip. Se produce un cambio en el orden de valores. Lo que para el resto es superficial, como mirar el hongo, para este personaje es lo realmente importante, la “Joda” no es más que un trabajo, una obligación. Este personaje también contribuye a crear otro concepto de la historia, de la revolución, diferente y contrapuesto al de los “tecnócratas”: *“... son tecnócratas de la revolución y creen que la alegría, los hongos y mi portera no entran en la dialéctica de la Historia”* (Cortázar, 2004: 165). Desde el punto vista de este personaje, la “joda” de estos “tecnócratas de la revolución” es “trabajo”, “pragmatismo”, en ella no hay alegría ni belleza.

Ludmilla también va a hacer hincapié en el componente alegre, lúdico de la “Joda”: *“... me dejo llevar por el instante y la alegría, sobre todo por la alegría porque la Joda es alegre y absurda y no entiendo nada y por eso mismo quiero estar...”* (Cortázar, 2004:

224). La “Joda” no se estaría relacionando sólo con lo racional, con una decisión basada en un análisis “científico” de la realidad -como lo es para el PRT y el discurso dominante de la izquierda en general- sino también con las ganas de jugar, con la diversión que supone participar en este proceso. En la “Joda” hay “comunidad y alegría y despatarro universal” (Cortázar, 2004: 112). Contra el pensamiento hegemónico que concibe a la revolución, al arte, como algo muy serio, se contraponen este pensamiento que lo relaciona con la alegría, la diversión y la pasión. En este diálogo entre Gómez –ubicado del lado de los “tecnócratas”- y “el que te dije” termina de plasmarse esta oposición de visiones,

Es completamente idiota, dice Gómez. Será idiota, dice el que te dije, pero desde tu punto de vista revolucionario es una música que se acerca más que ninguna otra al pueblo puesto que él puede interpretarla, hay comunidad y alegría y despatarro universal, se acabó lo de la orquesta y el público, ahora es una misma cosa y parece que en los conciertos de Riley la muchachada se divierte como loca. Pero eso no es arte, dice Gómez. No sé, consciente el que te dije, pero en todo caso es pueblo, y como muy bien dice Mao, en fin, vos verás (Cortázar, 2004: 112).

En una de sus últimas páginas termina de construirse este sentido trágico y sacrificial de la “Joda”. En un diálogo posterior a su debacle, Gómez y Heredia plantean que así y todo había valido la pena puesto que “... *fue la gran Joda, viejo, y es lo que cuenta, lo único que cuenta hasta la próxima. Seguro, dijo Heredia, Marcos hubiera pensado lo mismo, no te parece.*” (Cortázar, 2004: 410). Acá se cristaliza una de las representaciones sociales de la militancia setentista más importante: la del sacrificio revolucionario. A pesar de las muertes, a pesar del descalabro, a pesar de la derrota, valió la pena. Su acción fue un granito de arena al gran desierto de la “Joda”. Contrario a la conclusión que podemos sacar del argumento de Gómez, para “el que te dije” -como para muchos de los otros personajes que militan en la Joda- el arte, la revolución, no se contraponen a la alegría, al “despatarro universal”, a lo popular sino que lo suponen. Como decíamos antes, el concepto de revolución que se pone en juego está ligado al goce, a la liberación en sí y no tanto al resultado. En fin, es un concepto de revolución que se

contrapone a la racionalidad instrumental, hegemónica en la política setentista, propia del discurso de la modernidad<sup>66</sup>.

Por último, nos ocuparemos de la representación del “después”. ¿Cómo será la sociedad de “la Gran Joda Definitiva”? Esta reflexión será central en el entramado narrativo de la novela de Cortázar pues la representación de ese después definirá, retardará, problematizará la participación en el proceso de algunos de sus personajes. Particularmente, en los casos de Andrés, Lonstein y “el que te dije”, la experiencia de la URSS y de los socialismos realmente existentes sirve para desacreditar esa posible sociedad futura o, por lo menos, poner en cuestión su capacidad liberadora. Al problematizar la cuestión de lo nuevo y lo viejo, proponen una mirada acerca de los procesos políticos y sociales que complejiza su transformación. Por ejemplo, en el siguiente fragmento podemos ver cómo se homologan el tipo de relaciones sociales de los órdenes revolucionarios con los burgueses: *“Cuando ves cómo una revolución no tarda de poner en marcha una máquina de represiones psicológicas o eróticas que coincide casi simétricamente con la máquina supuestamente destruida en el plano político y práctico, te quedas pensando si no habrá que mirar más de cerca la mayoría de nuestras elecciones”* (Cortázar, 2004: 190-191). Como la revolución no es sólo la socialización de los medios de producción y la toma del poder estatal, sino la liberación en su sentido amplio, el hecho de tomar el poder no garantiza la transformación. La “máquina de represiones psicológicas o eróticas” puede formar parte tanto del lazo social burgués como socialista. La revolución no es sólo una cuestión de contenidos. La forma binaria de hacer política forma parte del juego dominante, muy a su pesar, lo reproduce: *“... las revoluciones binarias (...) se condenan antes de triunfar porque aceptan la ley de juego, creyendo quebrarlo todo se deforman que te la voglio dire”* (Cortázar, 2004: 227).

En estos diálogos se va construyendo una idea un tanto negativa del “después”. En la estructura narrativa toman presencia los conectores “pero”, “sin embargo”, que justamente permiten unir enunciados contradictorios, negando la orientación argumentativa

---

<sup>66</sup> Para un desarrollo mayor de la relación entre modernidad y razón instrumental ver Adorno y Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Nacional Madrid, Madrid, 2002.

de una de ellos. Veamos qué es lo que pasa y como representa esta sociedad futura una de las tantas reflexiones que Andrés nos brindará en la novela.

... ya hay países donde están en el después, donde llegan a la Luna y a Martes y a Venus *of all places*, trabajaron como locos para hacer y consolidar la revolución y están en el después, llevan cincuenta años de después y sin embargo (...)

FIN DEL PROCESO DE BUKOVSKY SIETE AÑOS DE PRISIÓN POR DIFUNDIR INFORMACIONES DESFAVORABLES AL RÉGIMEN SOVIÉTICO (Cortázar, 2004: 392).

A través de este “sin embargo” se construyen como contradictorios “estar en el después” y “siete años de prisión por difundir informaciones desfavorables al régimen soviético”. Para el personaje en cuestión, un proceso revolucionario no puede implicar negar esa libertad radical tantas veces defendida a lo largo del texto. La revolución, estar en el “después”, es representado como algo peligroso, como un deseo pero a la vez como un temor: “...*negarán la libertad más profunda, esa que yo llamo burguesamente individual y mea culpa, claro, pero en el fondo es lo mismo, el derecho de escuchar free jazz si me da la gana y no hago mal a nadie, la libertad de acostarme con Francine por análogas razones, y tengo miedo, me dan miedo los Gómez y los Lucien Verneuil que son las hormiguitas del buen lado...*” (Cortázar, 2004: 394). Sus compañeros y amigos, miembros de la “Joda” parisina, están condenados, de alguna forma, a repetir la historia. Los representa con la misma metáfora que a los represores, “las hormigas”. Aunque aclare que son del “buen lado” no anula la fuerte carga que implica llamarlos de la misma forma que a los enemigos. ¿De qué vale, entonces, tanto sacrificio, jugar la piel por la revolución?

...Gómez y Roland y Lucien Verneuil son de esos que repetirán la historia, te los ves venir de lejos, se jugarán la piel por la revolución, lo darán todo pero cuando llegue el después repetirán las mismas definiciones que acaban en los siete años de cárcel de Bukovsky... (Cortázar, 2004: 394).

De esta forma, si jugarse por la revolución no supone construir una sociedad más justa sino más bien repetir los errores ya cometidos, para qué tanto sacrificio, para qué involucrarse. Esta y otras reflexiones similares son los que retardan o imposibilitan una participación más comprometida del personaje en cuestión. Pensando en cambiar el mundo,



no se hace más que reproducir aquello que se quiere abandonar. Aunque se intente volver a empezar, hacer algo diferente a lo ya realizado, el funcionamiento de los procesos revolucionarios es representado de una forma tan mecánica y estructural que dificulta una real transformación. Si la gran “Joda” se realiza, el Gómez de hoy será el Robespierre de mañana: “... *pobre Gómez tan bueno pero que será el Gómez Robespierre de mañana si la Joda se sale con la suya por todo lo ancho, si hacen su revolución necesaria e impostergable*” (Cortázar, 2004:392-395). Así también lo expresa “el que te dije” en un diálogo con Lonstein.

Ahí los tenés a los muchachos, los estás viendo jugarse, y entonces qué; si llegan a salirse con la suya, y aquí vuelvo a extrapolar y me imagino la Grandísima Joda Definitiva, entonces pasará una vez más lo de siempre, endurecimiento ideológico, rigor mortis de la vida cotidiana, mojigatería, no diga malas palabras compañero, burocracia del sexo y sexualidad a la hora de la burocracia, todo tan sabido, viejo, todo tan inevitable aunque Marcos y Roland y Susana, aunque esa gente formidable que se ama y se desnuda y pelea parejito, perdóná que no complete la frase porque justamente ahí salta lo incompleto, el Marcos futuro no será el de hoy y por qué, viejo, por qué. ¿Por qué?, preguntó Lonstein. Porque tampoco ahora está equipado para las secuelas de la Joda, él y tantos más quieren una revolución para alcanzar algo que después no serán capaces de consolidar, ni siquiera de definir. En la ideología, todo perfecto, claro, la teoría y la praxis a punto, habrá Joda cueste lo que cueste porque esta humanidad ha dicho basta y ha echado a andar, esta clamado y escrito y vivido con sangre; lo malo es que mientras estemos andando llevaremos el muerto a cuestras, viejo, el viejísimo muerto putrefacto de tiempo y tabúes y autodefiniciones incompletas (Cortázar, 2004:262-265).

Aunque aquí no se esté poniendo en duda lo “formidable” de esta gente, el futuro los volverá viejos otra vez. La “Joda”, tal y como está, tiene una lógica propia que no puede desmontarse sólo con buena voluntad, lleva “el muerto a cuestras”, “el viejísimo muerto putrefacto de tiempo y tabúes y autodefiniciones incompletas”. El proceso, hacer la revolución, es representado como necesario, impostergable y, a su vez, temible. La revolución, en lugar de profundizar la liberación en todas las esferas de la vida, no hace más que negarla.

Sin embargo, el mensaje de la novela es crítico pero no pesimista. Para torcer este destino fatídico, las próximas revoluciones “tendrán que optar por otra definición del

hombre” (Cortázar, 2004: 96-97). La construcción de este hombre nuevo, de una nueva subjetividad, es, por lo tanto, fundamental para que una verdadera revolución sea posible. Pero este hombre nuevo cortaziano tiene varias diferencias con el que hegemonizaba la militancia de izquierda de los setentas. Como estuvimos viendo a lo largo del capítulo, para Cortázar, existe una relación intensa entre el deseo y la posibilidad de la revolución; el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor tienen un lugar fundamental en la construcción de esa nueva subjetividad. Esta perspectiva coloca al autor polemizando con los supuestos ideológicos-discursivos constitutivos del discurso del PRT, el cual plantea –como la mayor parte de la izquierda argentina de ese momento- al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo. Para Cortázar, por el contrario, la desacralización de la familia, la opción por el amor libre y la valorización del deseo y el placer son elementos dinamizadores del proceso revolucionario que se está gestando, no un freno “pequeñoburgués”.

En el caso de Urondo, si bien era un militante revolucionario de las FAR-Montoneros y su discurso, por tanto, estaba también atravesado por el interdiscurso setentista como el del PRT, en contraposición a éste, va a coincidir con Cortázar en relacionar intensamente el deseo y la posibilidad de la revolución; en valorar el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor en la construcción del hombre nuevo. La misma revolución es representada, en varias oportunidades, con diferentes metáforas que hacen referencia a este componente lúdico. En el siguiente enunciado, por ejemplo, su triunfo es comparado con (otro) juego: el fútbol.

Era lindo ir al fútbol y ver los papelitos que tiran las hinchadas cuando sale su equipo; y los gritos. Era como el apocalipsis, o mejor, como si hubiera triunfado la revolución. (...) Al lado de El Ruso había un tipo que se abría la camisa y gritaba señalándose el pecho: ‘tiren, tiren, hijos de mil putas’; parecía la revolución. Así debería ser la polenta que se necesitaba para tomar el poder (...) El futbol siempre era lindo por eso, porque no hay tanta discusión, se juega o no se juega (Urondo, 1999:31).

Como podemos ver, al igual que notábamos en *Libro de Manuel*, la revolución, como el “fútbol”, tiene un componente lúdico fundamental. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el texto de Cortázar, en *Los pasos previos* pareciera que el valor del juego se

mide en términos instrumentales, en tanto contribuya a esa “polenta”, característica militante construida como necesaria para “tomar el poder”, para que triunfe la “revolución”. Desde esta visión de las cosas, como vimos antes, fuertemente influenciada por el anti-intelectualismo, la discusión atenta contra el juego, contra la revolución; se contraponen. Por otro lado, el juego elegido para representar la revolución, el fútbol, no es cualquier juego, es uno que simula una batalla, un enfrentamiento entre dos equipos, como dos ejércitos que se contraponen, que se niegan mutuamente. Es un juego, por tanto, que hace las veces de metáfora de guerra. Los jugadores, como los militantes, sólo pueden ser guerreros. De ahí que la famosa consigna perretista “A vencer o morir” pueda usarse tanto para un juego –el de la revolución- como para el otro, pues ambos son de suma cero. En la guerra revolucionaria –como en un campeonato de fútbol-sólo puede haber un ganador. De ahí que el concepto de juego (como de revolución) que predomina en el texto de Urondo es un concepto ligado a un paradigma instrumentalista. Como dice uno de los personajes, “*‘un revolucionario pelea para ganar o morir y cualquiera puede ser muerto en cualquier momento’*” (Urondo, 1999:160).

Este vínculo entre juego, deseo y revolución es reforzado en distintas partes. Como en *Libro de Manuel*, muchas veces está asociado a la alegría, en este caso en particular, a la “alegría de pelear”: “*Mateo estaba contento, tenía ganas de gambetear un poco a la policía, como cuando era estudiante secundario: los caballos, las municiones, las rodadas, la alegría de pelear*” (Urondo, 1999:374). En este otro diálogo aparece nuevamente este paralelismo que construye el enunciador entre juego, revolución y guerra:

... en esta ciudad, todo el mundo le agarró el gustito. (...) Se pasan el día jugando y le agarraron el gustito.

-¿Y cuál es el asunto? ¿A qué juegan?

-Al Vigilante y al Ladrón. A la Guerra. ¿Sabe lo que pasa?

-No.

-La gente ve mucha película (Urondo, 1999:391).

Si la revolución es guerra, entonces, sus militantes son guerreros: "... *reuniones interminables, discusiones bizantinas. Inoperancia, parálisis. Y esa era la política que él sabía hacer; ahora se necesitaban guerreros, samuráis, y él ya no estaba en edad...*" (Urondo, 1999:368). Frente a aquella vieja forma de hacer política, aquí asociada a discusiones "interminables" que no llegan a ningún lado, la política nueva es presentada como una política de la acción directa, del enfrentamiento abierto y sin titubeos, de "guerreros" y "samuráis", lo que, desde este discurso, es asociado a la juventud –idea que habitualmente representa a la militancia setentista-.

Sin embargo, la revolución no sólo aparece asociada a este paradigma guerrero. Como veremos en el siguiente fragmento, también se hace lugar a un concepto de revolución ligado a la poesía, al deseo, aunque no en el momento de desarrollar la lucha sino en su esplendor, ya realizada ésta, en el mentado *después* de Cortázar. Así presentada, la revolución es ocio creativo, la posibilidad de dar rienda suelta al deseo (Redondo, 2005). La revolución, por tanto, también es liberación –y no sólo en lo que respecta a las relaciones de producción-:

-¿Y vos sos el que querés hacer la revolución?

-Me gustaría.

-¿Y para qué?

-Para escribir; para escribir poemas.

-Y por el hombre y la injusticia, ¿no?

-Sí, por supuesto. Pero también para escribir poemas.

-No sabía que escribías poemas.

-No escribo, voy a escribir, cuando se haga la revolución" (Urondo, 1999:37).

Por último, analizaremos los debates acerca de la forma de encarar este juego, el juego de la revolución. Como dice Redondo (2005), a lo largo del relato se ponen en escena los debates de la época que se dan en Argentina y Latinoamérica sobre las formas de llevar adelante la revolución: si por la lucha sindical sectorial; si en la acción espontánea de las

masas; o constituyendo grupos de combatientes que apuesten a convertirse en vanguardia a través de la organización del ejército del pueblo. Sin embargo, a pesar de poner en escena estas distintas posiciones, a lo largo de los diálogos que se suceden o los discursos documentales, se construye, progresivamente, como ineludible la toma de las armas. En este sentido, la lucha armada aparece no sólo como la mejor forma de jugarla, sino más bien como eso, un juego cuyo jugador debe estar dispuesto a perder su propia vida para conseguir la victoria, la liberación.

Desde uno de los personajes que polemiza con esta forma de lucha, la armada, se refuerza este sentido que la asocia a lo lúdico –pero visto de un modo despectivo-. Para este personaje, la revolución es algo serio, no un juego: *“El desarrollo de la lucha se da a pesar de los foquistas. Con el foquismo vino a imperar el reino de las improvisaciones, como si no fuera bastante con lo que teníamos: éramos muchos y parió la abuela. Se ha llenado de tipos que lo único que saben hacer es jugar a la revolución y terminar en cana o muertos, con la convicción de que son mártires o semidioses. Eso trajo”* (Urondo, 1999:352). Sin embargo, este no es el sentido que prevalecerá a lo largo del relato. Entregar la vida por la revolución es construido como un valor a emular. Sin esta entrega es imposible lograr la liberación<sup>67</sup>.

Como vimos a lo largo de nuestro trabajo, ese sujeto encargado de hacer la revolución, para poder hacerla debe haber un cambio subjetivo, debe transformarse en otro. En este caso, el enunciador construye una escisión entre “ellos” oprimidos y “nosotros” dirigentes, instando a la unidad: *“... nosotros somos representantes de trabajadores, de oprimidos, de explotados, de desposeídos de todos los derechos. (...) ¡Con ellos tenemos que ir hacia la unidad! ¡Tenemos que desvestirnos, ir a llorar con ellos, a pelear con ellos!”* (Ongaro en Urondo, 1999: 225). Como veremos en el siguiente enunciado, por medio del conector “pero” (García Negroni, 1998a) el narrador contrargumenta la consecuencia que se desprende de la siguiente premisa setentista: *“Los pueblos son maravillosos, los pueblos pelean, los pueblos han hecho sus guerras de independencia y de*

---

<sup>67</sup> El mismo Urondo hará carne ese mandato muriendo en combate en plena dictadura militar.

*liberación. Pero con dirigentes dignos a su cabeza*” (Ongaro en Urondo, 1999: 224-225). Por tanto, por más maravillosas que sean estas masas, sin una “dirigencia digna a su cabeza”, será imposible, desde este punto de vista, triunfar en esta guerra. De esta forma, podemos ver cómo el enunciador construye un topoi que fundamenta –al presentarla como necesaria- la existencia de una vanguardia que guíe este proceso. Al igual que en el documento del PRT, el enunciador se coloca por encima de los sucesos relatados, desde un lugar de verdad que debe ser transmitida a sus interlocutores. El elemento persuasivo domina la forma de relacionarse con el otro.

Si la lucha armada es construida discursivamente como el “único camino al socialismo” (como se titula el documento que analizamos en el anterior capítulo), el “hombre” digno de este proceso, el que puede ser “vanguardia”, es el que es capaz de entregarse a pesar de los riesgos, de morir por la causa. Tanto es así que el centro positivo de las reflexiones y debates de *Los pasos previos* corresponde a los personajes que han optado por la vida clandestina y la lucha armada; los que soportan la persecución, la tortura, los únicos que tienen la chance de forjar otra vida y otra manera de vivir (Redondo, 2005). Sin este “hombre nuevo” guerrero no puede haber revolución. Así podemos verlo en el siguiente fragmento de una entrevista a Ongaro citada en la novela. Ante la pregunta de Walsh sobre el “hombre nuevo”, el dirigente sindical responde lo siguiente:

-No puede haber nada que merezca el nombre de revolución que no empiece por cambiar al hombre, que ha sido educado por formas de apropiación de sus semejantes, para formas de egoísmo exclusivista, y ha sido injertado en una sociedad donde el mercado, la concentración, la acumulación de bienes, el negocio de los mismos, en todos los niveles, incluso continentales, ha sido el objetivo fundamental. Por eso pensamos que debemos cambiar al hombre, los bienes deben ser comunes, sobre todo los de producción social; los hombres debemos ser administradores de los mismos, no propietarios, salvo de aquellos bienes de uso personal y familiar. La creación de nuevas estructuras permitirá ir creando nuevas y más auténticas formas de relación, para que los hombres vivamos como hermanos (Ongaro en Urondo, 1999:328).

Como vimos en el documento del PRT, aquí también el “hombre nuevo” es el que no es individualista, el que no traiciona. Sin embargo, a diferencia de “Moral y proletarización” no parece ser condición necesaria para la toma del poder, más bien, en este

discurso, parece derivar de “la creación de nuevas estructuras”, lo que permite pensar que es un proceso posterior a la toma del mismo.

De todas formas, el discurso desplegado en la novela nos permite pensar que si bien se reproduce en su gran parte varios de los lugares comunes constitutivos del discurso dominante de la militancia revolucionaria setentista, hay todavía un resto que no seríamos justos si olvidáramos resaltar. Esta subjetividad interpelada también es una subjetividad contradictoria, fragmentada, que insta a una liberación más amplia que la estrictamente vinculada a una cuestión económica o política. Como decía uno de sus personajes ni bien comienza la novela, “...en la ambigüedad, en la escisión, en la diversidad, en la esquizofrenia, podía estar la clave” (Urondo, 1999:15). En este sentido concordamos con Redondo (2005) cuando afirma que a pesar de estar atrapado en la lógica de su organización, este Urondo de *Los pasos previos* pone en escena otros elementos censurados por el discurso setentista, como lo son el deseo, el juego y la alegría, centrales para su concepto de revolución. Si bien eligieron distintos caminos—como distintos finales—tanto Urondo como Cortázar coinciden en este concepto de revolución —y de hombre, pues ambos se corresponden— que insta a una liberación que va mucho más allá de la toma del aparato estatal y de la socialización de los medios de producción.

## CONCLUSIONES

En el transcurso de nuestra tesis hemos indagado en las reformulaciones y continuidades discursivas en torno al concepto de hombre nuevo, moral y revolución en el PRT-ERP. Para ello, hemos situado nuestro análisis en diferentes niveles, tanto diacrónicos como sincrónicos. Si por un lado nos detuvimos en aquellos discursos que hacen a la memoria discursiva del sacrificio revolucionario, para el análisis sincrónico decidimos trabajar con textos literarios, contemporáneos a los documentos del PRT-ERP, ambos atravesados por dicha problemática. A partir de este análisis pudimos ver, no sólo el pasado que se actualiza en la enunciación, sino también estas figuras discursivas que dan cuenta de lo por venir, de un cambio en las prácticas discursivas y sociales. Siguiendo a Courtine (1981), a la existencia vertical interdiscursiva que aseguran al discurso la permanencia estructural de una repetición, responde la existencia horizontal intradiscursiva de la formulación, donde la enunciación puede producir una variación coyuntural. En este sentido, el corpus de análisis que conformamos nos permitió ahondar tanto en el dominio de memoria, como en el de actualidad y anticipación (Courtine, 1981).

Para dar cuenta de estas diferentes temporalidades, constitutivas de la materialidad textual, retomaremos lo trabajado en cada uno de los textos. A través del análisis y comparación de estas interpelaciones subjetivas intentaremos ver, en primer lugar, cuales son las características del “hombre nuevo” perretista, en cuanto se parecen a las subjetividades convocadas desde la memoria revolucionaria, y por otro lado, si los discursos de Urondo y Cortázar, con similares condiciones de producción, producen variaciones, cambios discursivos, o, tomando a Raiter (2003), son discursos opositores dentro de una misma red.

En el primer capítulo pudimos ver cómo se ponía en juego, en forma reiterada, el mandato de entrega absoluta al partido. Tanto la muerte sacrificial de Fúcik, como la dura vida de Korchaguin/Ostrovski, marcan un camino a seguir para todo militante que se precie de ser revolucionario: este militante ideal debe entregarse “de cuerpo y alma” a la Causa. El “Partido”, la “Revolución”, son los significantes que dan sentido al resto de las cosas.



Ambos relatos se encuentran atravesados por la oposición debilidad-dureza, central para la construcción subjetiva del militante ideal. Como hemos visto en el primer capítulo, en *Así se templó el acero*, “ser de mantequilla” equivale a “blandura de intelectual” (Ostrovski, 1990:90). Frente a esta “blandura” –que, como estuvimos viendo, podría ser también “blandura pequeño burguesa”– podemos contraponer “la dureza del combatiente” que sigue, pese a todo, hasta las últimas consecuencias. En *Reportaje al pie del patíbulo*, esta contraposición entre debilidad-dureza no se relaciona tanto con una pertenencia de clase, sino con un tipo de comportamiento. Dada la particular situación de enunciación, Fúcik no se ensaña con los “pequeño burgueses” sino con un enemigo más cercano, los “traidores” que, como vimos, pueden ser tanto de extracción obrera como burguesa. Desde este punto de vista, el verdadero sacrificio no es morir sino traicionar. En ese momento es cuando se lo pierde todo. Desde la perspectiva del enunciador, todos los calificativos y acciones adjudicados a los personajes que representan la figura del traidor tienen una significación negativa. En todos los casos pudimos ver, en última instancia, como se termina poniendo en cuestión la humanidad de cada uno de ellos, construyéndose en contraposición un concepto de hombre que los excluye. Como contraparte, la fortaleza y temeridad son construidas como los valores más importantes a detentar. Para estos enunciadores, entonces, ser un “hombre puro” –como para el PRT es el “hombre nuevo”– implica ser un “combatiente fuerte y valiente” en todas las circunstancias, por más duras que éstas sean. El valor principal es la virilidad, la dureza.

En esta configuración identitaria, el Partido ocupa un lugar central. Ambos textos, por medio de diferentes recursos discursivos, construyen una relación asimétrica, cercana a una representación divina e indiscutible, entre militante y Partido. Desde este lugar puede comprenderse la importancia que cobra el signo “disciplina” como el modo imperativo de interpelación. El “Partido” es representado como depositario del saber y verdad. Desde esta perspectiva, pareciera que sin ese sentido colectivo, superior, la vida no tiene valor.

Este sentido de pertenencia también refuerza otro topoi (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): los camaradas, los militantes revolucionarios son intercambiables, reemplazables. Contrario al lugar común con el que se discute, el encarcelamiento y ejecución de militantes del Partido no implica su destrucción pues “dos o tres aparecían en

*su lugar*” (Fúcik, 1965). De este modo, se continúa reforzando la entidad abstracta y todopoderosa de la organización. El sacrificio individual, en este contexto discursivo, sólo puede ser victoria aunque el final sea la misma muerte: el Partido es indestructible, y su triunfo se lo representa como un destino inexorable.

En cuanto a la moral revolucionaria y las relaciones de pareja, como hemos visto en el texto de Ostrovski, la noción de amor -unida discursivamente a la monogamia y a la heterosexualidad- se encuentra también absorbida por lo político-partidario. El Partido media y da sentido a las relaciones interpersonales y a los sujetos que forman parte de las mismas. Pável, el protagonista de la novela, será el encargado de impartir moral y justicia, condenando tanto el amor “libertino” como cualquier otra conducta que no se corresponda con el mundo ascético que desea y construye para su propia cotidianeidad como para la del resto de sus compañeros. En *Reportaje al pie del patíbulo*, también priman el deber y entrega a la estructura partidaria. La familia y el amor, a pesar de ocupar un lugar central en la estructura narrativa, siguen siendo “nada en comparación con lo común”. El amor más grande es aquella vida después de la muerte que sólo puede posibilitar la entrega a la lucha por la liberación de la humanidad.

En el capítulo dedicado al discurso del PRT-ERP nos propusimos analizar las posiciones enunciativas que lo constituyen, las creencias y lugares comunes que lo atraviesan; en fin, las formas que asume ese “hombre nuevo” en la materialidad textual. En este sentido, a partir de lo analizado en *Así se templó el acero* como en *Reportaje al pie del patíbulo*, pudimos ver cómo los distintos documentos están impregnados de las subjetividades convocadas desde aquellos otros discursos, anteriores, que contribuyeron a la conformación de la identidad revolucionaria.

Una cuestión interesante que pudimos observar es la posición de verdad que ocupa el enunciador, lo que permite explicar las sucesivas rupturas al interior de la organización. Esta posición de verdad, aparte del conocido porte cientificista, tiene un fuerte componente moralista, lo que dificulta aún más la posibilidad de discutir y argumentar en su contra. Tal como vimos en *Así se templó en acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, en el discurso del PRT el “otro” enemigo es un “pequeño-burgués”, un “traidor”, un “cobarde” y, por lo tanto,

la respuesta no puede ser otra que la eliminación lisa y llana. Cualquier intento de dialogo puede ser peligroso. En esta relación de polémica y antagonismo con los otros construye su propia identidad. En este sentido, podemos hacer un paralelo con los discursos analizados en el primer capítulo. En un caso como en otro, la identidad del enunciador se construye como contraposición de otra, su enemiga.

Ahora retomaremos los topoi que analizamos en los documentos, cuáles de ellos reiteran lugares comunes pasados, y cuales producen una modificación. El topoi *a más legalidad, menos socialismo; a más sangre y sacrificio, más socialismo*, como estuvimos viendo, no es privativo del discurso perretista, constituye la trama profunda del discurso hegemónico de la izquierda setentista argentina y, también, latinoamericana. En cuanto al discurso de izquierda, más en general, estas asociaciones pueden cambiar en base a las posturas políticas adoptadas en cada contexto (hay periodos donde la izquierda es más o menos legalista que en otros). Sin embargo, como vimos en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, el componente sacrificial se mantiene invariable: sin sacrificio es imposible realizar la revolución.

Otro topoi que reproduce las creencias y lugares comunes constitutivos de la formación ideológica de izquierda del momento, es la desvalorización de los intelectuales, lo que hemos llamado, tomando a Gilman (2003), “anti-intelectualismo”. En el documento “El único camino...” pudimos ver cómo se produce la descalificación del morenismo a partir de su carácter de “intelectual” y “teórico”, lo que condensamos en el siguiente topos: *a mayor sectarismo intelectual, menos vanguardia obrera y estudiantil*. Como estuvimos viendo, estas creencias tampoco son exclusivas de esa época. A partir del análisis realizado en el primer capítulo de nuestra tesis pudimos ver cómo se construye desde el discurso de izquierda la desvalorización de los intelectuales a través de preconstruidos como “blandura de intelectual”, o a través de la igualación semántica de los calificativos “pequeño burgués”, “intelectual” y “comodón”. No es casual, entonces, que para referirse a la fracción en conflicto con la dirección partidaria se lo haga a partir de denominaciones como “carácter antiproletario, pequeño burgués”. Presentado de esta forma, este otro con el que se polemiza no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el enemigo.

En “Moral y proletarización”, la construcción del “hombre nuevo” guevarista es presentada como condición necesaria para lograr la victoria revolucionaria. Desde esta forma, la moral revolucionaria queda construida discursivamente como elemento central de la organización política. Como también vimos en los textos de Ostrovski y Fúcik, para poder producir una verdadera transformación social se presenta como paso ineludible cambiar, ser *otro*: “... *desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios*” (Ortolani, 2004-2005:95). Es por esto que el adversario no es sólo externo, también aparece como una amenaza latente al interior de la organización. De ahí la necesidad de precisar algunas cuestiones, especialmente en lo que toca a la estrategia política y a la moral militante. Desde el discurso del PRT, sólo por medio de la proletarización podrá lograrse tal cambio. Quien no se corresponda con ese modelo de militante ideal, nunca dejara de ser lo que, desde este discurso, siempre fue: un pequeño burgués y, por lo tanto, un enemigo.

Esta centralidad otorgada a la moral no es privativa del PRT-ERP, también se desprende de la lectura de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Si en el texto de Ostrovski, cada uno de los infractores será debidamente penado por el Partido y por Korchaguin -su más fiel representante y censor-, en el texto de Fúcik, las figuras del héroe y del traidor serán las estructurantes del relato. En ambos discursos, para poder triunfar en esta revolución entendida como guerra, es necesario entregarse en todo momento al Partido, nunca traicionar, ser en todo momento un hombre íntegro; en fin, en términos de Fúcik, un hombre, sin más. Este régimen de sumo control sobre los cuerpos y los comportamientos, instaura un orden al interior de la organización donde la vigilancia sobre sí y sobre los otros ocupa un lugar central y definitivo. De ahí que no alcance con la proletarización. La “vigilancia” sobre sí y sobre los otros es fundamental para el desarrollo exitoso del proceso revolucionario.

En el mismo sentido que en *Así se templó el acero*, para “Moral y proletarización” la única forma posible de amor socialista es la pareja monogámica y heterosexual, en clara polémica con la “revolución sexual” de los sesenta. Desde esta perspectiva, este tipo de comportamiento “libertino” es propio de la moral burguesa e individualista que se quiere destruir. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, por tanto, no sólo es la

lucha armada, sino también su contraparte necesaria, la proletarización y la puesta en práctica, en forma cotidiana, de esta “nueva” moral.

En contraposición a los lugares comunes constitutivos de los textos analizados en los capítulos anteriores, en *Libro de Manuel*, la posición enunciativa ocupada por el narrador y su forma de vincularse con los otros no es desde un lugar de verdad y superioridad moral, como sí ocurría en aquellos otros casos. Contrario a la enunciación propia del discurso dominante de izquierda, que presupone un destinatario pasivo, cuya función se limitaría a aprender la verdad transmitida por aquel narrador omnisciente, en el texto de Cortázar, el destinatario, el lector, es activo, construye también sentido junto al enunciadore. De ahí la forma fragmentaria y no lineal en que está escrita la novela<sup>68</sup>.

Este aspecto, como vimos, lo diferencia de la novela de Urondo. Mientras que *Libro de Manuel* no reduce la multiplicidad de puntos de vista a uno solo, sino que las pone en escena para pensar, razonar, en el texto de Urondo, el diálogo, la puesta en escena de los distintos puntos de vista, se despliega de un modo platónico-dialéctico, con el fin de persuadir sobre la validez de una postura. Los textos funcionan como legitimadores de determinadas posiciones y fundamentos que se desarrollan en las escenas ficticias construidas por el enunciadore. Tal como sucede en las historias de Korchaguin y Fúcik, estos relatos quedan construidos como ejemplos prescriptivos para todos los que quieran seguir este camino, el camino de la revolución. Reproduciendo los lugares comunes constitutivos de la memoria discursiva de la izquierda revolucionaria, el sacrificio individual queda construido como necesario para la victoria colectiva. Es por ello que la muerte no puede ser más que una sola cosa: vida.

---

<sup>68</sup> Sin embargo, como estuvimos viendo, en el prólogo, Cortázar despliega otro dispositivo de enunciación -es otro el género, son otros los enunciadore y también los destinatarios- donde sí hay una toma de posición, cosa que lo diferencia del desarrollo de la novela. Si en ella no hay un enunciadore que se coloque por sobre el resto -el “primus inter pares” del PRT y de las otras novelas socialistas- aquí da su punto de vista, dejando a un lado las confusiones y dudas que se despliegan en la novela. A diferencia de los discursos analizados en los otros capítulos, para el Cortázar del prólogo, la “única actitud que le dará la victoria” es liberarse de los tabúes, es decir, haciendo casi todo lo contrario de lo prescripto en “Moral y proletarización” y demás topoi setentistas. No obstante, si estos discursos se diferencian en los contenidos y los lugares comunes constitutivos, no sucede lo mismo con los lugares enunciativos. Tal como sucede en el discurso del PRT, en el prólogo de Cortázar también hay un “único camino...”, aunque no así en la novela.

A diferencia de los otros discursos analizados, el texto de Cortázar construye un concepto de hombre nuevo y de revolución que no se limita a la toma del poder. Es por ello que el intelectual revolucionario, para ser tal no está obligado (como sí en los otros textos) a tomar las armas. En sintonía con el discurso que circulaba en los sesenta, la revolución cortaziana implica una “nueva manera de ser” que rompe todas las fronteras, “que busca abarcarlo todo”. Aparecen múltiples voces, alternativas y sentimientos. A diferencia del anti-intelectualismo imperante en ese momento -según el cual la práctica militante debía dirigir la práctica literaria- desde el texto de Cortázar, la literatura es una ametralladora más, tan válida como otras, para la construcción de esa sociedad nueva. Esto es lo que intentarán producir los personajes de la novela con la escritura de la “breve pero tumultuosa historia de la Joda”. Tal como hizo Cortázar con *Libro de Manuel*, estos personajes, a través de la “historia de la Joda”, intentarán intervenir en el devenir del mismo.

En el caso de *Los pasos previos*, si bien se ponen en juego distintas visiones y argumentaciones respecto a esta problemática, termina primando en el relato la consigna setentista que prescribe el paso “del arma de la crítica a la crítica de las armas”. Como estuvimos viendo, continuamente, a lo largo del relato se pone en cuestión la legitimidad de la actividad intelectual con distintos calificativos o acciones que lo ridiculizan o descalifican como actor político. En este sentido, teniendo en cuenta que el concepto de revolución que hegemoniza el relato es una revolución armada, guerrillera, el “Hombre Nuevo” de Urondo, encargado de llevar adelante este proceso también debe ser duro como el acero. Desde esta perspectiva, la revolución sólo será posible cuando esta transformación subjetiva sea efectiva. Ninguna “porquería asustada” podrá tomar el poder del Estado.

Los intelectuales no escapan, como es de preveer, a esta categorización (y censura). El personaje intelectual de Urondo se exilia porque no es ese hombre nuevo que requiere la revolución para poder triunfar: “la nueva época que acaba de empezar, necesitará de guerreros profesionales” (Urondo, 1999:377), no de escritores, de pensadores. Sin embargo, no por ello son menos necesarios. Desde esta perspectiva, el deber del intelectual, -de ese intelectual comprometido que no es un “guerrero profesional”, y por tanto, no es “hombre nuevo”- en la represión desatada es contar, testimoniar. Si en este punto podemos

encontrar un paralelo con *Libro de Manuel*, no por ello se reduce la distancia entre ambos conceptos de intelectual comprometido. Si en *Libro de Manuel*, los intelectuales también formaban parte de esta nueva subjetividad necesaria para producir un cambio, en *Los pasos previos*, no tanto. El “hombre nuevo” de Urondo -como el del PRT, Ostrovski y Fúcik- es el que entrega su vida a la lucha revolucionaria. Por tanto, el intelectual revolucionario debe hacer carne ese mandato para poder serlo, no alcanza con el “declaracionismo”, tantas veces bastardeado a lo largo de la novela.

Como vimos al analizar el documento “Moral y proletarización”, las discusiones acerca de la familia, el amor y la sexualidad eran centrales para las propuestas revolucionarias del momento. En correspondencia con este clima de época, y en abierta polémica con los supuestos ascéticos que dominaban el discurso de izquierda setentista, Cortázar también va a incluirlos como tema de debate revolucionario. En contraposición al discurso que equiparaba revolución, sacrificio y represión del deseo, Cortázar polemiza con él uniéndolos. En este sentido, si desde el punto de vista de “Moral y proletarización”, preocuparse por otra cosa que no fuera el Partido y la Revolución era calificado como una actitud pequeñoburguesa, en el *Libro de Manuel*, se pone un juego un tipo de argumentación que insta a la liberación en todas las esferas. Desde este discurso, el amor es objeto de transformación, forma parte de la revolución. Se plantea la necesidad de transformarlo todo, de re-comenzar.

*Los pasos previos*, en sintonía con *Libro de Manuel*, presenta una concepción más libre de la pareja, no ligada a lo instituido por la izquierda tradicional y la sociedad del momento. También hay una problematización del rol que se le atribuye a la mujer en el amor, poniendo en cuestión el puritanismo que forma parte de ese concepto de moral revolucionaria tantas veces analizado a lo largo de nuestro trabajo. Esta perspectiva coloca a Urondo junto a Cortázar, polemizando con los que plantean al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo, como es el caso del PRT y de los otros textos analizados en el primer capítulo. Sin embargo, a pesar de esta valoración positiva de “lo erótico” como elemento dinamizador del proceso revolucionario, como vimos, para los distintos personajes de la novela volcados a la lucha revolucionaria, estos no eran tiempos propicios para el amor. Las energías debían ser volcadas hacia otros fines, “otros

fervores”. A diferencia de *Libro de Manuel*, la unión entre amor y revolución queda suspendida. El acto de amor más grande termina siendo esa muerte “digna de un hombre”, del hombre nuevo.

A diferencia de la concepción instrumental de la política que predominaba en los setenta –cuyas raíces, como vimos en el primer capítulo, se remonta mucho más lejos, es propio del discurso dominante de izquierda- la idea de revolución que se despliega en *Libro de Manuel*, al estar vinculada con lo lúdico, está más ligada al disfrute que puede provocar el proceso en sí mismo, que al resultado. En este sentido, el concepto de revolución que se pone en juego, la “Joda”, es un concepto que se contrapone en muchos aspectos a la racionalidad instrumental, hegemónica en la política setentista. Como desde este discurso la revolución no es sólo la socialización de los medios de producción y la toma del poder estatal, sino la liberación en su sentido amplio, el hecho de tomar el poder no garantiza la transformación de la sociedad. La “máquina de represiones psicológicas o eróticas” puede formar parte tanto del lazo social del modo de producción burgués como del socialista. La forma binaria de hacer política, instrumentalista -constitutiva del discurso de izquierda setentista- forma parte del juego dominante, lo reproduce. Cortázar, en lugar de profundizar el pensamiento binario proponiendo nuevas dicotomías, propone reflexionar, superarlas. En este ejercicio de superación ocupará un lugar central la problemática del “hombre nuevo”. Para torcer este destino fatídico, el narrador presenta como condición necesaria la construcción de “otra definición del hombre” (Cortázar, 2004: 96-97).

Desde esta perspectiva, por tanto, la construcción de este hombre nuevo, de una nueva subjetividad -como también lo es para el PRT- es fundamental para que una verdadera revolución sea posible. Pero este hombre nuevo cortaziano tiene varias diferencias con el que hegemonizaba la militancia de izquierda de los ‘70. Como estuvimos viendo, para Cortázar existe una relación intensa entre el deseo y la posibilidad de la revolución; el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor tienen un lugar fundamental en la construcción de esa nueva subjetividad. Esta perspectiva coloca al autor polemizando con los supuestos ideológicos-discursivos constitutivos del discurso del PRT, el cual plantea –como la mayor parte de la izquierda argentina de ese momento- al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo. Para Cortázar, por el contrario, la



desacralización de la familia, la opción por el amor libre y la valorización del deseo y el placer son elementos dinamizadores del proceso revolucionario que se está gestando, no un freno “pequeñoburgués”.

Como sucede en *Libro de Manuel*, en *Los pasos previos* también la revolución tiene un componente lúdico fundamental. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el texto de Cortázar, en *Los pasos previos* pareciera que el valor del juego se mide en términos instrumentales, en tanto contribuya a esa “polenta”, característica militante construida como necesaria para “tomar el poder”, para que triunfe la “revolución”. El juego elegido para representar la revolución, el fútbol, no es cualquier juego, es uno que simula una batalla. Es un juego, por tanto, que hace las veces de metáfora de guerra. Los jugadores, como los militantes, sólo pueden ser guerreros. Sin embargo, la revolución no sólo aparece asociada a este paradigma guerrero. Como vimos, también se hace lugar a un concepto de revolución ligado a la poesía, al deseo, aunque no en el momento de desarrollar la lucha sino en su esplendor, ya realizada ésta, en el mentado *después* de Cortázar, lo que refuerza aún más el componente sacrificial de la novela ya que el placer, el goce, va a ser posible *sólo* si primero se produce la entrega, el sacrificio. Si la lucha armada es construida discursivamente como el “único camino al socialismo” (como se titula el documento que analizamos en el anterior capítulo), el “hombre” digno de este proceso, el que puede ser “vanguardia”, es el que es capaz de entregarse a pesar de los riesgos, de morir por la causa. Tanto es así que el centro positivo de las reflexiones y debates de *Los pasos previos* corresponde a los personajes que han optado por la vida clandestina y la lucha armada; los que han soportan la persecución, la tortura, los únicos que tienen la chance de forjar otra vida y otra manera de vivir (Redondo, 2005). Sin este “hombre nuevo” guerrero no puede haber revolución.

Como veíamos en un comienzo, las representaciones colectivas cristalizadas juegan un papel fundamental en la cohesión y consolidación de una identidad colectiva, es por ello que hemos hecho especial hincapié en aquellos lugares comunes interdiscursivos, constitutivos de las creencias que formaban parte de la identidad revolucionaria en cuestión. En este sentido, gracias al análisis realizado, creemos que el lugar común aglutinante y que da sentido a los distintos textos es *a más sangre y sacrificio, más*

*revolución*. Este “gran lugar común” que borra las diferencias y construye estos significantes como íntima y necesariamente concatenados, forma parte del interdiscurso y, por lo tanto, podemos analizarlo como una manifestación más de la memoria retórico-argumental de la tradición revolucionaria. Teniendo en cuenta los distintos textos analizados, si bien en algunos momentos se pone en cuestión dicho topoi argumental – como en el caso de Cortázar- si vemos más detenidamente, no es un cuestionamiento que ponga en riesgo las referencias sociosemióticas dominantes, sino que se opone dentro de esa misma red (Raiter, 1999a). Desde el discurso de *Libro de Manuel*, la revolución, -tal y como se conocía hasta ese entonces, no como debería ser para el autor, mucho más amplia y liberadora-, implica, necesariamente, sangre y sacrificio, es por ello que mucho de los personajes no se deciden, sino a último momento o nunca, a participar de la misma. En el caso de Urondo, aunque su concepto de revolución también contemple elementos censurados desde el punto de vista dominante en la izquierda revolucionaria del momento, como lo lúdico y el erotismo, esta unión discursiva entre sacrificio y revolución es rectificadora.

A partir de este análisis interdiscursivo, por tanto, hemos podido dar cuenta de varias cuestiones que hacen a la identidad colectiva de la organización objeto de nuestra investigación. En primer lugar, los tipos de identidades que se construyen en los textos perretistas. El vínculo identitario que se termina conformando tanto en “El único camino...” como en “Moral y Proletarización” es un tipo de identidad que se constituye discursivamente como la única poseedora de la verdadera línea revolucionaria y, por lo tanto, el enemigo, el exterior constitutivo pasa a ser ocupado por otras organizaciones de izquierda o camaradas del partido “oposicionistas” que vendrían a encarnar al propio enemigo de clase por no concordar completamente con la línea del partido –que es la línea “proletaria”<sup>69</sup>-. El valor de verdad que tiñe la enunciación hace que cualquiera que se manifieste en contra de ella pase a ocupar automáticamente el lugar de adversario o, lo que es lo mismo, “pequeño-burgués”, descalificando, de esta forma, su enunciación, su palabra. Esta despersonalización de los contradestinatarios -propia de la doble destinación que

---

<sup>69</sup> De esta forma fueron calificados varios de los conflictos partidarios. Ver nota al pie 39, pág. 89.

caracteriza al discurso político- contribuye a ampliar semánticamente su alcance y aumenta el grado de presuposicionalidad discursiva. En última instancia, quien no cumpla con las prerrogativas del “Moral y proletarización”, no será otra cosa que un adversario, un burgués, aunque “parezca” un “excelente compañero”.

Como estuvimos viendo, el “hombre nuevo” del PRT no es otro que el hombre proletario pero encuadrado, con conciencia de clase, y dispuesto a entregar su vida a la guerra revolucionaria. Como pudimos ver, este “hombre nuevo” setentista reproduce en gran medida muchos de los lugares comunes constitutivos del imaginario revolucionario. En consonancia con uno de los supuestos de *Libro de Manuel*, queriendo producir un verdadero cambio revolucionario, muchas veces, no se hace otra cosa que reproducir ciertas lógicas dominantes que se quieren abandonar.

En este sentido, queríamos retomar a Maingueneau (2000) y a Pêcheux (1980) respecto a la problemática del discurso marxista, las ideologías dominadas y la identidad. Si bien estamos de acuerdo con el primero de ellos en que los discursos marxistas tienden a reproducir una lógica dicotómica, atravesada por un antagonismo irreconciliable, también creemos como Pêcheux que la dominación no se da únicamente a través de una dominación externa sino también –y sobre todo- de una dominación interna; es decir, una dominación que se manifiesta en la organización misma de la ideología dominada (Pêcheux, 1980). Desde otro campo disciplinario, Horacio Tarcus (1998-1999) define a la constitución identitaria de los partidos de izquierda por medio del concepto “secta política”, esto es, una identidad que reproduce en su interior una lógica de poder tan instrumental y opresiva como la burguesa que, se supone, buscan destruir. En este sentido, el discurso de la izquierda revolucionaria de los sesentas y setentas, si bien intentó diferenciarse de la “vieja izquierda”, por medio del análisis discursivo pudimos ver cómo se reiteran mandatos y creencias propias a la identidad revolucionaria tradicional. Por tanto, creemos que en lugar de producir un discurso emergente (Muñoz y Raiter, 1999) se limitó a ser un discurso opositor dentro de la red, legitimando, contra su pretensión, a aquel discurso dominante del que decían diferenciarse y, por consiguiente, al lazo social del que el mismo forma parte (Muñoz y Raiter, 1999). En una posterior investigación intentaremos ver que lugar juegan estos lugares comunes revolucionarios en los debates actuales acerca de la militancia

revolucionaria de los setentas argentino. A partir de este análisis intentaremos ver si el tipo de argumentaciones que constituyen estos discursos reproducen o no estos topoi constitutivos de la subjetividad militante setentista, qué tipo de subjetividades constituyen, si las mismas plantean otro eje referencial.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max; *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Nacional Madrid, Madrid, 2002.
- Amézola, Gonzalo de; “El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional” en Pucciarelli, Alfredo; *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Amossy, Ruth; “La interacción argumentativa en el discurso literario. De la literatura de las ideas al relato de ficción” en *Escritos 17/18. Revista del Centro de Ciencias del lenguaje*, enero-diciembre 1998.
- Amossy, Ruth ; *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*, Nathan, París, 2000.
- Amossy, Ruth y Herschberg Pierrot, Anne; *Estereotipos y clichés*, Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- Anscombe; “Pero/Sin embarco en la contra-argumentación directa: razonamiento, genericidad y léxico” en *Signo & Señal. Revista del Instituto de Lingüística*; N° 9, 1998.
- Aristóteles, *El arte de la Retórica*, Eudeba, 1996.
- Arfuch, Leonor; *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- Authier- Revuz, Jacqueline; “Heterogeneidades enunciativas” en *Langages* n° 73; 1984.
- Ayer; *Language, Truth, and Logic*, Gollancz, Londres, 1946.
- Baczko, Bronislaw; *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.
- Bajtín, Mijail; “El problema de los géneros discursivos” en *Estética de la creación verbal*; Siglo Veintiuno; México; 1982.

- Benveniste, Emile; *Problemas de lingüística general*, Editorial Siglo XXI, México, 1982.
- Beigel, Fernanda; *El itinerario y la brújula*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Blanco Arnejo, María D., *La novela lúdico experimental de Julio Cortázar*, Editorial Pliegos, 1996.
- Bufano, Sergio; “La guerrilla argentina. El final de una épica impura” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 8, Buenos Aires, 2007.
- Calveiro, Pilar; “La memoria como futuro” en Revista *El Rodaballo* N° 13, 2001.
- Calveiro, Pilar; *Poder y desaparición*, Ed. Colihue, 2004a.
- Calveiro, Pilar; *Política y/o violencia*, Ed. Norma, 2004b.
- Campos, Esteban; “Arquetipos del compromiso militante en la revista Cristianismo y Revolución” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 9, 2007.
- Carnovale, Vera, “Jugarse al Cristo: mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”, en *Entrepasados* Año XIV- Número 28 - Fines de 2005.
- Carnovale, Vera, “El concepto de *enemigo* en el PRT-ERP: discursos colectivos, experiencias individuales y desplazamientos de sentido”, en *Lucha Armada en la Argentina*, N 1, Diciembre-enero-febrero 2006.
- Carnovale, Vera; “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina* N° 5, 2006.
- Carnovale, Vera; “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 8, 2007a.
- Carnovale, Vera; “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina” en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007b.

- Carnovale, Vera; "Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP" en *Lucha Armada en la Argentina*, año 4, N° 11, 2008.
- Casullo, Nicolás; "Memoria y revolución" en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, N° 6, mayo 2006.
- Catoggio, María Soledad, "El concepto de la moral en los fundamentos de la sociología de Émile Durkheim" en *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* N 10, agosto 2004.
- Ciriza, Alejandra; "Crónica interesada y apuntes para el debate sobre el taller *Feminismo y Marxismo*" en [http://www.rimaweb/feminismos/feminismo\\_marxismo\\_aciriza.html](http://www.rimaweb/feminismos/feminismo_marxismo_aciriza.html)  
Fecha de publicación en RIMAweb: 29 de octubre 2001.
- Ciriza, Alejandra y Rodríguez Agüero, Eva; "Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP" en *Políticas de la memoria* N° 5, Cedinci, verano, 2004/2005.
- Cortázar, Julio; *Viaje alrededor de una mesa*, Editorial Rayuela, Buenos Aires, 1970.
- Courtine, Jean-Jacques; "Análisis del discurso político. (El discurso comunista dirigido a los cristianos)" en *Langages* N° 62, junio 1981.
- Durkheim, Emile; *La división del trabajo social*, Editorial Planeta-Agostini, Buenos Aires, 1985.
- Durkheim, Emile; "La determinación del hecho moral" en *Sociología y Filosofía*, Miño y Dávila editores, Madrid, 2000a.
- Durkheim, Emile; "Representaciones individuales y representaciones colectivas", en *Sociología y Filosofía*, Miño y Dávila editores, Madrid, 2000b.
- Ducrot, Oswald; *El decir y lo dicho*; Editorial Piados; Barcelona, 1986.
- Ducrot, Oswald; "Argumentación y 'topoi' argumentativo" en *Lenguaje en contexto*, volumen I números 1/2, septiembre 1988.
- Eco, Umberto; *Seis paseos por los bosques narrativos*, Lumen, Barcelona, 1996.

- Fairclough, Norman, *Discurso y cambio social*, Cuadernos de Sociolingüística y Lingüística crítica N° 3, UBA, FFyL, 1998.
- Foucault, Michel; *La arqueología del saber*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2002.
- Franco, Marina y Levin, Florencia; “El pasado cercano en clave historiográfica” en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Fuchs, C. y Pêcheux, M.; “Actualizaciones y perspectivas a propósito del Análisis Automático del Discurso”, en: *Hacia el Análisis Automático del Discurso*, Gredos, Madrid, 1978.
- Funes, Ernesto, “La naturaleza de la acción moral” en *La crisis del lazo social*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998.
- García Negroni, María Marta; “La destinación del discurso político: una categoría múltiple” en *Lenguaje en contexto*, volumen I números 1/2, 1988.
- García Negroni, María Marta; “Argumentación y dinámica discursiva. Acerca de la Teoría de la Argumentación en la Lengua” en *Signo & Señal. Revista del Instituto de Lingüística*, Número 9, Junio de 1998a.
- García Negroni, María Marta; “La negación metalingüística, argumentación y escalaridad” en *Signo & Señal. Revista del Instituto de Lingüística*, Número 9, Junio de 1998b.
- García Negroni, María Marta; “La distinción pretérito perfecto simple/ pretérito perfecto compuesto. Un enfoque discursivo” en *Revista Iberoamericana de Discurso & Sociedad*, Volumen I, número 2, Editorial Gedisa, 1999.
- Genette, Gérard; *Umbrales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1987.
- Gilman, Claudia; *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.



Greco, Florencia, "Argumentación, retórica y política. La lucha armada como "... único camino hasta el poder obrero y el socialismo", ponencia presentada en IV Jornadas de Jóvenes Investigadores "Dr. Gino Germani", en [http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes\\_investigadores/4jornadasjovenes/principal.htm](http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/principal.htm), 19, 20 y 21 de septiembre de 2007.

Greco, Florencia, "'Revolucionarios' y 'pequeñoburgueses'. Un análisis de las identidades discursivas perretistas", ponencia presentada en III Congreso internacional "Transformaciones culturales: debates de la teoría, la crítica y la lingüística", Universidad de Buenos Aires, FFyL, 4, 5 y 6 de agosto de 2008a.

Greco, Florencia, "La democracia electoral en el discurso perretista", ponencia presentada en V Jornadas de Sociología "Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la región en las últimas décadas. Desafíos para el conocimiento social", FaHCE, Universidad Nacional de La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008b.

Greco, Florencia, "Experiencia, testimonio e historia. Las representaciones del 'Proceso' en la bibliografía contemporánea", ponencia presentada en I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, FaHCE, Universidad Nacional de La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008c.

Greco, Florencia, "La moral de los revolucionarios. Un análisis discursivo del 'hombre nuevo' perretista", ponencia presentada en IV Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y I Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina, en [http://www.fl.unc.edu.ar/aledar/index.php?option=com\\_wrapper&Itemid=47](http://www.fl.unc.edu.ar/aledar/index.php?option=com_wrapper&Itemid=47), Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Lenguas, 16, 17 y 18 de abril de 2009.

Guevara, Ernesto; *El socialismo y el hombre nuevo*, Siglo XXI editores, México, 1987.

Guglielmucci, Ana; "Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante" en *Lucha Armada en la Argentina* N° 5, 2006.

- Halliday, Michael; *Language as social semiotics. The social interpretation of language and meaning*, Edward Arnold, Londres, 1978.
- Hilb, Claudia y Lutzky Daniel; *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- Hodge, R. y Kress, G.; *Language as Ideology*, Londres, Routledge, 1993.
- Ibaceta Perez, Guilda. "La Novela Lúdica Experimental de Julio Cortázar, por María D. Blanco Arnejo" en *Rev. signos*. [online]. 1997, vol.30, no.41-42 [citado 24 Abril 2008], p.199-202. Disponible en la World Wide Web: <[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-09341997000100014&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09341997000100014&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 0718-0934.
- Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel, 1984.
- Kovacci, Ofelia, *El comentario gramatical: teoría y práctica*, Arco/ Libros, Madrid, 1990.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal; *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Laclau, Ernesto; *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- Lavandera, Beatriz; *Variación y significado*, Hachette, Buenos Aires, 1984.
- Lenin, V.I; "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo, en *Obras Escogidas*, ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.
- Logie, Ilse; "Plurilinguismo y traducción en la obra de Julio Cortázar" en *Ciberletras, Revista de crítica literaria y de cultura*, vol 3, 12/03, 2004.
- Longoni, Ana; "El FATRAC, frente cultural del PRT-ERP" en *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, n° 4, septiembre 2005.
- Longoni, Ana, "La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio" en *El Rodaballo* N 11/12, primavera/verano 2000.

- Longoni, Ana; *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.
- Maingueneau, Dominique; “La polémica como interincomprensión”, en *Génèse du discours*, Mardaga, Bruselas, 1984.
- Maingueneau, Dominique; “Problèmes d’ethos”, en *Pratiques N° 113/114*, junio de 2002.
- Mainguenau, Dominique; *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Hachette, Buenos Aires, 1980.
- Malidier, Denise ; “(Re) lire Michel Pêcheux aujourd’hui” en Denise Malidier (editor) *L’inquiétude du discours”. Textes de Michel Pêcheux*. Éditions des Cendres, París, 1990.
- Moscovici, Serge, *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Huemul. Buenos Aires, 1979.
- Muñoz, Irene y Raiter, Alejandro; “El discurso zapatista, ¿un nuevo discurso o un discurso emergente?” en *Discurso y Ciencia Social*; Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Oberti, Alejandra; “La moral según los revolucionarios” en *Políticas de la memoria N° 5*, Cedinci, 2004/2005.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto; *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 2006.
- Oberti, Alejandra; “Memorias y testigos. Una discusión actual” en *Políticas de la memoria*, N° 8/9, Cedinci, Buenos Aires, primavera 2008.
- Palti, Elías; “‘Giro lingüístico’ e historia intelectual” en Palti (comp); Fish; Lacapra; Rabinow; Rorti; *Giro lingüístico e historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.
- Pêcheux, Michel; “Las condiciones de producción del discurso” en Pêcheux, Michel “Análisis del contenido y teoría del discurso” en *Análisis Automático del Discurso*. Dunod. París. 1969

- Pêcheux, Michel; "Remontémos de Foucault a Spinoza", en *El discurso político*, Nueva Imagen, México, 1980.
- Pêcheux, Michel; "El mecanismo del reconocimiento ideológico" Žižek (comp), *Ideología. Un mapa de la cuestión*; Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires, 2003.
- Perelman, Chaim; *El imperio retórico. Retórica y argumentación*; Grupo editorial Norma; Colombia; 1997.
- Perez, Sara, Raiter, Alejandro y Zullo, Julia; "Hacer historia con herramientas textuales" en AAVV, *Discurso y ciencia social*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Pittaluga, Roberto, "La historiografía del PRT-ERP" en *El Rodaballo* N 10, verano 2000.
- Pittaluga, Roberto; "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista" en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Pozzi, Pablo, "'Los perros': La cultura guerrillera del PRT-ERP" en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. I N 2, Buenos Aires, Noviembre 1996.
- Pozzi, Pablo; *'Por las sendas argentinas...' El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago-Mundi, 2004.
- Pozzi, Pablo; "Para continuar con la polémica sobre la lucha armada" en *Lucha Armada en la Argentina*, N 5, febrero-marzo-abril 2006
- Raiter, Alejandro; *Lenguaje en uso*; Editorial A-Z; Buenos Aires, 1995.
- Raiter, Alejandro; *Lingüística y política*, Biblos, Buenos Aires, 1999a.
- Raiter, Alejandro; "Mensaje, presuposición e ideología" en AAVV, *Discurso y ciencia social*, Eudeba, Buenos Aires, 1999b.
- Raiter, Alejandro; "Representaciones Sociales" en Raiter, A., Zullo, J. Y otros, *Representaciones Sociales*, EUDEBA, Buenos Aires, 2001.

- Raiter, Alejandro; *Lenguaje y sentido común. Las bases para la formación del discurso dominante*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Redondo, Nilda; *Si ustedes lo permiten prefiero seguir viviendo: Urondo, de la guerra y del amor*; Campana de Palo, Buenos Aires, 2005.
- Reyes, Graciela; *Los procedimientos de cita: estilo directo y estilo indirecto*, Arco Libros, Madrid, 1993.
- Sartre, Jean Paul; *¿Qué es la literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1990.
- Seoane, María; *Todo o nada. Biografía de Mario Roberto Santucho*, Editorial Planeta, 1991.
- Tarcus, Horacio; "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad" en Revista *El Rodaballo* N 9, verano 1998-1999.
- Trew, T., *Lenguaje y Control. Cap. VII "Lo que dicen los periódicos": Variación Lingüística y Diferencia Ideológica*, 1979.
- Terán, Oscar; "La década del 70: la violencia de las ideas" en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, n° 5, febrero 2006.
- Tortti, María Cristina; "Protesta social y "Nueva Izquierda" en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional" en Pucciarelli, Alfredo; *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Urondo, Francisco; *La patria fusilada: entrevista de Francisco Urondo a los sobrevivientes de Trelew*, Crisis, Buenos Aires, 1973.
- Verón, Eliseo; "La palabra adversativa", en AAVV; *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*; Hachette; Buenos Aires, 1987.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 2003.

- Vasilachis de Gialdino, Irene (1992) *Métodos cualitativos I. los problemas teórico-epistemológicos*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992.
- Vezzetti, Hugo; *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Vezzetti, Hugo; “Conflictos de la memoria en la Argentina” en *Lucha Armada en la Argentina*, N 1, Diciembre-enero-febrero 2006.
- Vezzetti, Hugo; *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2009.
- Virno, Paolo; *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Colihue, Buenos Aires, 2003.
- Voloshinov, Valentín, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1992.
- Weiz, Eduardo; *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, internacionalismo y clasismo*, Ediciones del CCC, 2006.
- Williams, Raymond; *The long revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1965.
- Žižek, Slavoj; “¿Cómo inventó Marx el síntoma?” en Žižek, Slavoj (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

## CORPUS

### *-Capítulo I*

- Fucik, Julius; *Reportaje al pie del patíbulo*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1965.
- Ostrovski, Nikolai; *Así se templó el acero*, Editorial Porrúa, México 1990.

*-Capítulo II*

“Algo sobre el FRIP”, en FRIP. *Boletín mensual del frente Revolucionario Indoamericanista Popular*, nº 1, octubre 1961.

“Tucumán-Diputados obreros al parlamento capitalista”. NORTE REVOLUCIONARIO Nº 19, del 3 de Marzo de 1965. Órgano quincenal del Partido Unificado (ex FRIP-PO).

Resoluciones del Comité Central de Marzo de 1971.

“Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972”.

“Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”.

“Resoluciones del CE de Enero de 1972” en Partido Revolucionario de los Trabajadores: *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo posteriores*, Ediciones El Combatiente. Agosto 1973.

Carta de Santucho a Sayo en Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*.

Santucho, Mario Roberto; Prada, Oscar Demetrio y Prieto, Félix Helio; *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, documento del IV Congreso del Partido Revolucionario de los Trabajadores, 25 y 26 de febrero de 1968.

Ortolani, Luis (Parra, Julio), “Moral y proletarización” en *Políticas de la memoria* Nº 5, Cedinci, 2004/2005. Publicado por primera vez en *La Gaviota Blindada*, Nº 0, julio 1972.

PRT. *Sobre Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución*, 1972.

*-Capítulo III*

Cortázar, Julio, "Mi ametralladora es la literatura" en *Revista Crisis*, junio 1973

Cortázar, Julio, *Libro de Manuel*, Suma de Letras, Buenos Aires, 2004.

Cortázar, Julio y Prego Gadea, Omar; *La fascinación de las palabras*, Buenos Aires, Alfaguara, 1985.

Urondo, Francisco; *Los pasos previos*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 1999.